

Cinco herramientas *para* el crecimiento espiritual



*Cómo desarrollar una relación
más profunda con Dios*

Vida Esperanza y Verdad

Esta publicación no es para la venta.
Es un material educativo gratuito producido por la
Iglesia de Dios, una Asociación Mundial.

© 2024 Iglesia de Dios, una Asociación Mundial

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

Autor: Jeremy Lallier

Equipo de revisión: Peter Hawkins, Jack Hendren, Don Henson, Chad Messerly

Comité doctrinal: John Foster, Bruce Gore, Don Henson, Doug Johnson, Larry Neff

Diseño: David Hicks

CONTENIDO

Prólogo	13
Cómo utilizar este libro.....	14
Una vida de crecimiento.....	15

Parte I: Oración16

¿Qué es la oración?	17
¿Por qué es importante la oración?	17

1. La oración modelo 18

Cómo reconocer a Dios	19
Nuestro <i>Padre</i> en los cielos	19
<i>Nuestro</i> Padre en los cielos.....	20
Nuestro padre <i>en los cielos</i>	20
Peticiones acerca del plan de Dios: tu nombre, tu Reino, tu voluntad	21
Santificado sea tu nombre	22
Que venga tu Reino	23
Hágase tu voluntad.....	27
La conexión	33
Peticiones por las circunstancias personales: necesidades físicas, perdón y protección.....	34
Danos el pan diario.....	34
Perdona nuestros pecados.....	38
Líbranos del mal	48
“En el nombre de Jesús, amén”	53
Pedir en el nombre de Jesucristo	54
Amén	55
¿Son necesarias cualquiera de estas frases?.....	56
La oración modelo: un resumen	57
Nuestro Padre en los cielos	57
Santificado sea tu nombre	57
Que venga tu Reino	57
Hágase tu voluntad.....	58
Danos el pan diario.....	58

Perdona nuestros pecados.....	58
Libranos del mal	59
¿Está este modelo escrito en piedra?	59
2. Preguntas frecuentes acerca de la oración.....	61
¿Cuán largas deben ser nuestras oraciones?	61
¿Con cuánta frecuencia debo orar?	62
¿En qué posición debo orar?	63
¿Existe un ambiente ideal para orar?	64
¿Cuán específico debo ser en mis oraciones?	65
¿Tenemos que orar en voz alta?	66
¿Para qué molestarse en pedirle a Dios ayuda si Él ya sabe lo que necesitamos?	67
¿Tiene en cuenta Dios el número de personas que oran para contestar una oración?.....	68
¿Responde Dios nuestras oraciones si hemos pecado?	69
¿Cómo puedo mantenerme enfocado cuando estoy orando?.....	70
¿Qué sucede si no puedo encontrar un buen momento o lugar para mis oraciones?	71
¿A quién debemos orar?	72
¿Qué sucede si Dios no está respondiendo mis oraciones?	74
¿Cuál es la diferencia entre las oraciones personales y las oraciones públicas?.....	75
Oraciones personales.....	75
Oraciones en público	76
3. Oraciones notables en la Biblia.....	77
Moisés ora pidiendo un corazón con sabiduría	77
Ana pide un hijo	78
Las oraciones de David de reflexión, arrepentimiento y alabanza	78
Una oración de reflexión	78
Una oración de arrepentimiento	79
Una oración de alabanza	79
Salomón le pide a Dios una atención especial	79
La oración de Ezequías pidiendo liberación	80
Pidiendo ser liberado de Senaquerib.....	80
Pidiendo sanidad de una enfermedad fatal.....	81

La oración de Daniel a pesar de la persecución	81
La oración de Nehemías pidiendo ser recordado por Dios	82
La oración de María de alabanza y gozo	82
Parábolas acerca de la oración	83
El amigo a la media noche.....	83
La viuda persistente.....	83
El fariseo y el publicano	84
La oración de Jesús pidiendo unidad antes de la crucifixión.....	85
Las oraciones de los apóstoles pidiendo guía y denuedo	86
Una oración pidiendo guía	86
Una oración pidiendo denuedo	86
La oración de Esteban ante una turba violenta	87
Las continuas oraciones que Cornelio le hacía a Dios.....	88

Parte II: Estudio bíblico.....90

¿Qué es el estudio bíblico?	91
¿Por qué es importante estudiar la Biblia?	91

4. Estructura de la Biblia.....92

Los dos testamentos.....	92
El Antiguo Testamento	92
El Nuevo Testamento	93
Los libros de la Biblia	94
¿Por qué esos libros?	95
¿Por qué ese orden?	96
Agrupaciones hebreas tradicionales	96
Agrupaciones alternativas del Antiguo Testamento.....	97
Agrupaciones del Nuevo Testamento	98
Adición de capítulos y versículos	99
Los capítulos crean pausas artificiales	100
Los versículos pueden hacer que perdamos el contexto.....	101
Siempre buscar el contexto más amplio	101
El orden de los eventos.....	102
Era prediluviana (más de 1.500 años).....	102
Era postdiluviana (aproximadamente 350 años).....	102
Era patriarcal (incluyendo la era egipcia, cerca de 500 años).....	103

Era egipcia (vea era patriarcal).....	103
Era del desierto (40 años).....	103
Era de conquistas (25 años)	104
Era de los jueces (aproximadamente 330 años).....	104
Era del reino unificado (aproximadamente 120 años)	105
Era del reino dividido (aproximadamente 350 años).....	106
Era de la cautividad (70 años)	107
Era de la restauración (aproximadamente 100 años).....	107
Era intertestamentaria (aproximadamente 400 años).....	108
Vida y muerte de Jesucristo (33 años).....	108
Era de la Iglesia (aproximadamente 2.000 años —desde el año 31 d.C. hasta el presente)	109
Estilos literarios en la Biblia.....	110
Estilo narrativo (o histórico)	110
Ley	111
Poesía	112
Literatura de sabiduría.....	114
Profecía	115
Evangelios	118
Epístolas (o cartas).....	119
Recursos literarios	120
Alusión.....	120
Quiasmo	122
Imágenes/simbolismo	123
Símil/metáfora	125
Metonimia/sinécdoque	125
Paralelismo.....	127
Personificación/apóstrofe.....	128
Juegos de palabras	129
5. Métodos de estudio bíblico.....	131
Enfoques.....	131
Nivel 1: La Biblia.....	132
Nivel 2: Temas	134
Nivel 3: Libros.....	135
Nivel 4: Capítulos.....	136
Nivel 5: Versículos.....	138

Nivel 6: Palabras	139
Técnicas.....	141
Incorporar la oración.....	141
Tomar apuntes.....	142
Marcar la Biblia	143
Simplemente leer.....	146
Simplemente escuchar (o leer en voz alta).....	146
Comparar traducciones	147
Llevar un diario bíblico creativo	148
Ejemplos de estudios bíblicos	149
Ejemplo de estudio en el nivel 1: La Biblia	149
Ejemplo de estudio en el nivel 2: Temas	150
Ejemplo de estudio en el nivel 3: Libros	152
Ejemplo de estudio en el nivel 4: Capítulos	155
Ejemplo de estudio en el nivel 5: Versículos	156
Ejemplo de estudio en el nivel 6: Palabras	158
Utilice un lexicón para hacer un estudio más profundo.....	159
Consejos generales	160
Revisar temas ya conocidos.....	160
El contexto aclara las cosas.....	161
Mal uso y abuso de las Escrituras	162
Errores comunes que debemos evitar en los estudios de palabras	163
6. Herramientas para el estudio bíblico	168
Libros de referencias, índices temáticos y diccionarios.....	168
Libros de referencias	169
Índices temáticos	169
Diccionarios bíblicos	170
Mapas y atlas.....	171
Mapas.....	171
Atlas.....	171
Concordancias y lexicones	172
Concordancias	172
Lexicones	173
Armonías.....	174
Comentarios	175
Biblias interlineales	176

Herramientas digitales.....	177
Programas de computadora.....	177
Aplicaciones de teléfono.....	178
Sitios web.....	178
7. Cómo elegir una traducción.....	179
Las dificultades de la traducción.....	179
Los idiomas originales.....	180
Perdidos en la traducción.....	182
El canastillo del fin.....	183
Trapo de inmundicia.....	183
Pedro, la pequeña piedra.....	183
Nunca, nunca, nunca.....	184
Cómo entender los manuscritos.....	184
Tengamos en cuenta los errores humanos.....	184
Grupos de manuscritos.....	185
Manuscritos del Antiguo Testamento.....	186
Manuscritos del Nuevo Testamento.....	188
Otros manuscritos.....	190
Estilos de traducción.....	191
Palabra a palabra (equivalencia formal).....	192
Pensamiento a pensamiento (equivalencia dinámica).....	193
Paráfrasis.....	194
Panorama general del espectro.....	194
¿Qué piensa al respecto?.....	197
¿Cuál es la mejor traducción?.....	197
La que usamos en Vida, Esperanza y Verdad.....	198
La Reina Valera no está exenta de algunos inconvenientes.....	198
Principios generales para elegir una traducción.....	200
Parte III: Meditación.....	202
¿Qué es la meditación?.....	203
¿Por qué es importante la meditación?.....	203
8. Cómo meditar.....	204
Crear el entorno adecuado.....	205

Elija un tema	206
La meditación es una extensión natural del estudio de la Biblia	207
Familiarizarse con el tema.....	208
En nuestros corazones y en nuestras bocas.....	208
Haga preguntas, incluso las que no se pueden responder	209
Meditación proactiva vs. meditación reactiva	211
9. Temas para meditar	213
Listas bíblicas importantes	213
Nombres y títulos de Dios	217
La ley de Dios	221
10. El objetivo de la meditación.....	226
El tesoro en su corazón.....	226
Poner en práctica los pensamientos	227
Debemos alimentar la meditación	228
Parte IV: Ayuno	230
¿Qué es el ayuno?.....	231
¿Por qué es importante el ayuno?	231
11. Entender el ayuno y su definición.....	232
El día de Expiación nos da un contexto importante.....	232
Afligir nuestras almas nos ayuda a ser humildes	233
De qué manera el verdadero ayuno nos conduce a la humildad	234
La oración es un componente clave del ayuno	235
Fijemos nuestra mirada en el alimento espiritual.....	236
El alimento espiritual es más fácil, pero más peligroso, de descuidar.....	237
¿Qué es el alimento espiritual?	238
El agua viva y el pan de vida	239
Lo que ganamos al ver más allá de lo físico.....	240
12. ¿Acerca de qué debemos ayunar?	243
Para demostrar nuestro luto y aflicción.....	244
Como una expresión de arrepentimiento.....	245

Como una súplica de liberación o protección.....	246
Para pedirle a Dios que nos guíe	247
Como una fuente de fortaleza espiritual.....	249
13. Ayunos notables en la Biblia	252
Moisés ayuna antes de recibir los Diez Mandamientos	252
David ayuna por la vida de su hijo	253
Elías ayuna antes de hablar con Dios	255
Los ninivitas ayunan después de escuchar la advertencia de Jonás ..	256
Ester ayuna antes de hablar con el rey	258
Daniel ayuna por la desolación de Jerusalén	259
Esdras ayuna para pedir protección durante un viaje peligroso.....	260
Nehemías ayuna después de enterarse del estado de Jerusalén.....	261
Los judíos ayunan y se arrepienten de sus pecados	262
Jesús ayuna antes de enfrentarse a Satanás	263
Los discípulos ayunan antes de nombrar líderes en la Iglesia	265
14. Lecciones de ayunos inapropiados.....	267
Zacarías: el enfoque del ayuno.....	267
Jeremías e Isaías: por qué no los escucha Dios	269
Jonatán: no podemos utilizar el ayuno para exigirle a Dios que haga ciertas cosas	271
Jesús: ¿por qué está usted ayunando?	273
15. Preguntas frecuentes acerca del ayuno	276
¿Puso en tela de juicio Jesús la importancia del ayuno?	276
¿Por cuánto tiempo debo ayunar?	277
¿Con qué frecuencia debo ayunar?	277
¿Qué pasa si tengo una afección médica que me obliga a comer o beber?.....	278
¿Cuál es el beneficio de un ayuno grupal?.....	278
¿Qué ocurre con el ayuno por motivos de salud?	279
Parte V: Compañerismo.....	280
¿Qué es el compañerismo?	281

¿Por qué es importante este compañerismo?	281
16. Cómo funciona el compañerismo	282
¿Qué tenemos en común?	282
El compañerismo de...	283
El compañerismo comienza con Dios.....	284
La meta final del compañerismo	285
El compañerismo después del huerto del Edén.....	285
Compañerismo con la nación de Israel	286
El acceso al trono de gracia estaba limitado	288
Compañerismo con el Padre y el Hijo por medio del Espíritu	289
Nuestro compañerismo personal con Dios.....	290
El compañerismo con Dios nos conecta con otros	291
La Iglesia como templo de Dios	292
La Iglesia como el cuerpo de Cristo	294
17. Siete claves para un compañerismo según Dios.....	297
Amar como Cristo amó.....	298
Buscar el bien de los demás	300
Sobrellevar las cargas de los demás	301
Compartir las bendiciones materiales	302
Corregir (y perdonar) con amor	304
Fomentar la empatía y la compasión.....	307
Orar los unos por los otros	309
18. Cómo relacionarnos con personas que no son como nosotros.....	311
¿Qué ocurre si venimos de mundos diferentes?	312
¿Y si vemos el mundo de una manera distinta?	316
Extrovertidos e introvertidos	320
19. Consejos prácticos para conversar	324
Haga preguntas (y escuche las respuestas)	324
Comparta sus pensamientos	325
Cuídese de no compartir demasiado	326
Busque a aquellos que están solos	327
Cree oportunidades para animar, apoyar y elogiar	328

Reflexiones finales	330
20. Cómo funcionan estas herramientas en conjunto	332
Sugerencias para combinar las herramientas.....	334
21. Qué hacer cuando la vida cambia.....	338
Debemos adaptarnos a las diferentes etapas de la vida.....	339
Cómo afrontar el dolor y la pérdida	341
Superar los obstáculos para crecer espiritualmente.....	343
La tierra junto al camino	344
Los lugares pedregosos	345
Las espinas.....	347
La buena tierra	348
22. Pero, ¿qué estamos construyendo?	349
El final de la historia	351
El ensayo del plan	352
Congregarnos	354
¿Ahora qué?	355

Prólogo

Éste es un libro para aquellos que están buscando profundizar su relación con Dios.

Vale la pena mencionar esto desde el principio, antes de que profundicemos mucho en varios asuntos. Éste no es un libro que va a tratar de convencerlo a usted de creer en Dios o de que la Biblia es su Palabra inspirada. Si ésta fuera la clase de contenido que usted está buscando, le invitamos a leer nuestras publicaciones gratuitas: *¿Existe Dios?*, *¿Es cierta la Biblia?* y *¿Conociendo al Dios de la Biblia?*

Pero este libro asume que usted ya conoce y cree estas cosas —porque éste es un libro para los cristianos que quieren *crecer*.

Éste es un libro diseñado para ayudarlo a entender mejor su Biblia, mientras desarrolla una relación más profunda con Dios junto a sus hermanos y hermanas en la fe.

En las páginas de su Palabra, Dios establece las cinco herramientas principales para el crecimiento espiritual. Cada instrumento representa un aspecto fundamental de lo que significa ser un seguidor de Jesucristo.

Cuando invertimos tiempo para entender cada una de estas herramientas y aprendemos la mejor forma de usarlas, podemos disfrutar de beneficios espirituales inmensos.

Cuando los ignoramos, nos estancamos.

Las cinco herramientas

Hay cinco herramientas que Dios nos da para facilitar nuestro crecimiento espiritual como cristianos:

1. **Oración.** A través de la herramienta de la oración podemos hablar directamente con Dios, pidiéndole su intervención en nuestra vida y

compartiendo nuestros pensamientos con Él. La Biblia nos dice que debemos: “Orar sin cesar” (1 Tesalonicenses 5:17).

2. **Estudio bíblico.** Por medio del estudio bíblico podemos “escuchar” de Dios a través de las páginas de su Palabra inspirada y extraer lecciones para nuestras propias vidas. La Biblia dice que: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).
3. **Meditación.** Por medio de la meditación podemos reflexionar en las lecciones que Dios nos ha mostrado en su Palabra y podemos incorporarlas en la forma en que vivimos. La Biblia exhorta: “transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2).
4. **Ayuno.** Por medio del ayuno podemos acercarnos a Dios en un estado de humildad y docilidad que le permite instruirnos. La Biblia dice que ayunar es una forma de: “convertíos a [Dios] con todo vuestro corazón” (Joel 2:12).
5. **Compañerismo.** Por medio de la herramienta del compañerismo, nosotros fortalecemos nuestra conexión con Dios y con nuestros hermanos y hermanas en Cristo. La Biblia dice que “nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1:3) y “si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros” (v. 7).

Cómo utilizar este libro

Usted puede leer este libro desde el comienzo hasta el final si quiere —o puede leer capítulos aquí o allá hasta que encuentre lo que está buscando.

Este libro está dividido en cinco partes principales —una para cada herramienta espiritual. Cada parte comienza con una breve introducción a la herramienta explicando qué es y por qué es importante.

A partir de aquí, cada parte está dividida en capítulos, muchos de los cuales están, a su vez, divididos en secciones y subsecciones. Si, por ejemplo, usted está realmente interesado en aprender cómo utilizar una concordancia bíblica, puede ir a la sección “Concordancias y lexicones” del capítulo 6: “Herramientas de estudio bíblico”.

Nosotros hemos diseñado este libro para que usted pueda simplemente buscar lo que está interesado en leer. No tiene que pasar por 100 páginas antes de encontrar los dos o tres párrafos que está buscando.

Con esto en mente, si usted es la clase de persona que disfruta leer algo desde el comienzo hasta el final, puede hacerlo también. Incluso si usted está aquí para entender algo específico, se va a dar cuenta de que hay muchísimos temas muy profundos a lo largo de este camino.

Una vida de crecimiento

Este libro es una labor de amor —un intento por compilar tantas facetas de información acerca de estas cinco preciosas herramientas que Dios nos ha dado como nos sea posible.

Para terminar, esto no es sólo un libro. Nosotros esperamos y oramos para que usted se dé cuenta de que esto es un recurso muy útil en su caminar con Dios, aun cuando es limitado en su capacidad.

Aunque usted lo encuentre muy provechoso, llegará un momento en que este libro ya no va a ser tan útil —cuando haya aprendido todo lo que puede aprender y estas páginas ya no tengan nada más que ofrecerle.

Ésta es la forma en que suceden las cosas. Toda cosa buena tiene un fin; todo recurso hecho por el hombre tiene sus limitaciones.

Pero las cinco herramientas descritas en este libro no están hechas por el hombre. Estas herramientas han sido diseñadas por Dios para que nosotros las usemos y, a diferencia de este libro, no hay fin a las cosas que usted puede aprender de ellas. No hay un punto final en la sabiduría infinita de Dios.

Deseamos sinceramente que este libro le permita empezar a ver el increíble potencial de estas cinco herramientas que Dios nos ha dado. Cada una tiene la capacidad de ayudarlo de una manera increíble para el resto de su vida —e incluso llevarlo hasta la próxima.

Sécase la hierba, marchitase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre (Isaías 40:8).

Que las palabras de este libro lo guíen a medida que trata de entender la Palabra que importa de verdad.

Parte I

Oración

¿Qué es la oración?

La oración es el acto de hablar con Dios. Los cristianos utilizan la oración para pedirle cosas a Dios, para buscar respuestas a sus preguntas, para pedirle perdón por los pecados o simplemente compartir sus pensamientos y sentimientos más íntimos con su Creador. Ellos oran por sí mismos, por sus familias, por sus amigos y aun por sus enemigos.

¿Por qué es importante la oración?

La oración es una parte de nuestra habilidad para tener una conversación con Dios. Cuando nosotros oramos, le hablamos a Dios, cuando estudiamos la Biblia, Dios nos habla.

Mientras más entendamos qué es la oración y cómo obra, mejor equipados estaremos para buscar una relación más profunda con el Dios que nos ha creado. La oración nos ayuda a encontrar fuerza cuando somos débiles, dirección donde estamos perdidos, inspiración cuando estamos exhaustos y esperanza cuando nos sentimos derrotados.

La Biblia nos brinda muchísimas ideas acerca de cómo orar. Responde muchas de nuestras preguntas relacionadas con las oraciones y nos da el ejemplo de muchas oraciones que han cambiado el curso de la vida de gran número de personas —incluso de naciones enteras.

Santiago escribió: “La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16). Esto sigue siendo cierto hoy en día. Como cristianos tenemos el privilegio sin igual de vivir de esta forma: “sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios” (Filipenses 4:6), a medida que practicamos la instrucción de: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia” (Hebreos 4:16).

El poder de la oración puede cambiar su vida —y transformar su mundo en el proceso.

1

La oración modelo

Cuando los discípulos le preguntaron a Jesús cómo orar, Él les dio un bosquejo que con frecuencia es llamado “la oración modelo” y la oración del “Padre Nuestro”. Pero este no es un conjunto de palabras que Dios espera que nosotros le recitemos a Él cada vez que oramos. De hecho, Jesús nos advirtió: “orando, no uséis vanas repeticiones” (Mateo 6:7).

Es preciso buscar un modelo de oración como guía, que nos permita estructurar nuestras propias oraciones. Este bosquejo que Dios les dio a sus seguidores ofrece un entendimiento muy valioso acerca de *por qué* debemos orar y *cómo* debemos orar.

Dos escritores de los Evangelios (Mateo y Lucas) registraron este bosquejo, y si bien hay algunas pequeñas diferencias entre los relatos, el mensaje en general es el mismo.

Podemos dividir la oración modelo en tres secciones. Primero comienza con el reconocimiento de quién es Dios. Segundo, incluye nuestras peticiones relacionadas con el plan de Dios en general. Finalmente concluye con las peticiones que podemos hacer en nuestra vida personal.

Cómo reconocer a Dios

En el Evangelio de Mateo, Jesucristo empezó la oración modelo con estas palabras: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre” (Mateo 6:9). Aprendemos que una parte importante en cualquier oración es el *reconocimiento* de Dios. Desde el principio nos dirigimos a Él (“Padre nuestro que estás en los cielos”) y le damos el honor y el respeto que Él se merece (“santificado sea tu nombre”).

El comienzo de esta frase hace que nuestra atención se enfoque en tres verdades importantes acerca del Dios al cual le estamos orando.

Nuestro *Padre* en los cielos

Lo primero tiene que ver con una relación. ¿Quién es Dios en relación a nosotros? Nuestro *Padre* en los cielos.

Es interesante que Jesús haya escogido este título específico para su oración modelo. Dios tiene muchos títulos y Jesús hubiera podido haber usado cualquiera de ellos al inicio de la oración modelo. El Creador (Isaías 40:28). El Todopoderoso (Génesis 49:25). El Dios de los ejércitos (2 Samuel 5:10). El Pastor de Israel (Salmos 80:1). El Anciano de días (Daniel 7:9). El Dios Eterno (Deuteronomio 33:27). Nuestro escudo, nuestra roca y nuestro refugio (2 Samuel 22:3).

Todos esos títulos nos brindan una perspectiva de quién es Dios. Todos ellos son formas perfectamente aceptables para dirigirnos a Dios. Pero Jesús no escogió ninguna de éstas en este ejemplo. ¿Por qué?

Él escogió “Padre”.

Desde el momento en que venimos a Dios en oración hay un recordatorio de cómo debemos verlo a Él. No somos humildes campesinos que vienen delante de un rey al que no le interesa nada y que esperan un momento de su atención. Este Ser divino, que creó el universo de la nada, que nombró las estrellas y las galaxias y las hizo existir, que comanda el trueno y los rayos, que les dice a los océanos dónde parar y que le dio forma a toda la raza humana a su imagen, *este Ser divino nos llama sus hijos*.

Cuando oramos, le estamos orando a nuestro *Padre* que nos ama y quiere buenas cosas para nosotros. Jesús dijo: “Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mateo 7:11).

Cuando usted hable con Dios, recuerde que hay ternura involucrada. Usted y Él tienen una relación especial. Él es el gran y todopoderoso Creador

del universo. Sí, pero también es su Padre, que lo ama profundamente. Usted es su hijo.

Nuestro Padre en los cielos

¿De quién es Padre Él? ¿Sólo de nosotros? ¿Somos los únicos en el planeta que compartimos esta relación especial con Dios?

No, obviamente no. La oración modelo también nos recuerda que Dios es nuestro Padre en los cielos. *Colectivamente*. Él no es exclusivamente mi padre y el padre de las personas que me importan. Él es: “un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Efesios 4:6).

Es un recordatorio de que no importa acerca de qué vamos a orar, no importa qué le vamos a pedir, ni qué ayuda le vamos a implorar, porque nuestro “Padre en los cielos... hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:45), “no [quiere] que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9).

La mayoría de las personas en este planeta no sabe realmente quién es Dios el Padre. La mayoría de ellos, intencionadamente o no, están desobedeciendo sus mandamientos, acarrándose a sí mismos y a quienes los rodean un innecesario dolor y sufrimiento.

Pero Él sigue siendo su Padre. Él todavía los ama. Él quiere lo mejor para ellos. Él quiere que lleguen a arrepentirse para que puedan compartir la vida eterna con Él.

También es un recordatorio de que como cristianos, somos parte de algo más grande —que compartimos a nuestro Padre con nuestros hermanos y hermanas en la fe. No importan nuestras debilidades o flaquezas, somos parte de una familia espiritual unida bajo “un Dios y el Padre de todos”.

Recordar que esta relación Padre-hijo no sólo se trata de nosotros, sino también de todo un planeta lleno de personas que valen la pena y con variables que debemos considerar, nos ayudará a orar con una perspectiva correcta. Esta vida se trata de mucho más que sólo nosotros, nuestras necesidades y nuestros deseos.

Nuestro padre en los cielos

Afortunadamente le estamos orando a Aquel que tiene la perspectiva y la sabiduría para solucionarlo todo. Estamos orando a nuestro Padre *en los cielos* sentado en su trono. “El Eterno estableció en los cielos su trono, y su

reino domina sobre todos” (Salmos 103:19). Dios mismo nos dice: “El cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies” (Isaías 66:1).

Nuestro Padre en los cielos es poderoso, es *fuerte*: “el bienaventurado y solo Soberano, Rey de reyes, y Señor de señores, el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno” (1 Timoteo 6:15-16). Sus ojos: “contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2 Crónicas 16:9).

El apóstol Juan registró una visión, que le fue dada, del increíble trono de Dios en los cielos (Apocalipsis 4:1-11).

Recordar que nuestro Padre es nuestro Padre *en los cielos* nos recuerda el increíble poder que tiene Él, además de su habilidad de ver cada aspecto de cada momento de cada suceso aquí en la Tierra.

Esto, unido a su amor por nosotros debería ser una fuente de gran consuelo: “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aún vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos” (Mateo 10:29-31).

Alguna vez, Dios dijo: “He aquí que yo soy el Eterno, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí?” (Jeremías 32:27). Cuando comenzamos nuestras oraciones reconociendo a nuestro Padre en los cielos, nos recordamos a nosotros mismos la respuesta a esta pregunta.

¡Nada es demasiado difícil para nuestro Dios!

Peticiones acerca del plan de Dios: tu nombre, tu Reino, tu voluntad

Después de hablar del Padre, Jesús continuó: “santificado sea tu nombre. Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mateo 6:9-10).

Es más difícil verlo en español, pero hay cierto paralelismo en el griego original que hace que estas tres frases estén ligadas. Aunque no lo diría de esta forma, las palabras originales son más cercanas a: “Bendito sea el nombre de ti. Que venga el reino de ti. Que sea hecha la voluntad de ti, así en los cielos, también en la tierra”.

Lo que tenemos aquí son tres peticiones que hacen que nuestra atención se enfoque en el plan definitivo de Dios para la humanidad. Cada una subraya un importante aspecto de ese plan: su nombre, su Reino y su voluntad.

Santificado sea tu nombre

Santificar significa tratar o tener algo como santo —sagrado, puro y apartado. Esto significa decirle a Dios: “Que tu nombre santo sea tratado con el respeto y el honor que merece”.

Esta petición nos ayuda a enfocarnos en el hecho de que Dios es santo —que nosotros estamos delante del Creador que sostiene el mundo y que queremos ver su nombre tratado de una manera apropiada por ese mundo.

Pero “santificado sea tu nombre” es más que un pensamiento positivo. Decirlo (y más importante, saber lo que esto significa) requiere cierta introspección de parte nuestra.

El Tercer Mandamiento nos dice: “No tomarás el nombre del Eterno tu Dios en vano; porque no dará por inocente el Eterno al que tomare su nombre en vano” (Éxodo 20:7).

En la superficie, este mandamiento se aplica a las cosas que decimos. Debemos tener cuidado de no hablar de Dios o hacer referencia a Él de una manera vacía o indigna —Él es santo y debe ser tratado como santo.

Pero el concepto de un nombre es más profundo que esto. Pablo les advirtió a los romanos que su propia hipocresía podía hacer que otros trataran el nombre de Dios de una manera vana: “Tú, pues, que enseñas a otro, ¿no te enseñas a ti mismo? Tú que predicas que no se ha de hurtar, ¿hurtas? Tú que dices que no se ha de adulterar, ¿adulteras? Tú que abominas de los ídolos, ¿cometes sacrilegio? Tú que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonoras a Dios? Porque como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros” (Romanos 2:21-24).

Sí, por nuestras acciones podemos afectar la forma en que otros ven el nombre de Dios y esto no nos debe extrañar. Pablo también escribió: “el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:14-15), como seguidores de Dios —y como sus hijos— *nosotros llevamos el nombre de Dios*.

Esto es verdad así estemos interactuando con personas dentro o fuera de la Iglesia. Pedro dijo a la Iglesia: “Manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras” (1 Pedro 2:12). Pablo le dijo a Timoteo: “sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza” (1 Timoteo 4:12).

No importa si estamos rodeados de creyentes o no creyentes. Nuestra

conducta refleja el valor que le damos al nombre de Dios. No podemos expresar nuestro deseo de ver que otros traten el nombre de Dios como algo santo si nosotros no lo estamos tratando así. Podemos muy fácilmente perder nuestra conexión con ese nombre cuando nos conviene: “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él” (Colosenses 3:17).

Si queremos ver el nombre de Dios santificado (y deberíamos), esa santificación del nombre de Dios debe comenzar por nosotros.

Que venga tu Reino

La siguiente petición que Jesús incluyó en su oración modelo es muy corta: “Venga tu reino”. Pero antes de pedir esto debemos dedicar un tiempo para considerar lo que significan estas pocas y sencillas palabras.

Como cristianos debemos anhelar la llegada del Reino de Dios. Ese Reino fue el centro de todo lo que Cristo dijo e hizo durante su época en la Tierra.

El Evangelio de Marcos registra cómo Jesús entró en escena para que las personas estuvieran pendientes de Él: “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (Marcos 1:14-15).

El evangelio que Jesús vino para predicar era el Reino de Dios. Su mensaje estaba perfectamente enfocado. El Reino viene; arrepíentanse y crean.

Predicar este mensaje continúa siendo la misión de la Iglesia de Dios en la actualidad. Una de las principales razones por las cuales Dios estableció la Iglesia es para predicar las buenas noticias del Reino de Dios a todo el mundo (Mateo 24:14, 28:19-20). Entonces una parte importante de la oración de un cristiano debería incluir pedirle a Dios que bendiga los esfuerzos que estamos haciendo en nuestra labor de predicación del evangelio.

Aun cuando estuvo bajo arresto domiciliario, el apóstol Pablo continuó: “Predicando el reino de Dios y enseñando acerca del Señor Jesucristo, abiertamente y sin impedimento” (Hechos 28:31). En una de sus cartas Pablo les suplicó a los miembros de la Iglesia: “orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros” (2 Tesalonicenses 3:1).¹

¹ Si desea ahondar más en el tema, puede ver nuestros artículos en línea: “¿Qué es el evangelio del Reino?”, “¿Cuál es la misión de la Iglesia?” y “¿Por qué pedir venga tu reino?”.

El Reino todavía no ha venido, pero aún desempeña un papel central en el mensaje del evangelio. Todavía representa nuestra meta definitiva: el blanco al cual apuntamos y a donde queremos llegar. “Venga tu reino” debería ser algo que los cristianos piden seria y genuinamente con facilidad.

Pero algunas veces no es así.

Hay dos cosas que hacen difícil orar por el Reino: la falta de conocimiento y la falta de deseo.

¿Cómo cambiará el mundo cuando Cristo regrese?

Empecemos primero con conocimiento. Es muy fácil animarnos y orar por el Reino cuando tenemos un panorama más claro de lo que ese Reino va a ser. La Biblia está llena de referencias al Milenio que vendrá —los mil años del reinado de Cristo sobre los seres humanos— y hasta el tiempo futuro en el que todos seremos parte del Reino de Dios.

Posiblemente hay más referencias de las que nosotros podemos abarcar, pero veamos algunas importantes:

Eventualmente, el reinado de Jesucristo traerá una paz verdadera y duradera. No va a ser simplemente un cese al fuego, ni una tregua temporal, sino verdadera paz. Ya nadie tendrá que vivir con miedo o terror:

“Dios mismo juzgará entre muchos pueblos y administrará justicia a naciones poderosas y lejanas. Convertirán sus espadas en arados y en hoces sus lanzas. Ya no levantará su espada nación contra nación y nunca más se adiestrarán para la guerra. Cada uno se sentará debajo de su vid y de su higuera; y nadie perturbará su solaz —el Señor de los Ejércitos lo ha dicho” (Miqueas 4:3-4, NVI).

El reinado de Cristo comenzará en Jerusalén y se extenderá a todo el mundo —el resultado final serán comunidades felices y prósperas que realmente tendrán muchos motivos para vivir. Sus vidas serán largas y gratificantes: “Aún han de morar ancianos y ancianas en las calles de Jerusalén, cada cual con bordón en su mano por la multitud de los días. Y las calles de la ciudad estarán llenas de muchachos y muchachas que jugarán en ellas” (Zacarías 8:4-5).

El resto del mundo empezará a buscar ansiosamente una relación con el Dios que habrá hecho posible la paz: “Aún vendrán pueblos, y habitantes de muchas ciudades; y vendrán los habitantes de una ciudad a otra, y dirán: Vamos a implorar el favor del Eterno, y a buscar al Eterno de los ejércitos. Yo también iré. Y vendrán muchos pueblos y fuertes naciones a buscar al

Eterno de los ejércitos en Jerusalén, y a implorar el favor del Eterno... En aquellos días acontecerá que diez hombres de las naciones de toda lengua tomarán del manto a un judío, diciendo: Iremos con vosotros, porque hemos oído que Dios está con vosotros” (vv. 20-23).

Incluso la naturaleza del mundo animal será transformada a medida que las personas empiecen a buscar a Dios: “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:6-9).

Paz. Prosperidad. Una relación profunda y significativa entre el Creador y su creación. Todo esto culminará finalmente en nuevos cielos y nueva tierra: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:3-4).

Cuando oramos que venga el Reino de Dios *esto* es lo que estamos pidiendo. *Éstas* son las promesas de un futuro gobierno de Dios del cual podemos tener grandes expectativas —así como aquellos que vivieron antes de nosotros, quienes: “mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra... por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (Hebreos 11:13, 16).

Mientras más familiarizados estemos con las promesas de este futuro increíble, más fácil será orar por su llegada. Si desea ahondar más en este tema, puede descargar nuestro folleto gratuito: [El mundo que vendrá: ¿cómo será?](#)

¿Por qué no queremos afrontar estos cambios?

El Reino de Dios cambiará fundamentalmente el mundo en el que vivimos. Esto es algo muy animador. Durante el Milenio, Dios el Padre y Jesucristo eliminarán todas las tradiciones autodestructivas e ideologías torcidas, reemplazándolas con una forma de vida que le dará significado y propósito a cada vida humana.

Pero a veces... a veces, cuando nuestra vida es cómoda, puede ser difícil anhelar esos cambios. A veces tenemos metas por alcanzar en esta vida (tales como: finalizar estudios, mudarnos, casarnos, comenzar una familia, comenzar un negocio e incluso sólo establecernos financieramente) entonces, ese sentimiento detrás de nuestra oración puede pasar sutilmente de “venga tu reino” a “que venga tu reino... eventualmente. Después de un tiempcito, más tarde, después de que yo haya podido hacer lo que quiero hacer”.

Es un sentimiento natural y muchas personas se debaten en eso. Porque somos humanos, la vida física es la única forma de vida que conocemos —y si el Reino de Dios viniera en este momento eso nos impediría lograr todo lo que queremos en esta vida. Cuando venga el Reino de Dios, el pueblo de Dios será transformado en seres espirituales tal como Él (1 Corintios 15:50-53, 1 Juan 3:2) y las cosas nunca volverán a ser las mismas.

El libro de Apocalipsis nos dice que cuando Jesucristo derroque los reinos de este mundo, los reyes y mercaderes, todos, van a tener que afrontar la destrucción de la vida tal como la conocemos —una vida que han vivido desafiando a Dios, buscando constantemente la autogratificación (Apocalipsis 18:4-20).

Al referirse al regreso de Jesucristo, a Daniel le dijeron: “Y en los días de estos reyes el Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

En otras palabras, usted tal vez se debate entre si debe orar o no: “venga tu reino”, porque la llegada del Reino de Dios significa el fin de este mundo tal como lo conoce.

Pero es importante reconocer que lo que viene es *mucho mejor* que cualquier cosa que esperemos lograr, porque sabemos que el Reino es más digno de buscar que todo lo demás. No es algo que la mente humana pueda comprender plenamente: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, Ni han subido en corazón de hombre, Son las que Dios ha preparado para los que le aman” (1 Corintios 2:9).

Al leer el capítulo 11 de Hebreos, usted puede encontrar historia tras historia de creyentes fieles que dejaron atrás su vida porque creían que el Reino valía más para ellos que buscar sus propias metas. Moisés dejó atrás una vida de comodidad en Egipto para sufrir aflicciones con el pueblo de Dios (Hebreos 11:24-25). “Teniendo por mayores riquezas el vituperio de

Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (v. 26).

Abraham se convirtió en un nómada bajo la guía de Dios, viajando de lugar en lugar, “porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (v. 10). Noé construyó el arca que eventualmente lo llevó a un mundo totalmente distinto del que había dejado “y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe” (v. 7).

El punto es: “Conforme a la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente tenían tiempo de volver. Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad” (vv. 13-16).

Puede ser difícil entender o aceptar el hecho de que también nosotros tengamos que dejar atrás algunos de nuestros ideales físicos y sueños por buscar el Reino. *Esto no es nada fácil de hacer*. Pero es más fácil cuando recordamos que: “las aflicciones del tiempo presente *no son comparables* con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse” (Romanos 8:18, énfasis añadido).

La vida temporal y limitada que conocemos no se compara con la vida eterna y perfecta a la que Dios quiere llevarnos. Orar: “venga tu reino” significa escoger lo que ha de venir por encima de lo que ya es.

Hágase tu voluntad

Algunas veces, la voluntad de Dios se puede describir como un concepto nebuloso —y por una buena razón. Dios mismo nos dice: “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo el Eterno. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8-9).

Con nuestra perspectiva humana tan limitada, es difícil para nosotros ver las cosas de la misma manera que Dios las ve. Desde su trono en los cielos, Dios lo ve todo. Pero Él no sólo lo *ve* todo. Él sabe qué hacer con todo. Y más aún, *Él está en el proceso de hacerlo*.

A través de la Palabra de Dios, podemos vislumbrar el panorama más

amplio que Él ya conoce tan bien. Por medio de su Santo Espíritu podemos empezar a aprender a pensar de la misma forma en que Él piensa —porque por medio de su Espíritu “tenemos la mente de Cristo” (1 Corintios 2:16).

Pero incluso con su Palabra y su Espíritu, no estamos al nivel de Dios, no podemos ver todo lo que Él ve y aun si lo pudiéramos hacer, no sabríamos manejarlo de la forma correcta. Entonces, orar pidiendo “tu voluntad sea hecha”, no es sólo una petición, es una expresión de fe y de confianza.

Sea hecha tu voluntad, porque no veo lo que tú ves.

Sea hecha tu voluntad, porque yo confío en que tú sabes lo que es mejor para cada uno.

Sea hecha tu voluntad, porque yo sé que tú eres lo suficientemente fuerte para hacer que esto pase.

Sea hecha tu voluntad, aun cuando yo crea tener una mejor solución al problema —porque tú tienes la sabiduría que yo no tengo.

Esto no es algo fácil de pedir. Cuando venimos delante de Dios en oración, tenemos nuestros deseos y anhelos. Tenemos *necesidades*. Y cuando le pedimos a Dios su ayuda en esas necesidades y deseos, tal vez tengamos ideas acerca de *cómo* y *cuándo* nos gustaría que Él nos respondiera esas peticiones.

No hay nada de malo con esto. Podemos pedirle a Dios con toda confianza de que responda nuestras oraciones de cierta manera y en cierto momento —pero si antes de nuestras peticiones antepone “hágase tu voluntad”, esto nos recordará que Dios no es un genio que está a nuestra disposición. Él es nuestro Padre y sabe cuándo es el momento adecuado y cuál es la forma perfecta de responder nuestras oraciones.

Jesucristo nos dio el máximo ejemplo de esta actitud. Horas antes de su crucifixión y muerte les dijo a sus discípulos: “Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo” (Mateo 26:38). Él estaba muy turbado (v. 37) con los sucesos que estaban a punto de desencadenarse. Había venido a la Tierra para convertirse en el sacrificio por todos los pecados (Juan 12:27), pero eso no significaba que Él estuviera esperando el momento en que iba a experimentar todo ese sufrimiento.

Entonces: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). Momentos después: “Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad” (v. 42). En el momento más difícil de su vida física, Jesús confió en que Dios

tomaría la decisión correcta, aunque esto implicara experimentar algo que Él quería evitar.

Necesitamos hacer lo mismo.

Pero, ¿qué es exactamente la voluntad de Dios? ¿Cómo podemos identificarla en nuestra vida? Hay tres componentes de la voluntad de Dios que necesitamos analizar.

1. Lo que Dios quiere que suceda

Esto es lo que algunas veces se llama la voluntad *preceptiva* de Dios, porque Él la revela por medio de sus preceptos, sus mandamientos y sus instrucciones, que nos dicen cómo espera que vivamos.

Cuando queremos entender la voluntad de Dios en nuestra vida, éste es el punto para comenzar. Es fácil enfocarnos en las cuestiones que tienen un impacto inmediato y obvio en nuestra vida —“¿A cuál universidad debo ir?”, “¿cuál trabajo quiere Dios que acepte?”, “¿con quién quiere Dios que me case?” y así sucesivamente. Pero la voluntad de Dios comienza mucho más cerca del hogar y a un nivel más fundamental:

Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide el Eterno de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios (Miqueas 6:8).

A través de las páginas de su Palabra, Dios nos muestra lo que es bueno, nos muestra cómo actuar justamente, cómo hacer justicia, amar y tener misericordia y cómo caminar humildemente con Él. De *esto* es de lo que se trata la voluntad de Dios —y de entender que esto requiere que estudiemos su Palabra, meditemos en ella y le hablemos de ella a Él en oración.

Jesús les dijo a sus discípulos: “No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido?... No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. *Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas.* Así que, no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal” (Mateo 6:25, 31-34, énfasis añadido).

Comer es importante, tener vestido es importante y por ello son parte

de la oración modelo; esas cosas ya las mencionamos. Pero Jesús nos está advirtiendo que si hacemos de esas cosas nuestra prioridad perderemos de vista lo que es más importante; la voluntad de Dios es que busquemos *primeramente* su Reino y su justicia.

Prepararnos espiritualmente para ese Reino debe ser nuestra prioridad y, si nos comprometemos a hacerlo, entonces Dios nos promete que nos proveerá para las otras necesidades: alimento, bebida, vestido, la escuela adecuada, el trabajo adecuado, la esposa adecuada, el vecindario correcto, lo correcto de todo. Dios nos va a ayudar a que estas cosas aparezcan de la forma y en el momento en que necesitamos que sucedan.²

Orar “hágase tu voluntad” significa pedirle a Dios que nos ayude a alinear nuestra vida con su voluntad, como nos lo revela la Biblia. También significa confiar en que Él nos guiará adonde *necesitamos* ir, aunque no siempre sea el lugar al que *queremos* ir.

2. Lo que Dios puede permitir que suceda

Algunas veces esto es llamado la voluntad *permissiva* de Dios, porque involucra las cosas que Él *permite* que sucedan. Lo más importante que podemos entender acerca de la voluntad permissiva de Dios es que ya que tenemos libre albedrío, Él puede *permitir* que algo pase, aunque Él no *quiere* que pase.

Cuando las personas se preguntan cómo puede Dios permitir que suceda una tragedia específica, esto es usualmente la parte de la voluntad de Dios que tienen problemas para aceptar. Si Dios es el todopoderoso y amoroso Dios que afirma ser, eso nos da motivos para pensar que Él impediría una tragedia causada por los seres humanos antes de que esta ocurriera.

Pero esto no sucede, ¿por qué? Honestamente no siempre conocemos las razones.

Sin embargo, considere el hecho de que Dios permite que todos tomemos decisiones. Él nos dio libre albedrío —y ese libre albedrío significa que nosotros (y aquellos a nuestro alrededor) tenemos la capacidad de ignorar su voluntad preceptiva. Él nos puede decir que hagamos algo y nosotros le podemos decir: “no, no quiero hacerlo”, o Él puede decirnos que no hagamos algo y nosotros escoger hacerlo de todas maneras.

² ¿Hará Dios que todas las cosas sucedan de la manera en que nosotros queremos? No necesariamente. Dios sabe lo que es mejor para nosotros, no sólo en este momento sino a largo plazo. Esto algunas veces significa que vamos a experimentar cosas que no hubiéramos escogido. Aquí es donde entra en escena la fe. ¿Confiamos en que Dios tomará mejores decisiones que nosotros?

Ahí es donde entramos en conflicto. Cuando desobedecemos los preceptos de Dios, pecamos (1 Juan 3:4). Cuando pecamos nos acarreamos dolor y sufrimiento en nuestra vida y en la vida de los que nos rodean. Y cuando todo el mundo desdeña los mandamientos de Dios, el resultado final es un mundo lleno de tragedias y sufrimiento innecesario.

Dios no quiere ver sufrir a su creación —pero esta alternativa implicaría quitar nuestro libre albedrío y nos transformaría en robots sin mente, incapaces de tomar nuestras propias decisiones. Por eso, hasta el momento, Él nos ha permitido desobedecer. Él nos permite vivir en un mundo que está cosechando las consecuencias del pecado y la desobediencia.

¿Por qué? “Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios” (Romanos 8:20-21).

El plan de Dios involucra permitirnos *escoger* si vamos o no vamos a obedecerle.

Esto no significa que Él permita que la “esclavitud de la corrupción” continúe por tiempo indefinido. Eventualmente todo el que haya vivido deberá tomar una decisión definitiva: ¿se comprometerá a obedecer al Dios del universo o continuará desobedeciéndole, buscando sus propios deseos destructivos?

Aquellos que definitivamente insistan en vivir una forma de vida dañina, serán destruidos para siempre (Apocalipsis 20:15). Cuando el pecado sea finalmente removido de la ecuación, nos encontraremos en un mundo en el que: “ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:4).

Pero el camino de aquí hasta allá es un camino largo. Dios nos da espacio para el arrepentimiento, para la misericordia y la paciencia: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, *no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9, énfasis añadido). Si Dios nos quitara el libre albedrío, entonces también nos quitaría la capacidad de crecer para ser más semejantes a Él.

A Pablo no le eran extrañas las pruebas y el sufrimiento (2 Corintios 11:22-29), pero esto no impidió que él les dijera a los creyentes romanos: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28).

Todas las cosas. No sólo algunas cosas. *Todas* ellas. Cualquier cosa que Dios haga o permita que suceda, tenemos la garantía de que Él nos está acercando un paso más al día en que la creación misma será llevada a “la gloriosa libertad de los hijos de Dios”.

Orar “hágase tu voluntad” significa aceptar que todo lo que Dios permite que suceda en esta vida —bueno o malo, fácil o difícil— es por una razón.

Una *buen*a razón.

3. Lo que Dios hará que suceda

Esto es algunas veces llamado la voluntad *decretativa*, porque todo lo que Dios *decreta* va a suceder. En el principio de la Biblia, Dios dijo: “Sea la luz; y fue la luz” (Génesis 1:3).

Es algo tan sencillo como esto. Dios hace un decreto —Él ordenó que sucediera, y sucedió. Ésta es la clase de poder que Él tiene siempre sobre el mundo (y el universo) en que vivimos.

El rey Salomón reconoció esto cuando le dijo a Dios: “Tuya es, oh Eterno, la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; Porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo oh Eterno es el reino, y tú eres excelso sobre todo. Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas, sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos” (1 Crónicas 29:11-12).

Los decretos de Dios desempeñan un papel importante en la profecía. Más que eso, los decretos de Dios son profecía: “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

Buena parte de la Biblia incluye promesas y visiones de eventos que todavía no han ocurrido —decretos que Dios nos dio para tener una perspectiva valiosa del futuro.

Dios no siempre cumple sus decretos inmediatamente. Algunas veces Él les da a las personas tiempo para que se arrepientan y cambien su camino (vea Ezequiel 33:14-15; Jonás 3:4-10). Algunas veces Él quiere que se den ciertas condiciones antes de actuar (vea Génesis 15:16; Daniel 12:8-9; Apocalipsis 6:10-11). Pero no hay nada que tenga el poder de impedir que Dios lleve a cabo su voluntad.

Él le dijo al profeta Habacuc: “Aunque la visión tardará aún por un tiempo, mas se apresura hacia el fin, y no mentirá; aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará” (Habacuc 2:3).

Si Dios dice que va a suceder, con certeza sucederá.

El Reino de Dios es una de estas certezas (Apocalipsis 11:15). Así de cierta es la derrota final de Satanás (Apocalipsis 20:1-3, 7-10). Habrá nuevos cielos y nueva tierra (Apocalipsis 21:1-5). Entonces habrá un mundo en el cual “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará” (Isaías 11:6).

Orar “que se haga tu voluntad” significa reconocer que la voluntad de Dios será hecha, que nada puede detener lo que tiene que suceder en el momento y en la forma que Dios quiera. También significa expresar nuestro anhelo ferviente de que todos esos decretos se cumplan, sabiendo que vienen con la promesa de un mundo mejor.

La conexión

Estas tres peticiones están finalmente conectadas entre sí. Dios nos dice lo que va a ocurrir después de que su reino sea establecido: “ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios” (Romanos 14:11). Él (y por extensión su nombre) serán tratados como santos por todas las personas. Y en ese santo Reino de Dios, la ley de Dios (y por lo tanto la voluntad de Dios) reinará por encima de todos. El nombre de Dios, el Reino de Dios y la voluntad de Dios, todo va de la mano.

Puede ser fácil mirar estas tres peticiones como requerimientos formales que necesitamos tener en cuenta antes de obtener las cosas que realmente necesitamos en ese momento: nuestras necesidades y deseos personales. Pero hay una razón por la cual Jesucristo puso estas cosas como lo primero y no es simplemente un formalismo.

Como seres humanos nuestra perspectiva es limitada. Es difícil ver más allá de nuestros asuntos personales y muy fácil convencernos a nosotros mismos de que esos asuntos requieren nuestra atención inmediata.

Al dar un paso atrás y enfocarnos en algo mayor que nosotros mismos —al reconocer la importancia suprema del nombre de Dios, su Reino y su voluntad— ampliamos nuestra perspectiva para incluir un cuadro mayor.

¿Quiere Dios escuchar acerca de nuestras necesidades y deseos? Sí, claro que sí. ¿Pero cómo se comparan en importancia esos deseos y necesidades frente a un plan que ha estado en marcha “desde antes de la fundación del mundo”? (Tito 1:2). ¿Deberían las cosas que queremos estar por encima del plan que termina con Dios enjugando cada lágrima de cada ojo —ese final

de: “ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:4)?

Obviamente no. Por eso es que en parte la oración modelo es mucho más que un formalismo, es una *perspectiva*. Nos recuerda por qué estamos aquí, hacia dónde nos dirigimos y quién es el que va a hacer que esto sea posible.

El nombre Dios, el Reino de Dios, la voluntad de Dios. Estas tres peticiones hacen que desviemos la atención de nuestras pobres dificultades personales y nos enfoquemos en la eternidad.

Peticiones por las circunstancias personales: necesidades físicas, perdón y protección

Después de mostrarnos cómo debemos reenfocarnos en el plan de Dios (y dónde encajamos en eso), Jesús procedió a darnos un modelo para orar acerca de nuestras necesidades personales. Él continuó: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén” (Mateo 6:11-13).

En el registro de Lucas (especialmente en algunos manuscritos), tenemos una versión más condensada de esta parte de la oración modelo: “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Y perdónanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben. Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal” (Lucas 11:3-4).

En cualquier versión, estas tres peticiones nos muestran cómo podemos orar acerca de los temas más inmediatos de nuestra vida: nuestras necesidades físicas, perdón de nuestros pecados y protección del mal.

Danos el pan diario

Cuando Jesús nos explicó cómo orar, nos dijo que debíamos pedir “nuestro pan diario”, ¿significa que Él estaba esperando que oráramos cada día específicamente por panes horneados?

Excepto en extremas circunstancias, por supuesto que no. El pan es un alimento icónico del mundo antiguo y, tanto en hebreo como en griego, tenemos ejemplos en donde el “pan” se puede referir bien a un pan literal o a los alimentos en general. Aquí es realmente muy obvio que Jesucristo no estaba diciendo que la única comida que podíamos pedirle a Dios era pan.

Podemos incluso ir un paso más allá y deducir que orar por nuestro “pan

diario” no sólo se trata de orar por nuestro alimento diario. Tiene que ver con orar por nuestras *necesidades* diarias. En la oración modelo, el pan sirve como un referente para todo lo que requerimos físicamente en el día a día —el alimento, cobijo, el vestido y cosas semejantes.

Antes de enseñar la oración modelo, Jesús nos dio este consolador pensamiento: “No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mateo 6:8), pero luego surge una pregunta interesante. ¿Por qué espera Dios que le pidamos las cosas que Él sabe que necesitamos? Si como dice en Lucas 12:7 “aún los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis, pues; más valéis vosotros que muchos pajarillos”, no es como si Él necesitara que le recordáramos acerca de nuestras necesidades, porque si no lo hacemos Él se podría olvidar de intervenir.

¿Entonces cuál es el punto?

La importancia de buscar el pan diario

Hay una clave en el instante en que ocurre esta petición. Nosotros oramos en *este día* por nuestro pan *diario*. Dios no nos dice que debemos pedir una vez a la semana por nuestro pan *semanal*. Es algo que se supone que debemos pedir *cada día*.

Orar diariamente por nuestro pan diario no le ayuda a Dios —nos ayuda a *nosotros*.

Jesús también les dijo a los discípulos: “No os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir” (Mateo 6:25). Hay un abismo entre orar por algo y preocuparse por ello. Cuando estamos preocupados por algo, nos estresamos y dejamos que esto llene nuestra mente y se convierta en nuestro enfoque. Cuando oramos por nuestras necesidades, esto nos ayuda a reenfocar y redefinir la forma en que vemos el mundo.

Nos ayuda a recordar que Dios es finalmente Aquél que nos provee para todas nuestras necesidades —que Él lo hace conforme a: “sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Filipenses 4:19), y que lo hace con agrado, “porque Él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7).

Esto nos ayuda a recordar que en verdad dependemos totalmente de Él para nuestra supervivencia, día a día —que “en Él vivimos, y nos movemos y somos” (Hechos 17:28) y “si el pusiese sobre el hombre su corazón, y recogiese así su espíritu y su aliento, toda carne perecería juntamente, y

el hombre volvería al polvo” (Job 34:14-15). Él sustenta nuestra existencia, aun antes de llegar al tema de lo que comemos.

El simple acto de pedirle al Dios del universo que nos provea para nuestras necesidades básicas, nos facilita ser conscientes y sentir gratitud por las bendiciones que Él nos provee en la vida —porque “toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17).

Pedir por “nuestras” necesidades diarias, por supuesto, incluye las necesidades de los miembros de nuestra familia, así como las de nuestros hermanos y hermanas espirituales. Muchas veces, en la Iglesia y por el compañerismo, nos enteramos de las necesidades y pruebas de nuestros hermanos, y podemos recordarlas o incluso hacer una lista para pedir regularmente por ellas. Tal vez ante estas necesidades nos sintamos abrumados, pero nuestro gran Dios conoce cada cabello de nuestra cabeza (Mateo 10:29-31). Él se complace en que nos importen lo suficiente como para tenerlas en cuenta cuando nos presentamos delante de su trono.³

La importancia de hacer nuestra parte

Agur le pidió a Dios: “No me des pobreza ni riquezas, mantenme del pan necesario; no sea que me sacie y te niegue, y diga: ¿Quién es el Eterno? O que siendo pobre hurte, y blasfeme el nombre de mi Dios” (Proverbios 30:8-9).

Él reconoció el valor de depender de Dios para sus necesidades físicas. Y sabía que tanto una gran riqueza como una extrema pobreza, nos haría más difícil enfocarnos en esa dependencia. Agur conocía la importancia de pedirle a Dios por nuestro pan diario y la forma correcta de hacerlo.

Pedirle a Dios que nos ayude con nuestras necesidades no nos exime de hacer nuestra parte. Jesús prometió: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?” (Mateo 7:7-11).

Dios quiere darnos buenos dones, pero espera que nosotros le pidamos, lo busquemos y toquemos la puerta. Él espera que: “trabaje, haciendo con

³ Si lo desea puede consultar nuestro artículo en línea: “[La oración intercesora: cómo orar por los demás](#)”.

sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad” (Efesios 4:28). Hay todavía más acerca de este tema: “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Tesalonicenses 3:10). Y *más* concretamente: “Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5:8).

Parte de orar por nuestro pan diario es pedirle a Dios que bendiga nuestros esfuerzos por adquirir las cosas que necesitamos para vivir nuestro día a día. Cuando Dios bendice estos esfuerzos, nos damos cuenta de todo el alimento que tenemos a disposición.

La importancia del contexto bíblico

No podemos hablar del pan diario sin hablar del maná.

A medida que los israelitas seguían a Dios a través del desierto entre Egipto y la Tierra Prometida, sus propios alimentos disminuyeron rápidamente. Cuando ellos (sin fe y de una forma dramática) acusaron a Moisés de llevárselos al desierto “para matar de hambre a toda esta multitud” (Éxodo 16:3), Dios les hizo un milagro increíble.

“He aquí yo os haré llover pan del cielo; y el pueblo saldrá, y recogerá diariamente la porción de un día, para que yo lo pruebe si anda en mi ley, o no” (v. 4). Los israelitas llamaron a este pan *maná* (en hebreo significa “¿qué es esto?”).

Desde aquel día hasta que comieron de los frutos en la Tierra Prometida (Josué 5:12), Dios proveyó fielmente a su pueblo con pan del cielo. Los sostuvo durante cuarenta años en el desierto. En un sentido literal y real ellos sabían que, si Dios no proveía para sus necesidades diarias de alimento, no tendrían nada que comer. Dependían completamente de Él para ese pan diario.

Pero el maná no era el punto.

Cuando Israel ya estaba cerca de terminar su peregrinar por el desierto, Moisés les recordó: “Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído el Eterno tu Dios estos cuarenta años en el desierto, para afligirte, para probarte, para saber lo que había en tu corazón, si habías de guardar o no sus mandamientos. Y te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber que *no solo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca del Eterno vivirá el hombre*” (Deuteronomio 8:2-3, énfasis añadido).

El punto es que nuestras necesidades físicas para sobrevivir son in-

significantes comparadas con lo que necesitamos *espiritualmente*. Jesús explicó: “Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo... Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente” (Juan 6:48-51, 57-58).

La Palabra de Dios es nuestro sustento espiritual y el sacrificio de su Hijo abrió la puerta para la vida eterna. Aunque estemos orando por nuestras necesidades físicas no podemos permitirnos ignorar cuánto dependemos del alimento espiritual que Dios nos ha provisto por medio de su Palabra viva. Éste es el “pan diario” por el que vale la pena luchar.

Perdona nuestros pecados

El sacrificio de Jesucristo hizo posible nuestro perdón. “Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión... Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios... Se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado” (Hebreos 9:22, 24, 26).

Cuando venimos delante de Dios y le pedimos que nos perdone nuestros pecados, es importante que entendamos lo que ha tenido que ocurrir para hacer ese perdón posible.

No fue algo pequeño para el Verbo eterno que vivía con Dios y era Dios, convertirse en un ser humano y sufrir una horrible muerte para poder pagar la pena de nuestros pecados (Filipenses 2:5-8).

No fue poca cosa para Él tener que colgar de un madero después de haber sido azotado, lleno de sangre con los clavos en sus extremidades y sentir una agonía inexpresable con cada respiración, a medida que su espalda lacerada raspaba contra el madero en el cual había sido crucificado por los soldados romanos.

Y no fue poca cosa para Él invocar a Dios en medio de esa agonía y decir: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes” (Lucas 23:34).

Nuestro perdón fue hecho posible a un precio inconcebible. Es importante recordar que cuando le pedimos a Dios “perdónanos nuestras faltas”, no sólo nos estamos *disculpando* por esos pecados —le estamos pidiendo que nos lave en la sangre del “Cordero de Dios” quien “quita el pecado del mundo” (Juan 1:29; compararlo con Apocalipsis 1:5 y 7:14).

No podemos darnos el lujo de tratar ese sacrificio a la ligera.

Podemos venir confiadamente ante el trono de la gracia

Al mismo tiempo, Dios no espera que vivamos nuestras vidas sintiéndonos avergonzados y culpables continuamente por lo que Jesús estuvo dispuesto a hacer por nosotros. De hecho, la Biblia dice que Él fue: “inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8).

El sacrificio era parte del plan de Dios desde el comienzo.

Dios el Padre y Jesucristo crearon la raza humana *sabiendo* que nosotros teníamos la capacidad de pecar —de rechazar la perfecta ley de Dios y escoger una forma autodestructiva de vivir. A partir del momento en que Dios “formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7), el sacrificio de Cristo se volvió inevitable. La humanidad *pecaría* —y sin una forma de alcanzar el perdón, el plan de Dios para nosotros nunca podría llevarse a cabo.

Horas antes de su crucifixión, Jesús les dijo a sus discípulos: “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:13-14).

Jesús no dio su vida a regañadientes o con reservas. Él la dio lleno de *amor*. El libro de Hebreos lo llama: “el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:2).

El gozo estaba puesto delante de Él.

Él estaba sentado a la diestra de Dios. ¿Cuál era el gozo puesto delante de Cristo? ¿Sentarse a la diestra de Dios? Si esto fuera todo lo que estaba involucrado, entonces no había necesidad de que Él tuviera que soportar la cruz. Él había existido por la eternidad teniendo el mismo poder y la misma gloria que Aquél que se convirtió en el Padre (Filipenses 2:6; Juan 5:17-18) —entonces no era necesario que Él viniera y muriera como los seres humanos para lograrlo.

Lo que Él *no tenía* antes de su crucifixión... éramos *nosotros*.

Hasta ese sacrificio todos estábamos: “muertos en vuestros delitos y pe-

cados” (Efesios 2:1). Todos hemos pecado, y “la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 6:23).

Nosotros éramos el gozo puesto delante de Cristo. Nosotros y toda la raza humana.

Él estaba ansioso por limpiarnos. Por reconciliarnos con Dios el Padre. Por llevarnos a la familia de Dios. Él dijo que: “así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento” (Lucas 15:7). ¿Puede usted imaginarse cuánto gozo sentía Él después de saber que la pena de esos pecados había sido pagada y que la próxima fase del plan de Dios iba a comenzar?

Cuando nos arrepentimos —y cuando oramos pidiéndole a Dios perdón y nos comprometemos a cambiar nuestra vida— podemos tener confianza y paz, sin continuar debatiéndonos con la vergüenza y la culpa. El perdón está disponible para nosotros porque Dios quiere perdonarnos.

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, *confiadamente* al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:15-16, énfasis añadido).

Aceptar el sacrificio requiere un cambio

Por supuesto, ese perdón no se trata de un cheque en blanco para vivir nuestra vida de la forma en que queramos. Ya hemos visto que Jesús dio un indicativo: “Vosotros sois mis amigos, *si hacéis lo que yo os mando*” (Juan 15:14, énfasis añadido).

Pero Pablo aclara este punto muy bien: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:1-2).

Si estamos dispuestos a aceptar la muerte de Cristo como pago por nuestros pecados, necesitamos mirar la *vida* de Cristo para que ésta nos muestre cómo debemos vivir. “Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado... No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo

mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (Romanos 6:5-6, 12-13).

Como seres imperfectos y débiles aún pecamos, aún necesitamos venir delante del trono de gracia y pedirle a Dios perdón. Pero cuando lo hacemos, no debemos estar siguiendo un estilo de vida pecaminoso ni debemos estar totalmente entregados a vivir así. Debemos ser cristianos que están tratando de dejar atrás sus viejos hábitos pecaminosos.

En el día de Pentecostés del año 31 d.C., miles de judíos se compungieron de corazón (Hechos 2:37), cuando Dios hizo que entendieran el papel que habían jugado en la muerte de Jesús. Entonces le preguntaron a Pedro qué deberían hacer y Pedro les dijo: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (v. 38).

El bautismo es el compromiso formal de alguien que se ha: “despojando del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Colosenses 3:9-10).⁴ Si no estamos dispuestos a dejar nuestra antigua forma de vivir, entonces no estamos realmente dispuestos a buscar el perdón de Dios.

Entendamos de qué nos tenemos que arrepentir

Pedirle a Dios perdón requiere dos cosas importantes de nosotros.

Primero, requiere que entendamos *lo que Dios llama pecado* —a su vez, esto requiere que invirtamos tiempo estudiando su Palabra. (Es imposible saber si nosotros estamos quebrantando los mandamientos de Dios si primero no tomamos el tiempo para *aprender* los mandamientos de Dios.)

Segundo, esto requiere que seamos honestos con Dios (y con nosotros mismos) acerca de *cuáles son nuestros pecados*. Es fácil orar genéricamente: “Dios, perdóname mis pecados”, sin tomar el tiempo para reconocer y entender lo que hemos hecho mal.

La palabra griega para “arrepentimiento” es *metanoeo*, una palabra que involucra hacer cambios. Significa “estar dispuestos a cambiar cualquiera de los elementos que componen la vida de uno: actitud, pensamiento, con-

⁴ Lo invitamos a ver nuestro artículo en línea: “¿Qué es el bautismo?” si desea profundizar más en este tema.

ductas, en cuanto a las exigencias que Dios tiene para una forma de vida correcta” (*Diccionario griego* de Bill Mounce).

Si nuestra perspectiva del arrepentimiento termina y comienza con una vaga petición de perdón, va a ser muy difícil cuando tratemos de producir los cambios que Dios quiere ver en nosotros. Esta parte de la oración es nuestra oportunidad de hablar con Dios acerca de formas específicas en las que hemos pecado contra Él y otros —y acerca de las formas específicas en que queremos *cambiar*. Ésta es una faceta central del arrepentimiento —deberíamos sentirnos mal por nuestras acciones, sí, rechazarlas completamente, pero este rechazo debe estar unido a un deseo de vivir de una forma acorde a Dios.

No se trata de que Dios esté esperando una lista detallada de todos nuestros pecados antes de que Él esté dispuesto a perdonarnos, pero si simplemente desarrollamos el hábito de orar pidiendo en una forma general, es muy fácil no ser sinceros con esa oración. Debemos tomar un momento para ser específicos en nuestras oraciones pidiendo perdón, esforzándonos por reconocer en qué área debemos cambiar. Esto podrá darnos una perspectiva acerca de cómo podemos empezar a llevar a cabo esos cambios.

El rey David escribió un salmo increíblemente conmovedor de arrepentimiento después de que había cometido la peor falta espiritual de su vida. En el salmo él no nombra específicamente todos sus pecados: codicia (2 Samuel 11:2-3), adulterio (vv. 4-5), engaño, (vv. 6 y 13) y asesinato (vv. 14-17), entre otros, pero es claro por sus palabras que él estaba dolorosamente consciente de cada uno de ellos.

En el Salmo 51, él oró: “Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia... borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí” (vv. 1-3). Él suplicó: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (v. 10).

Nosotros no tenemos que escribir un salmo cada vez que nos arrepentimos de un pecado, pero el Salmo 51 nos da muy buenas perspectivas acerca de la forma en que demostramos un arrepentimiento según Dios. David declaró sus pecados delante de Dios y le pidió que lo ayudara a cambiar.

Nosotros podemos hacer lo mismo. Puede ser algo tan directo como: “Dios, me doy cuenta de que hoy fui deshonesto y lo lamento, por favor, perdóname, quiero cambiar y dejar eso atrás. Ayúdame a entender mejor

los momentos en mi vida en los que me siento tentado a mentir y dame la fortaleza para que en vez de eso diga la verdad”.

Nuestros pecados no son un secreto para Dios, pero sí podemos ser abiertos y honestos con Él acerca de ellos cuando pedimos perdón, podemos empezar a dejarlos a atrás.

“Así como nosotros perdonamos a otros”

La oración modelo incluye una declaración condicional muy importante. Jesús no nos dice simplemente que oremos por orar. Él nos dice: “Y perdonanos nuestros pecados, porque también nosotros perdonamos a todos los que nos deben” (Lucas 11:4).

Si esto no fuera suficientemente claro, Él agregó lo siguiente inmediatamente después de compartir la oración modelo: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, *tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas*” (Mateo 6:14-15, énfasis añadido).

No es sólo que el hecho de perdonar a las personas sea algo muy bueno, sino que es algo esencial que un cristiano debe hacer. Hay un enorme peso en esta declaración. Si no estamos dispuestos a perdonar a aquellos que nos han ofendido, *Dios no estará dispuesto a perdonarnos cuando erramos con Él*.

Necesitamos perdón —y también necesitamos perdonar a otros.

Cuando Pedro le preguntó a Jesús: “Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?” (Mateo 18:21), él probablemente pensó que estaba siendo generoso. Darle a alguien siete posibilidades de no seguir ofendiéndolo, es increíblemente generoso —desde una perspectiva humana.

Pero esto no basta. Jesús le dijo: “No te digo hasta siete, sino aun hasta *setenta veces siete*” (v. 22, énfasis añadido). El punto no es que el límite superior sea de 490 oportunidades para arreglar las cosas. El punto es que *no hay límite superior*. Dios nos perdona tal como perdonamos a otros y no hay un límite mayor en el número de veces que podemos venir delante de Él y pedir perdón (si esto fuera así, 490 oportunidades no serían suficientes).

Jesús continuó la lección contándoles la parábola del siervo al que su amo le perdonó una deuda astronómica y luego cuando él salió amenazó a uno de sus compañeros y lo hizo llevar a la prisión por una deuda muchísimo menor.

No había forma de que el primer siervo pudiera alguna vez pagar su deu-

da. No era algo improbable, era algo totalmente imposible. Cuando el siervo suplicó por paciencia y prometió pagarlo todo: “El señor de aquel siervo, movido a misericordia, le soltó y le perdonó la deuda” (v. 27).

El segundo siervo le debía al primero una suma muchísimo más pequeña —cien denarios, algo cercano a cuatro meses de salario para un trabajador en esa época. Sí podía representar algo de dinero, pero nada en comparación a la deuda que le fue perdonada al primer siervo.

El punto aquí es doble. Primero, hay una increíble hipocresía en aceptar el perdón de Dios y luego rehusarnos a extenderlo a otros. Y segundo, nadie en el mundo puede deberle algo remotamente parecido a lo que usted le debe a Dios.

Cuando el maestro se dio cuenta de lo que había sucedido, Él “le dijo: Siervo malvado, toda aquella deuda te perdoné, porque me rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti? Entonces su señor, enojado, le entregó a los verdugos, hasta que pagase todo lo que le debía” (vv. 32-34).

Jesús concluyó la historia con estas palabras: “Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (v. 35).

No hay forma de evitarlo, nosotros no podemos pedir perdón si no estamos dispuestos a perdonar.

Perdonar significa “no se recuerda más”

En uno de los pasajes de la Biblia acerca del Nuevo Pacto Dios prometió: “perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado” (Jeremías 31:34).

Pero, ¿qué significa esto exactamente? Si Dios literalmente lavó nuestros pecados y fueron borrados de su memoria, se requeriría que Él ignorara grandes pasajes de su Palabra inspirada.

En 2 de Samuel 11, David cometió adulterio con Betsabé e hizo que mataran a su esposo Urías. Cuando él se arrepintió Dios lo perdonó (vea 2 Samuel 12:13 y Salmo 51) —pero, ¿*olvidó* Dios lo que David había hecho?

No. Bastante después de la muerte de David, Dios mostró paciencia con sus herederos reales: “por cuanto David había hecho lo recto ante los ojos del Eterno, y de ninguna cosa que le mandase se había apartado en todos los días de su vida, salvo en lo tocante a Urías heteo” (1 Reyes 15:5). Claramente, Dios no había *borrado* de su mente el pecado de David.

En el curso de su vida, David cometió muchos pecados, pero se arrepintió de ellos y Dios lo perdonó. Aunque estos pecados son muy relevantes en las páginas de la Biblia y no parece que Dios haya elegido olvidar esas páginas.

Resulta que cuando Dios dice que no va acordarse más de nuestros pecados, Él está hablando acerca de algo un poco más complicado —y algo más maravilloso— que simplemente *olvidar*.

Como humanos, cuando perdonamos algo puede ser extremadamente difícil que la historia del pasado no influya en interacciones futuras. Si perdonamos a alguien que nos robó, tal vez aún dudemos en dejarlo sin supervisión cuando esté cerca de nuestras posesiones. No importa lo duro que trabajen para cambiar sus costumbres, puede resultar difícil no tratarlos con cierto nivel de sospecha cuando se trata de la posibilidad de robo.

Dios no tiene ese problema.

Zakar, la palabra hebrea para “recordar” en Jeremías 31:34, no funciona exactamente como nuestra palabra en español. Después del Diluvio, la Biblia dice que: “se acordó Dios de Noé, y de todos los animales, y de todas las bestias que estaban con él en el arca” (Génesis 8:1). Dios no se había *olvidado* de Noé, Él estaba atento y *su atención estaba puesta* en Noé.

Similarmente cuando Dios perdona nuestros pecados y decide no recordarlos más, Él deja de centrar su atención en ellos. Él no es *incapaz* de recordar los pecados, sino que ha escogido no tener conciencia de ellos o no enfocarse en ellos.

David escribió: “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Salmos 103:12). La distancia entre el oriente y el occidente es por supuesto infinita y no la podemos medir. Éste era el punto de David. Cuando nos arrepentimos, Dios coloca nuestros pecados tan lejos de nosotros que, para empezar, es como si nunca hubieran estado ahí.

Este concepto surge una y otra vez en la Biblia, Ezequiel le dijo a Dios: “porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados” (Isaías 38:17). De la misma forma, Dios le dijo a Israel: “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí” (Isaías 44:22).

Él le habló a Isaías de una época futura en la que: “la maldad de Israel será buscada, y no aparecerá; y los pecados de Judá, y no se hallarán; porque perdonaré a los que yo hubiere dejado” (Jeremías 50:20). Miqueas prometió que Dios: “volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras

iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Miqueas 7:19).

Cuando Dios perdona nuestros pecados, no sólo los aleja de nosotros. Él tiene la increíble capacidad de separarlos de *la forma en que nos ve*.

Es como si Dios nos mirara y dijera: “No pienso en ese pecado cuando te miro. Te lo he quitado; no es parte de quién eres; no es parte de cómo te veo”.

Imáginese ser capaz de hacer algo así. A nivel humano, es tan difícil separar las acciones del pasado de la persona que está tratando de ser —pero Dios hace eso con nosotros todos los días. Él no recuerda esos pecados ya más.

Eso es mucho más grande que sólo olvidar.

El pecado imperdonable

Un pasaje de las Escrituras que ha causado una gran preocupación (y malentendidos) con los años, es la advertencia que Jesús hizo:

“De cierto os digo que todos los pecados serán perdonados a los hijos de los hombres, y las blasfemias cualesquiera que sean; pero cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno” (Marcos 3:28-29).

Hay muchísimo que descubrir acerca de esta afirmación, pero es muy difícil de ignorar la trascendencia de una frase en particular, que con frecuencia se usa para referirse *al pecado imperdonable*: “Al que blasfema contra el Espíritu Santo *nunca será perdonado*” (énfasis añadido).

Nunca.

Hemos examinado cuán importante es el perdón —es vital que también entendamos cómo podemos prevenirnos para no llegar a ese estado donde encontrar perdón es totalmente imposible.

¿Qué es la blasfemia contra el Espíritu Santo y cómo difiere de la blasfemia en general? ¿Por qué este pecado en particular es imperdonable, mientras que todos los demás pecados sí pueden ser perdonados?

El contexto es importante para entender la advertencia de Cristo en estos versículos. Los fariseos y los escribas (quienes se consideraban a sí mismos expertos en la ley de Dios) estaban esparciendo el rumor de que Jesús estaba poseído por un demonio —diciéndole a las personas que la única razón por la que Él podía sacar a los demonios era porque estaba poseído por Belcebú, el príncipe de los demonios (Mateo 12:24, Marcos 3:22).

Sabemos por otros pasajes que muchos de los fariseos entendieron que

Jesús era “un maestro que venía de Dios” (Juan 3:2), porque realizó milagros imposibles de llevar a cabo sin la ayuda de Dios. Pero también sabemos que muchos de los fariseos valoraban sus tradiciones más que la ley de Dios —y que cuando Jesús empezó a desafiar y poner en tela de juicio esas tradiciones: “salidos los fariseos, tuvieron consejo contra Jesús para destruirle” (Mateo 12:14).

En otras palabras, cuando los escribas y fariseos acusaron a Cristo de estar poseído, no fue porque lo creyeran de verdad. Muchos de ellos entendieron que Él era, por lo menos, un maestro enviado por Dios. Éste no fue un caso de simple malentendido —era una mentira maliciosa, esparcida por los líderes que valoraban más su posición social y sus tradiciones religiosas que la Palabra de Dios en sí misma.

Al propagar esta mentira, ellos estaban en peligro de *atribuir el poder de Dios al poder de Satanás de una manera deliberada y consciente*.

Ése es el pecado imperdonable. Cuando nuestros ojos han sido abiertos para ver quién es Dios y qué está haciendo y tomamos la decisión consciente y voluntaria de rechazar o tergiversar ese poder, nos ponemos de una manera consciente en directa oposición a Dios.

Es el pecado imperdonable porque significa que llegamos a un punto en el cual *no estamos interesados en buscar perdón*.

Juan escribió: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). No podemos ser perdonados si no estamos dispuestos a reconocer nuestros pecados y si nos estamos oponiendo a Dios con nuestros ojos bien abiertos, sabiendo que estamos blasfemando del poder del Espíritu Santo y atribuyéndoselo al malvado; ciertamente no estamos interesados en el perdón de Dios.

Profundizamos más acerca de este tema en nuestro artículo: “[El pecado imperdonable: ¿cuál es?](#)”. Para los cristianos que están preocupados con la posibilidad de privarse a sí mismos de una forma desprevénida o accidentalmente del perdón de Dios, veamos algunas frases importantes de ese artículo:

“Mientras nos arrepintamos genuinamente y pidamos perdón y tratemos con diligencia de esforzarnos por obedecer a Dios, podemos confiar en que nuestros pecados nos son perdonados”.

Si usted está luchando contra el pecado y está preocupado acerca de cometer el pecado imperdonable, usted no ha cometido el pecado imperdo-

nable. Aquellos que realmente han cometido el pecado imperdonable están tan endurecidos con una actitud pecaminosa y rebelde que simplemente no les importa, o no tienen interés en buscar el perdón de Dios ni en las consecuencias de su actitud y el camino de vida que llevan.

Si usted viene delante de Dios y busca genuinamente el perdón por sus pecados, entonces ánimo. Usted no ha cometido el pecado imperdonable.

Líbranos del mal

El mundo en que vivimos está muy lejos del mundo que Dios creó para nosotros.

Desde que Adán y Eva tomaron del árbol de la ciencia del bien y del mal, eso es exactamente con lo que hemos tenido que bregar. Durante 6.000 años, la raza humana ha estado decidiendo por sí misma qué es bueno y qué es malo y el resultado final siempre es el mismo: tenemos ambos, lo bueno y lo malo mezclados. Una mezcla de temas morales totalmente desvirtuados que hacen muy difícil identificar dónde comienza el bien y termina el mal. Cuanto más ignora el mundo a Dios y trata de resolver los problemas por sí solo, peor se pone.

No tenemos elección acerca de vivir en este mundo del bien y del mal. Estamos aquí. Nacemos aquí y moriremos aquí —y durante ese tiempo nos encontraremos con el mal.

Pero eso no significa que tengamos que enfrentarlo solos. En la última sección de la oración modelo, Jesús hizo énfasis en la importancia de pedirle a Dios protección a medida que queremos obedecerle.

Aprendamos a ver la diferencia

El profeta Isaías escribió: “¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!” (Isaías 5:20).

No todos cambian estas cosas deliberadamente —de hecho, la mayoría de las personas no lo hace. El problema es que Satanás ha invertido miles de años en hacer más y más difícil diferenciar entre el bien y el mal. Pablo nos advirtió: “falsos apóstoles, obreros fraudulentos, que se disfrazan como apóstoles de Cristo. Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz” (2 Corintios 11:13-14).

Satanás quiere que el mundo esté confundido. Más concretamente, Él quiere que usted esté confundido. Él es: “el gran dragón, la serpiente antigua, que

se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero“ (Apocalipsis 12:9), y está ansioso por engañar al pueblo de Dios también.

Por eso es tan importante que tomemos el tiempo para asegurarnos de que entendemos cómo define *Dios* la diferencia entre el bien y el mal —no como el mundo la define y no como nosotros la definimos personalmente, sino como la define el Dios Todopoderoso, que todo lo sabe, que creó el universo en el que vivimos.

Justo antes de que Israel entrara a la Tierra Prometida, Moisés explicó: “Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal; *porque yo te mando hoy que ames al Eterno tu Dios, que andes en sus caminos, y guardes sus mandamientos, sus estatutos y sus decretos*, para que vivas y seas multiplicado, y el Eterno tu Dios te bendiga en la tierra a la cual entras para tomar posesión de ella“ (Deuteronomio 30:15-16, énfasis añadido).

Por medio de su Palabra, Dios nos muestra la diferencia entre el bien y el mal —y, lo hagamos intencionalmente o no, mezclarlos siempre causa desastres. Nos aleja más y más de la vida que Dios quiere para nosotros y nuestro razonamiento humano no es suficiente para saber diferenciarlos.

Si le pedimos a Dios que nos proteja del mal, es importante entender dónde está la línea entre el bien y el mal. Nosotros logramos esto al estudiar la Palabra de Dios —estudiándola y aprendiendo de los pasajes de las Escrituras que Dios ha preservado para nosotros.

Miqueas dijo: “Oh hombre, él te ha declarado lo que es bueno, y qué pide el Eterno de ti: solamente hacer justicia, y amar misericordia, y humillarte ante tu Dios“ (Miqueas 6:8). Mientras más tiempo invirtamos en las páginas de la Biblia, más entenderemos en qué consiste hacer justicia, amar misericordia y caminar humildemente. Estaremos mejor preparados para identificar y evitar el mal en el mundo.

El mal

El relato de Mateo termina la oración con estas palabras: “Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal; porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén“ (Mateo 6:13).

Satanás, el adversario del pueblo de Dios, “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar“ (1 Pedro 5:8). Debemos buscar toda la protección de Dios para que nos libre de nuestro enemigo espiritual.

Pero, aunque Satanás es la primera fuente de mal en el mundo, él no es la *única* fuente de maldad. Los seres humanos somos más que capaces de

escoger el mal aun sin su influencia. (Zacarías 14:16-19 muestra que incluso en el tiempo en que Satanás esté encadenado y sin poder para influenciar el mundo, las personas seguirán siendo capaces de desobedecer a Dios.) Satanás está feliz de enturbiar las aguas e influir nuestras decisiones, pero el concepto de la maldad es más grande que él.

Necesitamos que Dios nos proteja de toda maldad.

Debemos tomar medidas para evitar la tentación

Cuando oramos que el nombre de Dios sea santificado, se espera que estemos dando los pasos necesarios para *guardar* ese nombre santo.

Cuando le pedimos a Dios que nos guarde de la tentación, se espera que estemos haciendo lo posible por *mantenernos* lejos de la tentación.

La tentación es un asunto multifacético. Algunas veces viene de no se sabe dónde. Satanás conoce nuestra debilidad y, cuando tiene la oportunidad, él está deseoso de hacer que esa tentación llegue a nosotros. No tenemos ni siquiera que buscarla. Un pensamiento desviado, un encuentro furtivo, una coincidencia que uno nunca se imagina posible —si Dios lo permite, eso es todo lo que necesita el demonio para ofrecernos algo que él sabe que difícilmente resistiremos.

No podemos hacer nada excepto orar, para evitar esa clase de tentación. Está totalmente fuera de nuestro control, por lo que pedirle a Dios su guía y su liberación es de vital importancia.

Pero la tentación no sólo trabaja así.

Hay algunos lugares donde la tentación se instala permanentemente y es muy probable que usted ya sepa dónde están muchos de esos lugares.

Estos lucen diferentes para cada uno. Para algunos puede ser un lugar físico, como un bar o un casino. Para otros puede ser un lugar más metafórico, como una página en la red, un grupo de amigos, una actividad e incluso una línea de pensamiento muy definida.

Podemos orar pidiéndole a Dios ayuda para evitar esos lugares, *pero es finalmente nuestra responsabilidad tomar la decisión de evitarlos*. Sería insensato pedirle a Dios que nos guarde del peligro y luego vayamos danzando a través de un campo minado. También sería igualmente insensato orarle a Dios que nos libre de la tentación cuando estamos dirigiéndonos voluntariamente a los lugares en donde sabemos que seremos tentados.

Una vez, Satanás llevó a Jesucristo al pináculo del templo en Jerusalén y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, échate abajo” (Mateo 4:6). Satanás citó los ver-

sículos en que Dios prometía protegernos aun en tiempo de peligro. Pero Jesús replicó: “Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios” (v. 7).

En otras palabras, la protección de Dios no es algo que nosotros podemos pedir mientras estamos voluntariamente tomando malas decisiones. Cuando uno ya identifica el mal, tenemos la responsabilidad de hacer lo que sea necesario para *evitar* la maldad. Tenemos que entender dónde se encuentra la línea y tenemos que mantenernos lejos de ella.⁵

Quedarnos en el lado correcto de la línea no nos garantiza que vamos a tener una vida libre de la tentación. Satanás va a seguir trayendo tentaciones dondequiera que él vea la oportunidad —lo que hace que sea mucho más importante que continuemos orando, pidiendo ser liberados de la tentación, la maldad y el *malvado*.

Debemos aceptar que Dios puede redirigir los planes de Satanás

Puede ser difícil llegar a entender el hecho de que Dios le permite a Satanás tentarnos e incluso causarnos daño. Podemos orar pidiendo la protección de Dios —podemos hacer todo lo que Dios pide— y aún así encontrarnos con el dolor y con el mal en nuestra vida. Algunas pruebas vienen en tiempo y ocasión (Eclesiastés 9:11). Pero la Biblia también muestra que algunas pruebas son ataques de Satanás.

Dios llamó a Job: “varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job 1:8). Pero eso no evitó que Dios le permitiera a Satanás intervenir de una forma dramática en la vida de Job (Job 2:6).

¿Por qué?

Pablo escribió: “Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28). No sólo algunas cosas, sino todas las cosas —aun las que no son placenteras, las dolorosas.

Si sabemos esto, también sabemos que, si Dios permite que pase algo en nuestra vida *es con un propósito*, y ese propósito *sino para nuestro bien*.

Al final de la prueba, Job le dijo a Dios: “Por tanto, yo hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que yo no comprendía... De oídas te había oído; *mas ahora mis ojos te ven*” (Job 42:3, 5, énfasis añadido).

Satanás estaba ansioso por la oportunidad de destruir la vida de ese “va-

⁵ Una cosa que *no* tenemos que entender es que hay más allá de la línea. Si sabemos dónde dice Dios que debemos parar, esto es suficiente —nada bueno proviene de volvernos demasiado familiares con “las profundidades de Satanás” (Apocalipsis 2:24), que están más allá de esto.

rón perfecto y recto“, pero Dios tenía un plan diferente. Mientras Satanás pensó que le estaba dando el golpe de gracia a la vida espiritual de Job, el plan que Dios tenía desde el principio era llevar a Job a un entendimiento más profundo y a una relación más profunda con Él. Dios le permitió a Job sufrir, *por el bien supremo de Job*.

En medio de la prueba, puede ser difícil ver más allá del momento doloroso que estamos experimentando —y puede ser aún más difícil entender por qué Dios está permitiendo que ese momento venga. Pero Dios ve mucho más allá del aquí y el ahora. Él tiene sus ojos puestos en un panorama más amplio que nos incluye a cada uno de nosotros como sus hijos e hijas, viviendo con Él eternamente.

Las pruebas que experimentamos —la *maldad* que algunas veces tenemos que experimentar— nos preparan para el día en que Dios nos convierta en sus joyas (Malaquías 3:17).

Después de haber sido vendido como esclavo, con su reputación realmente afectada y después de estar un tiempo en la cárcel, finalmente José se convirtió en el segundo al mando de todo Egipto, con lo que salvó incontable número de vidas de una hambruna profetizada. Más tarde les dijo a sus hermanos (quienes inicialmente lo habían vendido): “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo“ (Génesis 50:20).

Es cierto que Satanás siempre está deseoso de traer el mal a nuestra vida, pero él sólo puede hacer lo que Dios le permite. Y cuando Dios permite la maldad en nuestra vida, Él nos hace una promesa: que eso es sólo un paso para guiarnos hacia nuestro bien supremo.

“¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados. Así que, no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos“ (Mateo 10:29-31).

“El reino, y el poder, y la gloria por todos los siglos”

El problema con los seres humanos es que nuestra perspectiva es muy limitada. ¿Tiene usted un panorama claro de lo que su vida puede llegar a parecer en un año a partir de ahora? ¿En cinco? ¿En diez? ¿En veinte?

Dios sí lo tiene. Pero no se detiene ahí, Él está pensando en lo que su vida podrá ser en 20.000 años a partir de ahora. Él es: “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad“ (Isaías 57:15). Y desde su perspectiva infinita, Él considera un futuro tan distante que aún no podemos empezar a comprenderlo.

“Porque: Toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; mas la palabra del Señor permanece para siempre” (1 Pedro 1:24-25).

Él ve nuestras vidas humanas físicas como lo que son: temporales, fugaces, destellos momentáneos en una gran escala cósmica.

Pero esos destellos son importantes para Él. Dios quiere que estos continúen para siempre —“no queriendo que ninguno perezca” (2 Pedro 3:9). Él tiene un plan que involucra ofrecernos la eternidad. Un plan que determina lo que Él permitirá que suceda durante nuestras momentáneas vidas.

Cuando oramos pidiéndole a Dios que nos libre de la tentación y la maldad, no sólo estamos pidiendo por eso ahora, sino que también estamos orando para el futuro, que no vamos a alcanzar durante esta vida. Hasta que Jesucristo regrese a la Tierra como Rey de Reyes y Señor de Señores (Apocalipsis 11:15; 19:11-16) y hasta que Satanás el diablo sea aprisionado y removido del escenario (Apocalipsis 20:1-3,7-10), habrá maldad en este mundo y en nuestra vida.

Pablo prometió: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

Dios nos provee con esas formas de escapar, pero incluso esas formas son temporales. Permanecen hasta la próxima tentación, la próxima prueba o el próximo recordatorio del malvado mundo en que vivimos.

Pero este mundo malvado también es temporal.

El relato de Mateo de la oración modelo termina con las palabras: “porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén” (Mateo 6:13). Estas palabras no están presentes en los manuscritos griegos corrompidos, pero son una extensión lógica de la petición anterior: “Y no nos dejes caer en tentación, mas líbranos de mal”.

Nuestra liberación definitiva del mal sólo puede venir cuando Dios establezca su Reino aquí en la Tierra —cuando Él comience su gobierno sin final, en poder y gloria por siempre. Orar por la liberación no sólo se trata de la liberación temporal que necesitamos durante esta vida física, sino también de la liberación permanente que tendremos como hijos en el Reino de Dios.

“En el nombre de Jesús, amén”

Cuando vamos a terminar una oración, probablemente usted se ha dado

cuenta de que las personas concluyen con una variación de: “En el nombre de Jesús, amén” (usted también habrá oído, o aun usado, “En el nombre de Cristo”, “En el nombre de tu hijo, Jesucristo”, “En el nombre de nuestro hermano mayor”, etcétera).

¿A qué se debe esto?

Hay dos elementos que funcionan aquí y, aunque pueden estar combinados en una única frase, podemos mirar a cada uno independientemente.

Pedir en el nombre de Jesucristo

De los cuatro escritores del Evangelio, sólo Juan registró la promesa especial que Cristo hizo a sus discípulos. Después de la ceremonia de la Pascua durante la última tarde de su vida humana, Él les dijo: “Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. *Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré*” (Juan 14:13-14, énfasis añadido).

Antes de que esa tarde se terminara, Él hizo énfasis en esa promesa dos veces más. Les recordó: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que *todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé*” (Juan 15:16, énfasis añadido). Y nuevamente, un capítulo después: “En aquel día no me preguntaréis nada. De cierto, de cierto os digo, que *todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará*” (Juan 16:23, énfasis añadido).

Aunque pareciera que sí, Dios no nos está prometiendo que está obligado a darnos *literalmente lo que le pidamos*, en tanto nosotros se lo pidamos en el nombre de Jesucristo. Si eso fuera así, las personas habrían estado abusando de ese sistema los últimos 2.000 años.

Jesús volvió a declarar esa promesa tres veces más y cada vez estaba acompañada de un recordatorio acerca de que nuestra obediencia a Dios es una parte muy importante de la ecuación.

La primera vez, Él siguió diciendo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15). La segunda vez, hizo esta introducción: “Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:14). La tercera vez, explicó: “Pues el Padre mismo os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí de Dios” (Juan 16:27).

Orar al Padre en el nombre de Jesucristo es un recordatorio de que nuestras oraciones deben estar alineadas con la voluntad del Padre y Jesucristo. Nosotros oramos que sea hecha *la voluntad* de Dios, entonces tiene mucho sentido pensar que nuestras peticiones no deben estar en contra de su voluntad.

Años más tarde, Juan confirmó esto en una epístola a la Iglesia: “esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa *conforme a su voluntad*, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho” (1 Juan 5:14-15, énfasis añadido).

Podemos estar seguros de que Dios contestará nuestras oraciones *cuando estas oraciones estén de acuerdo a su voluntad*.

¿Significa esto que sólo podemos hacer peticiones que estén absolutamente en línea con la voluntad de Dios? No. Lo que esto significa es que debemos hacer nuestras peticiones con la condición de que, si Dios no quiere cumplirlas de esa manera, nosotros tampoco tenemos por qué querer que lo haga.

Amén

En el relato de Mateo, la oración modelo termina con un “amén”. El relato de Lucas que también puede ser un resumen, omite esa palabra.

La palabra *amén* aparece tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo y, dondequiera que usted mire, en hebreo, griego o español, la palabra es prácticamente idéntica en su pronunciación y significado. Es una palabra usada para confirmar la verdad de algo o para expresar el deseo de que algo sea hecho realidad.

A menudo, Jesús empezó sus enseñanzas con la palabra *amén* aunque en español con frecuencia la vemos traducida como “de cierto” o “a la verdad”. Cuando Él les dijo a sus discípulos: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mateo 18:3), Él estaba literalmente diciendo: “Amén, os digo”, estaba asegurando a sus oyentes que lo que estaba hablando era verdad y digno de confianza.

El *Lexicón griego de Thayer* explica: “Era una costumbre que pasó de las sinagogas a las congregaciones cristianas, que luego de que alguien había leído, hecho un discurso o una oración solemne a Dios, los que estaban asistiendo respondían Amén. Apropiándose de la sustancia de lo dicho y confirmándolo”.

Esa costumbre todavía existe en la actualidad —en nuestras oraciones privadas y en respuesta a las oraciones públicas con frecuencia decimos “amén” en la conclusión. Un amén “al final de la frase puede ser parafraseada: que así sea”.

Es interesante que un comentario hecho por Pablo confirma que, aunque

la oración modelo no termina con la palabra *amén*, ciertamente era una costumbre muy común en la Iglesia primitiva. Cuando él criticó a los corintios por hablar públicamente en lenguas (esto es orar en otros idiomas) sin alguien que pudiera interpretar, les preguntó: “Porque si bendices sólo con el espíritu, el que ocupa lugar de simple oyente, ¿cómo dirá el Amén a tu acción de gracias? pues no sabe lo que has dicho” (1 Corintios 14:16).⁶

Ésta es la razón detrás de la palabra. Decir “amén” al final de nuestras oraciones, es una confirmación formal ante Dios de que le hemos orado por esto y que quisiéramos que sucediera. No es simplemente una formalidad, sino una señal poderosa de nuestra propia aprobación de las palabras y el contenido detrás de la oración.

¿Son necesarias cualquiera de estas frases?

Pero, ¿tenemos que terminar nuestras oraciones de esta manera? ¿Requiere la Biblia y da ejemplos de oraciones que terminan con alguna variación de “en el nombre de Jesús, amén”?

No. Muchas oraciones en la Biblia no terminan con un “amén”. Aunque el Nuevo Testamento no da muchos ejemplos de las oraciones en su totalidad, no hay ninguna oración registrada que termine con “en el nombre de Jesús”. No debemos tratar esto como una frase mágica que tenemos que insertar sin pensar si es que queremos que nuestras oraciones sean contestadas.

¿Por qué la usamos? Porque es una frase *útil* que nos puede recordar la importancia de examinar las peticiones que estamos expresando delante de Dios y, aún más importante, nos recuerda el sacrificio que hace posible llevar nuestras oraciones delante de Dios en primer lugar.

De la misma forma, terminar con “amén” puede ayudarnos a tener en mente toda la dimensión que tiene el venir delante de nuestro Creador en oración. Concluir con una palabra que exprese nuestra aprobación y nuestro deseo por todo lo que hemos hablado, puede impedir que vengamos delante de Dios a la ligera sin poner todo nuestro corazón.

Pero si no somos cuidadosos, cualquier frase puede dar comienzo a una repetición sin propósito en nuestras oraciones —palabras que nosotros usamos sin pensar realmente en por qué las usamos. Dios no quiere que estemos como en piloto automático cuando le oramos. Si bien hay cierto

⁶ Las palabras de Pablo son también un recordatorio de que, cuando una oración en público termina, debemos responder solamente con un *amén* de parte nuestra, si es que entendemos y estamos de acuerdo con lo que ha sido dicho.

valor y significado en estas palabras, ese valor desaparece en nuestras oraciones porque se convierten en recitaciones sin sentido, en lugar de conversaciones con nuestro Creador.

Lo más importante es recordar que el nombre y el sacrificio de Jesucristo hace posible que compartamos nuestros pensamientos más íntimos y nuestras peticiones con el Creador del universo, el Dios que lo ama a usted —su Padre, nuestro Padre en los cielos.

La oración modelo: un resumen

Hemos estudiado profundamente cada uno de los elementos de la oración modelo y 15.000 palabras más tarde usted tal vez puede empezar a sentirse un poquito abrumado.

Hay muchísimo que podríamos extraer de lo que nuestro Salvador ha compartido con nosotros. Y sólo hemos arañado la superficie.

Pero vayamos en la dirección opuesta. Ahora que hemos ahondado en cada frase de la oración modelo, volvamos atrás y tratemos de poner todas las cosas en perspectiva. Cuando venimos delante de Dios, ¿cuál es el propósito de cada uno de esos elementos?

Nuestro Padre en los cielos

El comienzo de nuestra oración es una oportunidad para reconocer al Dios con el cual nos relacionamos —tanto nuestro Padre a nivel colectivo, como el Dios del universo.

Santificado sea tu nombre

Nosotros llevamos el nombre de Dios y nuestro deseo de ver que ese nombre sea honrado (sea apartado y hecho santo), lo que debe ser reflejado en la forma en que vivimos. Podemos orar pidiendo ayuda para santificar su nombre en nuestras propias vidas, así como expresar nuestro deseo de ver su nombre tratado como santo.

El nombre de Dios será finalmente santificado cuando Jesús regrese a establecer el Reino de Dios.

Que venga tu Reino

El Reino de Dios es la solución a todos los problemas que la humanidad ha experimentado. Podemos orar para que venga prontamente y por la fortaleza para vivir nuestra vida como representantes del Reino en un mundo

que ha rechazado en gran escala a Dios como su gobernante. Podemos orar pidiéndole a Dios que bendiga la predicación del evangelio del Reino para que llegue al mundo entero.

También podemos hablar con Dios acerca de aspectos de su Reino que nos entusiasman, que esperamos con ansias o que nos gustaría comprender mejor.

Hágase tu voluntad

El Reino de Dios estará lleno de aquellos que hagan la voluntad de Dios —y como hijos de Dios, nuestro papel es hacer su voluntad *en la actualidad*. Hay tres aspectos de la voluntad de Dios por los cuales debemos orar: lo que Él quiere que hagamos, lo que Él permite que sea hecho y lo que Él va a hacer que pase.

Podemos compartir nuestras preguntas, nuestras inquietudes, esperanzas y pensamientos con Dios, acerca de cualquiera de estos tres aspectos y podemos pedirle su ayuda tanto al aceptar su voluntad como al vivir de acuerdo con su voluntad.

Danos el pan diario

A Dios le importan las cosas que necesitamos y ha prometido proveernos para esas necesidades. Al presentarle esas necesidades a diario, recordamos que Él es nuestro Creador y Sustentador. Él nos invita a que le demos todas nuestras preocupaciones e inquietudes, confiando en que Él resolverá las cosas de la manera correcta y en el momento correcto.

Nosotros también oramos pidiendo por las necesidades de la familia, por nuestros hermanos y hermanas espirituales y por aquellos que están enfrentándose a las pruebas y dificultades alrededor del mundo.

Perdona nuestros pecados

El sacrificio de Jesucristo significa que Dios nos ha perdonado libremente nuestros pecados cuando nos presentamos ante Él en un estado de arrepentimiento genuino. Además de su perdón, debemos buscar su ayuda para vencer esos pecados en el futuro.

También reconocemos que nuestro perdón depende de la disposición a perdonar a aquellos que nos han hecho mal. Podemos pedir la ayuda de Dios para ver a otros a través de sus ojos a medida que queremos ofrecer perdón como Él lo hace con nosotros.

Líbranos del mal

Mientras vivamos en un mundo que elige el mal, experimentaremos el mal. Oramos a Dios pidiéndole la protección, sabiendo que no nos dejará sufrir innecesariamente —y sabiendo que cuando nos permite sufrir, lo hace como un paso necesario hacia un mejor futuro que todavía no podemos ver perfectamente.

En nuestras oraciones debemos buscar protección de tres cosas: de la tentación de *hacer* el mal, del mal en sí mismo y del *maligno*: Satanás el diablo, el enemigo del pueblo de Dios. Orarle a Dios por estas cosas nos ayuda a recordar que Él es más grande y más fuerte que todos ellos —y que cuando venga su Reino, nos liberará de la maldad definitivamente y para siempre.

¿Está este modelo escrito en piedra?

Es importante anotar que la oración modelo no nos dice *exactamente* acerca de qué debemos orar o el orden *preciso* en que debemos pedir por algo. Nuestras oraciones no tienen que seguir una estructura rígida o tener una duración determinada para que sean válidas. Como usted puede verlo en: “Oraciones notables en la Biblia”, en la página 77, las oraciones del pueblo de Dios siguen muchos formatos diferentes y Él encuentra esto perfectamente aceptable.

La oración modelo es sólo un bosquejo para nuestras oraciones. Cada parte es un concepto que nos da una lista de cosas en las cuales debemos trabajar cuando oramos regularmente. ¿Necesitamos orar por el Reino de Dios cada vez que le hablamos a Dios? No, pero si han transcurrido unos pocos días desde que hemos mencionado el Reino de Dios en nuestras oraciones, bueno, tal vez nuestro enfoque ha ido alejándose de donde debe estar.

La oración es parte de nuestra conversación con Dios —y Dios no quiere una conversación llena de formalismos que termina siendo una parloteada sin sentido donde usamos sus propias palabras. *Dios quiere escuchar de nosotros*. Quiere escuchar nuestros pensamientos, nuestros temores, nuestros anhelos, nuestros deseos y nuestras preguntas. Quiere tener una relación especial, única, con cada uno de nosotros.

Utilicemos la oración modelo para lo que fue hecha: un *modelo*. Es una lección acerca de cómo orar —no la transcripción de esas oraciones. Jesús nos mostró la clase de temas que son importantes para tener en cuenta

ORACIÓN

cuando oramos, pero nuestra labor es tomar estos temas y hablarle a Dios con nuestro propio estilo, sabiendo que Él es un Padre que se deleita con sus hijos (Proverbios 3:12) y que se preocupa por nosotros profundamente (1 Pedro 5:7).

2

Preguntas frecuentes acerca de la oración

La oración es un tema muy extenso y la mayoría de las personas tiene muchas preguntas acerca de ella. Veamos las respuestas a algunas de las más comunes.

¿Cuán largas deben ser nuestras oraciones?

Deben ser tan largas como sea necesario para desarrollar una relación sólida con Dios. ¿Cuánto tiempo está usted dispuesto a invertir en alguien con quien tiene una relación muy cercana? ¿Cómo podemos establecer una relación con Dios si no invertimos nuestro tiempo en Él?

Antes de darles a sus discípulos la oración modelo, Jesús les advirtió: “Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos” (Mateo 6:7).

Hay muchas oraciones registradas (o resumidas en la Biblia) y es interesante anotar que ninguna de ellas es especialmente larga.⁷ Algunas de las

⁷ Jesús reprochó a Pedro y a los discípulos que se quedaron dormidos durante una oración: “¿Así que no habéis podido velar conmigo una hora?” (Mateo 26:40). Podemos asumir que la oración de Cristo fue más larga de lo que está registrado en el versículo 39, pero en griego “una hora” no siempre significa exactamente 60 minutos. Puede simplemente referirse a un tiempo genérico, lo que se requiera para realizar la tarea en cuestión.

oraciones más impactantes de la Biblia fueron pronunciadas en cuestión de minutos o incluso segundos.⁸ Esto no nos dice que es *errado* hacer oraciones largas, pero sí nos dice que Dios no *requiere* que siempre sean así.

Dicho esto, antes de que Jesús escogiera a los doce discípulos, “él fue al monte a orar, y pasó *la noche* orando a Dios” (Lucas 6:12 , énfasis añadido). Probablemente Él tenía mucho que discutir con Dios el Padre antes de elegir a los doce hombres que lo iban a seguir de una manera cercana en los próximos tres años y medio. Fue una oración larga, pero ciertamente no había frases vacías o vanas repeticiones en ella.

La Biblia compara nuestras oraciones con el incienso (Apocalipsis 5:8) y Dios ama las oraciones que son como “perfume aromático molido” (Levítico 16:12). Las oraciones detalladas y minuciosas son más placenteras que las oraciones resumidas y hechas de prisa.

Cuando oramos, nuestro objetivo central debe ser hablar con Dios —no hay un mínimo (ni un máximo) de tiempo límite establecido. Sin embargo, si no apartamos tiempo en nuestra agenda diaria para esta conversación tan importante, es fácil que nuestra vida se llene de actividades que pueden convertirse en falsas prioridades. Nosotros tenemos la increíble oportunidad de hablar con nuestro Padre celestial; hacer uso de esa oportunidad debería ser una de nuestras más altas prioridades.

Mientras más hablemos con Dios, más nos daremos cuenta de que tenemos mucho que decirle y sentiremos el deseo de tener más tiempo para orar. Cuando las responsabilidades de la vida nos complican encontrar tiempo para orar, usted puede hablar con Dios acerca de eso también. Pero cuando ore, tome el tiempo para decir lo que necesita decirle a su Creador.

¿Con cuánta frecuencia debo orar?

Pablo les dijo a los tesalonicenses: “Orad sin cesar” (1 Tesalonicenses 5:17).

Invertir 24 horas cada día, siete días a la semana, en una oración enfocada sería imposible para un ser humano. Ni siquiera Jesucristo lo hizo. La instrucción de Pablo era un recordatorio para que fuéramos *diligentes* en nuestras oraciones, presentándonos ante Dios de manera regular y habitual.

⁸ Vea la oración de Elías en el monte Carmelo (1 Reyes 18:36-37), la petición de Jabes de que lo librara de todo lo que le pudiera causar dolor (1 Crónicas 4:10), la oración de Ezequías pidiendo liberación (2 Reyes 19:15-19), la oración de los apóstoles por la guía de Dios (Hechos 1:24-25), su oración posterior pidiendo valentía (Hechos 4:24-30), etcétera.

No existe un momento en el que *no podemos* presentarnos ante Dios en oración. Por lo tanto, una parte clave de orar sin cesar es que permanezcamos en un *estado mental* de oración.

Cuando usted tiene algo para decirle a Dios —ya sea una alabanza, una petición, una pregunta o un pensamiento que le gustaría compartir con Él— no hay necesidad de dejarlo para un espacio de oración previamente designado. Hablar con Él a lo largo del día a medida que usted tenga la oportunidad, hará que su vida sea enriquecida por ello.

Dicho esto, hay un beneficio de programar un tiempo regular para la oración en el transcurso del día. El profeta Daniel oraba tres veces al día como era su costumbre (Daniel 6:10) y el rey David escribió: “Tarde y mañana y a mediodía oraré y clamaré” (Salmos 55:17). Hacer esos compromisos programados para alejarnos de las distracciones y hablar con Dios hará mucho más fácil dedicarle a Él nuestra atención completa y nuestro respeto.

Pero tres veces al día no es necesariamente el “número mágico” para la oración. Un salmo dice: “Siete veces al día te alabo a causa de tus justos juicios” y “A medianoche me levanto para alabarte por tus justos juicios” (Salmos 119:164, 62). Otro dice: “Bueno es alabarte, oh Eterno... anunciar por la mañana tu misericordia, y tu fidelidad cada noche” (Salmos 92:1-2).

Orar sin cesar es hacer de la oración un hábito diario y regular, y además hablar con Dios a lo largo del día.

¿En qué posición debo orar?

La Biblia no nos da una posición específica para orar. De hecho, nos muestra muchas posiciones diferentes que han sido utilizadas por muchas personas en distintas circunstancias.

Parece que definitivamente el arrodillarse es una posición muy común. Daniel se arrodilló y oró (Daniel 6:10). Cuando estaba haciendo la dedicación pública del templo, Salomón se arrodilló y levantó sus manos a los cielos (2 Crónicas 6:13). Pedro se arrodilló en una oración personal y Pablo se arrodilló durante la oración en un grupo (Hechos 9:40; 20:36). Un salmista escribió: “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante del Eterno nuestro Hacedor. Porque él es nuestro Dios; nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano” (Salmos 95:6-7).

Al arrodillarnos mostramos respeto y reverencia a Dios como nuestro Hacedor y nuestro Pastor. Pero la Biblia también nos da ejemplos de personas que oraron en otras posiciones. Ana se quedó de pie cerca al taberná-

culo cuando oró por un hijo (1 Samuel 1:26). El publicano en la parábola de Jesús que “descendió a su casa justificado” (según Lucas 18:13-14), estaba de pie en el templo con su cabeza inclinada. Una vez, el rey David se sentó delante de Dios (1 Crónicas 17:16) en oración, al igual que Elías (1 Reyes 19:4). Ezequías, enfermo y cercano a morir, probablemente oró en su cama (2 Reyes 20:2).

En un acto de alabanza, todo Israel alabó a Dios “y se postró ante el Señor y ante el rey” (1 Crónicas 29:20). Se postraron con su rostro a tierra. En ocasiones Jesús (Mateo 26:39), David (1 Crónicas 21:16), Abraham (Génesis 17:3), Josué (Josué 5:14) y otros hicieron lo mismo.

Aunque hay muchos ejemplos bíblicos que nos muestran que las personas inclinaban su cabeza cuando oraban, Jesús, “alzando la vista” (Juan 11:41), “levantando los ojos” (Lucas 9:16) en más de una ocasión, como lo hizo el autor del Salmo 123:1.

La verdad es que nosotros podemos orarle a Dios en cualquier posición, en cualquier lugar. Podemos tener la confianza de que Él escuchará nuestras oraciones sin importarle la forma en que presentemos nuestros cuerpos. Sin embargo, los ejemplos que tenemos en la Biblia también muestran que existe un valor y una importancia de venir delante de Dios en posiciones que demuestren nuestro respeto y nuestro sometimiento a Él. Claramente no estamos obligados a hacer esto cada vez que oramos, pero pareciera que muchos seguidores fieles de Dios han hecho de estas posiciones un hábito.

¿Existe un ambiente ideal para orar?

El ambiente ideal para orar es aquel que tenga menos distracciones.

Cuando Jesús comenzó a hacer milagros públicos, “la fama de Jesús se extendía cada vez más, de modo que acudían a él multitudes para oírlo y para que los sanara de sus enfermedades. Él, por su parte, solía retirarse a lugares solitarios para orar” (Lucas 5:15-16, NVI).

A medida que su vida se llenó de más actividades, Jesús hizo el esfuerzo de buscar lugares tranquilos y solitarios para sus conversaciones con Dios. Aun cuando orara en compañía de otros, buscaba los lugares cerrados (Lucas 9:28; Mateo 26:36; Juan 18:1).

Jesús advirtió sobre aquellos cuya motivación para orar era “ser vistos por los hombres” (Mateo 6:5). Les dijo a sus discípulos que debían hacer lo opuesto: “Pero tú, cuando te pongas a orar, entra en tu cuarto, cierra la

puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará” (v. 6, NVI).

No es necesario que toda oración la hagamos lejos de la civilización o de miradas indiscretas, pero Dios tampoco quiere que nuestras oraciones sean un espectáculo para que otros lo vean. Hay momentos para orar en grupo y en público —pero aun en ese momento debe llevarse a cabo con la mínima distracción posible.

Idealmente, cuando oramos debemos tratar de encontrar un lugar donde sea más fácil enfocarnos en la oración. Tal vez ése sea su habitación. Tal vez sea en la naturaleza mientras hace una caminata. Dondequiera que sea, hágallo en un lugar donde se pueda concentrar. Muchas personas consideran muy útil arrodillarse de una manera formal, concentrada, cada vez que oran.

¿Cuán específico debo ser en mis oraciones?

Dios *no es* un genio. *No está* obligado a darnos tres de nuestros tres deseos y, no importa cuán detallados seamos en nuestras oraciones, no podemos obligarlo a que nos dé exactamente lo que queremos y cuando lo queremos.

Esto es en realidad un pensamiento que nos consuela. La Biblia nos dice: “No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras” (Romanos 8:26, NVI). También dice: “porque su Padre sabe lo que ustedes necesitan antes de que se lo pidan” (Mateo 6:8, NVI). Si quedamos a merced de nuestro propio juicio, podríamos pedir fácilmente por algo que nos parezca bueno pero que al final nos dañará.

Jesús les preguntó: “¿Quién de ustedes, si su hijo pide pan, le da una piedra? ¿O si pide un pescado, le da una serpiente? Pues si ustedes, aun siendo malos, saben dar cosas buenas a sus hijos, ¡cuánto más su Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le pidan!” (Mateo 7:9-11, NVI).

A Dios le *encanta* darles a sus hijos buenas cosas. Él *quiere* bendecirnos, no va a malinterpretar voluntariamente nuestras peticiones y no nos va a castigar para penalizarnos por ser demasiado vagos cuando le pedimos algo. Él conoce nuestras necesidades antes de que se las digamos.

Cuando le pedimos algo a Dios, reconocemos que queremos *que su voluntad sea hecha*. Y si nosotros confiamos realmente en que Él sabe qué es lo mejor para nosotros, lo que debemos pedirle a Él es que nos permita llevar nuestros deseos en consonancia con los suyos —pidiéndole que nos

dé las cosas que le estamos pidiendo *solamente* si piensa que son buenas para nosotros.

(Si desea profundizar en este tema, lo invitamos a leer más en “Hágase tu voluntad” de la página 27.)

¿Tenemos que orar en voz alta?

¡Definitivamente no!

Cuando Ana le pidió a Dios que le diera un hijo, ella: “hablaba en su corazón, y solamente se movían sus labios, y su voz no se oía” (1 Samuel 1:13). Aunque nunca dijo nada en voz alta, ella explicó: “he derramado mi alma delante del Eterno” (v. 15) y Dios respondió esta oración de una forma contundente. Pronto ella quedó esperando a Samuel, quien sería un instrumento para guiar a la nación de Israel, al ser juez y profeta de Dios.

Cuando los discípulos necesitaron encontrar un reemplazo para Judas, le dijeron a Dios: “Señor, tú que *conoces el corazón de todos*” (Hechos 1:24, NVI, énfasis añadido). Cuando Samuel fue a ungir a David como el rey que iba a reemplazar a Saúl, Dios le explicó que: “la gente se fija en las apariencias, pero yo me fijo en el corazón” (1 Samuel 16:7, NVI).

Ese mismo David escribiría años más tarde: “Señor, tú me examinas y me conoces... aun a la distancia me lees el pensamiento... No me llega aún la palabra a la lengua cuando tú, Señor, ya la sabes toda” (Salmos 139:1-2, 4, NVI).

Dios sabe lo que hay en nuestro corazón y nuestra mente incluso antes de que nosotros abramos nuestros labios para hablar. No tenemos que alzar la voz para que Dios escuche nuestras oraciones o para que las responda.

Jonás oró a Dios vehementemente cuando estaba en el fondo del mar Mediterráneo, en donde hablar en voz alta sería casi imposible. “Las aguas me rodearon hasta el alma, rodeóme el abismo; el alga se enredó a mi cabeza. Descendí a los cimientos de los montes; la tierra echó sus cerrojos sobre mí para siempre... Cuando mi alma desfallecía en mí, me acordé del Eterno, y mi oración llegó hasta ti en tu santo templo” (Jonás 2:5-7).

Estando en el estómago del pez, Jonás reflexionó: “Invoqué en mi angustia al Eterno, y él me oyó; desde el seno del Seol clamé y mi voz oíste” (vv. 1-2).

Sin embargo, hay un beneficio al orar en voz alta: cuando tomamos el tiempo para hablar, para transmitir nuestros pensamientos en voz alta, esto nos ayuda a mantenernos enfocados en la oración misma. Es fácil perdernos en nuestros propios pensamientos si sólo pensamos en la oración en vez de *pronunciarla*. Hablarle a Dios en voz alta nos ayuda a permanecer

enfocados en lo que queremos decirle a Él, pero esto no es un requisito para que nos escuche.

¿Para qué molestarse en pedirle a Dios ayuda si Él ya sabe lo que necesitamos?

“No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis” (Mateo 6:8). ¿Cuál es el punto de pedir su ayuda? Nosotros no le estamos diciendo a Dios algo que Él no sepa ya. La respuesta sencilla es que eso nos ayuda a crecer.

Dios tiene un plan en marcha. Él ha declarado: “anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho” (Isaías 46:10). Pero los *detalles* de ese plan no son fijos e inamovibles. Hay un margen de maniobra en cómo se pueden desarrollar nuestras vidas.

Jesús nos enseñó “sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1). Santiago confirmó: “La oración eficaz del justo puede mucho” (Santiago 5:16).

Cuando le pedimos a Dios ayuda, no estamos simplemente diciendo palabras vacías al aire —estamos hablándole directamente al Creador del universo. Él no ha predestinado cada detalle de nuestras vidas y, en algunas ocasiones, el simple hecho de *pedir* cambia las cosas.

Dios perdonó a la nación de Israel, porque Moisés se lo pidió (Éxodo 32:11-14). Protegió a Judá de los invasores asirios, porque Ezequías se lo pidió (2 Reyes 19:14-20). Mostró misericordia a los amigos de Job, porque Job se lo pidió (Job 42:7-8). Le permitió al siervo de Eliseo que viera una increíble demostración del poder espiritual, porque Eliseo se lo pidió (2 Reyes 6:16-18). Y trajo de vuelta a Tabita a la vida, porque Pedro se lo pidió (Hechos 9:39-40).

La oración cuenta. La oración cambia las cosas. El plan de Dios podría haber continuado sin todas estas oraciones que se han respondido, pero en tales momentos *Él las respondió porque su pueblo se lo pidió.*

En una visión, Juan vio “las oraciones de todos los santos” (Apocalipsis 8:3) mezclándose con el incienso de olor fragante en el altar, ante el trono de Dios. Dios no simplemente *escucha* nuestras oraciones. Él no las responde ocasionalmente a *regañadientes*. Él las valora y las trata como si fueran un incienso de olor fragante ante su trono.

En teoría, Dios, quien conoce nuestros corazones y nuestras necesidades, podría responder nuestras oraciones incluso antes de que nos pongamos a

orar. ¡Y a veces lo hace! Pero el hecho de orar nos recuerda constantemente de dónde provienen las respuestas a nuestras oraciones. Si Dios nos diera todo lo que necesitamos y queremos, antes de pedirlo, sería muy fácil olvidar que: “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las luces, en el cual no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17; comparar con Deuteronomio 8:10-17).

Mientras ora acerca de los temas descritos en la oración modelo, recuerde que algunas veces Dios está esperando que usted le pida antes de actuar: “para que conozcas que no hay como el Eterno nuestro Dios” (Éxodo 8:10).

¿Tiene en cuenta Dios el número de personas que oran para contestar una oración?

No, la oración no tiene nada que ver con las cifras. El número de personas orando no es un tema que influya a Dios de una u otra manera. Una oración sencilla de una persona sencilla puede ser tan efectiva como cientos de oraciones hechas por cientos de personas.

Tenemos ejemplos en la Biblia de grupos que oran por una situación específica, pero sería un error asumir que Dios la respondió debido al número de personas que estaban orando. Por ejemplo, cuando Pedro estaba en prisión “la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él” (Hechos 12:5). Esas oraciones fueron respondidas y se les permitió escapar milagrosamente (vv. 6-11). ¿Pero habría Dios rescatado a Pedro si sus compañeros cristianos *no* hubieran estado orando constantemente?

La Iglesia primitiva había crecido a un ritmo muy rápido. En Pentecostés del año 31 d.C.: “los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas... Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hechos 2:41, 47). Podemos asumir que fueron miles de cristianos los que estaban orando por Pedro.

Pero, ¿qué si sólo fueran mil de esos cristianos los que hubieran estado orando? ¿Habría rescatado Dios a Pedro de la prisión?

¿Qué ocurriría si sólo hubieran sido cincuenta?

¿Qué ocurriría si sólo hubiera sido una persona?

¿Habría dejado Dios a Pedro en la cárcel, enfrentando la ejecución porque no se cumplió cierta cuota de oraciones? No es así como Dios trata las oraciones hechas de acuerdo con su voluntad. (Lo invitamos a leer el artículo: “Hágase tu voluntad” de la página 27 y “En el nombre de Jesús, amén” de la página 53, si desea profundizar más en esos temas.)

En cuanto a temas personales, Dios nunca fija una cuota mínima de oraciones y no vemos que esto aparezca en las páginas de la Biblia. Una oración fue suficiente para que Sansón recuperara su fuerza (Jueces 16:28-30), para que los sirios fueran enceguecidos (2 Reyes 6:18), para que Ezequías fuera sanado (Isaías 38:2-5) y para que Daniel recibiera entendimiento (Daniel 10:12-14).

El beneficio de tener muchas personas orando por la misma cosa es la unidad que provee a aquellos que están ofreciendo esas oraciones. *Toda la Iglesia* estaba orando por Pedro y, sin duda, *toda la Iglesia* no se quedaba estática al escuchar que esas oraciones habían sido respondidas con un milagro.

Pero orar los unos por los otros —y aun *con* los otros— fortalece nuestra conexión como pueblo de Dios. Pero no cometamos el error de pensar que las oraciones son como las peticiones de nuestros días modernos —usted no necesita cierto número de personas que lo respalden para ser escuchado o para que Dios le responda. Por tal motivo, sus propias oraciones son suficientes.

¿Responde Dios nuestras oraciones si hemos pecado?

Isaías advirtió a su pueblo: “He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59:1-2).

Luego enlistó pecados terribles: “Porque vuestras manos están contaminadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios pronuncian mentira, habla maldad vuestra lengua. No hay quien clame por la justicia, ni quien juzgue por la verdad; confían en vanidad, y hablan vanidades; conciben maldades, y dan a luz iniquidad” (vv. 3-4).

Ningún ser humano es perfecto —esto incluye a los cristianos. Todos hemos pecado; todos pecaremos en el futuro. Pero Isaías no estaba hablándoles a las personas que ocasionalmente cometían un error o fallaban al resistir una tentación. Él les estaba hablando a quienes habían adoptado un *estilo de vida* pecaminoso y no mostraban signos de arrepentimiento, ni siquiera reconocían haber hecho mal. Todos habían pecado, estaban pecando y tenían la clara intención de *seguir* pecando.

Dios no iba a responder ninguna oración de una nación que estaba decidida a desobedecer su ley en cada oportunidad. Debido a su estilo de vida pecaminoso, Él ocultó su rostro de ellos. No era incapaz de oír, Él escogió no oír.

Dios no mora con el pecado. Las reglas y las restricciones del tabernáculo del Antiguo Testamento y el templo eran un recordatorio de que para acercarse a Dios, eran necesarias la pureza y la limpieza. Si nosotros adoptamos estilos de vida pecaminosos y nos negamos a cambiar, deberíamos esperar que Dios ignore nuestras peticiones.

Pero esto es algo muy diferente a clamar por los pecados con los que nosotros tenemos que enfrentarnos como cristianos. Dios dijo: “Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento” (Lucas 15:7). Dios y los ángeles se regocijan cuando ven que le pedimos perdón a Él por nuestros pecados (v. 10). Él ciertamente no cerró sus oídos a esas oraciones. A Él le encanta oírlos. La razón por la que Jesús vino y vivió una vida como ser humano fue para “reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20).

Cuando llegamos a reconocer el pecado en nuestras vidas (ya sea que lo permitamos accidental o intencionalmente), nuestra primera tarea siempre debe ser arrepentirnos: buscar el perdón de Dios a través del sacrificio de Jesucristo y pedir ayuda para superar ese pecado. Pero mientras nuestro deseo sea permanecer en una relación cercana con Dios, tenemos la promesa hecha por medio del apóstol Juan para animarnos:

“Pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:7-9).

¿Cómo puedo mantenerme enfocado cuando estoy orando?

Si consistentemente usted tiene problemas para mantenerse enfocado durante sus oraciones, el primer paso es identificar qué es lo que lo distrae. El obstáculo puede provenir del medio ambiente que lo rodea o de su propia mente.

Hay ruidos distractores y conversaciones que podrían dificultarnos mantener el enfoque en lo que le estamos diciendo a Dios. Podríamos estar orando en un lugar que nos recuerde todas las cosas que tenemos por hacer. Si su medio ambiente le está causando problemas, entonces trate

de encontrar un lugar diferente para orar. Váyase a otro lugar, haga una caminata —puede tratar de reacomodar su espacio para que éste le ayude a distraerse menos.

Lidiar con las distracciones internas puede ser un poco más complicado, pero hay algunas cosas que puede probar:

- Si le gusta más orar en silencio, entonces piense en orar en voz alta. Pronunciar las palabras puede evitar que usted pierda el hilo de sus pensamientos.
- Si su celular está prendido, apáguelo —incluso las vibraciones pueden obligar a su cerebro a distraerse de lo que está diciendo y preguntarse qué notificación le acaba de llegar.
- Si su mente sigue divagando acerca de un tema especial —estrés, alguna preocupación, cierta responsabilidad o algo con lo que se entusiasma mucho— hable con Dios acerca de esto. Compartir sus pensamientos y sentimientos con su Creador es una parte importante de la oración y si usted no puede hacer algo para sacarlos de su mente, ¿por qué no entonces empezar a utilizarlos como un punto de partida para hablar con Él?
- Si lo que lo distrae son ruidos cercanos que no puede impedir y no puede ignorar, entonces piense en la posibilidad de enmascarar esos ruidos o de taparlos con algo diferente que lo ayude a relajarse, como, por ejemplo, música instrumental.
- Si no puede decidir de qué quiere hablar o se da cuenta de que va en círculos, sin decir nada, trate de escribir los temas que quiera tratar. Tener algunas notas (o incluso los nombres de las personas por las que usted quiere orar) puede ayudarlo cuando se encuentra estancado.

No importa de dónde provengan sus distracciones, usted probablemente va a tener problemas para mantenerse enfocado hasta que desarrolle un plan para poder superar esta situación. Tal vez no sea capaz de cambiar cada variable que lo rodea, pero recuerde que incluso un pequeño cambio puede hacer una gran diferencia.

¿Qué sucede si no puedo encontrar un buen momento o lugar para mis oraciones?

Cuando se trata de encontrar un momento y un lugar para sus oraciones, hay que hacer una importante distinción entre “difícil” e “imposible”. Generalmente hay *algo* que usted puede hacer para establecer su oración como

un hábito regular incluso si esto requiere un trabajo diligente o algún grado de sacrificio y reprogramación.

En esas situaciones la clave es cambiar lo que se puede cambiar y no preocuparse por el resto. En otras palabras, hacer lo mejor que pueda en la situación en la que se encuentra, manteniéndose siempre atento a la posibilidad de mejorar la situación.

Sin embargo, existen situaciones en que las oraciones regulares y estructuradas se convierten en algo imposible. Si usted se encuentra en un ambiente realmente hostil o inflexible, donde la oración debe ser suspendida y se asume una posición agresiva, tal vez tenga que orar donde pueda o cuando pueda. Y si éste es el caso, usted está en buena compañía. La Biblia nos da muchos ejemplos de cómo el pueblo de Dios oró en medio de un ambiente hostil, donde su propia vida se veía amenazada:

- Esteban oró mientras una multitud violenta lo estaba apedreando hasta causarle la muerte (Hechos 7:57-60).
- Daniel continuó orando tres veces al día, incluso cuando se convirtió en un delito que podía castigarse con la muerte (Daniel 6:10-13).
- Jonás oró en el cuerpo del gran pez (Jonás 2:1-10).
- Sansón oró siendo prisionero de guerra mientras sus captores lo estaban humillando (Jueces 16:25-30).

Esperamos que usted nunca se encuentre en esa clase de situaciones, pero estos cuatro ejemplos nos pueden ayudar a recordar que, si todo lo demás está fuera de nuestro control, hablar con Dios a través de la oración siempre es una opción.

¿A quién debemos orar?

Jesús fue claro respecto de que nuestras oraciones debían ser dirigidas al “Padre nuestro que estás en los cielos” (Mateo 6:9). Aunque Jesucristo y Dios el Padre son miembros de la familia de Dios, Jesús sirve como nuestro “misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo” (Hebreos 2:17). En este papel, Él es el “mediador entre Dios y los hombres” (1 Timoteo 2:5).

Como Sumo Sacerdote, Jesús ofreció el sacrificio que nos permite acercarnos “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16). Él mismo “se sentó a la *diestra* del trono de la Majestad en los cielos” (Hebreos 8:1 , énfasis añadido). Dios el Padre, gobierna desde ese “trono de Majestad en los cielos”

y dirigimos nuestras oraciones a Él, en el *nombre* de Jesucristo (si desea ahondar en este punto, lo invitamos a leer: “En el nombre de Jesús, amén”, en la página 53).

Pablo hizo mención de esto cuando le dijo a los filipenses: “Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús” (Filipenses 4:6-7). Cuando oramos, la paz de Dios el Padre nos es dada por Jesucristo el Hijo, pero le hacemos nuestras peticiones *al* Padre.

Momentos antes de la muerte de Esteban, él tuvo una visión de “la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios” (Hechos 7:55). Mientras era apedreado hasta morir, oró: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (v. 59). También debemos notar Hechos 1:24-25 y 2 Corintios 12:8. Estos son los únicos casos en el Nuevo Testamento donde alguien se refiere a Jesús en la oración, pero sólo sugiere que hablar con Jesús durante nuestras oraciones es aceptable. Sin embargo, el modelo que Dios nos dio (y los ejemplos que tenemos en el Nuevo Testamento) hacen mucho énfasis en orarle al Padre, no al Hijo.

La Biblia es clara en que no debemos dirigir nuestras oraciones a los santos o a los ángeles.

Los santos son seguidores humanos de Dios (vea Hechos 9:13; Romanos 1:7; Efesios 1:1). Cuando mueren, “los muertos nada saben... porque en el Seol... no hay obra, ni trabajo, ni ciencia, ni sabiduría” (Eclesiastés 9:5, 10). Todos los santos que mueran antes *permanecerán* muertos hasta que sean resucitados y transformados al momento del regreso de Jesucristo: “En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta” (1 Corintios 15:52). Orarles a los santos no producirá nada —ellos están muertos y son incapaces de oír o responder esas oraciones. Y aun si pudieran escuchar, ¿cuál sería el punto de pedirles ayuda en lugar de pedírsela directamente al Padre?

Por otra parte, los ángeles se describen como “servidores”. Cuando Juan por error se inclinó para adorar un ángel durante una visión, el ángel le dijo: “Mira, no lo hagas; yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos que retienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios” (Apocalipsis 19:10).

El apóstol Pablo también nos advirtió contra el “culto a los ángeles” (Colosenses 2:18).

Los ángeles son “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación” (Hebreos 1:14) —siervos de Dios que hacen su voluntad. Como los santos, orar a los ángeles no conduce a

nada. Ellos no tienen el poder para responder nuestras oraciones fuera de la voluntad de Dios —en vez de hacer esto, nosotros hacemos nuestras peticiones directamente ante Dios.

¿Qué sucede si Dios no está respondiendo mis oraciones?

Una de las cosas más difíciles de orar a Dios pidiéndole su ayuda, es *esperar por una respuesta*.

Algunas veces, Dios responde nuestras oraciones inmediatamente de una forma tan poderosa que es imposible que pase desapercibida. Ha venido fuego del cielo, se ha partido el mar, los muertos vivieron y volvieron a respirar y lo que tenía para almorzar una persona, sirvió para alimentar una audiencia de miles.

Otras veces la respuesta es no y ésta también puede venir de una manera muy obvia. Una puerta se cierra, desaparece una oportunidad, se lastima una relación y algo clave queda fuera de nuestro alcance.

Pero lo que sucede usualmente cuando le pedimos algo a Dios en oración, es que luego... tenemos que esperar.

Y esperar.

Y esperar.

Con frecuencia, no es muy clara la forma en que Dios responde a nuestra oración o cuál es su respuesta, porque puede tener diferentes formas:

- “Sí”.
- “Sí y tengo algo más para ti”.
- “Sí, pero no en la forma en que estás esperando”.
- “No”.
- “No, pero además eliminaré algunas cosas de la ecuación”.
- “No, pero tengo algo mejor para ti”.
- “No todavía”.

Esa última parte es la que hace todo muy difícil. Dios trabaja de acuerdo con su patrón de tiempo perfecto, no de acuerdo con el nuestro. “No todavía” puede hacernos sentir que es un “no”, cuando esto implica esperar semanas, meses, años o un tiempo más largo antes de obtener una respuesta clara.

Aun así, Dios siempre responde nuestras oraciones. Tal vez puede tomar más tiempo de lo que esperamos y quizá la respuesta no sea la que queremos, pero *la respuesta siempre viene*. Mientras esperamos escuchar de Dios, hay cosas que podemos hacer:

Espere una respuesta. Cuando oramos a Dios, debemos hacerlo con la creencia de que Él nos va a escuchar y nos va a responder, de la forma que considere conveniente. Él no va a ignorar nuestras oraciones ni se olvidará de ellas.

David escribió: “Escucha, oh Eterno, mi oración, y está atento a la voz de mis ruegos. En el día de mi angustia te llamaré, porque *tú me respondes*” (Salmos 86:6-7, énfasis añadido). Podemos tener la misma confianza al hacer nuestras oraciones —Dios nos va a responder. Nosotros simplemente debemos confiar en Él.

Tenga una mente abierta a respuestas inesperadas. Dios sabe qué es lo mejor para nosotros, aunque esto sea diferente de lo que nosotros le estamos pidiendo. (Por ejemplo, si le pedimos a Dios más paciencia, tal vez Él puede aumentar las oportunidades para que *incrementemos* la paciencia.) Cuando Dios comienza a abrir puertas inesperadas en nuestra vida, es mejor mantener nuestros ojos atentos para ver qué puertas se van a abrir y por qué pueden ser las respuestas a nuestras peticiones.

No renuncie. Jesús nos enseñó “sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1). Para ilustrarlo, contó la historia de una viuda que había recibido justicia de un juez corrupto porque lo único que él quería era que ella lo dejara en paz. En contraste con este corrupto y malvado juez, Jesús preguntó: “¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles?” (v. 7). Dios no lo hará esperar más de lo que sea necesario —siga orando hasta que Él le muestre su respuesta.

Confíe en su tiempo. Si su oración no ha sido respondida inmediatamente, sepa que existe una razón. Una *buena* razón. “Desde los cielos miró el Eterno; vio a todos los hijos de los hombres; desde el lugar de su morada miró sobre todos los moradores de la tierra. Él formó el corazón de todos ellos; atento está a todas sus obras” (Salmos 33:13-15).

Su perspectiva es infinitamente superior a la nuestra. Él sabe lo que es y lo que será. La oración significa confiar en que Dios va a responder de la mejor manera y en el mejor momento —cuando y como quiera que sea.

¿Cuál es la diferencia entre las oraciones personales y las oraciones públicas?

Oraciones personales

La mayoría de sus oraciones serán oraciones personales entre usted y Dios solamente. En general, debemos mantener estas oraciones así, personales.

Jesús dijo: “Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6:6).

Sin embargo, usted no necesita hacer de sus oraciones personales un evento secreto. Aun bajo la amenaza de muerte, Daniel oró: “Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes” (Daniel 6:10).

Lo que importa es que nosotros no hacemos propaganda de nuestras conversaciones personales con Dios. Jesús dio un claro ejemplo de los hipócritas que “aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa” (Mateo 6:5).

Oraciones en público

Por otra parte, en el otro extremo del espectro están las oraciones en público. Éstas son las oraciones que una sola persona presenta a nombre de una multitud.

Los servicios de sábado en la Iglesia de Dios comienzan y terminan tradicionalmente con una oración en público (que nosotros llamamos oraciones de “apertura” y “final”, respectivamente), pidiéndole a Dios su presencia, su guía y su perspectiva durante los servicios. Nuestras comidas comunales también comienzan con una oración pública agradeciéndole a Dios por proveer los alimentos y pidiéndole que los bendiga.

Pablo hizo una referencia en 1 Corintios 14:15-17 a las oraciones durante los servicios de la Iglesia, haciendo énfasis en la importancia de que las oraciones puedan ser entendidas por quienes están escuchándolas. Otro ejemplo de una oración en público proviene del rey Salomón, quien oró en nombre de Israel cuando dedicó el templo pidiendo la presencia de Dios y su continua misericordia (1 Reyes 8:22-61).

3

Oraciones notables en la Biblia

La Biblia está llena de excelentes ejemplos de oraciones. Al leer las oraciones de otros (y considerar el contexto) podemos obtener una mejor idea de cómo enfocarnos en nuestras propias oraciones a Dios. A continuación encontrará varios ejemplos, provistos en orden cronológico.

Moisés ora pidiendo un corazón con sabiduría

(Salmos 90)

En medio del libro de Salmos hay un salmo cuyo subtítulo es, inesperadamente: “Oración de Moisés, varón de Dios”.

En esta oración, Moisés reflexionó en la infinita naturaleza de Dios y la breve existencia del hombre. “Porque mil años delante de tus ojos son como el día de ayer, que pasó, y como una de las vigiliass de la noche” (Salmos 90:4). Sin embargo, la duración de la vida es “como la hierba que crece en la mañana. En la mañana florece y crece; en la tarde es cortada, y se seca” (vv. 5-6).

Con eso en mente, Moisés le pide a Dios: “Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría” (v. 12). Mientras más entendamos la brevedad de la condición humana comparada con la naturaleza eterna e inmortal de Dios, más ansiosamente le oraremos a Dios pidiendo:

“De mañana sácanos de tu misericordia, y cantaremos y nos alegraremos todos nuestros días” (v. 14).

Ana pide un hijo

(1 Samuel 1:11)

Por mucho tiempo Ana no pudo tener hijos porque “El Eterno no le había concedido tener hijos” (1 Samuel 1:5). Su esposo, Elcana, estaba muy preocupado por Ana, pero no fue capaz de animarla (v. 8). La otra esposa de Elcana, Penina, se complacía atormentando a Ana, probablemente porque Elcana mostraba favoritismo hacia Ana (vv. 4-6).

La oración con todo el corazón que hizo Ana fue registrada en un solo versículo. Ella oró con “amargura de alma”, en tanto que lloró abundantemente (v. 10).⁹ Y le prometió a Dios que si le permitía tener un hijo, se lo dedicaría para servirle a Él en el templo (v. 11).

Dios respondió la oración de Ana y le dio el hijo que pidió y lo nombraron Samuel (que en hebreo significa “escuchado por Dios”), quien se convirtió en un líder importante de Israel y un profeta de Dios. La disposición que Ana tenía de seguir su voto, hizo que Samuel llegara al servicio de Dios (vv. 27-28). Esto muestra en gran parte el carácter tan increíble que tenía Ana y su confianza en Dios.

En 1 Samuel 2:1-10, hay una segunda y muy importante oración hecha por Ana, donde alaba a Dios por responderle su oración inicial.

Las oraciones de David de reflexión, arrepentimiento y alabanza

Una oración de reflexión

(Salmos 23)

El Salmo 23 es tan bien conocido que es posible leerlo sin ponerle mucha atención a lo que está diciendo. En este salmo David describe a Dios como un amoroso pastor que lo protege y lo guía a través de los peligros y las pruebas. Podemos aprender a ver a Dios de la misma forma.

Aunque David experimentó la bondad de Dios en su vida, él terminó el salmo manifestando su deseo: “en la casa del Eterno moraré por largos días” (Salmos 23:6).

⁹ Los versículos 12 al 14 nos revelan que “Ana oró en su corazón” y no lo hizo en voz alta, lo que hizo que el sumo sacerdote pensara que estaba ebria.

Una oración de arrepentimiento

(Salmos 51)

Cuando David escribió el Salmo 51 estaba saliendo de un agujero oscuro. Había cometido adulterio con la esposa de uno de sus soldados más leales —y para cubrir ese pecado, orquestó la muerte del soldado en una guerra que se estaba desarrollando (2 Samuel 11:12).

El Salmo 51 nos ayuda a tener una perspectiva amplia acerca de lo que es el verdadero arrepentimiento. David vino ante Dios con una actitud arrepentida (vv. 16-17), reconoció sus pecados (vv. 3-4,14), buscando ser limpiado totalmente (vv. 1-2, 7-9), y le pidió a Dios ayuda para cambiar sus caminos (vv. 10-13).

Esperamos que nuestras oraciones de arrepentimiento nunca necesiten ser acerca de algo tan serio. Pero sin importar cuáles sean nuestros pecados, tenemos el consuelo de saber que cuando Dios nos perdona, nosotros somos “limpios” y “más blancos que la nieve” (v. 7).

Una oración de alabanza

(Salmos 139)

David escribió muchos salmos de alabanza, pero el Salmo 139 es uno de los más animadores. Es una oración que podemos estudiar para encontrar esperanza y perspectiva durante nuestras pruebas más difíciles.

David sabía que no había un lugar en la Tierra donde Dios no tuviera poder para salvarlo de los problemas (vv. 7-12) y que no había ninguna parte de él mismo que Dios no entendiera íntimamente (vv. 1-6). Dios era su creador y su diseñador (vv. 13-16). Él afirmó que odiaba todo lo que Dios odia (vv. 19-22), se regocijaba en los pensamientos y el cuidado de Dios (vv. 17-18) e invitó a Dios a escudriñarlo y corregir su corazón mientras lo guiaba hacia Él (vv. 23-24).

Salomón le pide a Dios una atención especial

(1 Reyes 8:22-60; 2 Crónicas 6:12-42)

David quería construir un templo permanente para Dios, pero era un hombre de guerra que había derramado mucha sangre y Dios se lo había prohibido (2 Samuel 7:1-11; 1 Crónicas 28:3). Sin embargo, Dios prometió que el hijo de David, Salomón, construiría ese templo (2 Samuel 7:12-16).

Durante la dedicación del templo, Salomón alabó a Dios diciendo: “has guardado a tu siervo David mi padre lo que le prometiste; tú lo dijiste con

tu boca, y con tu mano lo has cumplido, como se ve en este día” (2 Crónicas 6:15).

Salomón sabía que el templo no era una casa adecuada para la verdadera gloria y forma de Dios (v. 18), pero oró: “Que tus ojos estén abiertos sobre esta casa de día y de noche, sobre el lugar del cual dijiste: Mi nombre estará allí; que oigas la oración con que tu siervo ora en este lugar” (v. 20) —y más específicamente que oyera “el ruego de tu siervo, y de tu pueblo Israel, cuando en este lugar hicieren oración” (v. 21).

Cuando Salomón terminó su oración, Dios le respondió de una forma poderosa:

Cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego de los cielos, y consumió el holocausto y las víctimas; y la gloria del Eterno llenó la casa. Y no podían entrar los sacerdotes en la casa del Eterno, porque la gloria del Eterno había llenado la casa del Eterno. Cuando vieron todos los hijos de Israel descender el fuego y la gloria del Eterno sobre la casa, se postraron sobre sus rostros en el pavimento y adoraron, y alabaron al Eterno, diciendo: Porque él es bueno, y su misericordia es para siempre (2 Crónicas 7:1-3).

La oración de Ezequías pidiendo liberación

Pidiendo ser liberado de Senaquerib

(2 Reyes 19:15-19; 2 Crónicas 32:20-21; Isaías 37:16-20)

Cuando los asirios vinieron a invadir el reino de Judá, el rey Senaquerib de Asiria se burló de Judá por confiar en Dios y le advirtió a la gente: “ningún dios de todas aquellas naciones y reinos pudo librar a su pueblo de mis manos, y de las manos de mis padres, ¿cuánto menos vuestro Dios os podrá librar de mi mano?” (2 Crónicas 32:15).

La parte de la oración del rey Ezequías por su pueblo es una oración corta pero efectiva. Él tomó la carta llena de burlas y amenazas y la puso delante de Dios, suplicándole que interviniera y rescatara a la nación del terrible destino que tenía delante. Él terminó pidiéndole a Dios que hiciera evidente su poder divino absolutamente para todos los involucrados: “Ahora, pues, oh Eterno Dios nuestro, sálvanos, te ruego, de su mano, para que sepan todos los reinos de la tierra que solo tú, Eterno, eres Dios” (2 Reyes 19:19).

Dios hizo exactamente eso. “Y el Eterno envió un ángel, el cual destruyó a todo valiente y esforzado, y a los jefes y capitanes en el campamento del rey

de Asiria. Este se volvió, por tanto, avergonzado a su tierra; y entrando en el templo de su dios, allí lo mataron a espada sus propios hijos... Y muchos trajeron a Jerusalén ofrenda al Eterno... y fue muy engrandecido delante de todas las naciones después de esto” (2 Crónicas 32:21, 23).

El relato paralelo nos dice que Dios acabó con 185.000 tropas en una sola noche, muchos más soldados de los que Judá hubiera podido enfrentar por su condición debilitada y por estar resistiendo un sitio. Esta oración nos recuerda que nada se escapa a la capacidad de Dios y que nosotros nunca vamos a encontrarnos en una situación tal que Él no pueda ayudarnos.

Pidiendo sanidad de una enfermedad fatal

(2 Reyes 20:2-3; Isaías 38:2-3)

Dios envió a Isaías el profeta a decirle al rey Ezequías: “Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás” (Isaías 38:1). En respuesta, Ezequías quien “enfermó de muerte... volvió Ezequías su rostro a la pared, e hizo oración al Eterno” (vv. 1-2). Oró de esta manera:

“Oh Eterno, te ruego que te acuerdes ahora que he andado delante de ti en verdad y con íntegro corazón, y que he hecho lo que ha sido agradable delante de tus ojos” (v. 3).

Dios le respondió rápidamente a través de Isaías: “He oído tu oración, y visto tus lágrimas; he aquí que yo añado a tus días quince años. Y te libraré a ti y a esta ciudad, de mano del rey de Asiria; y a esta ciudad ampararé” (vv. 5-6).

Dios le dio a Ezequías quince años más de vida simplemente porque Ezequías se lo pidió. Si bien Dios no responde todas las oraciones de esta manera, es muy animador saber que es capaz de hacerle ajustes a una parte de sus planes por el bien de su pueblo.

Después de su milagrosa sanidad y recuperación, Ezequías escribió un salmo de alabanza, registrado en los versículos 10 al 20.

La oración de Daniel a pesar de la persecución

(Daniel 6:10)

Cuando los medo-persas conquistaron a los babilonios: “Daniel mismo era superior a estos sátrapas y gobernadores, porque había en él un espíritu superior; y el rey pensó en ponerlo sobre todo el reino” (Daniel 6:3).

Sus gobernadores, colegas (y los sátrapas debajo de él) estaban extremadamente celosos y buscaban eliminar de escena a Daniel. Cuando “no

[pudieron] hallar ocasión alguna o falta, porque él era fiel” (v. 4), recurrieron a las artimañas y a la manipulación. Convencieron al rey de declarar temporalmente como ilegal la oración (vv. 6-8), sabiendo que Daniel nunca dejaría de orarle a su Dios.

Ellos estaban en lo cierto. “Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, y oraba y daba gracias delante de su Dios, como lo solía hacer antes” (v. 10).

No sabemos *cuál* era la oración de Daniel.¹⁰ El detalle importante aquí es que él oró —aun cuando esto podía significar su muerte. El resto de la historia revela cómo Dios intervino y rescató a Daniel. Pero una lección que podemos extraer aquí es que no hay amenaza, aunque sea real, suficiente para infundirnos miedo de presentarnos delante de Dios con nuestras oraciones.

La oración de Nehemías pidiendo ser recordado por Dios

(Nehemías 13)

El último capítulo de Nehemías, el gobernador de Jerusalén registra varias reformas que él llevó a cabo tratando de mantener a su pueblo en el camino de la justicia. Aunque el pueblo había regresado del exilio en Babilonia, todavía era muy fácil para ellos desviarse de los mandamientos y las instrucciones de Dios.

Una y otra vez, Nehemías se encontró a sí mismo imponiendo estos mandamientos y tratando de que las personas no tomaran decisiones que provocaran un desastre espiritual. Una y otra vez, mientras hacía este recuento de eventos, los puntualizaba con una petición vehemente: “Acuérdate de mí, oh Dios” (Nehemías 13:14, 22, 31).

Nehemías había hecho todo lo que podía para gobernar y guiar al pueblo a Dios y al final de todo, su petición fue: “Acuérdate de mí, Dios mío, para bien” (v. 31).

La oración de María de alabanza y gozo

(Lucas 1:46-55)

Cuando el ángel Gabriel saludó a María, dijo: “¡Salve, muy favorecida! El Señor es contigo; bendita tú entre las mujeres” (Lucas 1:28). María fue es-

¹⁰ Si desea profundizar más en las oraciones de Daniel, Daniel 9:14-19 contiene una oración que él hizo a favor de toda la nación de Israel.

cogida por Dios para que diera a luz al Verbo de Dios hecho ser humano —Jesucristo mismo.

Su oración de alabanza está registrada en el mismo capítulo y está llena de alusiones a pasajes importantes del Antiguo Testamento que reconocían: “Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso” (v. 49).

María sabía que su hijo tendría una importancia profética, pero no comprendía aún la dimensión de quién era el Hijo de Dios. Aun así, ella expresó humildemente estar dispuesta a ser parte del plan de Dios (v. 38), lo alabó “porque ha mirado la bajeza de su sierva” (v. 48) y estaba ansiosa de la forma en que Dios iba a ayudar “a Israel su siervo, acordándose de la misericordia de la cual habló a nuestros padres, para con Abraham y su descendencia para siempre” (vv. 54-55).

Parábolas acerca de la oración

El amigo a la media noche

(Lucas 11:5-8)

Cuando los discípulos le pidieron a Jesús: “Señor, enséñanos a orar” (Lucas 11:1), Dios les dio la oración modelo (vv. 2-4) y luego les hizo esta pregunta:

“¿Quién de vosotros que tenga un amigo, va a él a medianoche y le dice: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo mío ha venido a mí de viaje, y no tengo qué ponerle delante; y aquél, respondiendo desde adentro, le dice: No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis niños están conmigo en cama; no puedo levantarme, y dártelos? Os digo, que aunque no se levante a dárselos por ser su amigo, sin embargo por su importunidad se levantará y le dará todo lo que necesite” (vv. 5-8).

Dios obviamente no es igual a un amigo que no quiere salir de la cama para darnos una mano. Pero este ejemplo nos recuerda que, si la persistencia puede hacer que un amigo gruñón nos ayude, ¿cuánto más valiosa es la persistencia al orar a Dios que nos ama y quiere buenas cosas para nosotros?

Jesús continuó: “Yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (v. 9-10).

La viuda persistente

(Lucas 18:1-8)

Esta parábola tiene un prefacio con el comentario: “También les refirió

Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar” (Lucas 18:1). Él contó la historia de una viuda que estaba tratando de obtener justicia de un juez corrupto: “que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre” (v. 2).

Inicialmente el juez se rehusó a hacer lo correcto, pero la viuda no se rindió. Ella siguió pidiendo, pidiendo y pidiendo, hasta que el juez se cansó y dijo: “Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia” (vv. 4-5).

Y luego Jesús hizo una pregunta alrededor de la cual se desarrolla la parábola. Si un juez injusto y corrupto puede ser persuadido de administrar justicia por medio de la persistencia: “¿acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia” (vv. 7-8).

Podemos tener la certeza de que Dios nos hará justicia en el momento correcto y de la forma correcta —pero mientras esperamos debemos: “orar siempre sin desmayar”.

El fariseo y el publicano

(Lucas 18:9-14)

Esta parábola estaba dirigida a quienes “confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros” (Lucas 18:9). Contrasta entre dos personalidades diferentes: un fariseo (un judío que se consideraba líder espiritual) y un publicano (un judío que era odiado y envilecido por sus conciudadanos por trabajar con sus opresores romanos para obtener dinero de sus compañeros judíos).

Ambos hombres fueron al templo a orar, como dice el versículo 10. El fariseo —que parecía ser el más justo de los dos hombres— oraba: “Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aun como este publicano” (v. 11), luego procedió a hacer alarde de sus hábitos de justicia.

El publicano —quien parecía el villano espiritual de la historia— “no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador” (v. 13).

Jesús explicó que sólo el publicano: “descendió a su casa justificado” (v. 14). El fariseo tenía una percepción enaltecida de sí mismo —vino a hacer alarde de su propia grandeza ante Dios.

Sólo el publicano vino delante de Dios con una actitud humilde (y la disposición a admitir sus faltas). La lección para nosotros es clara: “cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (v. 14). Cuando venimos delante del Dios del universo, debemos hacerlo en humildad, no de manera orgullosa o altiva.

La oración de Jesús pidiendo unidad antes de la crucifixión

(Juan 17)

Justo antes de su crucifixión, Jesús oró a Dios el Padre pidiendo por Sí mismo, por sus discípulos y por aquellos que algún día se convertirían en sus discípulos. En esta oración se nos da una perspectiva especial de lo que había en la mente de nuestro Salvador poco antes de morir.

Su deseo era regresar a la gloria que Él había tenido antes de la fundación del mundo con Dios (Juan 17:5). Deseaba que Dios protegiera “a los que me has dado... para que sean uno, así como nosotros” (v. 11), “que también ellos sean santificados en la verdad” (v.19) y que “los que han de creer en mí... que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti” (vv. 20-21).

Continuó: “La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo” (vv. 22-24).

Incluso estando a unas horas de sufrir su propia muerte física, lo que predominaba en los pensamientos de Cristo era el futuro de sus discípulos. Estaba ansioso de que llegara el día en que ellos —incluidos *nosotros*— se reunieran con Él para compartir la gloria que comparte con el Padre.

Pablo preguntó: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Romanos 8:35). La respuesta de Pablo fue que *nada* puede hacerlo (vv. 38-39) y leer la oración de Jesús nos recuerda este hecho.

Otra faceta importante de esta oración se enfoca en el papel de los discípulos. Jesús dijo: “No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo” (Juan 17:15-18).

Aunque nuestra relación con Dios y su verdad nos apartan del mundo que nos rodea, debemos vivir y operar en él. Al permanecer en *el* mundo sin ser parte *del* mundo, se nos recuerda que debemos ser un ejemplo *para* el mundo, a fin de que: “el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado” (v. 23).

Aquí vemos de una manera sencilla que tenemos un papel que realizar: crecer y desarrollarnos como cristianos, apoyar la obra de predicar el evangelio y vivir como representantes de nuestro Señor sin importar la condición del mundo que nos rodea.

Las oraciones de los apóstoles pidiendo guía y denuedo

Una oración pidiendo guía

(Hechos 1:24-25)

Cuando los discípulos de Dios entendieron que Él pretendía reemplazar a Judas Iscariote como uno de los doce apóstoles (Hechos 1:16-22), oraron pidiendo la guía de Dios para elegir ese reemplazo.

En esa oración ellos se refirieron a Dios como *kardiognosta* —literalmente “el que conoce el corazón”. Ese título refleja una verdad muy importante que Dios le dijo a Samuel: “el Eterno no mira lo que mira el hombre; pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero el Eterno mira el corazón” (1 Samuel 16:7). Los discípulos sabían que sólo Dios podía ver los corazones de los candidatos a reemplazar a Judas. Sólo Dios podía saber quién era el correcto para esa posición.

Esa oración también tiene la distinción de ser la última oración registrada antes del derramamiento del Espíritu Santo en Hechos 2:1-4 y la última vez que el pueblo de Dios había “echado suertes” pidiéndole a Él que se manifestara (Hechos 1:26).

Una oración pidiendo denuedo

(Hechos 4:24-31)

Cuando los principales sacerdotes trataron de aplastar la religión cristiana que estaba emergiendo al ordenarle a los apóstoles: “que en ninguna manera hablasen ni enseñasen en el nombre de Jesús” (Hechos 4:18), Pedro y Juan se unieron a otros discípulos que oraban a Dios pidiendo denuedo para hacer justo lo opuesto: “[concede] a tus siervos que con todo denuedo

hablen tu palabra, mientras extiendes tu mano para que se hagan sanidades y señales y prodigios mediante el nombre de tu santo Hijo Jesús” (vv. 29-30).

Al final de esa oración, Dios dio una respuesta rápida y afirmativa: “el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo, y hablaban con denuedo la palabra de Dios” (v. 31).

Cuando otros quieran silenciar el mensaje de Dios, podemos volvernos a Él pidiéndole la fortaleza para compartirlo con más fuerza que nunca.

La oración de Esteban ante una turba violenta

(Hechos 7:59-60)

Esteban hizo una corta oración mientras sus compatriotas lo apedreaban para matarlo.

Esteban fue uno de los siete creyentes ordenados por los apóstoles como diáconos: “siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encarguemos de este trabajo” (Hechos 6:3). “Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo” (v. 8).

Había muchos judíos que se resistían a la idea de que Jesús era al mismo tiempo el Mesías esperado y el Hijo de Dios. Y aunque ellos arguyeron con Esteban, “no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba” (v. 10). Entonces tomaron falsos testigos para esparcir falsos rumores acerca de las enseñanzas de Esteban y “soliviantaron al pueblo, a los ancianos y a los escribas; y arremetiendo, le arrebataron, y le trajeron al concilio” (v. 12).

En esta prueba crucial para su vida, Esteban pronunció un poderoso discurso, en el que relató la historia de Israel como una nación rebelde y desobediente, reprendiéndolos enérgicamente: “¡Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos! Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y mataron a los que anunciaron de antemano la venida del Justo, de quien vosotros ahora habéis sido entregadores y matadores; vosotros que recibisteis la ley por disposición de ángeles, y no la guardasteis” (Hechos 7:51-53).

Eso era más de lo que la multitud estaba dispuesta a soportar. “Se enfurecían en sus corazones, y crujían los dientes contra él” (v. 54). Cuando Esteban anunció: “He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está

a la diestra de Dios” (v. 56), la multitud se abalanzó sobre él, lo arrojaron fuera de la ciudad y lo apedrearon hasta que murió.

En sus momentos finales Esteban gritó: “Señor Jesús, recibe mi espíritu” (v. 59) y luego, finalmente: “Señor, no les tomes en cuenta este pecado” (v. 60).

Jesús dijo: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen” (Mateo 5:44). Puede ser muy desafiante seguir estas palabras en el mejor de los casos, pero Esteban lo hizo hasta su último aliento, momentos antes de que su cuerpo sin vida colapsara en la tierra:

“Señor, no les tengas en cuenta este pecado”.

Si nosotros estuviéramos en los zapatos de Esteban, ¿habríamos podido decir las mismas palabras en nuestra oración?

Las continuas oraciones que Cornelio le hacía a Dios

(Hechos 10:1-6)

Cuando Dios decidió revelar que estaba llamando a los gentiles (no israelitas) a su Iglesia, usó a Cornelio para enviar ese mensaje.

Cornelio era “centurión de la compañía llamada la Italiana, piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre” (Hechos 10:1-2).

A pesar de no ser un judío y ser un soldado romano (probablemente era menospreciado por algunos de los judíos), Cornelio temía a Dios, servía a los pobres y oraba siempre.

Dios envió un ángel a decirle a Cornelio: “Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios” (v. 4) y lo guio para que hablara con el apóstol Pedro.

Por medio de una complicada serie de eventos, incluyendo una visión (vv. 9-17) y el derramamiento del Espíritu de Dios (vv. 44-48), Dios dejó muy claro a la Iglesia primitiva “que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida” (Hechos 11:18).

Hasta la llegada de Cornelio, la Iglesia estaba compuesta en su mayoría por creyentes judíos. Los judíos cristianos no entendían que Dios estaba llamando a los gentiles y, seguramente, la idea de servir junto a los judíos como iguales, tampoco era algo que los gentiles estuvieran buscando.

Probablemente Cornelio no buscaba desempeñar un papel especial. Qui-

z sólo quería tener una relación con Dios. Pero su dedicación a Dios, su servicio a los demás y sus continuas oraciones lo convirtieron en el candidato perfecto para revelar la siguiente fase del plan de Dios.

Es seguro que Dios siempre había pensado traer a los gentiles a su Iglesia, pero no tenía que hacerlo por medio de Cornelio. Cuando establecemos una relación enfocada y dedicada a Dios a través de la oración, no sabemos para qué elegirá usarnos Él.

Parte II

Estudio bíblico

¿Qué es el estudio bíblico?

El estudio bíblico es exactamente lo que indica su nombre: el acto de estudiar la Biblia. Los cristianos usan esta valiosa herramienta apartando tiempo para leer (y aprender de) la Palabra de Dios.

¿Por qué es importante estudiar la Biblia?

Pablo le dijo a Timoteo que “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17).

Si las Escrituras fueron inspiradas por Dios, entonces estudiar la Biblia es nuestra oportunidad para conversar con el Creador y Sustentador de todo el universo. A través de la oración, nosotros le hablamos a Dios y, a través del estudio de la Biblia, Él nos habla a *nosotros*.

Hablando de los temas proféticos (los mensajes divinos inspirados por Dios), Pedro confirma: “nunca... fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 Pedro 1:21).

Esto significa que, si algo es parte de las Escrituras, es porque Dios así lo quiso. Y si Dios lo quiso, es porque es útil para *nosotros*.

Pablo también explica que “las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4).

Durante miles de años, Dios ha inspirado a sus siervos para que digan, escriban y preserven las palabras que necesitamos oír —y esas palabras están esperando por nosotros en las páginas de la Biblia. Cuando apartamos tiempo para leerlas y analizarlas, le permitimos a Dios que nos enseñe, nos redarguya, nos corrija y nos instruya en justicia.

4

Estructura de la Biblia

Para sacar el máximo provecho de nuestros estudios bíblicos, necesitamos entender algunos hechos importantes acerca del diseño de la Biblia.

Los dos testamentos

Lo primero que notará en la tabla de contenidos de su Biblia es que se divide en dos secciones llamadas testamentos —el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento.

En este contexto, “testamento” es sinónimo de *pacto*, y pacto es sinónimo de acuerdo vinculante. En otras palabras, los dos testamentos de la Biblia giran en torno a dos pactos (dos acuerdos vinculantes) entre Dios y su pueblo.

Estos dos pactos son el centro de la religión cristiana y, de hecho, son el centro del plan de Dios para toda la humanidad. Por lo tanto, tomarnos el tiempo para entenderlos nos provee de un valioso contexto para nuestros estudios bíblicos.

El Antiguo Testamento

El pacto principal del Antiguo Testamento es el de Dios con el antiguo

pueblo de Israel. Tras rescatarlos de la cautividad en Egipto, Dios guio a los israelitas por el desierto hacia el monte Sinaí.

En Sinaí, les dijo lo que esperaba de ellos y las bendiciones que recibirían al convertirse en su pueblo. Israel pasó casi un año acampando en Sinaí y aprendiendo acerca de las leyes y los estándares de Dios.

Una de las primeras cosas que Dios hizo en Sinaí fue entregarle a Moisés los Diez Mandamientos —diez reglas breves que explican cómo debemos relacionarnos con Dios (los primeros cuatro mandamientos) y con los demás (los últimos seis mandamientos).

Pero antes de darles los Diez Mandamientos, Dios le dijo a Israel: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes” (Éxodo 19:5-6).

Los israelitas respondieron: “Todo lo que el Eterno ha dicho, haremos” (v. 8). Y dijeron palabras similares cuando aceptaron oficialmente el pacto en Éxodo 24:7.

La mayor parte del Antiguo Testamento gira en torno a este pacto. Desde el principio de la creación, el Antiguo Testamento muestra cómo el pacto se gestó, por qué era importante y cómo Israel finalmente lo quebrantó y rechazó.

Pero el plan de Dios para la humanidad no se arruinó. En varias partes del Antiguo Testamento también encontramos referencias a otro pacto futuro:

He aquí que vienen días, dice [el Eterno], en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; porque ellos invalidaron mi pacto, aunque fui yo un marido para ellos, dice el Eterno. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Eterno: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo (Jeremías 31:31-33).

Cronológicamente, el Antiguo Testamento cubre cerca de 3,500 años de historia humana. Y hay aproximadamente 400 años entre la última página del Antiguo Testamento y la primera del Nuevo Testamento.

El Nuevo Testamento

El Antiguo Testamento culmina con el incumplimiento de Israel de su compromiso con Dios. El Nuevo Testamento comienza con la esperanza

y la promesa de que Dios no se ha dado por vencido con su pueblo o el mundo.

El Nuevo Testamento relata la historia de cómo “el Verbo” se convirtió en un ser humano, el Hijo de Dios, vivió una vida perfecta sin pecado y se presentó a sí mismo como un sacrificio para pagar la pena de los pecados de la humanidad.

El Hijo de Dios (a quien conocemos como Jesucristo) inició el Nuevo Pacto a través de su sacrificio perfecto. Les dijo a sus seguidores que sería “el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama” (Lucas 22:20).

El Nuevo Pacto no es entre Dios y la nación física de Israel. Pedro explica en Hechos 2:38-39 los términos y las condiciones para entrar en este Nuevo Pacto con Dios:

“Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”.

A través del arrepentimiento¹¹ y el bautismo,¹² cualquier persona puede entrar en la relación del Nuevo Pacto con Dios. La mayor parte del Nuevo Testamento se trata de cómo se gestó este pacto, qué significa vivir bajo el nuevo pacto y cómo culminará en un maravilloso mundo nuevo.

Es importante mencionar que el Nuevo Pacto no fue un intento de Dios para arreglar las cosas sobre la marcha cuando Israel rechazó el Antiguo Pacto. Jesucristo fue “inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8). Su sacrificio y el Nuevo Pacto resultante fueron parte del plan de Dios desde el principio.

Cronológicamente, el Nuevo Testamento cubre aproximadamente cien años de historia humana.

Los libros de la Biblia

Lo segundo que notará en la tabla de contenidos de su Biblia es que ambos testamentos están divididos en libros, no en capítulos.

La razón es que la Biblia no es un solo libro; en realidad es una compilación de *otros* libros. La Biblia contiene 66 libros en total: 39 en el Antiguo

¹¹ El arrepentimiento es el acto de reconocer nuestra culpa, buscar el perdón y cambiar nuestro comportamiento.

¹² El bautismo es ser sumergido completamente (por un momento) en el agua por un ministro de Dios. Es una ceremonia formal que refleja nuestro arrepentimiento, porque simbólicamente hacemos morir al “viejo hombre con sus hechos” (Colosenses 3:9).

Testamento y 27 en el Nuevo. La lista de libros aceptados como parte de las Escrituras se llama canon.

¿Por qué esos libros?

¿Quién decidió que esos 66 libros pertenecían a la Biblia? ¿Quién decidió cuáles *no* pertenecían?

Existen muchos otros libros que dicen ser obras inspiradas por Dios. Algunos incluso dicen haber sido escritos por autores conocidos de la Biblia. Un grupo de esta clase de libros se conoce como *textos apócrifos*.

El alcance de este libro no nos da espacio para explicar en detalle por qué algunos libros antiguos son parte de la Biblia y otros no. Pero existen muchos otros libros que hablan acerca de la canonicidad —por ejemplo: *From God to Us: How We Got Our Bible* [De Dios para nosotros: de dónde proviene nuestra Biblia], de Norman L. Geisler y William E. Nix.

La versión corta es: creemos que al pueblo judío “les ha sido confiada la palabra de Dios” (Romanos 3:2) y que, a través de los siglos, ellos preservaron cuidadosamente lo que ahora conocemos como el Antiguo Testamento. Además, la Iglesia reunió y preservó los escritos que Dios les reveló como Escritura inspirada (Pedro, por ejemplo, describió algunos de los escritos de Pablo como Escritura en 2 Pedro 3:16).

La historia nos muestra destellos de este proceso. Existen cartas y registros de hace cientos (y miles) de años donde vemos claramente que ciertos libros siempre han sido considerados confiables, mientras que otros han sido vistos con escepticismo o rechazados tan pronto como aparecieron en escena. Los primeros líderes de la Iglesia (en el primer y segundo siglos) a menudo hicieron referencia a pasajes de las Escrituras en sus propios escritos, lo cual nos muestra cuáles libros del Nuevo Testamento ya se consideraban canónicos (y, ocasionalmente, cuáles no).

Además de los registros históricos, la gran mayoría de los libros apócrifos contienen señales de alarma evidentes. Muchos presentan conflictos con enseñanzas bíblicas establecidas, ofrecen relatos alternativos de eventos bíblicos y parecen haber sido escritos mucho más tarde (y por autores diferentes) de lo que dicen.

Puede encontrar ejemplos de esto en nuestro artículo “[¿Forman parte de la Biblia los apócrifos?](#)”. Basta decir que existe mucha evidencia que comprueba que Dios se aseguró de que nuestras Biblias modernas contengan estos 66 libros —ni más ni menos.

¿Por qué ese orden?

Si lee la Biblia en orden, de principio a fin, rápidamente descubrirá que los libros no siguen un orden cronológico:

Esdras y Nehemías hablan acerca de la reconstrucción del templo, pero tres libros más adelante tenemos los Salmos, muchos de los cuales fueron escritos por el rey David antes de que se construyera el primer templo. Y un libro antes tenemos el de Job, que puede haber sido escrito en algún momento durante los eventos de Génesis. ¿Por qué los libros no se encuentran en el orden secuencial de los eventos?

Aunque no es obvio a primera vista, los libros de la Biblia están agrupados según su *contenido* —no siempre según su *cronología*.

Agrupaciones hebreas tradicionales

La versión judía de la Biblia, el *Tanaj*, incluye sólo lo que conocemos como Antiguo Testamento, aunque algunos libros están en un orden diferente al nuestro. El Tanaj tradicionalmente se divide en tres secciones: la Ley (*Torá*), los Profetas (*Nevi'im*) y los Escritos (*Ketuvim*).¹³

Estas divisiones son las que se usaban cuando Jesucristo vino a la Tierra. Cristo se refirió a ellas en Mateo 5:17 y Lucas 24:44.

(Nota: muchos de estos libros eran originalmente una sola obra y algunas versiones del Tanaj las presentan así. En lugar de 1 y 2 de Samuel, por ejemplo, puede encontrar un solo libro llamado Samuel; y lo mismo sucede con Reyes, Esdras/Nehemías y Crónicas.)

La Ley (*Torá*)

- Génesis
- Éxodo
- Levítico
- Números
- Deuteronomio

Los Profetas (*Nevi'im*)

- Los Profetas anteriores
 - Josué
 - Jueces
 - 1 Samuel
 - 2 Samuel
- Los Profetas Mayores
 - 1 Reyes
 - 2 Reyes
 - Isaías
 - Jeremías

¹³ La palabra *Tanaj* se deriva de las primeras letras de sus tres secciones (T, N, J), añadiendo vocales.

- Ezequiel
- Los Profetas Menores (a veces llamados “Los Doce”)
 - Oseas
 - Joel
 - Amós
 - Abdías
 - Jonás
- Miqueas
- Nahúm
- Habacuc
- Sofonías
- Hageo
- Zacarías
- Malaquías

Los Escritos (*Ketuvim*)

- Libros de poesía
 - Salmos
 - Proverbios
 - Job
- “Libros del festival” (*Megilloth*)
 - Cantar de los cantares
 - Ruth
 - Lamentaciones
- Eclesiastés
- Ester
- Otros escritos
 - Daniel
 - Esdras
 - Nehemías
 - 1 Crónicas
 - 2 Crónicas

Agrupaciones alternativas del Antiguo Testamento

En la mayoría de las Biblias actuales, la tabla de contenidos del Antiguo Testamento ordena los libros de forma diferente, según su contenido:

La Ley

- Génesis
- Éxodo
- Levítico
- Números
- Deuteronomio

Libros históricos

- Josué
- Jueces
- Rut
- 1 Samuel
- 2 Samuel
- 1 Reyes
- 2 Reyes
- 1 Crónicas
- 2 Crónicas
- Esdras
- Nehemías
- Ester

Libros de sabiduría

- Job
- Salmos
- Proverbios
- Eclesiastés
- Cantar de los cantares

Libros proféticos

- Isaías
- Jeremías
- Lamentaciones
- Ezequiel
- Daniel
- Oseas
- Joel
- Amós
- Abdías
- Jonás
- Miqueas
- Nahúm
- Habacuc
- Sofonías
- Hageo
- Zacarías
- Malaquías

Agrupaciones del Nuevo Testamento

Los libros del Nuevo Testamento también pueden agruparse en cuatro categorías:

Los Evangelios

- Mateo
- Marcos
- Lucas
- Juan

Historia

- Hechos

Epístolas (cartas escritas a la Iglesia)

- Epístolas de Pablo
 - Romanos
 - 1 Corintios
 - 2 Corintios
 - Gálatas
 - Epístolas de Pablo en prisión
 - Efesios
 - Filipenses
- Colosenses
- 1 Tesalonicenses
- 2 Tesalonicenses
- Epístolas pastorales
 - 1 Timoteo
 - 2 Timoteo
 - Tito
- Hebreos (el libro no da el nombre del autor)

- Epístolas generales
 - Santiago
 - 1 Pedro
 - 2 Pedro
 - 1 Juan
 - 2 Juan
 - 3 Juan
 - Judas

Profecía

- Apocalipsis

Adición de capítulos y versículos

Para facilitar la lectura (y referencia) de la Biblia, los escribas y los traductores comenzaron a dividir los libros de la Biblia en capítulos y versículos. Aunque esta práctica data de siglos atrás, no fue sino hasta el siglo XVI que la Biblia de Ginebra introdujo el sistema de capítulos y versículos que usamos hoy.

Como es de esperarse, los capítulos dividen los libros en fragmentos más manejables y los versículos van un paso más allá, dividiendo los capítulos en partes más pequeñas. A menudo, estas partes más pequeñas son oraciones, pero un versículo puede incluir varias oraciones o sólo una parte de una oración larga.

Estas divisiones son indispensables. Si los libros de la Biblia fueran ciudades, los capítulos serían caminos y los versículos los números de las casas. Este sistema nos permite ubicar pasajes específicos y comunicarlos a otros con facilidad —algo que no fue fácil de hacer durante mucho, mucho tiempo.

Cuando Mateo registró algunas de las sanidades milagrosas de Jesús, agregó: “para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mateo 8:17).

Hoy en día, podemos decir que ésta es una cita del cuarto versículo del capítulo 53 de Isaías, es decir, Isaías 53:4. Usted puede buscar esa escritura en su Biblia y verificarlo. De hecho, podemos hablar de Mateo 8:17 y su referencia a Isaías 53:4, y usted puede buscar ambos versículos sin mayor dificultad.

Pero hace dos mil años, lo mejor que Mateo podía hacer era mencionar que Isaías había dicho esas palabras. Dependía de que el lector estuviera lo suficientemente familiarizado con los escritos de Isaías como para reconocer la ubicación de la cita.

Si puede imaginarse tratar de encontrar una cita en su Biblia cuando lo único que sabe es que está “en algún lugar de Isaías”, entenderá por qué los capítulos y versículos son herramientas útiles para estudiar la Biblia.

Lamentablemente, también pueden ser una herramienta *perjudicial* si no tenemos en mente un detalle importante:

Los capítulos crean pausas artificiales

Los capítulos y versículos de la Biblia son divisiones hechas por los traductores. Pablo no escribió una carta para los Gálatas dividida en capítulos y versículos; simplemente escribió una carta.

Es fácil ver los capítulos y versículos como pausas o puntos de inicio naturales y, obviamente, estas divisiones fueron escogidas con cuidado, pero *no eran* parte del texto original. Recuerde eso.

El libro de Hebreos es el ejemplo perfecto de por qué esto es importante. Hebreos 11 se conoce comúnmente como “el capítulo de la fe” —un salón de la fama que destaca a hombres y mujeres valientes que siguieron a Dios a través de distintas épocas de la historia.

Pero Hebreos 11 no es un capítulo. Al menos no fue escrito como un capítulo. Si dejamos de leer al final del capítulo 11, nos quedamos con un pasaje animador, pero sería como pararnos en la mitad de un discurso. El autor de Hebreos no hizo una pausa entre el último versículo del capítulo 11 y el primer versículo del capítulo 12.

Tras compartir la historia de quienes “alcanzaron buen testimonio mediante la fe”, pero “no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros” (Hebreos 11:39-49), el autor nos exhorta diciendo:

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios (Hebreos 12:1-2).

Por tanto. Esta expresión nos pide tomar en cuenta todo lo que se dijo antes.

El autor nos enfoca en los hombres y las mujeres de fe, nos cuenta acerca de sus sacrificios y su confianza en Dios y nos recuerda que Él no les ha dado su galardón aún porque quiere dárnoslo a nosotros también —y a partir de todo eso dice, *por tanto*, pongan la mirada en Jesús y corran su carrera. Recuerden lo que Cristo hizo para hacer posible la carrera, recuerden a las personas que han corrido antes que ustedes, dejen a un lado todas las malas decisiones que los siguen frenando y *corran*.

Si cerramos el libro al final del capítulo 11 y más tarde leemos el capítulo 12, nos perdemos de todo el peso y énfasis del discurso. Los capítulos no nos dicen necesariamente dónde termina una idea o un punto, así que debemos tener cuidado de no usarlos de esa manera.

Los versículos pueden hacer que perdamos el contexto

La capacidad de citar un versículo específico de las Escrituras malamente favorece el hecho de sacar ese versículo de su contexto. Considere Romanos 6:14, donde Pablo escribe: “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia”.

Si no estamos “bajo la ley” y si el pecado “no se enseñoreará de [nosotros]”, ¿significa esto que no es necesario *obedecer* las leyes de Dios? Ésta es una forma en la que podríamos interpretar este pasaje sin su contexto. Justamente por eso debemos tener cuidado de no tomar versículos y analizarlos fuera del contexto.

Antes del versículo 14, Pablo escribió: “No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias; ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” (vv. 12-13).

E inmediatamente después del versículo 14, explica: “¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? En ninguna manera. ¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?” (vv. 15-16).

El contexto de este versículo lo aclara perfectamente: *los cristianos son capaces de pecar y deben dar los pasos necesarios para evitarlo*. Si no obedecemos a Dios, nos convertimos en esclavos del pecado. Incluso si tenemos acceso a la gracia de Dios, podemos llegar a ser “al pecado como instrumentos de iniquidad”. Estar “bajo la gracia” no imposibilita que pequemos y definitivamente no hace aceptable el pecado para Dios.

Siempre buscar el contexto más amplio

La mejor manera de entender cualquier pasaje de la Biblia es leerlo en el contexto del libro que lo contiene. Si algo que Pablo escribió en una de sus cartas le parece confuso, asegúrese de leer la epístola completa. ¿Qué más dijo acerca del tema? Si un versículo del libro de Jueces le parece extraño,

estudie lo que ocurre en su contexto. Tome en cuenta toda la historia en lugar de un solo versículo (o incluso un solo capítulo).

Eso no siempre será suficiente para obtener una respuesta clara, pero es un punto de partida importante. Es fácil que nuestras ideas preconcebidas nos hagan confundir lo que realmente está escrito, así que una de las mejores cosas que podemos hacer—incluso cuando pensamos que un versículo o capítulo sí tiene sentido— es dar un paso atrás y examinar el contexto.

El orden de los eventos

Como explicamos antes, los libros de la Biblia no están ordenados cronológicamente. No siempre es claro cuál es el lugar de un libro en la cronología de la Biblia, e incluso cuando lo sabemos, puede ser fácil olvidar el panorama completo.

Para ayudarle en sus estudios, ésta es una guía que divide la historia bíblica en 14 eras (o secciones), e incluye una lista de dónde se registra cada era.

Era prediluviana (más de 1.500 años)

Los primeros seis capítulos de la Biblia cubren más de 1.500 años de historia humana y nos llevan desde la semana de la creación hasta la construcción del arca de Noé.

Eventos importantes

- Adán y Eva son expulsados del jardín de Edén tras desobedecer a Dios.
- Caín mata a su hermano Abel.
- La humanidad se vuelve tan malvada que Dios decide destruir casi toda la vida en la Tierra y comenzar otra vez con Noé.

Registrada en

- Génesis, capítulos 1 al 6

Era postdiluviana (aproximadamente 350 años)

Los siguientes capítulos de Génesis registran el diluvio global y describen los siglos siguientes.

Eventos importantes

- La Tierra es repoblada.
- Comienza la construcción de la torre de Babel.

- Las naciones se dispersan y reciben nuevos idiomas.

Registrada en

- Génesis, capítulos 7 al 11

Era patriarcal (incluyendo la era egipcia, cerca de 500 años)

A lo largo de tres siglos, Dios comenzó a trabajar con Abraham y sus descendientes, estableciendo la nación de Israel y reubicándola temporalmente en Egipto.

Eventos importantes

- Abraham entra en un pacto con Dios.
- Jacob se convierte en padre de las 12 tribus de Israel.
- José se convierte en un líder poderoso de Egipto y se lleva a Israel (su padre, sus hermanos y sus familias) ahí.

Registrada en

- Génesis, capítulos 12 al 50
- Job (algunos indicios de su contexto indican que la historia de Job puede haberse desarrollado durante la era patriarcal, pero es sólo una suposición).

Era egipcia (vea era patriarcal)

Cuando el pueblo de Israel creció y se multiplicó, los egipcios los hicieron esclavos y los oprimieron. Dios, cumpliendo sus promesas a Abraham, rescató a Israel con milagros a través de su siervo Moisés.

Eventos importantes

- Moisés huye de Egipto.
- Dios envía a Moisés a liberar a los israelitas.
- Egipto es sometido con las 10 plagas.

Registrada en

- Éxodo, capítulos 1 al 12

Era del desierto (40 años)

Tras salir de Egipto bajo el liderazgo de Moisés, Israel hizo un pacto con

Dios, quien los guio por el desierto durante 40 años cuando caminaron hacia Canaán, la herencia prometida a Abraham.

Eventos importantes

- Dios le da a Israel los Diez Mandamientos e instrucciones para construir el tabernáculo.
- Israel se atemoriza y se rehúsa a entrar en la Tierra Prometida. Se le da a la siguiente generación la oportunidad de entrar, pero la generación que salió de Egipto muere en el desierto.
- Moisés muere y Josué se convierte en el nuevo líder.

Registrada en

- Éxodo, capítulos 13 al 40
- Levítico
- Números
- Deuteronomio

Era de conquistas (25 años)

Bajo el liderazgo de Josué, la siguiente generación de israelitas entra a Canaán y comienza a expulsar a sus impíos habitantes, dividiendo la tierra como Dios les instruyó (pero no por completo).

Eventos importantes

- Dios derriba las murallas de Jericó.
- Israel comienza a conquistar los pueblos de Canaán, pero les perdona la vida a los gabaonitas, debido a una trampa, y deja otras naciones sin derrotar.
- Dios hace que el sol se detenga por petición de Josué.

Registrada en

- Josué

Era de los jueces (aproximadamente 330 años)

Tras la muerte de Josué y los ancianos que lo sobrevivieron, Israel cayó en la idolatría y entró en un ciclo en que primero desobedecía a Dios, luego eran conquistados por los pueblos que los rodeaban y después lo buscaban otra vez. Dios envió líderes (jueces) para librar a su pueblo cada vez que se

arrepentía. La nación no estaba para nada unificada en este período, porque “cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jueces 17:6; 21:25).

Eventos importantes

- Sansón libera a Israel con su muerte.
- Por su fe en Dios, Rut se convirtió en antepasado de Jesucristo.
- Samuel sirve a Israel como juez y profeta.

Registrada en

- Jueces¹⁴
- Rut
- 1 Samuel, capítulos 1 al 8

Era del reino unificado (aproximadamente 120 años)

Cerca del final de la vida de Samuel, Israel pidió un rey que los liderara como a las naciones vecinas. Los primeros reyes gobernaron sobre toda la nación.

Eventos importantes

- Saúl se convierte en el primer rey de Israel, pero pierde su posición por desobedecer a Dios repetidamente.
- David, un hombre conforme al corazón de Dios (Hechos 13:22), se convierte en el segundo rey de Israel.
- Salomón, el hijo de David, construye el templo de Dios.

Registrada en

- 1 Samuel, capítulos 9 al 31
- 2 Samuel
- 1 Reyes, capítulos 1 al 11
- 1 Crónicas¹⁵
- 2 Crónicas, capítulos 1 al 9

Escritos durante esta era

- Salmos¹⁶

¹⁴ Las historias del libro de Jueces no se relatan de forma lineal. Muchas ocurrieron simultáneamente en diferentes áreas de Israel.

¹⁵ Desde 1 Samuel hasta 2 Reyes encontramos un registro continuo de los reyes de Israel y Judá. 1 y 2 de Crónicas son un relato paralelo que registra muchos de los mismos eventos e incluye algunos nuevos.

¹⁶ Escrito principalmente por David, pero incluye obras de otros autores que vivieron antes y después de la era del

- Proverbios
- Cantar de los cantares
- Eclesiastés

Era del reino dividido (aproximadamente 350 años)

Tras la muerte de Salomón, la nación de Israel se dividió en el reino de Israel (las 10 tribus del norte) y el reino de Judá (las dos tribus del sur). Eventualmente, ambos reinos se alejaron de Dios y fueron llevados al cautiverio por otros pueblos —primero Israel por los asirios y luego Judá por los babilonios.

Eventos importantes

- Elías desafía y vence a los falsos profetas de Baal.
- Ezequías y Josías lideran reavivamientos espirituales que (temporalmente) hacen que el pueblo de Judá regrese a Dios.
- Nabucodonosor destruye el templo de Dios y lleva a la rebelde nación de Judá a la cautividad.

Registrada en

- 1 Reyes, capítulos 12 al 22
- 2 Reyes
- 2 Crónicas, capítulos 10 al 36

Libros de los profetas activos en esta era

- Joel (a Judá)
- Abdías (a Edom)
- Amós (a Israel)
- Jonás (a Asiria)
- Oseas (a Israel)
- Isaías (a Judá)
- Miqueas (a Judá)
- Nahúm (a Asiria)
- Sofonías (a Judá)
- Jeremías, capítulos 1 al 39 (a Judá)
- Habacuc (a Judá)

Era de la cautividad (70 años)

Nabucodonosor lleva a los nativos de Judá a la cautividad en etapas, comenzando en el reinado de Joacim y terminando durante el reinado de Sedquías. La primera etapa dio inicio a un período de 70 años de cautividad para Judá (como se profetizó en Jeremías 25:1-12).

Eventos importantes

- Jerusalén es saqueada, el templo es destruido y sólo se les permite a los pobres quedarse en su tierra.
- Daniel tiene visiones de reinos futuros y eventos del tiempo del fin.
- Jeremías y Ezequiel profetizan acerca de los planes futuros de Dios para los israelitas.

Registrada en

- Lamentaciones

Libros de los profetas activos en esta era

- Jeremías, capítulos 40 al 52
- Daniel
- Ezequiel

Era de la restauración (aproximadamente 100 años)

Si bien las tribus de Israel (reino del norte) nunca regresaron de la cautividad, las tribus de Judá (reino del sur) sí volvieron (como Dios había prometido en Jeremías 29:10). Durante esta era, Dios inspiró a los gobernantes del Imperio medopersa para que financiaran la reconstrucción del templo de Dios en Jerusalén.

Eventos importantes

- Zorobabel lidera el regreso a Jerusalén.
- Jerusalén y el templo son reconstruidos.
- Ester se convierte en reina del Imperio medopersa y salva a los judíos.

Registrada en

- Esdras
- Nehemías
- Ester

Libros de los profetas activos en esta era

- Zacarías
- Hageo
- Malaquías

Era intertestamentaria (aproximadamente 400 años)

Entre la última página del Antiguo Testamento y la primera página del Nuevo Testamento hay cuatro siglos de silencio por parte de Dios. Ningún libro canónico de la Biblia fue escrito durante este período.

Eventos importantes

- Los persas son conquistados por los griegos, quienes eventualmente son reemplazados por los romanos.
- Herodes el Grande expande el templo.
- Judea se convierte en una provincia judía bajo control romano.

Registrada en

- Fuentes históricas

Vida y muerte de Jesucristo (33 años)

La muerte de Jesucristo es probablemente el momento más importante de toda la historia humana. Sin ella, no podemos ser reconciliados con Dios y, si no podemos ser reconciliados con Dios, no podemos vivir por siempre como sus hijos.

Los Evangelios están llenos de enseñanzas y ejemplos de Jesús acerca de lo que significa obedecer a Dios.

Eventos importantes

- El ser divino conocido como el Verbo (Juan 1:1) nace en el mundo como Jesucristo y vive una vida humana perfecta y sin pecado.
- Jesús se identifica a sí mismo como “YO SOY” —el Dios que interactuó con los seres humanos en el Antiguo Testamento (Juan 8:58; compare con Éxodo 3:14).
- El velo del templo se rompe sobrenaturalmente en el momento de la muerte de Jesús, señal de su papel como nuestro Sumo Sacerdote, a través de quien ahora tenemos acceso al trono del Padre (Hebreos 9:6-15).

Registrada en

- Mateo
- Marcos
- Lucas
- Juan

Era de la Iglesia (aproximadamente 2.000 años –desde el año 31 d.C. hasta el presente)

Después de que Jesucristo resucitado comisionara a sus discípulos: “id, y haced discípulos a todas las naciones” (Mateo 28:19), comenzó la era de la Iglesia. Esta era —y esa comisión— nos lleva más allá del final de la Biblia hasta la actualidad.

Eventos importantes

- Dios derrama su Espíritu Santo sobre los discípulos, poniéndolo a disposición de todo el que se arrepienta y se bautice.
- Dios revela que también está llamando a los gentiles (no judíos) a la Iglesia y que la salvación no es sólo para el pueblo físico de Israel.
- Los discípulos entienden que el sacrificio de Jesucristo hace posible que todos los cristianos reciban la vida eterna como hijos e hijas de Dios.

Registrada en

- Hechos¹⁷

Cartas escritas a la Iglesia durante este período¹⁸

- 1 Tesalonicenses
- 2 Tesalonicenses
- Gálatas
- 1 Corintios
- 2 Corintios
- Romanos
- Epístolas de Pablo en prisión¹⁹
 - Efesios

¹⁷ El libro de Hechos termina abruptamente con el arresto domiciliario de Pablo, pero Pablo escribió más epístolas antes de su muerte.

¹⁸ Las fechas en que estas epístolas fueron escritas son muy debatidas. Éste es un orden posible, pero no definitivo.

¹⁹ Pablo escribió estas epístolas bajo arresto domiciliario, como “embajador en cadenas” (Efesios 6:20).

- Filipenses
- Colosenses
- Filemón
- Santiago
- 1 Pedro
- Hebreos
- 2 Pedro
- Judas
- 1 Juan
- 2 Juan
- 3 Juan

Cartas de ánimo e instrucción escritas a pastores

- 1 Timoteo
- Tito
- 2 Timoteo

Obras proféticas registradas durante este período

- Apocalipsis

Estilos literarios en la Biblia

Entender el *estilo* de un libro —su forma literaria— puede impactar la manera en que interpretamos su mensaje.

Muchos libros de la Biblia combinan varios estilos literarios, por lo que resulta útil conocerlos todos (y comprender qué diferencia a unos de otros). Estos son los principales estilos que debemos tener en cuenta al estudiar la Biblia:

Estilo narrativo (o histórico)

Estudiar para aprender: relatos de eventos importantes y la manera en que el pueblo de Dios los enfrentó.

El estilo narrativo o histórico es una forma elegante de referirse a las *historias* —y la mayor parte de la Biblia se compone de historias.

Las historias de la Biblia nos explican cómo ciertas cosas o eventos ocurrieron. De hecho, la Biblia comienza con una historia: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1).

El resto del libro de Génesis nos lleva desde la creación del mundo hasta el

origen de la nación de Israel. Pero estas historias no sólo nos relatan eventos —a menudo también nos dan indicios valiosos de lo que Dios espera de nosotros, cómo podemos evitar repetir los errores del pasado y cómo se ve (y se siente) en la práctica seguir a Dios.

Algunas historias se enfocan en la *narración* —lo que cierta persona pensó, sintió e hizo durante algún evento. Otras se enfocan en los *hechos históricos* —nos dan información acerca del evento desde una perspectiva más amplia.

Algo importante que debemos recordar es que las historias nos cuentan *lo que ocurrió*, pero no siempre *lo que es correcto*. Por ejemplo, Abraham le mintió a Abimelec y aun así adquirió riquezas (Génesis 20). Tal vez pensemos a la ligera que Dios aprobó la mentira de Abraham, pero en realidad, esta historia sólo nos dice que ambas cosas pasaron. Y considerando el resto de la Biblia, una conclusión más realista sería que Dios bendijo a Abraham *a pesar* de su mentira, *no debido* a ella.

Con este principio en mente, hay muchas lecciones útiles que podemos aprender de las historias que Dios decidió preservar en la Biblia.

Ejemplos de estilo narrativo en la Biblia: Caín y Abel (Génesis 4:1-15), Josué y la batalla de Jericó (Josué 2, 6), los libros de Rut y Ester, David y Goliat (1 Samuel 17), la conversión de Pablo (Hechos 8:1-3; 9:1-22).

Ley

Estudiar para entender: la clase de vida que Dios quiere que vivamos (y las bendiciones que conlleva).

La ley incluye todo lo que *debemos* y *no debemos* hacer según la Biblia. Las leyes de Dios son un código de conducta legal, el cual describe cómo espera Dios que sus seguidores se comporten.

Un pacto es un acuerdo vinculante entre dos partes. Ser cristiano significa entrar en el Nuevo Pacto con Dios (vea Jeremías 31:31; Lucas 22:20; Hebreos 9:15; etcétera), lo que implica entender las *leyes* o *mandamientos*, que rigen ese Nuevo Pacto.

(No todas las leyes del Antiguo Testamento se aplican directamente al Nuevo Pacto, pero es bueno entenderlas todas. Algunas leyes eran ordenanzas civiles para la nación física de Israel. Algunas leyes tenían que ver con la adoración y los sacrificios en el templo y fueron abolidas tras el sacrificio de Cristo. Pero muchas de las leyes restantes aún se aplican directamente o en principio a los cristianos. Lea más en nuestro artículo “[Leyes bíblicas](#)”.)

La mayoría de las leyes de Dios se encuentra en los libros de Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio —aunque estos libros también contienen narraciones, relatos históricos, poesía e incluso profecía. (En el judaísmo, los primeros cinco libros de la Biblia se conocen como la *Torá* —una palabra hebrea que significa “instrucción” o “enseñanza”).

Existen dos clases principales de leyes en la Biblia: leyes imperativas y leyes prohibitivas. Una ley imperativa dicta algo que *debemos* hacer. Una ley prohibitiva nos dice lo que *no debemos* hacer. Los Diez Mandamientos (Éxodo 20:1-17), las leyes principales de la religión cristiana, contienen tanto leyes imperativas como prohibitivas. “Acuérdate del día de reposo” (v. 8) es imperativo. “No hurtarás” (v. 15) es prohibitivo.

Cada vez que actuamos en contra de la ley de Dios —haciendo algo que no debemos o no haciendo algo que *deberíamos* hacer (Santiago 4:17)— pecamos, porque “el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). Gran parte de Levítico gira en torno a las penas de los pecados. Cuando estudiamos la ley, comenzamos a entender por qué el sacrificio de Cristo fue un momento tan importante en el plan de Dios.

Ejemplos de ley en la Biblia: los Diez Mandamientos (Éxodo 20:1-17), las fiestas del Eterno (Levítico 23), las leyes alimenticias (Levítico 11), el diezmo (Levítico 27:30; Mateo 23:23).

Poesía

Estudiar para aprender: los sentimientos y pensamientos de los autores inspirados por Dios.

La poesía es una forma de escritura que se enfoca en expresar sentimientos y emociones a través de imágenes literarias, sonidos y ritmos. A diferencia de la prosa, la cual se estructura en *oraciones* y *párrafos*, la poesía se organiza en *versos* y *estrofas*.

Una parte importante de la Biblia está escrita en forma de poesía. Algunos libros contienen poesía de principio a fin, mientras que otros pasan de la prosa a la poesía. A menudo la profecía se expresa como poesía y, a veces, los personajes de relatos narrativos recitan poemas. Incluso algunas leyes, como los Diez Mandamientos, pueden usar la forma poética.

En la mayoría de las Biblias, es fácil reconocer dónde comienzan los pasajes poéticos porque las palabras se presentan de forma diferente —generalmente se usa un formato especial, como el siguiente:

Escuchad, cielos, y hablaré;
 Y oiga la tierra los dichos de mi boca.
 Goteará como la lluvia mi enseñanza;
 Destilará como el rocío mi razonamiento;
 Como la llovizna sobre la grama,
 Y como las gotas sobre la hierba (Deuteronomio 32:1-2).

La poesía no siempre puede leerse de forma literal. Para saber si un pasaje poético debe entenderse de forma literal o figurativa, primero debemos analizarlo.

Por ejemplo, Salmos 98:8 dice: “Los ríos batan las manos, los montes todos hagan regocijo”. Obviamente, los ríos no tienen manos para aplaudir y los montes son objetos inanimados incapaces de regocijarse. Pero el salmista está dando a entender que toda la Tierra se regocijará ante Dios (v. 4). Ésta no es una imagen literal. Su propósito es representar el sentimiento de gozo y emoción.

Otro salmo dice: “Desde el principio tú fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tú permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán; como un vestido los mudarás, y serán mudados” (Salmos 102:25-26). Esta imagen nos muestra el poder divino de Dios. Para nosotros es difícil entender la enorme escala del universo en que vivimos, pero Dios podría transformarlo por completo, tan fácilmente como nosotros cambiaríamos una chaqueta vieja.

De todas las formas literarias, la que más sufre en la traducción es la poesía. Aunque la poesía bíblica en español mantiene gran parte de su belleza original, es imposible preservar el ritmo, los sonidos, los juegos de palabras y otros recursos literarios presentes en los lenguajes originales.

Por ejemplo:

- El Salmo 119 es un acróstico del alfabeto hebreo. Cada una de sus 22 estrofas se enfoca en una letra hebrea, y cada uno de los ocho versos de cada estrofa comienza con la misma letra. (Los versículos 1 al 8, por ejemplo, comienzan con la primera letra del alfabeto hebreo —א o *aleph*. Los versículos 9 al 16 comienzan con la letra siguiente— ב o *beth*.) Otros salmos (25, 34, 37, 111, 112 y 145) tienen una estructura similar.
- Miqueas 1:10-15 está lleno de juegos de palabras que se basan en palabras de sonido similar y los significados de los nombres de los pueblos y ciudades de Israel. (“...el morador de Zaanán [*avanzar*] no sale”, versículo 11;

a los “moradores de Maresa [*herencia*]” se les promete un heredero en el versículo 15; y la lista sigue.)

Sin embargo, mientras que nuestra poesía a menudo usa la rima de sonidos y palabras, la poesía hebrea tiende a centrarse en “rimas” de *conceptos*. Al contraponer acciones o imágenes, los autores destacan similitudes y contrastes que impactan al lector.

Por ejemplo, cuando los hijos de Coré escribieron: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía” (Salmos 42:1), estaban usando un concepto (un ciervo sediento) para ilustrar otro (el deseo de estar en la presencia de Dios). “Rimas” como esta sobreviven casi intactas a la traducción, dado que dependen más de conceptos que de palabras en sí. (Vea “Paralelismo” en la página 127.)

Ejemplos de poesía en la Biblia: Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los cantares, muchos libros proféticos (especialmente Isaías), gran parte de Job, varias partes de las epístolas (2 Timoteo 2:11-13; 1 Juan 2:12-14; Judas 1:24-25; etcétera), canciones de alabanza en Apocalipsis (Apocalipsis 11:17-18; 15:3-4; 16:5-6; etcétera).

Literatura de sabiduría

Estudiar para aprender: consejos prácticos para tomar decisiones sabias en la vida diaria.

La “literatura de sabiduría” era un género literario popular en la era del Antiguo Testamento. Muchas culturas, incluyendo a los sumerios, los asirios, los egipcios y los babilonios, produjeron obras de este tipo.

El propósito de la literatura de sabiduría era explicar *cómo* funciona el mundo y *por qué*. Generalmente, estas explicaciones provenían de sabios maestros, quienes ofrecían consejos acerca de temas filosóficos grandes y pequeños.

La literatura de sabiduría de la Biblia es única. Dado que sus libros fueron inspirados por Dios, son más que relatos históricos interesantes; la sabiduría que contienen sigue siendo válida e indispensable miles de años después.

Dios prometió que le daría a Salomón “corazón sabio y entendido, tanto que no ha habido antes de ti otro como tú, ni después de ti se levantará otro como tú” (1 Reyes 3:12). Como resultado, “Dios dio a Salomón sabiduría y prudencia muy grandes, y anchura de corazón como la arena que está a la orilla del mar. Era mayor la sabiduría de Salomón que la de todos los orientales, y que toda la sabiduría de los egipcios. Aun fue más sabio que todos

los hombres... Y compuso tres mil proverbios, y sus cantares fueron mil cinco” (1 Reyes 4:29-32).

Aunque no tenemos todos sus proverbios y canciones, Salomón es el autor de varios libros de sabiduría de la Biblia: Proverbios, Cantar de los cantares y Eclesiastés. (También escribió dos de las 150 canciones de los Salmos.)

El libro de **Job** se centra en un tema complejo: por qué Dios permite el mal. Relata la historia de un hombre justo que perdió casi todo e intentaba comprender lo que él percibía como la aparente injusticia de Dios.

Salmos es una colección de 150 canciones dirigidas a Dios. La mayoría son canciones de alabanza, otras son peticiones de intervención divina y otras son gritos de frustración y confusión. La mayoría son una combinación de los tres. David escribió la mayoría de los salmos, pero casi 50 fueron escritos por autores desconocidos y el resto fueron escritos por otros autores (incluyendo a Moisés y Salomón).

Proverbios está lleno de refranes breves y concisos para ayudarnos a “entender sabiduría y doctrina” (Proverbios 1:2). La mayoría de los proverbios son prácticos y directos, pero al mismo tiempo nos invitan a reflexionar acerca de temas espirituales.

Cantar de los cantares es una canción de amor escrita por Salomón. Éste es un libro único en la Biblia. Nunca menciona el nombre de Dios y en cambio se enfoca en la belleza de la intimidad sexual en el matrimonio. Además, en varias ocasiones aconseja: “no despertéis ni hagáis velar al amor, hasta que quiera” (Cantar de los cantares 2:7; 3:5; 8:4).

Eclesiastés parece haber sido escrito cuando Salomón era mucho mayor y se enfoca en la futilidad de la vida sin Dios (ése es el “fin de todo el discurso”, como dice Eclesiastés 12:13-14).

Literatura de sabiduría en la Biblia:²⁰ Job, Salmos, Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los cantares.

Profecía

Estudiar para aprender: lo que Dios ha hecho, está haciendo y hará.

En su forma más simple, la profecía incluye cualquier cosa que se diga por inspiración de Dios. Según *Thayer's Greek Lexicon* [Diccionario griego de Thayer], eso incluye “reprender y amonestar a los impíos, o consolar a

²⁰ Gran parte de la literatura de sabiduría en la Biblia está escrita en forma de poesía.

los afligidos, o revelar cosas ocultas; especialmente vaticinando eventos futuros”.

Sin embargo, cuando las personas hablan de profecía, generalmente se refieren a la última categoría: el vaticinio de eventos futuros. Más de un cuarto de la Biblia contiene profecías de este tipo y, a menudo, se presentan con estilo poético.

Muchos libros del Antiguo Testamento están completamente dedicados a la profecía. Frecuentemente nos referimos a ellos como los profetas mayores y menores, es decir, los profetas con libros largos (mayores) y los profetas con libros cortos (menores). Pero podemos encontrar profecías a lo largo de toda la Biblia, desde la primera profecía acerca de Jesús en Génesis 3:15 (compare con Romanos 16:20) hasta la promesa final de Cristo para nosotros en Apocalipsis 22:20.

Existen tres clases principales de profecías: profecías *futuras*, profecías *cumplidas* y profecías de *cumplimiento dual*. En el libro de Daniel encontramos ejemplos de las tres.

Las **profecías futuras** se refieren a eventos que Dios ha prometido que ocurrirán en el futuro. (Todas las profecías fueron profecías futuras al principio.) A Daniel se le reveló que en el futuro “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12:2). Estas resurrecciones aún no han ocurrido, pero ocurrirán. Son una parte integral del plan de Dios y podemos contar con ellas.²¹

Las **profecías cumplidas** son eventos que ya ocurrieron. Por ejemplo, Dios le dio a Daniel una visión acerca de cómo “los reyes de Media y de Persia” (Daniel 8:20) serían derrotados por “el rey de Grecia” (v. 21), luego de lo cual Grecia se dividiría en “cuatro reinos... aunque no con la fuerza de él” (v. 22). Esa profecía se cumplió cuando Alejandro Magno conquistó el Imperio medopersa en el año 331 a.C. y luego, su reino se dividió en cuatro facciones en guerra tras su muerte en el año 323 a.C.²²

Las **profecías de cumplimiento dual** son profecías que Dios cumplirá más de una vez. A Daniel se le reveló que una “abominación desoladora” sería establecida en el templo de Dios por un rey que “[quitaría] el continuo sacrificio” (Daniel 11:31). Esto se cumplió cuando un rey seléucida, Antíoco Epífanés, profanó el templo de Dios en el año 167 a.C., erigiendo una esta-

²¹ Si desea profundizar en el tema, lo invitamos a leer “Resurrecciones: ¿qué son?”.

²² Si desea profundizar en el tema, lo invitamos a leer “Daniel 8: la visión de un camero y un macho cabrío”.

tua de Zeus y sacrificando animales inmundos en el altar. Sin embargo, 200 años después, Jesús les advirtió a los judíos de Jerusalén: “cuando veáis en el lugar santo la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel... entonces los que estén en Judea, huyan a los montes” (Mateo 24:15-16). Aunque la abominación desoladora ya había ocurrido, Jesús les estaba diciendo que ocurriría nuevamente.²³

Las profecías pueden ser difíciles de interpretar con precisión. Algunas son bastante claras y nos dan un bosquejo de lo que sucederá, pero otras utilizan imágenes que pueden ser interpretadas (y malinterpretadas) de diferentes maneras. Además, no siempre es claro cuándo una profecía tiene cumplimiento dual.

A menos de que Dios mismo explique una profecía, deberíamos evitar hacernos ideas inflexibles acerca de una en particular. Recuerde que la primera venida de Jesucristo fue profetizada muchas veces en el Antiguo Testamento a lo largo de miles de años y, aun así, todos (*incluyendo a sus discípulos*) malinterpretaron el papel que cumpliría (Mateo 16:21-23).

Después de morir y resucitar, Jesús les explicó a sus discípulos las profecías relevantes acerca de sí mismo (Lucas 24:13-35). Estas profecías siempre habían estado ahí, pero no las habían entendido hasta que Dios unió los puntos por ellos.

Si la profecía es tan difícil de entender, entonces ¿por qué estudiarla? Por dos razones. Primero, las profecías cumplidas nos recuerdan que Dios está en control de todo: “que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Isaías 46:10).

En segundo lugar, las profecías futuras nos muestran los eventos importantes que Dios ha prometido que ocurrirán. Cuando conocemos el bosquejo del porvenir, podemos comenzar a ver la belleza de un plan que se ha estado llevando a cabo durante miles de años y que continuará en el futuro.

Como dijo Pablo, “Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:12). La profecía nos permite ver como por un espejo borroso; pero incluso esa visión borrosa puede animarnos a mantener el enfoque y la dedicación hacia Dios y su plan.

Ejemplos de profecía en la Biblia: las últimas palabras de Jacob para sus

²³ Si desea profundizar en el tema, lo invitamos a leer “[La abominación desoladora: ¿qué es?](#)”.

hijos (Génesis 49:1-28), los profetas mayores y menores (Isaías, Jeremías, Abdías, Malaquías, etcétera), Mateo 24, Apocalipsis.

Evangelios

Estudiar para aprender: por qué la vida y la muerte de Cristo son el fundamento de nuestra identidad cristiana.

Los cuatro Evangelios de la Biblia (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) son narraciones especiales. Cada Evangelio presenta una perspectiva única del mismo evento histórico: la vida y la muerte de Jesucristo.

La palabra “evangelio” se traduce de la palabra griega *evangelion*, que significa “buenas noticias”.

Al parecer, los cuatro Evangelios fueron escritos para audiencias distintas, dado que cada uno se enfoca en un aspecto diferente de lo que Jesús dijo e hizo durante su vida humana.

Mateo, también conocido como **Leví**, era un recaudador de impuestos judío que se convirtió en discípulo de Jesucristo. Su Evangelio destaca el papel de Cristo como “Hijo de David” (Mateo 1:1) y se enfoca en los eventos y las acciones que “[cumplieron] lo que fue dicho” (Mateo 2:17) por los profetas.²⁴

Marcos, cuyo nombre completo era **Juan Marcos**, es confirmado en la literatura de la Iglesia del primer siglo como el autor del Evangelio de Marcos. (Esta misma literatura sugiere que Marcos escribió su relato basándose en la predicación del apóstol Pedro.) Este Evangelio destaca el papel de Cristo como “Hijo de Dios” (Marcos 1:1) y está escrito con un sentido de urgencia. Utiliza la palabra “luego” (“inmediatamente”) aproximadamente 30 veces, y el libro entero hace parecer que los eventos ocurren activamente en torno al lector.²⁵

Pablo identifica a **Lucas** como “el médico amado” (Colosenses 4:14), un creyente gentil que se convirtió en discípulo de Jesús. Su Evangelio destaca el papel de Cristo como el “Hijo del hombre” (Lucas 5:24), enfatizando su compasión y humanidad. El relato de Lucas también destaca el papel de las mujeres en la Iglesia del primer siglo.²⁶

Juan fue “el discípulo a quien amaba Jesús” (Juan 21:20) y, según fuentes extrabíblicas, el último apóstol en morir. Su Evangelio destaca el papel de

²⁴ Si desea profundizar en el tema, lo invitamos a leer “[El Evangelio de Mateo](#)”.

²⁵ Si desea profundizar en el tema, lo invitamos a leer “[El Evangelio de Marcos](#)”.

²⁶ Si desea profundizar en el tema, lo invitamos a leer “[El Evangelio de Lucas](#)”.

Cristo como “el Verbo” (Juan 1:1), un ser divino que estaba con Dios y era Dios, quien temporalmente “fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (v. 14). Juan se aseguró de enfatizar que Jesucristo era por completo divino y por completo humano, probablemente con el propósito de combatir el creciente movimiento del *gnosticismo*, según el cual Jesús sólo *aparentó* ser humano.²⁷

Mateo, Marcos y Lucas a veces se describen como Evangelios Sinópticos, otra forma de decir que “tienen una perspectiva similar”. Los Evangelios Sinópticos generalmente relatan la vida de Jesús desde ángulos similares y mencionan los mismos eventos generales. El Evangelio de Juan, por otro lado, registra muchos eventos que no encontramos en los otros tres Evangelios.

Evangelios en la Biblia: Mateo, Marcos, Lucas, Juan.

Epístolas (o cartas)

Estudiar para aprender: qué significa vivir como cristiano en un mundo que rechaza a Dios.

La mayoría de los libros del Nuevo Testamento son *epístolas*, o cartas, escritas a la Iglesia del primer siglo; y la mayoría de esas epístolas fueron escritas por el apóstol Pablo.

La mayoría de las epístolas paulinas (como son llamadas) fueron escritas para congregaciones individuales. Unas pocas, conocidas como las epístolas de prisión, fueron escritas por Pablo mientras estaba en prisión domiciliaria en Roma. El resto de las cartas de Pablo, conocidas como epístolas pastorales, están llenas de consejos e instrucciones para dos pastores nuevos: Tito y Timoteo.

Las otras epístolas del Nuevo Testamento se conocen como epístolas generales. En lugar de estar dirigidas a una sola congregación, estas cartas fueron escritas para toda la Iglesia por diferentes autores: Juan, Pedro, Santiago, Judas, etcétera. (Vea “Agrupaciones del Nuevo Testamento” en la página 98 para una lista detallada de los libros de cada categoría.)

Dado que las epístolas fueron escritas para cristianos reales con problemas reales, son una fuente increíble de instrucción, ánimo, corrección y conocimiento para nosotros en la actualidad.

Los corintios, por ejemplo, estaban lidiando con un miembro que pecaba

²⁷ Si desea profundizar en el tema, lo invitamos a leer “El Evangelio de Juan”.

abiertamente. Los gálatas habían comenzado a pensar que su justicia era suficiente para ganarse la salvación. Las personas que recibieron el libro de Hebreos se preguntaban cómo el sacrificio de Jesucristo encajaba con los sacrificios animales del templo. Filemón tenía problemas para relacionarse con un esclavo que se había convertido en cristiano. Timoteo era un joven con una gran responsabilidad. Y la lista continúa.

Cualquiera que sea la epístola que elija leer, es seguro que se encontrará con gemas preciosas que le ofrecerán perspectiva y dirección a medida que se esfuerza por obedecer a un Dios perfecto en un mundo imperfecto.

Epístolas en la Biblia: Romanos, 1 Corintios, 2 Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 Tesalonicenses, 2 Tesalonicenses, 1 Timoteo, 2 Timoteo, Tito, Filemón, Hebreos, Santiago, 1 Pedro, 2 Pedro, 1 Juan, 2 Juan, 3 Juan, Judas.

Recursos literarios

Los autores de la Biblia —que escribieron por inspiración de Dios— usaron muchas técnicas diferentes para enfatizar aspectos importantes de sus mensajes. Estas técnicas se conocen como “recursos literarios”.

Algunos de ellos son simples y obvios; otros son un poco más complicados y difíciles de reconocer. En cualquier caso, si tomamos el tiempo para aprender acerca de estos recursos, seremos más capaces de ver el énfasis que Dios pone en su Palabra.

No necesita memorizar ninguno de estos recursos para comprender la Biblia, pero conocerlos le permitirá profundizar en el significado de los pasajes que estudia. A continuación, analizaremos los recursos literarios más comunes en la Biblia con una explicación acerca de cómo funcionan y ejemplos de cómo podemos distinguirlos en la práctica.

Alusión

Hace referencia a conceptos más antiguos y conocidos para agregar significado y profundidad.

Una alusión es una referencia indirecta a una persona, lugar o evento. Las alusiones a menudo son sutiles y no incluyen una explicación. Si no reconocemos la referencia, es fácil pasar por alto este recurso literario. Al hacer referencia a una historia que otros conocen, las alusiones nos permiten expresar significado y profundidad sin necesidad de explicar lo que queremos decir.

En la vida cotidiana hacemos muchas alusiones a la Biblia. Cuando hablamos de frutos prohibidos, situaciones del tipo David y Goliat, el hijo pródigo, 30 piezas de plata, poner la otra mejilla o ser un buen samaritano, nos referimos a historias bíblicas y añadimos un contexto extra a nuestras palabras.

Muchos pasajes de la Biblia incluyen alusiones a otros pasajes, pero éstas no siempre son obvias. Conocer la fuente de una alusión generalmente añade profundidad a lo que leemos.

Ejemplos

- Pablo escribió: “Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo” (2 Corintios 4:6). Ésta es una alusión al relato de la creación en Génesis, donde “dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz” (Génesis 1:3).
- Al referirse al poder y la majestad del acto de creación de Dios, Pablo nos recuerda que ese mismo poder maravilloso y transformador está presente en nuestra vida.
- Cuando Job le dijo a Dios: “¡Oh, quién me diera que me escondieses en el Seol, que me encubrieses hasta apaciguarse tu ira, que me pusieses plazo, y de mí te acordaras!” (Job 14:13), estaba hablando del momento en que su “cambio” ocurriría, cuando Dios llamaría y Job respondería (vv. 14-15). En otras palabras, estaba aludiendo a la futura resurrección —un evento que no se menciona en las Escrituras sino milenios más tarde (vea Ezequiel 37:1-14; Juan 5:28-29; Apocalipsis 20:12).
- Esta alusión nos muestra que incluso en el tiempo de Job, el pueblo de Dios sabía lo que le esperaba después de esta vida. ¿Cuánto sabían? ¿Cómo lo supieron? La respuesta no es clara, pero es interesante analizarlo.
- Jesús les dijo a los fariseos: “para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar” (Mateo 23:35). Al mencionar a los mártires famosos que murieron por obedecer a Dios (ver Génesis 4:1-8 y 2 Crónicas 24:20-21), Jesús estaba comparando a los fariseos con los hombres malvados que asesinaron a justos por envidia y odio.

Quiasmo

Invertir ideas y conceptos para enfatizar un punto.

El quiasmo —proveniente de la palabra griega que se traduce como “cruce”— ocurre cuando un autor presenta varias ideas y luego las repite en orden inverso. La famosa cita de John F. Kennedy es un ejemplo de quiasmo: “No preguntes lo que tu país puede hacer por ti. Pregunta lo que tú puedes hacer por tu país”. La cita comienza introduciendo los conceptos de país e individuo y termina mencionando al individuo y luego su país.

A menudo los quiasmos se grafican usando letras para marcar ideas y conceptos. Por ejemplo, podríamos analizar la cita de Kennedy como sigue:

- A. No preguntes lo que tu país
- B. puede hacer por ti.
- B. Pregunta lo que tú puedes hacer
- A. por tu país.

Lo complicado de un quiasmo es que puede ocurrir en una frase corta o a lo largo de todo un libro. Si busca un resumen del libro de Rut del Antiguo Testamento, descubrirá que la historia sigue una *estructura quiástica*. Comienza con las generaciones de Elimelec (Rut 1:1-5); termina con las generaciones de Fares (Rut 4:18-22). Noemí pierde a sus hijos en Moab y regresa a Israel (Rut 1:6-14); pero en Israel, gana un nieto (Rut 4:13-17). Rut expresa su intención de permanecer con Noemí (Rut 1:15-18); Booz expresa su intención de redimir a la casa de Noemí (Rut 4:9-12). Y continúa.

A veces, el quiasmo se utiliza para enfocar la atención en un punto de inflexión intermedio. Por ejemplo, el libro de Sofonías comienza con una promesa de juicio y termina con una promesa de restauración para Israel (Sofonías 1:2-6; 3:8-20). En medio del libro, encontramos el juicio venidero para los líderes corruptos (Sofonías 1:7-13; 3:1-7). Y en medio de eso, el juicio de Dios a todas las naciones (Sofonías 1:14-18 y 2:4-15). Pero justo en la mitad de todo, hay un llamado al arrepentimiento (Sofonías 2:1-3).

Las traducciones a veces hacen difícil reconocer un quiasmo —pero este recurso se utiliza a lo largo de toda la Biblia. Cuando encontramos uno, es bueno prestar atención a los conceptos que Dios está resaltando en su Palabra.

Ejemplos

- A. “El que derramare
 - B. sangre
 - C. de hombre,
 - C'. por el hombre
 - B'. su sangre
- A'. será derramada” (Génesis 9:6).

- A. “Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad;
 - B. porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren.
 - X. Dios es Espíritu,
 - B'. y los que le adoran
- A'. en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:23-24).

- A. “Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley,
 - B. sino por la fe de Jesucristo,
 - X. nosotros también hemos creído en Jesucristo,
 - B'. para ser justificados por la fe de Cristo
- A'. y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado” (Gálatas 2:16).

Imágenes/simbolismo

Pintar imágenes con palabras para destacar detalles importantes.

A menudo los autores usan palabras para que sus lectores se hagan una imagen mental —este recurso literario se llama imaginiería. En la Biblia, la imaginiería puede tener varios propósitos dependiendo del estilo literario (lo invitamos a ver “Estilos literarios en la Biblia” en la página 110). En narraciones, ayuda a darle vida a la historia. En la poesía, tiende a dar profundidad a las emociones. En la profecía, a menudo describe aspectos importantes de los eventos futuros. La imaginiería muchas veces usa metáforas y símiles (ver abajo).

El **simbolismo** es una forma de imaginiería que tiene un significado especial —la imagen representa algo más allá. El simbolismo es muy importante en la profecía. A veces los símbolos son explicados, a veces no. Algunos símbolos comunes en la profecía son las montañas, que representan naciones, los cuernos, que representan reyes, el blanco, que representa pureza y el lino fino, que representa el refinamiento espiritual.

Ejemplos de imagería

- El relato de David y Goliat podría haber sido una historia muy breve: “David confiaba en Dios y enfrentó a un gigante que nadie más quería enfrentar”. Pero en lugar de eso, tenemos descripciones muy vívidas. Goliat tenía una lanza “como un rodillo de telar” (1 Samuel 17:7). Cuando los israelitas lo vieron, “[huyeron] de su presencia, y tenían gran temor” (v. 24). David era “muchacho, y rubio, y de hermoso parecer” (v. 42), y Goliat no lo tomó en serio. Si ponemos atención a estas imágenes, es como si la historia ocurriera frente a nosotros.
- En lugar de simplemente decir que se preocupaba por su pueblo, Jesús exclamó: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Lucas 13:34). La imagen de una mamá gallina protegiendo a sus polluelos profundiza la emoción detrás de las palabras de Cristo.
- Cuando Dios derramó su Espíritu Santo sobre la Iglesia del Nuevo Testamento, lo hizo de forma dramática: “Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos” (Hechos 2:2-3). Estas descripciones nos invitan a imaginar cómo fue ese momento.

Ejemplos de simbolismo

- Daniel tuvo una visión especial acerca de un carnero, un macho cabrío y cuernos (Daniel 8:1-8). Luego el ángel Gabriel le explicó que eran símbolos de cómo “el rey primero” (v. 21) de Grecia derribaría el Imperio medopersa, pero luego su propio gobierno se dividiría en cuatro. Esta profecía se cumplió siglos después en la vida y muerte de Alejandro Magno.
- Zacarías recibió una visión desconcertante de una mujer en una cesta (Zacarías 5:5-11). La mujer se identifica como un símbolo de maldad (v. 8), pero más allá de eso, los estudiosos han debatido durante siglos el significado de esta imagen profética.
- Juan tuvo una visión de “un gran dragón escarlata, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas; y su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra” (Apocalipsis 12:3-4). Más adelante, el dragón se identifica

como Satanás el diablo, y “la tercera parte de las estrellas” como un símbolo de los ángeles corrompidos que lo siguieron (v. 9).

Símil/metáfora

Introducir un nuevo concepto conectándolo con otro más familiar.

A menudo, la forma más fácil de explicar un concepto es conectándolo con *otro*. Las dos formas principales de hacer esto son a través del símil y la metáfora.

Un símil relaciona dos conceptos usando la palabra “como” (o una equivalente). Si decimos que una habitación está “fría como el hielo” o “caliente como un horno”, estamos usando símiles.

Una metáfora es un símil que no usa palabras conectoras, sólo presenta dos ideas como si fueran la misma cosa. Cuando decimos que “la habitación es un horno” o que “está hecha de hielo”, estamos usando metáforas. La habitación no es *realmente* un horno, ni está hecha de hielo —el propósito de estas comparaciones es mostrarnos cómo se siente la habitación.

Ejemplos de símil

- Dios usó dos símiles cuando amonestó a los líderes de su pueblo: “Los príncipes de Judá fueron como los que traspasan los linderos; derramaré sobre ellos como agua mi ira” (Oseas 5:10).
- Jesús acusó a los fariseos de ser “como sepulcros que no se ven, y los hombres que andan encima no lo saben” (Lucas 11:44).
- Durante su visión, Juan vio “como un mar de vidrio mezclado con fuego” (Apocalipsis 15:2).

Ejemplos de metáfora

- Isaías le dijo a Dios: “nosotros [somos] barro, y tú el que nos formaste; así que obra de tus manos somos todos nosotros” (Isaías 64:8; compare con Romanos 9:20-21).
- David llamó a Dios “roca mía y castillo mío” (Salmos 18:2).
- Jesús les dijo a sus discípulos: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos” (Juan 15:5).

Metonimia/sinécdoque

Usar otras palabras para referirse a conceptos relacionados.

A veces, en lugar de hablar acerca de una cosa o un concepto directamente,

usamos palabras *relacionadas* a esa cosa o concepto. Cuando hacemos eso, estamos usando los recursos literarios de la *metonimia* y la *sinécdoque*. Estos aparecen frecuentemente en la Biblia y, aunque tienen nombres complicados, son bastante fáciles de reconocer.

Ambos recursos nos permiten hablar más concisamente acerca de temas abstractos y difíciles sin detenernos a explicar lo que queremos decir.

La **metonimia** ocurre cuando usamos un símbolo para referirnos a un concepto relacionado, como referirse a un rey o reina como “la corona”, o llamar “traje” a un hombre de negocios.

La **sinécdoque** ocurre cuando usamos una parte para referirnos al todo o el todo para referirnos a una parte, como llamar a un trabajador “mano de obra” o a un automóvil “ruedas”.

Ejemplos de metonimia

- En Mateo 13:15, Jesús dijo: “el corazón de este pueblo se ha engrosado”. Pero no estaba hablando de su corazón literal; estaba usando la palabra “corazón” para referirse a la capacidad humana de pensar y sentir.
- Dios le prometió a su pueblo que, si le obedecían, “la espada no pasará por vuestro país” (Levítico 26:6). Pero no estaba prometiendo que las armas de metal afiladas no entrarían en Israel; “espada” aquí se refiere a la guerra y el poder militar.
- Cuando David escribió: “Guarda tu lengua del mal” (Salmos 34:13), no estaba diciendo que la lengua en sí era capaz de hacer mal; la lengua se refiere a las palabras que usamos. (Vea Santiago 3:5-10.)

Ejemplos de sinécdoque

- Pablo escribió que Aquila y Priscila “pusieron sus cuellos por mi vida” (Reina Valera Antigua, Romanos 16:4). Pero obviamente no sólo sus cuellos estuvieron en peligro, sino su existencia entera. En este caso, el cuello (una parte del cuerpo) representa al cuerpo entero.
- Cuando Jesús les dijo a los apóstoles: “predicad el evangelio a toda criatura” (Marcos 16:15), no quiso decir que les predicaran el evangelio a las ardillas, los pájaros y las hormigas. En este caso “toda criatura” (toda criatura en la creación de Dios) en realidad se refiere a los seres humanos (una parte específica de la creación).
- Augusto César decretó que “que todo el mundo fuese empadronado” (Lucas 2:1). Pero esto no podía referirse al mundo entero como noso-

tros lo entendemos, dado que eso incluiría reinos y naciones sobre las que Augusto no tenía control, ni aún conocimiento. Aquí “todo el mundo” representa solo una parte: “todo el mundo romano”.

Paralelismo

Rima de ideas y conceptos en lugar de sonidos.

En lugar de rimar sonidos, la poesía hebrea de la Biblia a menudo se enfoca en la rima de *ideas* utilizando la técnica del paralelismo. Esta clase de “rima” generalmente ocurre en dos o más líneas de poesía que tratan de un concepto en común.

Los autores usan el paralelismo para destacar un punto importante. Dado que el paralelismo se basa en conceptos y no en palabras específicas, puede traducirse bien a otros idiomas, lo cual nos facilita entender la poesía bíblica.

Existen cuatro clases principales de paralelismo en la poesía hebrea: sinónimo, antitético, sintético y emblemático. Conocer estas técnicas nos ayuda a analizar más de cerca el punto destacado.

El paralelismo **sinónimo** *repite* o hace énfasis en un concepto. El paralelismo antitético lo *contrasta* o lo *refleja*. El paralelismo sintético lo *desarrolla*. Y el paralelismo emblemático, lo *ilustra* usando una figura retórica.

Ejemplos de paralelismo sinónimo (repetición)

“No menosprecies, hijo mío, el castigo [del Eterno], ni te fatigues de su corrección” (Proverbios 3:11).

“Lo torcido no se puede enderezar, y lo incompleto no puede contarse” (Eclesiastés 1:15).

“Entended, oh simples, discreción; y vosotros, necios, entrad en cordura” (Proverbios 8:5).

Ejemplos de paralelismo antitético (contraste)

“Estos confían en carros, y aquellos en caballos; mas nosotros del nombre [del Eterno] nuestro Dios tendremos memoria” (Salmos 20:7).

“Los labios del justo apacientan a muchos, mas los necios mueren por falta de entendimiento” (Proverbios 10:21).

“Hay quienes pretenden ser ricos, y no tienen nada; y hay quienes pretenden ser pobres, y tienen muchas riquezas” (Proverbios 13:7).

Ejemplos de paralelismo sintético (desarrollo)

“¿Hay algo de que se puede decir: He aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido” (Eclesiastés 1:10).

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23).

“Restauraré tus jueces como al principio, y tus consejeros como eran antes; entonces te llamarán Ciudad de justicia, Ciudad fiel” (Isaías 1:26).

Ejemplos de paralelismo emblemático (ilustración)

“Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía” (Salmos 42:1).

“Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los jóvenes; bajo la sombra del deseado me senté, y su fruto fue dulce a mi paladar” (Cantar de los cantares 2:3).

“Como el que enloquece, y echa llamas y saetas y muerte, tal es el hombre que engaña a su amigo, y dice: Ciertamente lo hice por broma” (Proverbios 26:18-19).

Personificación/apóstrofe

Describir objetos inanimados como si fueran humanos.

A veces, los autores **personifican** un concepto; es decir, hablan de algo que no es humano como si lo fuera. El viento no puede aullar, la justicia no es ciega y las estrellas no parpadean. Pero es más fácil describir estas cosas con términos familiares.

El **apóstrofe** es una clase especial de personificación donde el autor

le habla a un concepto o cosa directamente, como si fuera capaz de escuchar y responder.

Ejemplos de personificación

- Dios le preguntó a Caín: “¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra” (Génesis 4:10).
- David escribió: “Los ríos batan las manos, los montes todos hagan regocijo” (Salmos 98:8).
- En el libro de Proverbios, la sabiduría es personificada como mujer varias veces, especialmente en el capítulo 8, donde leemos que clama a los “simples” y los “necios” (Proverbios 8:4-5).

Ejemplos de apóstrofe

- A través de Oseas, Dios se dirigió a la muerte y la tumba (*sheol* en hebreo): “Oh muerte, yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol” (Oseas 13:14).
- David preguntó: “¿Por qué te abates, oh alma mía, y te turbas dentro de mí?” (Salmos 42:5).
- Isaías dijo: “Cantad loores, oh cielos, porque [el Eterno] lo hizo; gritad con júbilo, profundidades de la tierra; prorrumpid, montes, en alabanza; bosque, y todo árbol que en él está; porque [el Eterno] redimió a Jacob, y en Israel será glorificado” (Isaías 44:23).

Juegos de palabras

Usar los sonidos y significados de las palabras de forma ingeniosa e inesperada.

El juego de palabras es un recurso literario que se utiliza frecuentemente en la Biblia, pero raramente sobrevive al proceso de traducción. Los juegos de palabras (también conocidos como *calambur* o *paronomasia*) acomodan las palabras de tal forma que sus sonidos similares o dobles significados dan a entender algo más allá de lo literal.

Los comentarios son útiles para alertarnos acerca en qué momento ocurre un juego de palabras, los cuales son difíciles de reconocer de otra manera.

Ejemplo

- Salomón escribió: “Ciertamente el que bate la leche sacará mantequilla, y el que recio se suena las narices sacará sangre; y el que provoca la ira causará contienda” (Proverbios 30:33). En este pa-

saje hay varios juegos de palabras en el hebreo original: “batir”, “sonar” y “provocar” provienen de la misma palabra hebrea, pero su significado cambia según el contexto. “Narices” e “ira” también provienen de la misma palabra; y la palabra traducida como “mantquilla” (*hem`â*) suena muy parecido a la palabra traducida como “ira” (*hēmâ*).

- Las palabras proféticas en Miqueas 1:10-15 están llenas de juegos de palabras que conectan los nombres de las ciudades con destinos específicos. “Gat” es similar a la palabra hebrea traducida como “decir”, entonces, la instrucción de Miqueas (“No lo digáis en Gat”) en hebreo sonaría algo así: “No lo digas en *Digas*”. Las profecías para otras ciudades también incluyen juegos de palabras: “revuélcate en el polvo de [la Casa del polvo]”. “Pásate, oh morador de [Hermoso], desnudo y con vergüenza” (vv. 10-11), etcétera.
- Pablo le escribió a Filemón acerca de “Onésimo... el cual en otro tiempo te fue inútil, pero ahora a ti y a mí nos es útil” (Filemón 1:10-11). El nombre Onésimo significa literalmente “útil”.
- En el libro de Rut, el relato se refiere al familiar cercano de Noemí como *peloni almoni*. Las Biblias en español generalmente traducen esto como “pariente” (Rut 4:1), pero el significado real de *peloni almoni* es más parecido a “fulano”. Y, dado que este pariente se rehusó a “[restaurar] el nombre del muerto sobre su posesión” (v. 6), parece ser que el autor decidió no perpetuar el nombre del pariente de Noemí. Por eso lo conocemos como *peloni almoni*, “un fulano”.

5

Métodos de estudio bíblico

Existen muchas formas de abordar su estudio personal de la Biblia. Pero, en general, las mayores decisiones que deberá tomar son qué estudiar (su enfoque) y *cómo* hacerlo (su técnica).

Enfoques

Cuando se trata de estudiar la Biblia, la primera gran decisión será qué quiere estudiar. La Biblia es un libro enorme —o más bien, 66 libros en uno— y no puede leerla toda de una sola vez, por mucho que lo intente.

Entonces... ¿dónde comenzar?

No existe una respuesta incorrecta para esto. “Toda la Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16), así que vale la pena leer toda la Biblia. Pero existe un principio que debemos tener en mente:

El contexto es importante. Si intentamos entender cualquier pasaje de las Escrituras, necesitamos saber lo que ocurre *alrededor* de ese pasaje. ¿Qué dijo el autor antes y después? ¿Cuál es el propósito del libro en el que se encuentra? ¿Qué dicen los demás libros de la Biblia acerca del tema?

Sabemos que “Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (Hebreos 13:8) y que con Dios el Padre “no hay mudanza, ni sombra de variación” (Santiago 1:17). Entonces, si creemos que el Dios que inspiró las Escrituras es constante e invariable, debemos creer que las Escrituras también son constantes e invariables.

En otras palabras, los versículos de la Biblia no se contradicen; se apoyan y se complementan. Es peligroso centrarnos en un solo versículo y sacar conclusiones sin considerar el contexto más amplio. Mientras más nos familiarizamos con la Biblia como un todo, más fácil nos es entender sus partes.

Es cierto que muchas veces usted querrá centrarse en algún pasaje y buscar una perspectiva más profunda de la Biblia. Existen seis diferentes “niveles de acercamiento” que podríamos usar y estudiaremos cómo usarlos efectivamente. Pero, sin importar cuánto decida acercarse a una escritura, nunca olvide la importancia de mirarla desde lejos y considerar el contexto del panorama completo.

Nivel 1: La Biblia

Herramienta principal: un plan de lectura.

Éste es un buen lugar para comenzar, especialmente si no tiene una pregunta o un tema específico en mente. Leer la Biblia completa le permitirá adquirir conocimiento práctico de la Biblia como un todo. Mientras más lea, más se refinará su conocimiento.

Pero, como mencionamos, la Biblia no está diseñada para leerse de una sola vez. Necesitará un plan. Ese plan puede ser tan sencillo como “empezar desde el principio y leer hasta el final” o puede ser un poco más interactivo. De cualquier forma, descubrirá que existen bastantes programas de lectura que le ayudarán a leer la Biblia en un año (lo que generalmente implica leer tres o cuatro capítulos cada día):

- Un **plan clásico** lo llevará de forma lineal por las páginas de la Biblia —comenzando en Génesis y terminando en Apocalipsis.
- Un **plan paralelo** puede darle dos lecturas diarias, una del Antiguo Testamento y una del Nuevo, permitiéndole avanzar en ambos Testamentos al mismo tiempo.
- Un **plan cronológico** intentará ordenar sus lecturas diarias *en el orden en que ocurrieron*. Esto puede significar saltar de 2 Samuel a los Salmos para leer lo que David escribió acerca de momentos clave en su vida, o pasar de la mitad de un Evangelio a otro cuando lee acerca de la vida de Jesús.
- Un **plan temático** puede estar organizado según el *género literario* de cada libro de la Biblia. Una sección del plan puede enfocarse en profecía, otro en poesía, otro en las epístolas del Nuevo Testamento, etcétera.

- Otra forma de **plan temático** puede estructurar sus lecturas diarias de manera que los temas de los pasajes de cada día estén alineados. (Por ejemplo, Salmos 140, Génesis 1 y Efesios 1 hablan todos de la creación del mundo.)

En el **Centro de aprendizaje de Vida, Esperanza y Verdad** puede encontrar planes para leer la Biblia en un año, pero también puede encontrar otros haciendo una búsqueda simple en internet. Quizá le resulte beneficioso probar un plan diferente cada año a medida que profundiza en las Escrituras —o tal vez prefiera simplemente usar un marcador de libros y estudiar a su propio ritmo. No hay una forma incorrecta de hacerlo.

La gran ventaja de tener sus lecturas diarias determinadas con anterioridad es que sabrá exactamente qué leer y cuándo, si su objetivo es terminar en el tiempo sugerido. Leer la Biblia completa le dará una perspectiva valiosa a la hora de entender cada pasaje en particular.

Pero tenga en cuenta que quedarse atrás puede ser desalentador. Perder un día duplica su lectura para el día siguiente. Si su tiempo es limitado, es fácil caer en la trampa de leer demasiado rápido, especialmente si está tratando de ponerse al día.

Si el calendario le parece muy rígido, simplemente ignore las fechas sugeridas. Nadie dice que tiene que leer la Biblia en un año. Lea lo más que pueda de la lectura sugerida cada día y continúe con lo que faltó al día siguiente. Estudiar la Palabra de Dios con propósito es más importante que tratar de terminar su lectura en un período arbitrario.

En su libro *Seven Arrows: Aiming Bible Readers in the Right Direction* [Siete flechas: dirigiendo a los lectores de la Biblia en la dirección correcta], Matt Rogers y Donny Mathis proponen siete preguntas excelentes que podemos considerar cuando leemos cualquier pasaje de la Biblia:

1. ¿Qué dice este pasaje?
2. ¿Qué significó este pasaje para su audiencia original?
3. ¿Qué nos dice este pasaje acerca de Dios?
4. ¿Qué nos dice este pasaje acerca del ser humano?
5. ¿Qué pide de mí este pasaje?
6. ¿Cómo cambia este pasaje la forma en que me relaciono con los demás?
7. ¿Por qué me motiva a orar este pasaje?

Hacernos estas preguntas mientras realizamos nuestro estudio personal de la Biblia, nos entrenará para pensar con cuidado acerca de lo que leemos y a pensar en cómo aplicar las lecciones aprendidas en nuestra vida.

Nivel 2: Temas

Herramientas principales: índice temático, referencias cruzadas, concordancias.

Tal vez le interese saber lo que la Biblia tiene que decir acerca de un *tema* específico. Ese tema puede ser amplio (“el amor”), un poco más específico (“el amor de Dios”) o una pregunta muy precisa (“¿cuáles son las diferencias entre el amor carnal y el amor de Dios?”).

Para hacer un estudio temático, puede usar un índice temático y referencias cruzadas. Los pasajes relacionados estarán en diferentes partes de la Biblia y esas herramientas le ayudarán a encontrarlos.

Cuando haya hecho una selección práctica de versículos acerca de un tema (¡del Antiguo y Nuevo Testamentos!), comience a buscar similitudes y diferencias entre ellos. Esto le ayudará a profundizar su entendimiento acerca del tema. ¿Cómo hablan los autores de la Biblia acerca del tema? ¿Qué aspectos exploran? ¿Lo conectan con algún otro concepto?

Hacer estas conexiones le permitirá tener un entendimiento más sólido del tema o la pregunta que escogió. También puede encontrar información útil en los comentarios que hablan acerca de esos versículos. No olvide buscar el tema en la página de Vida, Esperanza y Verdad. ¡Es muy probable que ya hayamos escrito algo al respecto!

Éstas son algunas preguntas que puede analizar mientras estudia un tema:

1. ¿Es éste un tema del que Dios habla mucho o poco en la Biblia? ¿Cuál podría ser la razón?
2. ¿En qué historias prominentes de la Biblia es importante este tema? ¿De qué manera? ¿Cómo cambiarían las historias si este tema se hubiera abordado de otra manera?
3. ¿Es este tema *siempre beneficioso, siempre dañino o algo intermedio*? ¿Qué lo hace así?
4. ¿Cómo puedo definir este tema en una o dos oraciones?
5. ¿Cómo afecta este tema la vida que debería vivir como seguidor de Dios? ¿Qué impacto debería tener en:
 - la forma en que interactúo con otros?
 - la forma en que interactúo con Dios?
 - las actividades en que uso mi tiempo?
 - mi perspectiva de la vida?
 - mis prioridades y amistades?
6. ¿Este tema me impulsa a querer ahondar más en él o no? ¿Qué pasos debo seguir para hacer ese cambio?

Nivel 3: Libros

Herramientas principales: mapas y atlas, líneas de tiempo y armonías.

La Biblia se compone de 66 libros escritos por diferentes autores que vivieron en diferentes culturas y épocas, cada uno con su propio estilo literario y audiencia original.

(Por ejemplo, el libro de Efesios fue escrito en el primer siglo por el apóstol Pablo mientras era prisionero del Imperio Romano, e inicialmente fue una carta de apoyo e instrucción para las congregaciones cristianas en Éfeso. Por otro lado, el libro de Rut es un recuento histórico acerca de una joven que vivió en Israel durante el tiempo de los jueces, alrededor del siglo XII a.C. Estos son dos libros completamente diferentes escritos con diferentes propósitos y ambos fueron preservados por Dios para que los estudiemos y aprendamos de ellos.)

Comprender cualquiera de estos 66 libros es más fácil cuando nos tomamos el tiempo de entender qué estaba pasando en el *contexto* de ese libro. El libro de Isaías tiene más impacto cuando sabemos cómo era Israel en ese tiempo, qué reyes gobernaban a qué naciones e incluso qué estaba pasando en el panorama geopolítico. Las cartas a los corintios adquieren más valor cuando sabemos qué estaban enfrentando los corintios (y Pablo) en esa época.

Las líneas de tiempo y las armonías pueden ser herramientas útiles para ayudarnos a comprender dónde entra un libro en particular dentro de la narrativa bíblica, mientras que los mapas y los atlas nos ayudan a visualizar elementos geográficos importantes como el tipo de terreno y las fronteras.

Pero aún más importante que la *época* en que un libro fue escrito, es la *razón* por la cual fue escrito. Comprender el contexto de un libro nos ayuda a preparar el camino para nuestro estudio, sin embargo, el verdadero beneficio de estudiar un libro es extraer las lecciones que contiene.

Nuestra meta cuando estudiamos cualquier libro de la Biblia debería ser obtener una mayor comprensión de por qué Dios eligió inspirar y preservar esas palabras para nosotros. ¿Cuáles son las lecciones del libro? ¿Cómo se aplican a nosotros hoy? ¿Qué nos enseña este libro acerca del Dios a quien servimos?

En la sección “[Libros de la Biblia](#)” de Vida, Esperanza y Verdad, puede encontrar un artículo con el resumen de cada libro.

Éstas son algunas preguntas que puede analizar mientras lee algunos de los libros de la Biblia:

1. ¿Qué tipo de libro es? (Un relato histórico, una serie de profecías, una ley registrada, una carta, etcétera.)
2. ¿Está este libro escrito como poesía, prosa o ambos?
3. ¿Hace este libro referencia a otros libros o personajes de la Biblia? ¿En qué contexto?
4. ¿Dónde encaja este libro en la cronología de los libros de la Biblia? ¿Qué libros se sitúan antes, después y al mismo tiempo que este libro?
5. ¿Qué estaba pasando en el escenario mundial cuando ocurrieron los eventos de este libro?
6. Dado el tipo de libro (preguntas 1 y 2) y las conexiones del libro (preguntas 3 y 4), ¿cuál considera que es el propósito del libro? (El libro mismo podría responder esta pregunta explícitamente, como en Proverbios 1:1-6.)
7. ¿Qué lecciones puede obtener y aplicar en su vida, a medida que lee el libro?
8. Si ha leído este libro antes, ¿qué frases, palabras o historias se destacan de maneras que no había notado?

Nivel 4: Capítulos

Herramientas principales: comentarios, referencias cruzadas.

Algunos libros (como Judas o 2 Juan) son sólo un capítulo, pero en general, los libros de la Biblia se dividen en varios capítulos. Aunque esta división se creó cientos (y a veces miles) de años después de que los libros fueron escritos,²⁸ es muy útil.

En la mayoría de los casos, los capítulos de la Biblia nos brindan puntos de partida y pausas naturales en el transcurso de un libro. Por ejemplo, 1 Corintios 13 explora el concepto del amor divino. Mateo 23 registra una reprensión de Cristo a los escribas y fariseos. Levítico 23 define las fiestas santas de Dios. Éxodo 20 enumera los Diez Mandamientos.

Estudiar un solo capítulo a la vez tiene algunos beneficios. Generalmente es mucho más fácil enfocarnos en un solo capítulo de la Biblia que explorar un libro completo. También es menos intimidante tratar de comprender de qué trata un solo capítulo que todo un libro o toda la Biblia.

La dificultad es que, incluso cuando las divisiones de los capítulos no son arbitrarias, tampoco eran parte del libro desde el principio. Los autores

²⁸ Con la excepción del libro de Salmos, que está naturalmente dividido en salmos individuales.

originales de la Biblia no incluyeron pausas para marcar capítulos, lo cual implica que a veces los capítulos pueden interrumpir pensamientos o temas importantes. (Vea “Los capítulos crean pausas artificiales”, en la página 100.) Saltar de un capítulo a otro en diferentes libros de la Biblia es como saltar de conversación en conversación en una habitación llena de gente. Definitivamente entenderá algo de lo que se dice, pero sólo escuchará fragmentos de las conversaciones completas.

Si quiere lo mejor de ambos mundos, tenga en mente la posibilidad de estudiar los capítulos de un libro en orden. Así podrá enfocarse en pasajes acotados durante sus estudios, pero cada sesión será una continuación de la anterior.

Cuando esté estudiando un capítulo de la Biblia, los comentarios pueden darle información útil tanto de las lecciones del capítulo como de su relación con otros pasajes de la Biblia. Pero recuerde: es casi imposible escribir un comentario de la Biblia sin dejarse llevar por las propias inclinaciones y suposiciones. Ningún comentario es la autoridad definitiva acerca del significado de la Biblia, sólo puede ser una potencial fuente de conocimiento.

A veces, los pasajes de la Biblia se repiten, mencionan o se extienden en otra parte de la Biblia. Por ejemplo:

- La amenaza de Senaquerib en Isaías 36:1-21; 2 Crónicas 32:1-19; y 2 Reyes 18:17-37.
- Los Diez Mandamientos en Éxodo 20:1-17 y Deuteronomio 5:1-22.
- Muchos pasajes en los cuatro Evangelios.

Las referencias cruzadas pueden ayudarle a encontrar estos pasajes relacionados.

Éstas son algunas preguntas que puede analizar mientras lee un capítulo de la Biblia:

1. ¿Qué ocurre en este capítulo? ¿Qué eventos se registran, qué conceptos se mencionan y qué instrucciones se entregan?
2. Si ocurren varias cosas en este capítulo, ¿están conectadas cronológicamente (ocurren una después de otra) o por un tema (una idea común que está presente en todo el capítulo)?
3. ¿Le recuerdan los contenidos de este capítulo otros pasajes de la Biblia?
4. Encuentre tres lecciones de este capítulo que puede aplicar en su vida.
5. ¿Por qué cree que Dios inspiró este capítulo?
6. ¿Hay conceptos de este capítulo que le gustaría entender mejor? (Tome notas para sus futuros estudios temáticos.)

Nivel 5: Versículos

Herramientas principales: Biblias interlineales, comentarios, referencias cruzadas.

En el transcurso de sus estudios, se encontrará con muchos versículos interesantes, confusos, animadores e incluso intimidantes. Estos versículos individuales son excelentes puntos de partida para nuevos estudios, especialmente porque ya tiene una idea de lo que le gustaría analizar.

Lo más importante que debemos recordar cuando estudiamos un versículo es que *los versículos son parte de un panorama mayor*. Esto probablemente no es una sorpresa si ha leído toda la sección, pero es especialmente importante cuando hablamos de versículos. Es fácil —incluso sin intención— sacar una frase de contexto y tergiversar su significado.

Como ocurre con los capítulos, la división de la Biblia en versículos no es propia del texto original. Los versículos se crearon para facilitar las referencias a un pasaje específico de la Biblia. Un versículo puede contener una reflexión importante o un sentimiento reconfortante, pero ningún versículo está diseñado para leerse aislado o fuera de contexto. Evite las interpretaciones incorrectas manteniendo en mente el panorama completo.

Cuando estudia un versículo, resulta útil acercarse para analizar las palabras específicas que se usan (vea el nivel 6) y luego alejarse para considerar lo que se dice en el resto del capítulo o en el libro (vea los niveles 3 y 4).

Las Biblias interlineales pueden darle una idea de qué es lo que transmite el versículo en los manuscritos hebreos o griegos originales, lo que puede ayudarle a entender su significado e intención. Mientras más estudie los versículos en su idioma original, podrá notar más cosas interesantes acerca de la elección de palabras de los autores²⁹ (y acerca del orden en que fueron escritas)³⁰. Puede complementar su estudio con un comentario exegético para comprender mejor los mecanismos del idioma.

Éstas son algunas preguntas que puede tener en cuenta mientras estudia en detalle un versículo de la Biblia:

1. ¿Qué le interesa de este versículo? ¿Qué lo motivó a estudiarlo?
2. ¿Cuál es el contexto del versículo? ¿De qué temas habla este capítulo, e incluso este libro? Tome nota de algunos de los temas principales.

²⁹ La misma palabra hebrea o griega puede traducirse con diferentes palabras en español y la misma palabra en español puede servir para traducir diferentes palabras en griego o hebreo. Por eso a veces resulta útil entender lo que ocurre tras bambalinas.³

³⁰ Lo invitamos a ver “Petición acerca del plan de Dios: tu nombre, tu Reino, tu voluntad” en la página 21 si desea estudiar un ejemplo de por qué esto puede ser importante.

3. ¿Es este versículo parte de una discusión mayor? Si es así, ¿cuál es el aporte o la relación de este versículo en esa discusión?
4. ¿Qué palabras o frases importantes y recurrentes (como ley, justificación, arrepentimiento, salvación, etcétera) aparecen en este versículo? ¿Puede definir esos términos con sus propias palabras?
5. Haga un resumen de este versículo usando sus propias palabras. ¿Qué piensa que intenta decir el autor? ¿Por qué cree que Dios lo inspiró?
6. ¿Hay algo en este versículo que —directa o indirectamente— debería tener un impacto en su forma de vivir? ¿Qué cambios le inspira a hacer y cómo puede implementarlos?

Nivel 6: Palabras

Herramientas principales: Biblias interlineales, concordancias, diccionarios.

Estudiar las palabras usadas por los autores de la Biblia puede decirnos mucho acerca de los pasajes que Dios inspiró. Pero hacerlo de forma incorrecta puede conducirnos a serios malentendidos acerca de lo que esos autores intentaban decir.

Los estudios de palabras pueden ser muy efectivos cuando comprendemos sus *limitaciones*. (Lo invitamos a ver “Errores comunes que debemos evitar en los estudios de palabras” en la página 163 para una discusión más detallada.) Recuerde que un conocimiento limitado puede ser peligroso —y analizar una sola palabra en un lenguaje desconocido y antiguo lleno de reglas que no conocemos por completo es un conocimiento con *muy poco* fundamento.

Una palabra hebrea puede significar una cosa en un versículo de la Biblia, pero no hay garantía de que signifique lo mismo cada vez que aparece en el Antiguo Testamento. Además, las definiciones que encontrará no son necesariamente intercambiables. Comience cualquier estudio recordando que las palabras (en cualquier idioma) son algo complejo. Tratar de generalizar a menudo resulta problemático. Con esto en mente, el primer paso es elegir la palabra que va a estudiar.

Es muy probable que ya tenga una palabra en mente —quizás una con la que se encontró en algún estudio más amplio de un capítulo, un libro o un tema. Tal vez se trate de una palabra que le pareció extraña o fuera de lugar.

Probablemente la palabra se usó de forma inusual o confusa. Tal vez se repitió varias veces en un pasaje breve. Podría formar parte de un pasaje animador. Acaso es simplemente un tema que le gustaría entender mejor.

Estos son algunos ejemplos que pueden invitarlo a reflexionar:

- Pablo les dijo a los Corintios: “Examinaos a vosotros mismos” (2 Corintios 13:5). ¿Qué quiso decir con “Examinaos”? ¿Nos dice algo acerca de ese examen la palabra griega que utilizó?
- Salmos 136 repite “misericordia” 26 veces, Hebreos 11 menciona la “fe” 24 veces y 1 Corintios 13 usa la palabra “amor” nueve veces. ¿Hay algo que podemos deducir de las palabras originales que se utilizaron?
- Juan dijo: “Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido” (1 Juan 3:6). ¿Realmente quiso decir que si cometemos un solo pecado no conocemos a Dios?

Si le interesa una palabra de un versículo en particular, intente buscar ese versículo en varias traducciones. Tal vez descubra que diferentes versiones traducen la misma palabra de forma diferente, ¡lo que es un buen indicio de que vale la pena estudiarla!

Una vez que tenga una palabra en mente, su próxima meta es estudiar cómo se usa en el resto de la Biblia. Pero recuerde: técnicamente ahora está estudiando *dos* palabras; una es la palabra en español y la *otra* es el término original en hebreo o griego. (Y también recuerde que a lo largo de la Biblia varias palabras hebreas y griegas pueden traducirse como la misma palabra en español y una sola palabra griega o hebrea puede traducirse como varias palabras en español.)

Una concordancia puede mostrarle todos los lugares en que esa palabra hebrea o griega se usa en la Biblia y puede darle una idea de cómo puede ser traducida. Un diccionario le dará una explicación más detallada de la palabra, incluyendo su significado en diversas situaciones.

Tómese el tiempo para estudiar otros versículos que usen la misma palabra.³¹ Hágase una idea de cómo la palabra se utiliza en una variedad de contextos. Si la concordancia o el diccionario le dicen cómo se relaciona ésa con otras palabras, búsquelas y estúdielas también. Vea si los comentarios exegéticos tienen algo que decir acerca del uso de la palabra en un versículo en particular.

Al terminar, debería tener un entendimiento más completo de la palabra que eligió. Puede encontrar otros consejos útiles para el estudio de palabras en la sección “Errores comunes en los estudios de palabras que debemos evitar” en la página 163.

³¹ Puede que su palabra sólo se use una vez en la Biblia. Eso se llama *hapax legomenon* y significa que debe utilizar fuentes externas a la Biblia para comprender cómo se utilizaba en el mundo antiguo.

Éstas son algunas preguntas que puede hacerse cuando analiza detenidamente una palabra de la Biblia:

1. ¿De qué palabra hebrea o griega proviene esta palabra en español?
2. ¿Se traduce al español siempre de la misma forma esa palabra hebrea o griega o existen más posibilidades?
3. ¿Qué otros versículos utilizan esa palabra griega o hebrea? ¿Cómo la utilizan? ¿Qué me dice eso acerca de la palabra en sí?
4. ¿Cómo abordan esta palabra otras versiones de la Biblia? ¿Se traduce generalmente de la misma forma o hay diferencias notables?
5. ¿Existen otras palabras griegas o hebreas que se traduzcan a esta palabra en español? ¿Cuáles son? ¿Tienen significados diferentes o muy similares?
6. ¿Lo dirige alguno de sus recursos a las palabras hebreas o griegas relacionadas? ¿Cómo se usan esas palabras relacionadas en la Biblia?³²
7. ¿Se usa la palabra de una manera que no se traduce fácilmente al español?
8. ¿Puede encontrar evidencia de que el uso de esta palabra tiene un propósito especial en este versículo?
9. Lo que usted ha aprendido, ¿le ha cambiado algo su enfoque de este versículo? ¿De esta palabra en general? Si es así, ¿tiene un impacto en su relación con Dios o en la forma que usted vive su vida?

Técnicas

Cuando haya decidido en qué nivel de estudio se quiere enfocar, también deberá decidir cómo quiere interactuar con los pasajes que estudiará. Las técnicas no son mutuamente excluyentes, por lo que no está obligado a usar sólo una de ellas. Puede mezclarlas para encontrar un estilo que le resulte útil.

Incorporar la oración

El estudio bíblico es una de las principales maneras en que podemos escuchar a Dios. Y cuando agregamos la oración a la mezcla, se convierte en una conversación en ambos sentidos, donde podemos estar más envueltos. Éstas son algunas ideas acerca de cómo podría funcionar:

³² Por ejemplo, las palabras *dokimos* y *adokimos* están muy relacionadas a *dokimazo*, el verbo que Pablo utilizó para “examinaos” en 2 Corintios 13:5.

Antes de estudiar

Tómese un tiempo para conectarse con Dios antes de comenzar su estudio. Hágale saber lo que está en su mente. ¿Qué espera aprender? ¿Qué preguntas tiene? ¿Qué tipo de guía o entendimiento busca? ¿Por qué eligió este tema? ¿Qué le parece interesante, confuso o inspirador? Cuando hablamos con Dios y le hacemos preguntas *antes* de estudiar, le damos la oportunidad de respondernos *mientras* estudiamos.

Mientras estudiamos

La oración y el estudio de la Biblia no tienen que ser actividades separadas y fragmentadas. Una no tiene que terminar cuando la otra empieza. Piense que puede continuar su conversación con Dios mientras lee las Escrituras. Si un pasaje lo confunde, pídale guía a Dios. Si lo anima, agradézcale. Si le recuerda algo acerca de su propia vida, dígaselo. Este diálogo con Dios puede sentirse extraño al principio, pero si está dispuesto a intentarlo, tal vez descubra que le agrega profundidad y significado a lo que estudia.

Después de estudiar

Otro momento excelente para hablar con Dios es inmediatamente *después* de terminar su sesión de estudio. Todo lo que ha leído está fresco en su mente y es un buen momento para hacer las preguntas que tenga, comentar las escrituras que le parecieron relevantes, las lecciones que aprendió y lo que ese estudio le ha hecho pensar. Agradézcale a Dios por el entendimiento que le ha dado de su Palabra y háblele acerca de lo que le gustaría estudiar después.

Tomar apuntes

Las investigaciones han demostrado repetidamente que tomar apuntes mientras estudiamos tiene muchos beneficios. Cuando parafraseamos conceptos en nuestras propias palabras, obligamos a nuestro cerebro a recodificar lo que estamos aprendiendo. Ese simple acto facilita que retengamos y recordemos la información, aunque no volvamos a mirar nuestros apuntes.

Cuando tome apuntes, incluya preguntas. A veces encontrará la respuesta más tarde en su lectura, en tanto que otras preguntas requerirán de más investigación.

Recuerde: sus apuntes no tienen que ser profundos para ser útiles. No se estrese acerca de si algo es lo suficientemente importante, perspicaz o

interesante como para escribirlo; simplemente escriba acerca de lo que le parezca destacable. Puede ir de versículo en versículo, de párrafo en párrafo o incluso de capítulo en capítulo. No hay una manera *incorrecta* de hacerlo.

Resuma los pasajes con sus propias palabras. Si está leyendo una historia, escriba acerca de lo que pasa a medida que pasa de un párrafo otro. Si está leyendo poesía, escriba acerca de las imágenes y lo que cree que quiso decir el autor. Si está leyendo una epístola, escriba acerca de las lecciones que está aprendiendo y cómo puede aplicarlas, etcétera.

Considere la posibilidad de tener un cuaderno especial para sus apuntes acerca de la Biblia. Puede ser algo sencillo, como un cuaderno de apuntes genérico o algo más elegante —lo que sea especial y útil para usted. (Los estudios también sugieren que, dado que muchos de nosotros tecleamos más rápido de lo que escribimos a mano, tipear no es tan efectivo para retener información como escribir a mano. Es más fácil para nuestros cerebros pasar a piloto automático cuando escribimos en un teclado, pero escribir a mano nos obliga a bajar el ritmo y procesar las cosas de una manera más consciente.)

Un beneficio extra es que tomar apuntes nos permite visitar nuestros estudios previos. Además de redescubrir nuestras reflexiones pasadas acerca de la Biblia, también podríamos descubrir cosas acerca de *nosotros* mismos —lo que estábamos pensando en ese momento de nuestras vidas, lo que nos parecía importante, lo que no vimos y cómo hemos crecido desde entonces.

Marcar la Biblia

Si la idea de marcar su Biblia físicamente le parece un poco intimidante, no está solo. Hay un sentido real de permanencia cuando se trata de escribir en cualquier libro, especialmente la Biblia. Pero marcar su Biblia también tiene un gran beneficio: es un proceso que transforma una Biblia genérica en un recurso único y personalizado sólo para usted.

Para comenzar, lo único que necesita es un plan y algunos materiales. Un lapicero de buena calidad y a prueba de manchas le permitirá escribir notas que no se borrarán con el tiempo ni manchará las delgadas páginas de su Biblia. Para usar un código de colores, muchas personas usan lápices de colores o resaltadores —sólo asegúrese de conseguir resaltadores de gel o secos para evitar manchas en sus páginas. Si le gusta el orden y la organización, puede usar una regla (o un trozo recto de papel detrás de las hojas) para mantener su escritura derecha.

Éstas son algunas técnicas para marcar su Biblia que podrían interesarle:

Notas al margen

Si los márgenes de su Biblia son lo suficientemente amplios (o su escritura es lo suficientemente pequeña), puede tomar notas directamente a un lado, arriba o abajo de las escrituras. Las notas al margen son excelentes para resumir pasajes difíciles, comentar cómo un versículo en particular se aplica a su vida, agregar información histórica relevante o incluir referencias cruzadas con otros versículos relacionados en la Biblia.

Destacar con un código de color

Cuando se trata de destacar, subrayar o circular las escrituras, le será útil tener algún tipo de sistema. Si usa sólo un color para destacar cada versículo que le parezca interesante, no pasará mucho tiempo antes de que toda su Biblia esté de ese mismo color. En lugar de eso, planifique y asigne colores específicos a ciertos temas. Los temas (¡y los colores!) dependen sólo de usted, pero estos son algunos ejemplos que pueden servirle para comenzar:

- La naturaleza y el carácter de Dios y Jesucristo
- La naturaleza y el carácter de Satanás
- Leyes
- El Reino de Dios
- Consejos de vida cristiana
- Profecías
- El sábado y las fiestas santas

Símbolos

Puede haber temas o conceptos recurrentes en la Biblia a los que tal vez no quiera dedicar un color aparte, pero que le gustaría reconocer rápidamente. Ahí es donde entran los símbolos. Al asignarle un símbolo a cada uno de esos conceptos, podrá identificarlos con el símbolo a un lado, arriba, abajo o incluso encima de las palabras o versículos relevantes cuando los encuentre. (Por ejemplo, puede dibujar una oveja pequeña cada vez que la Biblia hable acerca de sacrificios y ofrendas o “A→B” cuando encuentre un ejemplo de causa y efecto.)
















- Palabras dichas por Dios
- Palabras de énfasis o conclusión (“mirad”, “por tanto”, “dice”, etcétera)
- La casa/el templo/el tabernáculo/la morada de Dios

- La Iglesia
- Ubicaciones geográficas (Edén, Babilonia, Jerusalén, etcétera)
- Comparaciones (“Como ciudad derribada y sin muro es el hombre cuyo espíritu no tiene rienda”, en Proverbios 25:28)
- Contrastes (“El que ama la instrucción ama la sabiduría; mas el que aborrece la reprensión es ignorante”, en Proverbios 12:1)
- Causa y efecto (“Si un gobernante atiende la palabra mentirosa, todos sus servidores serán impíos”, en Proverbios 29:12)
- Listas (frutos del Espíritu en Gálatas 5:22-23)
- Profecías cumplidas
- Profecías futuras
- Dinero
- Relaciones
- Bendiciones y maldiciones
- Ofrendas y sacrificios
- Misericordia/gracia/justificación/salvación

Una leyenda o clave de referencias

Si está haciendo algo más que notas al margen, es esencial que tenga un sistema para recordarle qué *significan* los colores y símbolos que escogió. Tal vez lo recuerde hoy, pero nada le garantiza que lo recordará en unos meses, años o décadas. Crear una leyenda es fácil: en el índice o una página en blanco al principio de su Biblia, dibuje cada color y símbolo en su propia línea y al lado de cada uno escriba lo que significa. De esta manera, en diez años podrá abrir la misma Biblia y recordar que usó un dibujo azul para marcar los pasajes sobre el bautismo, o que destacó las profecías con color naranja.

(Vea un ejemplo de leyenda abajo.)

 PÚRPURA	Naturaleza y carácter de Dios y Jesucristo	 D	Palabras dichas por Dios
 ROJO	Naturaleza y carácter de Satanás		Palabras de énfasis
 AMARILLO	Leyes		Templo/tabernáculo
 VERDE	Reino de Dios		Ubicaciones geográficas
 NARANJA	Consejos para la vida cristiana		Listas
 ROSADO	Profecías		Dinero
 AZUL	Sábado y días santos		Relaciones
			Ofrendas y sacrificios

Simplemente leer

Hacer un estudio profundo e intensivo de la Biblia tiene muchos beneficios, pero simplemente *leer* la Palabra de Dios también puede ser beneficioso. Sin cuadernos, sin diccionarios, sin comentarios, sin mapas, ni planes de lectura o listas de objetivos —sólo usted y su Biblia.

En nuestros estudios más concienzudos, puede ser fácil dejarnos envolver por los detalles —el significado de una palabra griega, los eventos históricos alrededor de un pasaje, los paralelos y las conexiones entre un versículo y el siguiente. A veces, podemos enfocarnos *tanto* en estas cosas que dejamos de ver el bosque por ver los árboles.

La Biblia es una historia.

Sin duda la historia más importante que se haya escrito. Es una historia que comienza desde antes de la creación y se extiende hasta la eternidad. La *verdadera* historia de cómo Dios está expandiendo su familia —la verdadera razón de su existencia.

Pero, aun así, es una historia. Y las historias se escriben para ser leídas. Así como la Biblia requiere que la analicemos de cerca y con cuidado, también requiere que la apreciemos como la historia emocionante, profunda, completa, a veces trágica, siempre esperanzadora, estremecedora y transformadora que es.

A veces, vale la pena dejar a un lado el acto de *estudiar* para poder disfrutar de una simple *lectura*. Los árboles son importantes, pero también lo es el bosque. De vez en cuando, tómese el tiempo para alejarse un poco y apreciarlo.

Simplemente escuchar (o leer en voz alta)

La mayoría de las personas tiende a interactuar con la Biblia en su forma escrita —leer las palabras de sus páginas en silencio. Ésta es una forma excelente de estudiar la Palabra de Dios, pero no es la *única*.

De hecho, durante la mayor parte de la historia humana, los libros y rollos eran difíciles de obtener. No fue sino hasta mediados de los años 1400, cuando Johannes Gutenberg popularizó la imprenta, que los libros se convirtieron en algo común. Durante siglos, el pueblo de Dios se reunía para escuchar la Palabra de Dios leída en voz alta por los sacerdotes del Antiguo Testamento (Deuteronomio 31:9-13), en las sinagogas (Lucas 4:16-17) y eventualmente en las congregaciones de la Iglesia.

Hoy en día, no necesitamos esperar el sábado semanal para escuchar

más acerca de la Palabra de Dios. Y todavía tenemos la posibilidad de *escucharla*. Existen muchas versiones gratis de la Biblia en audio en internet y aplicaciones de teléfono, pero ni siquiera es necesario que use eso. Puede simplemente leer en voz alta.

¿Cuáles son los beneficios de *escuchar* la Biblia en lugar de leerla?

Cuando leemos en silencio, tendemos a ir tan rápido como pueden nuestros ojos y nuestra mente. Es posible que nos saltemos algunas palabras, no pensemos en el tono y nos perdamos la intención detrás de lo que leemos. Pero cuando leemos en voz *alta*, lo hacemos a un ritmo mucho más lento. Cuando hablamos, no podemos hacerlo demasiado rápido si queremos que los demás nos entiendan.

Así como tomar notas nos hace ir más lento y pensar en lo que estudiamos, *escuchar* nos ayuda a ver las palabras de la Biblia de nuevas maneras. Empezamos a notar cosas como el ritmo y el flujo de la historia, comenzamos a pensar en *cómo* los personajes de la Biblia dijeron ciertas cosas —comenzamos a analizar y explorar aspectos de la Palabra de Dios que son fáciles de omitir cuando sólo leemos en silencio.

Comparar traducciones

Generalmente, encontrar la palabra perfecta en español que exprese todos los matices de los manuscritos hebreos o griegos originales es una tarea muy difícil (vea “Las dificultades de la traducción” en la página 179). Pero dado que la Biblia ha sido traducida tantas veces por tantas personas, podemos aprender mucho cuando examinamos cómo los diferentes equipos de traductores tradujeron un mismo pasaje.

No todas las traducciones son igual de confiables (lo invitamos a ver “¿Cuál es la mejor traducción?” en la página 197), pero comparar traducciones puede ofrecer información valiosa acerca de los matices de significado presentes en una palabra o versículo específicos. Esto no significa que todas las traducciones sean *correctas* en su interpretación, pero descubrir una variedad de interpretaciones puede animarlo a comenzar su propio estudio temático o de una palabra (lo invitamos a ver “Enfoques” en la página 131).

Comparar traducciones nos lleva a preguntarnos “¿por qué?” cuando nos encontramos en situaciones como éstas y nos permite aprender más acerca de la Palabra de Dios en el proceso.

Llevar un diario bíblico creativo

Los diarios bíblicos creativos son una práctica que se popularizó recientemente y, si le gusta expresarse de forma creativa, puede ser una herramienta útil para sus estudios.

Aunque no existe una única definición de lo que es un diario bíblico creativo, la práctica más común es escoger un versículo o pasaje de la Biblia y luego crear una ilustración inspirada en ese pasaje. Lo interesante es que creará la ilustración en las páginas mismas de su Biblia, pero de manera que el texto aun sea legible. (Los márgenes amplios son muy útiles para esto. Afortunadamente, algunas traducciones de la Biblia pueden encontrarse en versiones de margen amplio para hacer ilustraciones.)

La clase de ilustración que decida crear depende de usted. Algunas personas disfrutan la caligrafía artística,³³ algunas prefieren hacer pequeños dibujos al margen y otras llenan la página entera con una escena llamativa. La manera en que elija ilustrar su Biblia dependerá de usted. La clave es basarse en versículos, pasajes, historias o escenas bíblicas que le parezcan significativas e impactantes.

Sus ilustraciones no tienen que ser dignas de exponer en un museo. El solo hecho de producirlas es lo importante. Irá mejorando con el tiempo, pero lo más importante es que el proceso le dará tiempo valioso para enfocarse en la Palabra de Dios.

Además, las ilustraciones bíblicas pueden ser un excelente recurso para la meditación. El acto de crear una pieza de arte le da tiempo para reflexionar acerca de lo que está creando —y cuando la ilustración está centrada en la Biblia, ¡mucho mejor!

(Aunque “diario bíblico creativo” es un término nuevo, agregar imágenes al texto de la Biblia es algo que existe desde hace mucho. La Biblia hebrea completa más antigua, el Códice de Leningrado del siglo XI, contiene 16 páginas de arte geométrico ornamental con escrituras hebreas. Muchos otros manuscritos antiguos —el Libro de Kells del siglo IX, los Evangelios de Lindisfarne del siglo VIII, el Salterio de San Albano del siglo XII— también contienen ilustraciones detalladas que les ayudan a enfatizar o “iluminar” el texto.)³⁴

³³ La caligrafía artística se enfoca en presentar las palabras como arte, dando especial atención al dibujo u ornamento de cada letra de una cita o frase, a veces con una forma o patrón especial.

³⁴ No todas las imágenes representadas en estos manuscritos iluminados son algo que deberíamos replicar en

Ejemplos de estudios bíblicos

A continuación, presentamos algunos ejemplos (cortos) de cómo sería un estudio bíblico en cualquiera de los seis diferentes niveles. Use estos ejemplos para tener una idea de cómo puede organizar sus propios estudios.

Ejemplo de estudio en el nivel 1: La Biblia

Por razones obvias, sería imposible incluir un ejemplo de estudio de toda la Biblia en este libro, pero lo que *podemos* hacer es examinar más detenidamente cómo podría ser una pequeña parte de ese estudio.

Supongamos que hemos elegido un plan de lectura cronológico y acabamos de llegar al libro de 2 Samuel. Aquí es donde un plan cronológico se pone realmente interesante, porque seguir el hilo narrativo de la Biblia significa saltar de libro en libro siguiendo un orden inusual. A medida que leemos 1 y 2 Samuel y 1 y 2 Reyes, tendremos que consultar esos libros y muchos de los salmos que David escribió durante su vida, además tendremos que leer relatos paralelos en 1 y 2 Crónicas y otros libros proféticos.

Ésta es una tarea compleja, pero tendremos una idea más clara del orden cronológico de la Biblia: qué sucedió, cuándo, quién estuvo involucrado y por qué es importante en la historia general.

Comentarios acerca de tomar apuntes

Cualquiera que sea el plan de lectura que usted utilice, tomar apuntes realmente marca una gran diferencia (consulte “Tomar apuntes” en la página 142), pero la velocidad con la que usted avanza a través de la Biblia influirá en los tipos de apuntes que tome.

Si examinamos detalladamente cada versículo a lo largo de este proceso (ver “Nivel 5: Versículos” en la página 138), entonces probablemente querremos tomar apuntes acerca de cada idea que extraigamos de esos versículos. (Tal vez usted quiera trazar el árbol genealógico de David en 2 Samuel 3:2-5, o tomar apuntes acerca de sus interacciones con sus comandantes militares como Joab y Abner.)

A esta velocidad más lenta, podremos examinar los versículos desde todos los ángulos imaginables, incluso, podremos pausar para hacer un

nuestro diario de ilustraciones bíblicas. Estas obras incluyen “santos” con aureolas, imágenes de Jesús con ángeles y demonios, e incluso algunos elementos del paganismo. Debemos tener cuidado de evitar cualquier cosa que quebrante el [Segundo Mandamiento](#). El punto que queremos destacar es que agregar ilustraciones a la Biblia es una práctica casi tan antigua como la Biblia misma, pero debemos tener cuidado de lo que ilustramos (y cómo lo hacemos).

estudio a nivel de palabras aquí y allá (consulte “Nivel 6: Palabras” en la página 139).

Pero si leemos un par de capítulos todos los días, entonces nuestros apuntes podrían ser más bien un resumen de cada capítulo usando nuestras propias palabras (consulte “Nivel 4: Capítulos” en la página 136). Y si leemos cuatro o cinco capítulos a la vez, nuestras notas podrían ser simplemente una breve reflexión acerca de cualquier cosa que nos haya llamado la atención durante esa sesión de lectura. (¿Qué pensamos acerca de David bailando delante del arca en 2 Samuel 6? ¿Qué se nos viene a la mente cuando leemos el pacto que Dios hizo con David en el capítulo 7?)

Cualquiera que sea el modo que elijamos, al final de este proceso acabaremos con un registro escrito de las páginas de la Palabra de Dios que hemos estudiado. Esto será una herramienta útil de referencia y reflexión a medida que avanzamos en nuestro estudio.

Un millón de otros estudios agrupados

Leer la Biblia completa es una enorme tarea y, naturalmente, usaremos diferentes niveles de análisis a medida que avanzamos por el texto. Cada vez que empezamos un nuevo libro de la Biblia, podría ser provechoso hacer un pequeño estudio a nivel del libro para aprovechar al máximo lo que estamos leyendo (ver “Nivel 3: Libros” en la página 135).

A medida que avanzamos a través de esos libros, es probable que decidamos profundizar o ampliar nuestra área de estudio. Es decir, podemos examinar más de cerca ciertas palabras y versículos (¿exactamente cómo consultó David al Señor en 2 Samuel 2:1?), luego, podemos volver atrás y considerar temas o contenidos similares que se repitan en otros libros (¿cómo se manifiesta la lealtad del pacto de Dios a lo largo de la vida de David?).

Y eso es lo que realmente significa leer la Biblia: un millón de otros estudios, todos juntos, uno tras otro. Recuerde, no hay prisa por terminar este proceso en un período determinado. Tómese su tiempo para escuchar lo que Dios quiere decirle, ya sea que su objetivo sea obtener un cuadro general o un estudio lleno de hermosos detalles.

Ejemplo de estudio en el nivel 2: Temas

El celo es un tema fascinante en la Biblia. Desempeña un papel importante en nuestro camino cristiano. Pero hay momentos en la Biblia en los que también puede ser terriblemente destructivo.

Comience con un índice temático

Un índice temático enumera una selección de escrituras generales acerca del celo, escrituras que ejemplifican el celo, ejemplos de diferentes personas que demuestran celo, etcétera. También puede enumerar casos en la Biblia donde el celo está *mal* usado.

Hay mucha información aquí. ¿A dónde deberíamos ir después?

Amplíe o profundice su estudio examinando versículos específicos

Cuando llegemos a este punto, podemos decidir ampliar o profundizar nuestro estudio. Podemos estudiar los diferentes grupos acerca del celo o centrarnos en uno solo. Ampliar nuestro estudio nos ayudará a desarrollar una visión más general acerca del celo (comprender las diferentes formas en que puede manifestarse en nuestras vidas), mientras que profundizarlo nos permitirá estudiar más detalladamente un *aspecto* específico del celo (por ejemplo, comprender cómo demostramos el celo por servir a Dios en la práctica o en qué formas específicas el celo puede estar mal dirigido).

Por supuesto, no hay nada que nos impida ampliar y profundizar nuestro estudio; sólo es cuestión de apartar tiempo para hacerlo. De cualquier manera, probablemente haremos muchos estudios a nivel de versículo (ver “Nivel 5: Versículos” en la página 138) para obtener tanto significado como podamos de los versículos clave acerca del tema.

Si optamos por analizar el celo en relación con nuestro servicio a Dios, veremos que Pablo exhortó a los romanos lo siguiente: “Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros. *En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor; gozosos en la esperanza; sufridos en la tribulación; constantes en la oración; compartiendo para las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad*” (Romanos 12:10-13, énfasis añadido).

A veces, los estudios de palabras aportan información adicional

Las palabras griegas para “diligencia” y “ferviente” están conectadas con el concepto de celo. Esto podría llevarnos a uno o más estudios a nivel de palabras (consulte “Nivel 6: Palabras” en la página 139), donde descubriremos que la palabra ferviente (*zeo*) significa literalmente “hervir” e implica estar emocionalmente agitado o en llamas.

Esta perspectiva puede ayudarnos a comprender que el celo es una *intensidad de emoción* que nos impulsa a actuar y que esa intensidad nos

podría fácilmente llevar a lograr cosas grandiosas o terribles. Cómo, por qué y hacia dónde dirigimos esa intensidad puede realmente marcar la diferencia en el mundo cuando se trata de tener celo.

Examine lo que otros tienen que decir

La Iglesia de Dios, una Asociación Mundial, es la organización que patrocina este libro y administra VidaEsperanzayVerdad.org, que es un excelente recurso para estudiar temas bíblicos. Nuestros escritores se preocupan profundamente por el material temático y se esfuerzan por producir el contenido más útil y beneficioso posible. Una búsqueda rápida en el sitio arroja dos artículos relevantes a este tema: “[El celo religioso: lo bueno y lo malo](#)” y “[¿Cuál es su pasión?](#)”.

El beneficio de artículos como estos es que le mostrarán un aspecto específico acerca del tema que le interesa ¡y probablemente tendrá aún más ideas para estudios relacionados una vez que haya terminado!

Aplicación personal

Esto es algo que deberíamos hacer con todos nuestros estudios, pero un estudio temático nos motiva a preguntarnos específicamente cómo podemos aplicar en nuestra vida lo que hemos aprendido. Esto nos conduce a las áreas de la *oración* y la *meditación*, lo que a menudo nos lleva de regreso a estudios adicionales. En el caso del celo, podríamos hacernos las siguientes preguntas a nosotros mismos (y a Dios):

- ¿Qué es el celo y por qué es importante para Dios?
- ¿En qué áreas de mi vida soy celoso o diligente?
- ¿Soy entusiasta acerca de las cosas correctas o es posible que mi celo esté mal dirigido?
- ¿Acerca de qué aspectos de la verdad de Dios demuestro ser diligente?
- ¿Qué medidas puedo tomar para desarrollar el tipo correcto de celo en mi vida?

Ejemplo de estudio en el nivel 3: Libros

Rut es un libro del Antiguo Testamento que viene inmediatamente después del libro de Jueces y justo antes del libro de 1 Samuel. Es un libro breve, pero cuando investigamos un poco más acerca de los antecedentes generales del libro, podemos entender el relato de mejor manera.

Tendremos una mejor comprensión si usamos materiales de referencia
 Un diccionario, un atlas o un comentario bíblico son herramientas útiles si queremos obtener información general del libro.³⁵ En realidad, el libro de Rut ocurre durante la época de los jueces (Rut 1:1), una época difícil y fragmentada en la historia de Israel porque: “En aquellos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo que bien le parecía” (Jueces 17:6). Durante este tiempo, el pueblo de Israel a menudo se encontraba en alguna forma de cautiverio debido a que no escuchaba ni obedecía su pacto con Dios.

Rut es un relato histórico que cuenta la historia de una viuda israelita llamada Noemí y su nuera moabita Rut. El principio del relato describe cómo Noemí, su esposo y sus dos hijos se habían trasladado originalmente a Moab para escapar de una hambruna en Israel.

Un atlas bíblico puede mostrarnos dónde se ubicaba Moab en relación con Israel: al sureste, al otro lado del mar Muerto. Esto nos muestra que habría sido un viaje bastante largo desde la ciudad de Belén (de donde Noemí y su esposo habían partido en Rut 1:1).

El libro de Rut no menciona esto, pero a los moabitas se les había prohibido explícitamente entrar en “la congregación del Eterno, ni hasta la décima generación de ellos; no entrarán en la congregación del Eterno para siempre, por cuanto no os salieron a recibir con pan y agua al camino, cuando salisteis de Egipto, y porque alquilaron contra ti a Balaam hijo de Beor, de Petor en Mesopotamia, para maldecirte... No procurarás la paz de ellos ni su bien en todos los días para siempre” (Deuteronomio 23:3-4, 6).

Esta información provee un contexto importante para el resto del libro. Como moabita, Rut habría estado lejos de su casa en una cultura muy diferente, además era una extranjera no bienvenida, algo que el autor constantemente nos recuerda. La frase *Rut la moabita* aparece cinco veces en este breve libro, además de referencias adicionales acerca de su identidad como moabita, extranjera y esposa moabita.

También podemos encontrar algunos datos interesantes (pero no esenciales) acerca del libro en sí. El libro usa lenguaje figurado y algunos juegos de palabras en hebreo. Por ejemplo, “Belén” significa “Casa de pan” y en Rut 1:6, Noemí regresa porque “el Eterno había visitado a su pueblo para darles pan”. En hebreo, la frase para “darles pan” (*latheth lahem lachem*) usa aliteración (repetición de sonidos).

³⁵ Si usted no tiene acceso a estas herramientas (¡o incluso si las tiene!), le ofrecemos una descripción general de cada uno de los libros de la Biblia en la sección “[Libros de la Biblia](#)” en VidaEsperanzayVerdad.org.

La estructura del libro revela que estas palabras fueron escritas por un narrador de gran talento. No se trata sólo de una historia contada de la manera más rápida y sencilla posible: todo el libro está estructurado como un *quiasmo*. El *quiasmo* es un estilo literario en el que las palabras o los conceptos son introducidos uno tras otro y luego se reintroducen en orden inverso. (Lo invitamos a consultar “Quiasmo” en la página 122.)

Conectar las ideas

Nuestra investigación acerca del *contexto* y la información general del libro de Rut puede ayudarnos a apreciar más profundamente el *contenido* del libro.

Buscar en un atlas los lugares a los que se hace referencia nos da una mejor idea de dónde se desarrolló esta historia y cuáles habrían sido las distancias entre los lugares mencionados. El viaje entre Belén y Moab no fue rápido; ambas reubicaciones habrían sido viajes largos (y tal vez incluso peligrosos).

Conocer el marco de tiempo de estos acontecimientos también ayuda a nuestro estudio. Éste fue un período turbulento en la historia de Israel, ya que vivían bajo constante amenaza de opresión y de ser atacados por las naciones vecinas, incluyendo Moab (Jueces 3:12-13).

Saber que Rut era una forastera en Israel añade peso a la promesa que ella le hizo a su suegra israelita: “No me ruegues que te deje, y me aparte de ti; porque a dondequiera que tú fueres, iré yo, y dondequiera que vivieres, viviré. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios mi Dios” (Rut 1:16). Éstas no fueron palabras pronunciadas a la ligera, sino que demostraban un compromiso inquebrantable que pocas personas habrían tenido la valentía de hacer.

Al final del libro de Rut, hay una breve genealogía, casi un epílogo, que nos indica que Rut fue un antepasado del rey David (Rut 4:13-22). Esto también la convierte en antepasado de Jesucristo (Mateo 1:1-16).

Con un poco de contexto, queda más claro que Rut no sólo era una moabita que se fue a vivir a Israel; era una joven valiente que dejó atrás su identidad pagana para seguir al *Dios* de Israel.

Continuemos con el estudio

Ahora que hemos hecho algunas investigaciones preliminares, es hora de avanzar capítulo por capítulo, o versículo por versículo, a través del resto del libro, tratando de conectar las ideas que hemos aprendido acerca del contexto y los antecedentes generales. (Lo invitamos a ver “Nivel 4: Capítulos” en la página 136 o “Nivel 5: Versículos” en la página 138.)

Ejemplo de estudio en el nivel 4: Capítulos

El capítulo 13 de 1 Corintios, conocido como el “capítulo del amor”, es un excelente estudio a nivel de capítulo. Aunque es parte de una idea más amplia que Pablo estaba explicando acerca de los dones espirituales, también es una explicación en sí misma de cómo es el amor divino en acción.

¡No se olvide del panorama general!

Si hemos estado leyendo todo el libro de 1 Corintios, entonces llegamos a este capítulo con un buen entendimiento de cómo encaja en la discusión más amplia que Pablo estaba tratando de tener con la congregación de Corinto. Esto es extremadamente útil. Aunque algunos capítulos tienen un tema específico (por ejemplo, la fe en Hebreos 11), cada capítulo debe estudiarse dentro del contexto del libro del que forma parte. (Lo invitamos a ver “Adición de capítulos y versículos” en la página 99.) Ese contexto nos ayudará a entender la idea que Dios inspiró a Pablo a expresar y nos ayudará a evitar leer nuestras propias lecciones en el capítulo (lo invitamos a ver “Mal uso y abuso de las escrituras” en la página 162).

De cualquier forma, los comentarios y las referencias cruzadas son excelentes herramientas para ayudarnos a ver cómo este capítulo está conectado con los argumentos de Pablo a lo largo de 1 Corintios (e incluso con el resto de la Biblia). Los primeros tres versículos, por ejemplo, están relacionados con los dones espirituales, un tema que Pablo había comenzado en el capítulo anterior. Pablo enfatiza que, sin amor, incluso los dones espirituales más impresionantes no nos aportan absolutamente nada.

(Una referencia cruzada probablemente nos llevará a otros lugares en la Biblia que tratan el concepto del amor, como el importante recordatorio en 1 Juan 4:8 de que Dios es amor, o las palabras de Cristo en Juan 15:13 de que no hay amor más grande que el que Él demostró al dar su vida por sus amigos.)

Examinar las listas

Luego, Pablo procede a analizar detalladamente el concepto del amor en una lista. ¿Qué es? ¿Qué no es? Lo beneficioso de una lista como la que Pablo nos da en los versículos 4 al 8 es que nos orienta a futuros estudios.

Podríamos examinar las palabras griegas que Pablo usó y ver si contienen algún significado especial: ¿qué significa exactamente la palabra “indebido” en el versículo 5 o la expresión “nunca deja de ser” en el versículo 8? Podría-

mos consultar todas las referencias cruzadas de cada punto y ver cómo se conectan con lo que Pablo estaba diciendo. También podríamos meditar y orar para desarrollar las cualidades del amor en nuestra propia vida.

El amor nunca deja de ser, pero otras cosas sí lo harán

En el resto del capítulo, Pablo continúa explicando que el amor es el único don espiritual verdaderamente inmutable y que un día, “cuando venga lo perfecto”, las cosas que eran “de niño” de nuestra existencia actual quedarán atrás (vv. 10-11).

Cada vez que dediquemos tiempo a estudiar la Biblia, nos encontraremos con nuevos desafíos y oportunidades para reflexionar y crecer. Este capítulo de la Biblia está lleno de tales oportunidades.

Ejemplo de estudio en el nivel 5: Versículos

Pablo escribió: “Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo” (Colosenses 2:16). Este versículo a menudo se usa en un intento de probar que los días santos de Dios (Levítico 23) y las leyes alimenticias (Levítico 11) ya no son obligatorias para los cristianos. Un estudio apropiado a nivel de versículo nos mostrará que Pablo no estaba diciendo nada de eso.

Contexto, contexto, contexto

Para estudiar este versículo, nuestra primera tarea debe ser establecer el contexto. Si queremos entender lo que Pablo realmente estaba tratando de decir, tenemos que empezar por ver qué *más* estaba diciendo en la misma carta. Esto significa que tenemos que examinar los versículos cercanos, el resto del capítulo e incluso el resto del libro. Cuando tomamos un solo punto fuera de contexto, nos arriesgamos a no entender correctamente lo que Dios nos está diciendo.

Cuando miramos más de cerca el contexto, descubrimos que Colosenses 2:16 *ni siquiera es la oración completa*. Hay otro versículo que completa esta idea: “Por tanto, nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, *todo lo cual es sombra de lo que ha de venir*; pero el cuerpo es de Cristo” (vv. 16-17, énfasis añadido).

Eso es importante. Estas fiestas y sábados de los que Pablo estaba escribiendo son sombra de lo que vendrá. Son importantes porque representan algo y nos ayudan a vislumbrar el futuro que viene.

Con esto en mente, deberíamos estar preguntándonos: *Si eso es cierto, ¿por qué Pablo estaría diciendo que estas cosas ya no son importantes?*

Cuanto más contexto tenemos, más claro se vuelve el mensaje de Pablo. Continuó explicando: “Nadie os prive de vuestro premio, afectando *humildad* [ascetismo] y *culto a los ángeles*, entremetiéndose en lo que no ha visto, vanamente hinchado por su propia mente carnal, y *no asiéndose de la Cabeza*, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios” (vv. 18-19, énfasis añadido).

Pablo no hubiera usado esas palabras para referirse a los mandamientos dados por Dios. Pablo fue el mismo que escribió que “la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Romanos 7:12). Pablo no estaba desechando ninguno de los mandamientos de Dios, estas palabras estaban explicando algo completamente diferente.

Al estudiar el contexto, podemos ver que Pablo estaba hablando de las falsas doctrinas asociadas a la filosofía que se conocería como el *gnosticismo* (vea “Afligir nuestras almas nos ayuda a ser humildes” en la página 233).

Estas personas no estaban juzgando de acuerdo a las leyes de Dios, sino que estaban juzgando de acuerdo con *su propio y errado sistema de creencias*. La adoración de los ángeles y las visiones como resultado de la religión hecha por uno mismo, en falsa humildad y en duro trato del cuerpo (Colosenses 2:23), son ideas en conflicto con las instrucciones de Dios para nosotros y Pablo las estaba criticando como creencias que no tienen nada que ver con la forma en que somos juzgados como cristianos.

Los comentarios bíblicos son un arma de doble filo

A pesar de lo útiles que pueden ser los comentarios, éste es un ejemplo de por qué no debemos confiar en ellos completamente. En el caso de este versículo, muchos comentarios tratan de explicar las palabras de Pablo como si significaran exactamente lo contrario de lo que Pablo estaba diciendo: que los cristianos ya no necesitan observar las leyes alimenticias y los días santos de Dios.

Siempre es importante hacer nuestros propios estudios y no tomar al pie de la letra la interpretación de otra persona. (¡Eso también se aplica para todo el contenido en este libro!) Es bueno saber cómo los eruditos y estudiantes de la Biblia interpretan la Palabra de Dios, pero no podemos depender de que ellos tengan razón todo el tiempo. Si esas interpretaciones no coinciden con el resto de la Biblia, debemos tomar la decisión de seguir estudiando.

(Usted puede ver nuestro comentario acerca de este concepto erróneo en particular en nuestro artículo “[Colosenses 2:16-17: ¿Advirtió Pablo a los cristianos que no debían guardar la ley de Dios?](#)”. Sométalo a las mismas pruebas rigurosas a las que pondría cualquier afirmación acerca de la Palabra de Dios y compruebe usted mismo si es verdad.)

Ejemplo de estudio en el nivel 6: Palabras

Génesis 2:2 dice que “acabó Dios en el día séptimo la obra que hizo; y reposó el día séptimo de toda la obra que hizo”.

Aquí, *reposó* es una palabra interesante. Dios, el Creador todopoderoso, que “no se adormecerá ni dormirá” (Salmos 121:4), eligió descansar. ¿Por qué? Y ¿cómo fue ese descanso?

Compruebe la traducción interlineal

Primeramente, podemos buscar esta palabra en una traducción interlineal, donde descubriremos que la palabra *reposar* viene del vocablo hebreo רָפוּ, que podemos investigar en una concordancia o lexicón. En esta instancia en particular, se usa el tiempo verbal imperfecto consecutivo que utiliza la raíz Qal, escrito en la tercera persona del singular masculino.

Algo de eso podría tener sentido para usted, pero quizás no. ¡Y eso está bien! No es *necesario* que todo tenga sentido. Pero ahora ya sabe dónde encontrar esa información en caso de que necesite consultarla más adelante.

Haga una verificación cruzada con una concordancia

Si busca la palabra hebrea en una concordancia como la de Strong, encontrará que la raíz del verbo *shabbat* se usa 71 veces en el Antiguo Testamento y generalmente significa “cesar, desistir, descansar”.

En esa lista general donde aparece en 71 ocasiones, usted encontrará Amós 8:4: “Oíd esto, los que explotáis a los menesterosos, y arruináis a los pobres de la tierra”. La palabra *arruinar* en este versículo viene del mismo verbo hebreo traducido como *reposar* en Génesis 2:2.

En el contexto de Amós 8:4, *shabbat* puede significar lo mismo que nuestra palabra en español *arruinar*, pero probablemente usted puede darse cuenta de que eso no es cierto en todas partes. El significado de Génesis 2:2 sería muy diferente si dijera que Dios “*arruinó* el día séptimo de toda la obra que hizo”.

Éste es el peligro cuando tratamos todas las instancias de una palabra de la misma manera. Las concordancias nos dirán las formas en que una palabra puede ser

traducida en *diferentes contextos*, pero no nos dan la opción de intercambiarlas cuando queramos. Saber qué definiciones encajan en cada lugar requiere una comprensión más profunda del contexto y de la gramática hebrea y griega.

Sin embargo, cuando usted considera las 71 instancias de la palabra, *puede* comparar las diferentes formas en que aparece en la Biblia, lo que podría ayudarle a comprender mejor la palabra en sí. Al examinar esa lista, es evidente que el verbo hebreo *shabbat* a menudo tiene el significado de terminar, remover, detener o quitar.

Utilice un lexicón para hacer un estudio más profundo

Nuestro siguiente paso es usar un lexicón, ya que ofrece más información acerca de la forma en que se usan las palabras. Un lexicón proveerá muchas definiciones y ejemplos de verbos hebreos.

Bajo “reposar”, el *Diccionario Expositivo de Palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento Exhaustivo* de Vine afirma: “básicamente, *shabbat* significa ‘cesar’ de trabajar, sin que ello en realidad implique ‘reposar’. El autor de Gn. 2.3 no quiere decir que Dios reposa de sus labores, sino más bien del trabajo creativo que culminó”. Dios no reposó porque Él estaba cansado en Génesis 2:2. Éste es un tipo de descanso que se define por *no trabajar*. (Por supuesto, cuando examinamos todos los pasajes acerca del sábado, podemos ver que reposar durante el sábado implica mucho más que simplemente no trabajar.)

Conectemos las ideas

Cuando Dios reposó lo hizo de manera intencional, dejando un ejemplo importante para el pueblo de Dios. El siguiente versículo nos dice que “*bendijo Dios el día séptimo y lo santificó*, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (v. 3, énfasis añadido).

Una herramienta de referencia cruzada (como *El tesoro del conocimiento de las Escrituras*) nos llevará al Cuarto Mandamiento, que dice: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para el Eterno tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu criada, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo el Eterno los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, el Eterno bendijo el día de reposo y lo santificó” (Éxodo 20:8-11).

El acto de *shabbat* de Dios, de cesar de su trabajo en el séptimo día, sirvió

para santificar el día de *reposo* para su pueblo. Su descanso en Génesis 2:2 está intrínsecamente conectado con el descanso que experimentamos cada semana cuando cesamos de nuestro propio trabajo en su santo sábado.

Otras referencias cruzadas también podrían llevarlo al Nuevo Testamento, donde leemos: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas” (Hebreos 4:9-10).

Estudios adicionales

Nuestro interés en una sola palabra —*reposó*— nos ayudó a entender más claramente cómo fue ese descanso y nos llevó a un fascinante estudio temático. A partir de aquí, podríamos decidir profundizar acerca del sábado y su conexión con el futuro descanso del que se habla en Hebreos 4:1-11. También podríamos examinar más de cerca el resto del capítulo y ver cómo Jesucristo influye en ese descanso o ¡simplemente estudiar todo el libro de Hebreos!

Eso es lo maravilloso de esto: cuanto más estudie su Biblia, más posibilidades encontrará para un futuro estudio. Una sola palabra nos llevó a un mandamiento y a toda una epístola para investigar con más detalle. A medida que estudiemos esas palabras, encontraremos más respuestas y más preguntas que nos llevarán a más estudios mientras “vamos adelante a la perfección” (Hebreos 6:1).

Consejos generales

Esta sección contiene algunos consejos generales y útiles que pueden aplicarse a cualquier combinación de enfoques y técnicas que usted utilice en su estudio personal. Tenga estas cosas en mente mientras lee la Biblia y estará bien encaminado para aprovechar al máximo sus estudios.

Revisar temas ya conocidos

Recuerde que sólo porque haya estudiado algo una vez, no significa que no sea necesario saber algo más. La Biblia es una fuente insondable de sabiduría y podemos pasar toda una vida adquiriendo la verdad de sus aguas. Tenemos mucho que ganar cuando volvemos a estudiar pasajes y conceptos conocidos.

A medida que usted aprenda, crezca y gane más experiencia de esta existencia física, es posible que comience a observar aspectos de algunos versículos familiares (o incluso desconocidos) que pueden aplicarse de

maneras que no había considerado anteriormente. A veces, una comprensión más profunda de la Biblia o simplemente más experiencia de vida en general pueden ayudarnos a notar aspectos de la Palabra de Dios que habíamos pasado por alto en estudios anteriores.

No dude en estudiar un tema que usted ya haya explorado, ¡nunca sabe qué más podría querer enseñarle Dios!

El contexto aclara las cosas

También hemos puesto mucho énfasis en el contexto cuando se trata del estudio de la Biblia. Cualquiera que sea el nivel de análisis que usted decida utilizar en su propio estudio, recuerde *alejarse* (ampliar su estudio) para obtener un panorama más general.

Si está estudiando una sola palabra, observe de cerca el versículo en el que la encontró. Si está estudiando un versículo, considere el enfoque y la idea general del capítulo al que pertenece. Si está estudiando un capítulo, recuerde que es parte de un libro más grande con una narrativa más amplia. Y si está estudiando un libro, piense en cómo se conecta con los *otros* 65 libros de la Biblia.

En otras palabras, cada vez que nos centremos en una sola parte de la Palabra de Dios, es fundamental que la veamos como *una pieza de un rompecabezas más grande*. Es fácil tomar una sola palabra o un versículo (o incluso un capítulo o libro entero) y llegar a una variedad de interpretaciones contradictorias. Muchas de esas interpretaciones, o *malas* interpretaciones, desaparecen cuando dejamos que la Biblia hable por sí misma.

Siempre que busque entender una pieza de ese rompecabezas, pregúntese si su interpretación está en conflicto con:

- **El resto del libro.** Es fácil sacar de contexto un solo versículo o incluso un capítulo entero —si un pasaje parece decir algo radicalmente diferente del resto del libro, es posible que le falte contexto.
- **El resto de la Biblia.** Dado que toda la Biblia es inspirada por Dios, los principios espirituales descritos en un libro nunca “invalidarán” los principios espirituales expuestos en otro. Las palabras de Dios se complementan y se edifican unas sobre otras.
- **Las palabras de Jesucristo.** Jesús vino como el Verbo de Dios (Juan 1:1-2), para darnos una visión más profunda del propósito espiritual que nos enseñan los mandamientos (vea Mateo 5:17-48).

No hay contradicciones en la Palabra de Dios. Si pensamos que hemos encontrado una, no es porque Dios cometió un error o cambió de opinión a mitad de la Biblia. Simplemente significa que todavía tenemos más que aprender, que nos falta parte del rompecabezas. Siga estudiando, siga pidiéndole a Dios guía y entendimiento, y confíe en que Él le mostrará la respuesta a su tiempo.

Mal uso y abuso de las Escrituras

El proceso de estudiar la Biblia para tratar de entender lo que Dios quiere decirnos se llama *exégesis* (de una palabra griega que significa “sacar de”). Cuando interpretamos la Biblia para tratar de hacer que apoye nuestros propios puntos de vista, esto se llama *eiségesis* (que significa “poner a”). Podemos sacar los pensamientos de Dios de las Escrituras y aplicarlos a nuestras vidas (*exégesis*) o poner nuestros propios pensamientos en las Escrituras (*eiségesis*).

Eiségesis es una de las trampas más fáciles (y de los mayores peligros) en los que podemos caer mientras estudiamos la Palabra de Dios. Al poner nuestros propios pensamientos y opiniones en las Escrituras (en lugar de dejar que las Escrituras *formen* nuestros pensamientos y opiniones), corremos el peligro de hacer mal uso e incluso abusar de la Palabra de Dios.

Esto sucedió al principio de la historia de la Iglesia. Pedro advirtió que en las cartas de Pablo había “algunas [cosas] difíciles de entender, las cuales los indoctos e inconstantes tuercen, como también las otras Escrituras, para su propia perdición” (2 Pedro 3:16).

Una de las mejores maneras de asegurarnos que estamos empleando la *exégesis* y no la *eiségesis* es prestando especial atención al contexto (ver “El contexto aclara las cosas”, más arriba). El contexto esclarecerá la mayoría de nuestros malentendidos bíblicos.

También debemos ser conscientes de algo llamado *prejuicio de confirmación*: la tendencia que todos tenemos a enfocarnos en la información que respalda nuestros propios puntos de vista, ignorando cualquier cosa que pueda contradecirlos y forzando información vaga o ambigua para respaldar lo que ya creemos.

En otras palabras: *si quiere que la Biblia respalde sus creencias, encontrará una manera de hacer que apoye sus creencias*. Eso también es *eiségesis*, lo que nos llevará a escoger convenientemente las palabras de Dios que nos gustan, ignorando el resto y omitiendo o no entendiendo su mensaje por completo.

El camino más difícil e infinitamente más valioso es permitir que la Biblia nos muestre qué creer. Así debería ser este proceso de *exégesis* y, como podrá imaginarse, a menudo es un trabajo incómodo. Este tipo de estudio también requiere que estemos en estrecho contacto con Dios a través de la oración y la meditación.

Hay una razón por la que Israel exigió a sus profetas: “No nos profeticéis lo recto, decidnos cosas halagüeñas, profetizad mentiras” (Isaías 30:10). Es difícil descubrir que hemos estado mirando el mundo incorrectamente y que necesitamos cambiar la forma en que vivimos o pensamos. Es mucho más fácil escuchar que no necesitamos cambiar nada en nuestras vidas.

Cuando Satanás tentó a Jesús en el desierto (lo invitamos a ver “Jesús ayuna antes de enfrentarse a Satanás” en la página 263 y “Como una fuente de fortaleza espiritual” en la página 249), no perdió tiempo en hacer un mal uso de las Escrituras para tratar de probar su punto. Satanás trató de convencer a Jesús de que saltara del techo del templo para probar que Él era el Hijo de Dios, citando del libro de los Salmos: “A sus ángeles [Dios] mandará acerca de ti, y, en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra” (Mateo 4:6; compare con Salmos 91:11-12).

Jesús, como el Verbo literal de Dios, fue capaz de ver la lógica retorcida de Satanás y respondió: “Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios” (Mateo 4:7). Con nada más que un par de versículos tomados de los Salmos, la lógica de Satanás puede haber *sonado* correcta, pero ignoraba completamente el contexto del resto de la Biblia. Es verdad que Dios promete protegernos, pero también espera que no nos pongamos en peligro intencionalmente sólo para demostrar un punto.

Nunca olvide que nuestro adversario el diablo también conoce las Escrituras y ha tenido miles de años de práctica, influyendo a las personas, haciéndolas desviarse para su propia destrucción. Si no queremos caer en sus engaños, debemos permanecer cerca de Dios y pedirle que nos ayude a ver lo que Él está diciendo, en lugar de simplemente ver lo que *queremos* que diga.

Errores comunes que debemos evitar en los estudios de palabras

Cada vez que su estudio bíblico lo lleve a examinar una palabra en mayor detalle, es fácil pensar que ya lo hemos entendido todo. El hebreo y el griego bíblico son idiomas únicos, y estas poderosas herramientas a nuestra disposición pueden engañarnos haciéndonos creer que entendemos esos idiomas mejor de lo que realmente los entendemos.

A continuación, presentamos algunos de los errores más fáciles de cometer al estudiar una palabra bíblica, así como consejos acerca de cómo no cometer los mismos errores en sus propios estudios.

Falacias de raíz

Una palabra no siempre es la suma de sus partes.

Al igual que el español, a menudo las palabras hebreas y griegas se pueden dividir en una o más raíces. A veces, estas raíces de las palabras pueden decirnos más acerca del significado de la palabra combinada, pero otras veces no es el caso.

En ocasiones, las raíces de las palabras nos dicen lo que la palabra combinada significaba *en un momento determinado*, pero debido a que el lenguaje cambia y evoluciona con el tiempo, es posible que no siempre tenga ese significado.

También podemos cometer errores al estudiar palabras hebreas y griegas. Por ejemplo, una de las palabras griegas para pecado es *hamartia*, que proviene de las palabras griegas para “no” y “marca” —en un sentido literal, *hamartia* significa errar el blanco.

Más de 300 años antes de la era del Nuevo Testamento, Aristóteles usó la palabra *hamartia* para describir el “defecto fatal” que resulta en la caída de un personaje que de otro modo sería heroico. Ésa no fue exactamente la forma en que Jesús y los escritores del Nuevo Testamento la usaron.

El pecado ciertamente implica “errar el blanco” y seguramente puede ser un “defecto fatal” que destruye a una persona justa. Pero *hamartia* tenía un significado más profundo en la época en que se escribió el Nuevo Testamento. En la cultura de esa época, habría significado “un alejamiento [de] las normas humanas o divinas de rectitud y justicia” (Walter Bauer y Frederick Danker, *Un Diccionario griego-inglés del Nuevo Testamento y otra literatura cristiana primitiva*).

En el contexto de la Biblia, los cristianos habrían entendido que *hamartia* significaba simplemente *pecado*, es decir, desviarse de las leyes y normas de Dios. La definición más directa y exacta de pecado en la Biblia (*hamartia*) es “infracción de la ley” (1 Juan 3:4). La ley es la marca y podemos alcanzar esa marca o no. La analogía de apuntar y fallar un blanco o un objetivo es una imagen poderosa que nos ayuda a comprender una forma de pecado. Pero también podemos mirar al objetivo y no hacer nada al respecto, darle la espalda por completo o ignorar que el objetivo existe.

En lugar de definir *hamartia* sólo por la raíz de sus palabras, sería más exacto y bíblicamente correcto definirla como ser culpable de quebrantar la ley eterna y las normas de Dios, ya sea intencionalmente o no.

“Error el blanco” podría implicar un intento fallido de dar en el blanco (en otras palabras, cuando tratamos de no pecar, pero pecamos de todos modos), pero en términos de la ley de Dios, también podemos pecar al ignorar completamente el objetivo, no tomando ninguna acción en absoluto o incluso rebelándonos deliberadamente contra Dios.

Es más importante definir una palabra por la *forma en que se usa en la Biblia* que definirla sólo por la suma de sus partes. El uso de lexicones modernos y actualizados puede ser muy útil en esta instancia.

Anacronismos semánticos

Una palabra no siempre significa lo mismo en todas las épocas.

Independientemente de las raíces de una palabra, su significado puede cambiar con el tiempo. Si usamos el significado que una palabra tiene *ahora* como si fuera el significado que siempre ha tenido, terminamos con algo llamado *anacronismo semántico*: forzar el significado que una palabra tenía en un determinado período en el contexto de otro.

En Gálatas, Pablo enumeró las “hechicerías” como una de las obras de la carne (Gálatas 5:20). Ésa es una buena traducción, pero si nos fijamos en la palabra griega que Pablo usó, veremos que era *pharmakeia*, una palabra que con el tiempo llegó a significar *farmacia*.

¿Significa esto que la medicina moderna es lo mismo que la brujería?
¿Significa esto que las farmacias son una obra de la carne?

No, simplemente significa que la palabra ha significado cosas diferentes en diferentes épocas. Cuando Pablo escribió a los Gálatas, *pharmakeia* no era un edificio donde la gente podía comprar medicamentos necesarios, sino que era la “hechicería que se practicaba especialmente a través de la mezcla de sustancias para hacer pociones; especialmente usada para hacer veneno” (*Lexicón de investigación de Lexham del Nuevo Testamento griego*).

Trasladar nuestra idea de una farmacia moderna al concepto de *pharmakeia* cambia el significado de lo que Pablo estaba tratando de explicar. No estaba diciendo que la medicina era malvada, sino que estaba hablando del acto de emplear magia, especialmente para crear pociones o venenos.³⁶

³⁶ No es difícil ver cómo el concepto de *pharmakeia* evolucionó con el tiempo hasta convertirse en *farmacia*, pero esa conexión no implica un significado compartido.

Hay muchos otros ejemplos:

- Aquellos que asistieron a la muerte de Esteban en Hechos 7:58 fueron llamados *martyres*. Es la misma palabra que formó la palabra *mártires* en español, pero en ese tiempo y en ese contexto, simplemente significaba “testigos”. Hoy en día, llamaríamos a Esteban un mártir, pero el relato bíblico dice que los *mártires* fueron testigos de su muerte.
- Pablo escribió que “Dios ama al dador alegre” (2 Corintios 9:7), pero la palabra griega para “alegre” es *hilaros*, que nos da nuestra palabra en español *hilarante* y que denota algo que da risa o es gracioso. La Biblia no nos dice que debemos ser “dadores graciosos”, sino alegres. Nuestro concepto moderno de “hilarante” no está conectado con el concepto de *hilaros* del primer siglo.
- En los primeros días de la Iglesia, Pedro y Juan fueron juzgados ante el Sanedrín. Cuando los gobernantes, los ancianos y los escribas vieron “el desnudo de Pedro y de Juan, y sabiendo que eran hombres sin letras y del vulgo, se maravillaban” (Hechos 4:13). La palabra para “vulgo” (sin educación) es *idiotes*, y hace referencia a alguien que carece de habilidades profesionales. Con el tiempo, pasando por el latín, se convirtió en la palabra *idiota* en español. Los miembros del Sanedrín estaban asombrados con el conocimiento que Pedro y Juan demostraban a pesar de su falta de educación formal: *el Sanedrín no creía que Pedro y Juan eran idiotas*. Del mismo modo, Pablo no se estaba llamando a sí mismo un “idiota en la palabra” en 2 Corintios 11:6.

Podemos evitar los anacronismos semánticos de la misma manera en que podemos evitar las falacias de raíz de las palabras: usando lexicones actualizados para comprender lo que una palabra significaba para las personas que la usaban en ese momento. (Vea “Concordancias y lexicones” en la página 172.)

Campos semánticos expandidos

Una palabra no puede significar todo a la vez.

En español hay muchas palabras que pueden tener más de un significado. Por ejemplo, la palabra *cuadro* puede significar una pintura artística enmarcada, un conjunto de datos presentados gráficamente, un armazón de una bicicleta, una figura geométrica compuesta por cuatro líneas rectas o partes de una obra teatral.

Pero no puede significar todas esas cosas al mismo tiempo.

Lo mismo ocurre cuando una concordancia o un lexicón le muestra todas las formas en que se puede traducir una palabra hebrea o griega. No todas las traducciones posibles se aplican cada vez que se usa esa palabra. Si intentamos hacer eso, estamos expandiendo el campo semántico, tratando de forzar las definiciones a lugares a los que no pertenecen.

Por ejemplo, la palabra hebrea *harah* es un verbo que tiene que ver con tener calor, pero su significado real depende del contexto. A menudo significa enojarse, pero también puede significar preocuparse o impacientarse por algo (Salmos 37:1), hacer algo con pasión, cuidado o fervor (Nehemías 3:20), contender o competir con alguien (Jeremías 12:5) o incluso rodearse de algo (Jeremías 22:15). Pero no significa *todas esas cosas cada vez que se usa*.

La mejor manera de no ampliar un campo semántico es ser cuidadoso al intercambiar palabras y definiciones en nuestros estudios. Si hay una palabra o frase difícil de traducir, usted puede descubrir su significado comparando traducciones de la Biblia o examinando comentarios, pero como regla general, debemos estudiar las palabras hebreas y griegas para entenderlas, no para volver a traducirlas usando las definiciones que más nos gusten.

6

Herramientas para el estudio bíblico

No se necesitan herramientas para estudiar la Biblia. Si los únicos recursos a su disposición son una Biblia y su conexión con Dios, ya tiene todo lo que necesita para aprender y crecer como cristiano.

Dicho esto, existen muchas herramientas útiles que puede usar para aprovechar mejor su estudio de la Biblia. En esta sección, hablaremos acerca de cuáles son estos recursos, cómo usarlos y, lo que es igual de importante, como *no* usarlos.

Tenga en cuenta que comprar estas herramientas puede llegar a ser bastante costoso, así que considere usar su biblioteca local o los sitios web que incluimos en la sección “Herramientas digitales” al final del capítulo.

Libros de referencias, índices temáticos y diccionarios

Útiles para: encontrar escrituras relacionadas y entender conceptos.

Para cada versículo de la Biblia, existen docenas de versículos similares o relacionados. Pero la Biblia no está diseñada para hacer búsquedas temáticas con facilidad. De hecho, a menos de que haya memorizado esos versículos relacionados, encontrarlos puede ser una tarea ardua. Tanto los libros de

referencias como los índices temáticos son perfectos para ayudarnos a encontrar los pasajes que buscamos.

Libros de referencias

Útiles para: encontrar escrituras relacionadas con un versículo específico.

Los libros de referencias ofrecen una manera fácil de encontrar versículos que citan, se refieren, expanden o continúan la historia de otro versículo que estamos leyendo. Muchas Biblias incluyen referencias en una columna central o notas al pie, pero un recurso dedicado a esto generalmente incluirá muchas más referencias que los márgenes de su Biblia.

Por ejemplo, podría comenzar con el Quinto Mandamiento: “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que el Eterno tu Dios te da” (Éxodo 20:12). Buscar este versículo en un libro de referencias lo llevará a un gran número de escrituras relacionadas con el mandamiento —incluyendo Deuteronomio 5:16, donde Moisés le repitió los Diez Mandamientos a Israel; Lucas 18:20, donde Jesús lo enumera como un mandamiento necesario para heredar la vida eterna; Efesios 6:2, donde Pablo lo describe como “el primer mandamiento con promesa”; y Romanos 13:9, donde Pablo explica que toda la ley de Dios nos enseña a amarnos unos a otros.

Puede que todos esos versículos no le salten a la mente con sólo leer el Quinto Mandamiento en Éxodo 20, pero un libro de referencias le ayudará a encontrar y seguir estas conexiones.

Libro de referencias recomendado

- *El Tesoro del conocimiento bíblico*, de John Canne Browne; R.A. Torrey, Thomas Scott; Benjamin Blayney

Índices temáticos

Útiles para: encontrar escrituras relacionadas con un tema específico.

En lugar de comenzar con un versículo en particular, los índices temáticos le permiten buscar versículos que hablan sobre un tema específico.

Por ejemplo, puede buscar la palabra “tierra” y encontrar una lista de subcategorías: la Tierra como el estrado de los pies de Dios (Isaías 66:1), la nueva Tierra (Isaías 65:17; 66:22; Apocalipsis 21:1), el papel de Dios en la creación de la Tierra (Génesis 1:1; Nehemías 9:6; Salmos 102:25; etcétera), entre otros. Y podría hacer lo mismo con muchos temas diferentes: perso-

nas, lugares, eventos, e incluso conceptos intangibles como el *arrepentimiento* o la *salvación*.

La ventaja de un índice temático sobre una concordancia es que un índice temático incluye los versículos que hablan *acerca de* un tema incluso si el tema *no se menciona* explícitamente. (Por ejemplo, una concordancia no incluiría Juan 3:16 bajo “misericordia” o “gracia”, pero un índice temático probablemente sí.)

A medida que lea los pasajes relacionados con el tema escogido, tendrá una mejor idea de lo que Dios dice acerca de ese tema en particular. Si un versículo le parece especialmente interesante y quiere profundizar en él, puede buscarlo en un libro de referencias y continuar su estudio.

Índices temáticos recomendados

- *Nuevo índice de temas de la Biblia*, de James A. Swanson; Orville Nave; Guillermo D. Powell
- *Diccionario de temas bíblicos*, de Martin Manser; Guillermo D. Powell

Diccionarios bíblicos

Útiles para: encontrar definiciones tipo enciclopedia acerca de varios temas bíblicos.

Los diccionarios bíblicos funcionan como enciclopedias específicamente para la Biblia. En lugar de sólo enumerar versículos relacionados, los diccionarios bíblicos ofrecen explicaciones acerca de las personas, los lugares, los eventos y las palabras importantes de la Biblia.

En los diccionarios podemos encontrar resúmenes concisos acerca de personajes y conceptos de la Biblia, pero es necesario que tenga en mente que estas entradas son escritas por personas provenientes de diferentes denominaciones y que tienen variadas perspectivas del cristianismo y la Biblia. No confíe en un diccionario como la autoridad final acerca de un tema, simplemente son el primer paso para una investigación.

Diccionarios bíblicos recomendados

- *Diccionario bíblico ilustrado*, de Holman
- *Diccionario de la Biblia*, de Eerdmans
- *Nuevo manual bíblico*, de Merrill F. Unger
- *Diccionario enciclopédico bíblico ilustrado*, de Zondervan
- *Gran diccionario enciclopédico de la Biblia*, de Alfonso Roperó

Mapas y atlas

Útiles para: dar vida a lugares bíblicos, especialmente en términos de su geografía y cultura.

Los mapas son útiles para entender dónde ocurrieron las historias de la Biblia. Puede encontrar mapas sencillos con las ubicaciones bíblicas (a menudo con una búsqueda simple en internet) o puede encontrar colecciones de mapas y otros datos regionales, conocidas como atlas.

Mapas

Útiles para: obtener descripciones breves de lugares bíblicos importantes.

Los lugares a menudo son muy importantes en las historias bíblicas: Israel, Babilonia, Ur, Asiria, Jerusalén, Canaán, Egipto. Puede ser difícil seguir las ubicaciones de cada imperio, nación y ciudad en relación con las demás, por lo que un mapa simple puede ser muy útil para entender mejor la narrativa bíblica.

La mayor parte de la Biblia se enfoca en la tierra de Israel y los reinos de alrededor. Existen varios conjuntos de mapas que muestran cómo se veían estas regiones durante diferentes etapas de la historia bíblica.

Recuerde: no sabemos *exactamente* dónde estaban ubicados estos lugares antiguos. Las ubicaciones que tenemos de muchos lugares bíblicos (como Sinaí, Ararat, Sodoma y Gomorra, Cades, entre otros) son en realidad las mejores aproximaciones de los expertos e investigadores. Siempre que sea consciente de esta limitación, los mapas son herramientas útiles para visualizar y entender algunas de las historias más importantes de la Biblia.

Mapas recomendados

- *Mapas bíblicos. Antes y ahora*

Atlas

Útiles para: encontrar información detallada acerca de ubicaciones bíblicas.

Estrictamente hablando, un atlas es simplemente un conjunto de mapas, pero los atlas bíblicos a menudo son más que eso. Además de tener útiles mapas, los atlas bíblicos están llenos de información arqueológica, topográfica e histórica adicional. Son excelentes recursos para visualizar montañas y valles, cuerpos de agua, patrones climáticos, ciudades importantes, rutas de viaje, marchas de milicia, viajes históricos, fronteras tribales y más.

Muchos atlas incluyen fotografías modernas de sitios históricos, cortes de edificios, líneas de tiempo relevantes, ejecuciones artísticas e información acerca de descubrimientos arqueológicos importantes.

Atlas recomendados

- *Atlas Esencial de la Biblia CLIE*, de Carl G. Rasmussen
- *Atlas bíblico B&H*
- *Atlas de la Biblia*

Concordancias y lexicones

Útiles para: examinar detenidamente el significado de las palabras griegas y hebreas.

Si usted desea tener un mejor entendimiento de las lenguas que usaron los autores de la Biblia, las concordancias y los lexicones son sus amigos, pero es importante que entienda lo que cada uno puede y no puede aportar.

Concordancias

Útiles para: encontrar el significado en español de las palabras en hebreo o griego.

En una concordancia, puede buscar una palabra en español y encontrar una lista de todos los versículos que la usan en cierta traducción de la Biblia. Por ejemplo, podría buscar la palabra “roca” en la concordancia de Strong y descubrir que la versión Reina Valera 1960 utiliza “roca” 49 veces.

Muchas concordancias incluyen números de referencia al lado de cada versículo. Estos números generalmente se conocen como “números Strong” y son importantes porque nos encaminan a las palabras hebreas y griegas detrás de la traducción al español.

Por ejemplo, la concordancia Strong relaciona “roca” con cinco palabras hebreas y griegas, cada una representada por un número diferente: *eben* (H0068), *tsur* (H6697), *sela* (H5553), *metsudah* (H4668) y *petra* (G4073). Esto significa que cuando ve la palabra “roca” en su Biblia, ésta proviene de una de estas cinco palabras. Pero cada una de esas palabras originales tiene un significado particular, el cual se puede encontrar usando los números Strong.

Aquí es donde nos podemos meter en problemas cuando usamos una concordancia. Las concordancias nos muestran todas las palabras en español con las que se traduce cierta palabra en griego o hebreo, pero *no nos dan definiciones intercambiables*. El lenguaje es complicado y el contexto es importante. No podemos, por ejemplo, reemplazar cada instancia de *tsur* en el Antiguo Testamento con “el Poderoso” o “fuerza”.

A veces, *tsur* significa “roca”, a veces “fuerza” y a veces es una referencia a Dios mismo; pero intercambiar estos significados sin tomar en cuenta el contexto crearía mucha confusión. Si lo hiciéramos, Salmos 89:43 diría: “Embotaste asimismo [la roca] de su espada”, en lugar de “el filo”; 2 Samuel 21:10 diría “Rizpa... tomó una tela de cilicio y la tendió para sí sobre el [Poderoso]”, en lugar de “peñasco”, etcétera.

El valor de una concordancia está en que nos permite identificar rápidamente con qué palabras en español se tradujeron ciertas palabras hebreas y griegas. También puede ayudarnos a encontrar un versículo en particular. Pero tratar de usar una concordancia para algo más puede llevarnos a interpretaciones incorrectas de la Palabra de Dios.

Concordancias recomendadas

- *Nueva Concordancia Exhaustiva de la Biblia*, de James Strong
- *Concordancia Manual y Diccionario Griego-Español del Nuevo Testamento*, de Pedro S.J. Ortiz V.

Lexicones

Útiles para: comprender el significado de palabras hebreas o griegas a partir de su uso o contexto.

Para el propósito de estudiar la Biblia, un lexicón es más o menos como un diccionario para otro idioma.³⁷

Cuando se trata de definir y explicar palabras en hebreo y griego, un lexicón ofrece mucha más información que una concordancia. Sin embargo, toda esa información implica que un lexicón puede parecer más denso y difícil de usar en un principio. Los lexicones contienen referencias a las reglas gramaticales de los lenguajes originales, citas confusas entre paréntesis, y palabras y frases escritas en hebreo y griego. En otras palabras, puede verse en la necesidad de estudiar la herramienta que está usando para estudiar. Pero, en la mayoría de los casos, vale la pena hacerlo.

Los lexicones a menudo usan los números Strong para facilitar la búsqueda de palabras. Si usted usó una concordancia para encontrar una palabra hebrea o griega que le gustaría estudiar, puede usar el mismo número Strong para buscar la palabra en un lexicón. (Lo cual es muy

³⁷ El Diccionario de la Real Academia Española define *lexicón* como “diccionario”. En el caso de los idiomas hebreo, griego, siríaco o arameo, “los diccionarios de estos idiomas tradicionalmente estaban escritos en latín y, dado que el latín no tiene una palabra nativa para ‘diccionario’, generalmente se usaba la palabra *lexicón*”.

útil, porque la alternativa es reconocer la palabra hebrea o griega visualmente, algo muy difícil para la mayoría de nosotros.)

Los lexicones son especialmente útiles en el caso de los verbos, dado que pueden aclararnos qué está ocurriendo exactamente en un versículo. Cuando el Espíritu llevó a Jesús al desierto en Marcos 1:12, la palabra traducida como “impulsar” es *ekbalo*. La concordancia Strong da el siguiente glosario para *ekbalo*: “echar, enviar, excluir, impulsar, dejar, desechar, despedir, sacar”. Éste es un amplio rango de significados, pero nuevamente, un lexicón detallará cada uno de ellos y lo conducirá a escrituras que encajen con cada definición.

Lexicones recomendados

- *Diccionario Expositivo de Palabras del Antiguo y del Nuevo Testamento Exhaustivo*, de W.E. Vine
- *Léxico hebreo-español y arameo-español*, de Pedro S.J. Ortiz V.
- *Diccionario expositor de palabras del Antiguo y Nuevo testamentos*, de William D. Mounce

Armonías

Útiles para: leer un relato sincronizado de los eventos bíblicos.

Existen algunas secciones de la Biblia (específicamente los Evangelios y la historia de los reyes de Israel) donde leer la historia en orden cronológico implica ir de aquí para allá entre varios libros de la Biblia.

Una armonía resuelve ese problema reacomodando el texto en el orden de ocurrencia más probable. Si hay relatos paralelos (dos historias que relatan el mismo evento), estos se acomodan lado a lado para poder identificar cuáles libros proveen cuáles detalles.

El problema es que cualquier armonía implica cierto grado de suposición y deducción. Nunca hay garantía de que una armonía sea completamente acertada, así que debe usarlas con esto en mente. Dicho lo anterior, leer un relato en su cronología más probable puede aclarar mucha de la confusión acerca de cómo se desarrolla la historia y por qué.

Armonías recomendadas

- *Bosquejo analítico de los libros de Samuel, Reyes y Crónicas*, de William D. Crockett
- *Una Armonía de los Cuatro Evangelios*, de A.T. Robertson

Comentarios

Útiles para: aprender de las observaciones y reflexiones de otros.

Los comentarios son recopilaciones de años de estudio bíblico, investigación, descubrimientos, ideas y preguntas. Su propósito es dar más información acerca de las Escrituras.

Un comentario puede describir el contexto cultural de un lugar bíblico o explicar el impacto de una tradición antigua en la manera en que una historia se desarrolla. Puede analizar las implicaciones espirituales de ciertos enunciados o ayudar a crear conexiones o paralelos entre escrituras relacionadas. También puede explicar el significado de las palabras y frases hebreas o griegas que usa el autor del libro.

En general, los comentarios pertenecen a una de dos categorías: expositivos o exegéticos. Los comentarios expositivos *exponen* o elaboran, acerca de las lecciones y aplicaciones de las Escrituras. Los comentarios exegéticos ofrecen una exégesis o un análisis crítico del texto original de la Biblia.

Por supuesto, los comentarios expositivos a menudo sacan lecciones de una exégesis; la diferencia está en lo que el comentario presenta. Los comentarios expositivos se enfocan en el producto final (la lección que se enseña), mientras que los comentarios exegéticos se enfocan en mostrar el trabajo que ocurre tras bambalinas (los significados de las frases, el contexto histórico, las construcciones gramaticales, etcétera).

Estas categorías permiten bastante libertad de acción. Algunos comentarios se enfocan sólo en la exposición, otros sólo en la exégesis y otros en una mezcla. Los comentarios expositivos tienden a ser más accesibles para la mayoría de los lectores porque no dependen de explicaciones detalladas acerca de palabras hebreas y griegas.

Cuando lea comentarios, recuerde: *sólo porque algo está en un comentario no significa que es verdad*. Creemos que la Biblia fue escrita por autores inspirados por Dios. Pero *no* creemos que cualquier persona que escribe *acerca de* la Biblia es inspirada por Dios.

Inevitablemente encontrará pasajes bíblicos donde los comentarios se contradicen unos a otros o dan una variedad de explicaciones opuestas. Los autores de los comentarios provienen de diferentes denominaciones y escuelas de pensamiento acerca de la Biblia, por lo que no debemos asumir que todo lo que dicen es correcto o es una interpretación válida de la Palabra de Dios.

Los comentarios pueden ser herramientas útiles, pero no son infalibles.

La autoridad final siempre es la Biblia misma: “¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido” (Isaías 8:20).

Sin embargo, siempre y cuando nos aseguremos de comparar y verificar lo que estamos leyendo con la Palabra inspirada de Dios, podemos descubrir mucho conocimiento útil para nuestros estudios a medida que nos acercamos a Él.

Comentarios recomendados

- *Comentario Bíblico Histórico*, de Alfred Edersheim
- *Comentario bíblico*, de Adam Clarke
- *Nuevo Comentario Americano del Nuevo Testamento*, de Editorial tesoro bíblico
- *Comentario bíblico del expositor*

Biblias interlineales

Útiles para: identificar las palabras exactas de los textos hebreos o griegos originales.

Cuando quiere analizar de cerca lo que un autor de la Biblia está diciendo, una Biblia interlineal le permite estudiar los pasajes en su lenguaje original.

Puede usar una Biblia interlineal para descubrir cuáles palabras hebreas o griegas se han traducido como las palabras que lee en español. Esta información quizá no sea particularmente útil por sí misma, pero puede usarla para aprender más acerca de cómo se usan las palabras.

Es probable que una Biblia interlineal no le parezca muy útil a menos de que sienta curiosidad acerca de una palabra o frase específica en la Biblia. Cuando eso ocurra, éste es un excelente recurso para descubrir cuál es la intención exacta de una palabra griega o hebrea en el manuscrito. Comprender lo que sucede en el texto con exactitud requerirá de investigación extra, pero es una excelente forma de aumentar su entendimiento acerca del texto.

Es importante tener en mente que todas las Biblias interlineales se basan en un conjunto de manuscritos o “textos tipo”. (Lo invitamos a ver “Cómo entender los manuscritos” y “¿Cuál es la mejor traducción?” en la página 197: “Cómo elegir una traducción”, para una discusión más detallada del tema.) Algunos pasajes bíblicos (como la oración modelo en Mateo 6) contienen diferencias notables dependiendo de si su Biblia interlineal se basa en el *Textus Receptus* o la Edición Crítica.

Biblias interlineales recomendadas

- *Biblia Interlineal del Nuevo Testamento y Antiguo Testamento Tischendorf*
- *Biblia Interlineal Español Hebreo*, de Yojanan Peretz

Herramientas digitales

Útiles para: acceder a una mayor biblioteca de herramientas de forma rápida y eficiente.

Las herramientas bíblicas tradicionales son útiles, pero pueden volverse voluminosas. Si tiene una Biblia abierta y quiere compararla con otra traducción, ya son dos Biblias. Agregue una concordancia para revisar los números Strong y un lexicón para estudiar la palabra griega, además de unos cuantos comentarios y, de pronto, no quedará espacio en su escritorio.

El beneficio obvio de usar un software o herramientas en línea para sus estudios es la capacidad de condensar toda una librería en el espacio de su computadora o incluso su teléfono. Aunque los recursos para software bíblicos pueden ser bastante costosos, existen muchas herramientas en línea gratis (a menudo porque utilizan obras más antiguas de dominio público).

Probablemente el mayor beneficio de usar una herramienta de estudio bíblico digital es que generalmente hacen el trabajo de conectar varias herramientas individuales por usted. La mayoría facilita la tarea de abrir una comparación lado a lado de dos o más traducciones de la Biblia, saltar a una Biblia interlineal, hacer clic en un número Strong, revisar todos los usos de una palabra en la Biblia, elegir otro versículo donde aparece la palabra, y luego encontrar una lista de versículos relacionados y entradas de comentarios. Con libros físicos, ésta es una tarea ardua; pero digitalmente, puede realizarla en segundos.

Programas de computadora

Útiles para: gestionar y acceder a una amplia (y a menudo costosa) biblioteca digital.

Generalmente, los programas de computadora bíblicos nos permiten comprar y navegar por nuestra propia biblioteca digital y materiales de referencia. Diferentes programas ofrecen diferentes herramientas para interactuar con ese material, por lo regular en la forma de búsquedas eficientes y conexiones entre diferentes recursos.

Programas recomendados

- *E-Sword en español*
- *Logos en español*

Aplicaciones de teléfono

Útiles para: investigaciones y estudios sencillos, cuando una computadora no es una opción.

Las pantallas pequeñas no son la mejor opción para una investigación de textos extensos, pero aun así existen muchas aplicaciones de estudio bíblico disponibles para su teléfono. Éstas son convenientes cuando una computadora no está disponible.

Aplicaciones recomendadas

- *YouVersion*, de Life.Church
- *Bible Hub*, por BibleHub.com
- *Logos Bible Study App*, de Faithlife Corporation
- *Bible App – Read and Study Daily*, de Olive Tree Bible Software

Sitios web

Útiles para: usar herramientas de dominio público y otros recursos gratuitos.

La ventaja de los sitios web es que son accesibles desde su computadora o teléfono y muchos de sus recursos son gratuitos. Cada sitio ofrece diferentes herramientas, aunque muchas de ellas se traslapan en algunas áreas. Vale la pena probar cada uno y determinar cuál se adecua mejor a sus necesidades.

Sitios web recomendados

- Vida, Esperanza y Verdad (vidaesperanzayverdad.org)
- Biblia Paralela (bibliaparalela.org)
- Bible Gateway (biblegateway.com)
- Blue Letter Bible (blueletterbible.org). La página está en inglés, pero tiene recursos en español.

7

Cómo elegir una traducción

Cuando se trata de escoger una traducción de la Biblia, usted tiene opciones.

Muchas opciones.

Puede ser algo abrumador, especialmente cuando no tenemos claras cuáles son las diferencias. ¿Cómo deberíamos escoger una traducción para usarla en nuestros estudios personales?

Ésta es una pregunta compleja —y para responderla adecuadamente tenemos que invertir tiempo examinando lo que conlleva traducir la Biblia.

Las dificultades de la traducción

Lo primero es lo primero: la Biblia no fue escrita en español.

¿Por qué importa esto?

Porque traducir entre dos lenguajes no es una ciencia exacta.

Cuando aprendemos otros idiomas, usualmente comenzamos con palabras equivalentes. En inglés, montaña es *mountain*. En francés, librería es *bibliotheque*. En ruso, cine es *kino*.

Éstas son traducciones palabra por palabra. No hay ninguna ambigüedad aquí. Si usted quiere hablar de una montaña, una librería o un cine basta con encontrar la palabra equivalente y ponerla allí.

Pero los idiomas son más complicados. Dos idiomas diferentes pueden

llegar a tener dos formas diferentes de mirar el mundo (y hablar de él), y ahí es donde la traducción se complica. Si un inuit de Alaska habla de *ikt-suarpok*, está hablando del sentimiento de impaciencia que las personas tienen cuando están esperando que alguien llegue (lo que hace muy difícil no mirar constantemente por la ventana).

Nosotros conocemos ese sentimiento en español, pero no tenemos una sola palabra que coincida con su significado en inuit. Traducirlo no es fácil.

Los portugueses experimentan *saudade*,³⁸ los holandeses disfrutan de *gezelligheid*,³⁹ los chinos hablan de lugares que son *ré nao*⁴⁰ y los árabes dicen a sus seres queridos *ya'aburnee*.⁴¹ Todos estos son conceptos que necesitan una frase o dos para explicarlos y ser entendidos en español. No son imposibles de traducir, pero sí de traducir de una manera simple.

Más allá de eso, hay otros obstáculos en el proceso de traducción. Los juegos de palabras y los modismos son notoriamente difíciles —y a veces imposibles— para vencer la barrera del lenguaje. En inglés se puede decir que “están lloviendo gatos y perros”, lo que significa que está lloviendo profusamente. Pero traducir esto literalmente a otro idioma implica algunas dificultades que usted tendrá que resolver.

En ruso, “colgar fideos en las orejas de alguien” significa mentir o hablar sin sentido. En serbio, una persona que “rasga las nubes con su nariz” es una persona arrogante o presumida. En turco, si usted está “planchando la cabeza” de otra persona, significa que usted lo está molestando. En hindi, cuando usted “suelta sus extremidades” significa que está cansado. Estas frases tienen traducciones en español, pero la traducción literal no refleja exactamente lo que se está diciendo. Estos modismos requieren una explicación posterior, si queremos que sean algo más que “fideos colgando en nuestras orejas”.

Los idiomas originales

Pero la Biblia no fue escrita en inuit —ni ruso, ni chino, ni holandés, ni hindi. Estos son idiomas vivos que todavía se utilizan en la actualidad. La Biblia fue escrita en hebreo y griego (y un poco de arameo) —y aunque el hebreo y el griego son lenguas vivas y vigentes, han cambiado de una

³⁸ Soledad o vacío causado por una ausencia o pérdida.

³⁹ La comodidad y diversión que provienen de un sentimiento de unidad con otros.

⁴⁰ Lleno de una atmósfera emocionante y animada que atrae a la gente.

⁴¹ Literalmente “tu me entierras”, una expresión del deseo de morir antes que otra persona porque sobrevivirla sería demasiado doloroso.

manera importante a través de los años, desde que los libros de la Biblia se escribieron. El significado de las palabras, las palabras mismas y su pronunciación se han modificado y han cambiado con el paso del tiempo.

En resumen, traducir la Biblia implica tomar manuscritos antiguos escritos en idiomas que han cambiado dramáticamente con los años y luego tratar de expresar el significado de esas palabras, frases, modismos y juegos de palabras, de una forma que tenga sentido para los que hablan el lenguaje moderno que *ni siquiera existía* cuando el manuscrito se terminó, y todo esto manteniéndonos fieles al texto original.

Éste es el desafío. Por esta razón existen tantas traducciones de la Biblia —y hay tantas que todavía se continúan haciendo.

Entonces cuando usted abre la Biblia y lee Juan 1:1:

En el principio era el Verbo y el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios.

Lo que usted está leyendo es una traducción de una muy antigua forma de griego (griego *koiné*) que se ve de esta manera:

ENAPXHIHNOΛΟΓΟΣΚΑΙΟΛΟΓΟΣΗΝΠΙΡΟΣΤΟΝΘΕΟΝΚΑΙΘ
ΕΟΣΗΝΟΛΟΓΟΣ

Los manuscritos originales en griego fueron escritos totalmente en letras mayúsculas, sin espacios entre palabras y sin puntuación. Imagínese cuán difícil habría sido leer la Biblia si usted la abriera en Juan 1:1 y leyera esto:

ENELPRINCIPIOERAELVERBOYELVERBOERACONDIOSYELVER-
BOERADIOS

Los traductores tienen que trabajar con esto. En el siglo IX los manuscritos habían sido actualizados con espacios, acentos, signos de puntuación y minúsculas, lo que hizo que la labor fuera un poco más fácil:

Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος, καὶ ὁ λόγος ἦν πρὸς τὸν Θεόν, καὶ Θεὸς ἦν ὁ λόγος.

Pero esto también implica que muchos de los signos de puntuación están abiertos a la interpretación. ¿Es éste el lugar preciso para una coma? ¿Es éste el comienzo de una nueva frase o la continuación de la anterior? Ésta es la clase de interrogantes que los eruditos deben considerar en el proceso de la traducción. Usualmente la respuesta es muy obvia, pero hay ocasiones en que una coma mal puesta puede cambiar completamente el significado del

versículo. (Lo invitamos a leer nuestro artículo en línea, “[¿Qué sucedió con el ladrón en la cruz?](#)”).)

De la misma forma, cuando usted abre su Biblia en Génesis 1:1 y lee:

En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

Usted está leyendo una traducción del hebreo que realmente aparece así:

בראשית ברא אלהים את השמים ואת הארץ

A diferencia del griego *koiné*, el hebreo clásico no está amontonado, pero no incluye la forma de registrar el sonido de las vocales. Por lo tanto, para nosotros sería semejante a abrir Génesis 1:1 y encontrar:

N L PRNCP CR DS LS CLS Y L TRR

No es imposible de entender, pero definitivamente es un poco más complicado. No fue hasta la Edad Media que los escribas masoréticos agregaron marcas adicionales para preservar el sonido de las vocales:

בְּרֵאשִׁית בָּרָא אֱלֹהִים אֶת הַשָּׁמַיִם וְאֶת הָאָרֶץ

Aun el hebreo moderno, con frecuencia se escribe sin las marcas de las vocales, pero esas marcas sí ayudan a aclarar ciertas ambigüedades. Por ejemplo, Éxodo 34:26 dice: “No cocerás el cabrito en la leche de su madre”. Sin vocales las palabras hebreas para *grasa* y *leche* son idénticas (חלב). Los puntos de las vocales aclaran que este versículo se refiere a la leche (חֵלֶב, o *chalab*) no grasa (חֶלֶב, o *cheleb*).

Para ser claros, no tenemos que ser eruditos en hebreo o griego para estudiar la Biblia, pero *debemos* recordar que tenemos nuestra Biblia en español *debido* a la labor de los eruditos en griego y hebreo. Y aunque esos eruditos han hecho lo mejor que han podido para transmitir el significado de los textos originales, es ilógico esperar que nuestras traducciones hayan podido capturar cada matiz y sombra del significado que tenía el original.

Más adelante en esta sección daremos un vistazo a algunas herramientas útiles para descubrir algunos de esos matices.

Perdidos en la traducción

Hay algunos ejemplos de pasajes bíblicos en donde los conceptos y el significado se han visto oscurecidos por el proceso de traducción.

El canastillo del fin

Dios mostró a Amós una visión de un canastillo de fruta de verano y le preguntó qué había visto. Amós respondió: “un canastillo de fruta de verano”, y Dios explicó que: “Ha venido el fin sobre mi pueblo Israel” (Amós 8:2).

Esto en realidad es un pequeño juego de palabras. Amós fue enviado por Dios para que proclamara un mensaje de advertencia a las tribus del norte de Israel. En el dialecto hebreo del norte, las palabras para “fruta de verano” y “fin” se pronunciaban casi de la misma forma. En otras palabras, cuando Amós le dijo a Dios: “un canastillo de fruta de verano”, él estaba diciendo algo que en hebreo sonaba muy similar a: “un canastillo del fin”. Esto explica por qué Dios responde con una advertencia acerca del “fin” de Israel.

Trapo de inmundicia

En más de una ocasión, Isaías utilizó imágenes increíblemente impactantes para transmitir su mensaje inspirado por Dios. Las traducciones en español han disminuido un poco el impacto de esas imágenes, con lo cual se disminuye la contundencia del mensaje.

Isaías comparó el estado de su pueblo con “suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia” (Isaías 64:6). Pero éste no es el panorama completo. Muchas cosas pueden ser inmundas, pero Isaías usó una palabra hebrea que se refiere específicamente a los pedazos de tela que una mujer utilizaba para absorber su flujo menstrual durante su período.

Isaías no estaba diciendo: “nuestra justicia es un poco sucia y podríamos dedicarle alguna atención”. Él la estaba comparando con los trapos empapados de sangre que hacían a los israelitas temporalmente inmundos, incapaces de aproximarse al templo de Dios hasta que fueran limpiados (Levítico 15:19-23).

¿Lo hace sentir incómodo esta imagen visual?

Debería. Ése es el punto.

Pedro, la pequeña piedra

Después de que el apóstol Pedro reconociera a Jesús como: “el Cristo, el hijo del Dios viviente” (Mateo 16:16), Jesús respondió: “Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia” (v. 18).

Algunas veces esta frase es malinterpretada al afirmar que *Pedro* era la roca sobre la cual Jesús construiría su Iglesia, pero en realidad aquí se presenta otro juego de palabras. Las palabras griegas para Pedro (*petros*) y roca (*petra*) suenan parecido, pero difieren en la magnitud. Un *petros* es “propia-

mente una piedra (guijarro), es como una piedrecilla que uno encuentra en el camino” (*Estudio de palabras HELPS*). Un *petra* es “una roca sólida o nativa que emerge a través de la tierra” (*ibídem*).

Jesús parece haber estado diciendo: “Pedro, tú eres una piedra —*petros*. Yo soy la roca, *petra*, y seré el cimiento de la Iglesia que voy a construir”. (Vea 1 Corintios 10:4 y 1 Pedro 2:4 para otras referencias de Jesucristo como la roca de la Iglesia.)

Nunca, nunca, nunca

El autor de hebreos se refirió a la divina promesa de Dios, que en sí es muy animadora: “No te desampararé, ni te dejaré” (Hebreos 13:5). Lo que no se traduce aquí son las negativas que el autor utilizó.

En algunos idiomas, una doble negativa se cancela a sí misma. No obstante, éste no es el caso en griego. En el griego *koiné* las negativas se acumulan y le agregan un énfasis adicional en vez de cancelarlas.

Hebreos 13:5 usa cinco negativos en el griego original: primero un doble negativo, luego uno triple. Esto es un énfasis *increíble* en esta promesa. El equivalente en español de este énfasis sería algo parecido a: “Yo no, yo no te desampararé. Yo nunca, nunca, nunca te dejaré”. Dios no deja lugar a dudas acerca de este tema —nosotros *podemos* depender de Él.

Cómo entender los manuscritos

Los libros originales de la Biblia, como la mayoría de las obras antiguas ya no existen. Fueron escritos en pergaminos y rollos que hace mucho sucumbieron al polvo —perdidos para siempre en las arenas del tiempo.

Lo que tenemos son manuscritos —copias de copias de copias. Un manuscrito puede ser cualquier cosa, desde una copia total de la Biblia hasta un fragmento que sólo muestra un versículo. A lo largo del tiempo, varios escribas han producido reverente y diligentemente copia tras copia de los textos originales del Antiguo y Nuevo Testamento —reproduciendo libros enteros de la Biblia, escribiéndolos a mano uno a uno.

Tengamos en cuenta los errores humanos

Estos escribas fueron seres humanos, por supuesto, y cometieron errores —algunos más que otros. Escribas como los masoretas, debido a su creencia en que ellos estaban copiando las palabras de Dios y con sus cuidadosos métodos para revisar su labor, probablemente se dieron cuenta de la mayoría

de sus propios errores. Pero, aunque era muy esporádico, algunas veces los escribas copiaron mal las palabras. En ocasiones, mezclaron las letras (un error llamado, *metátesis*), o dejaron fuera letras que pensaron que ya habían escrito (*haplografía*), o se saltaron por accidente frases enteras (*homeoarquia* u *homoioteleuton*), o escribieron dos veces lo mismo (*ditografía*), o usaron la palabra errada en el lugar equivocado (*contaminación*).

La lista sigue. Al principio usted puede pensar que no podemos confiar en ningún manuscrito bíblico si esa clase de errores son posibles, pero piense en esto.

Nosotros sabemos que esos errores existen. ¿Por qué?

Porque tenemos *muchísimos* manuscritos bíblicos. Para entender cuántos, veamos lo siguiente:

- Los 29 diálogos de Platón, fueron preservados por medio de escasamente 250 manuscritos totales.
- La *Ilíada*, una de las piezas más antiguas de la literatura occidental, está respaldada por más de 2.000 manuscritos.
- El Antiguo Testamento de la Biblia, ha sido preservado en más de 10.000 manuscritos. El Nuevo Testamento ha sido preservado en cerca de 6.000 manuscritos griegos, 10.000 en latín y 9.300 en otros idiomas.

No hay ninguna otra pieza de literatura antigua que haya sido preservada en más manuscritos que la Biblia. Debido a la increíble cantidad de manuscritos bíblicos que existen —muchos de ellos de diferentes eras de la historia y encontrados en diferentes naciones— los eruditos han podido identificar y compensar esos escasos errores que han cometido los escribas.

Grupos de manuscritos

Ya que hay tantos manuscritos bíblicos y debido a que algunos de ellos son sólo copias parciales, con frecuencia, manuscritos similares se han agrupado para conformar una fuente más grande. Si usted tiene una Biblia de estudio o una Biblia con notas a pie de página, usted encontrará referencias cruzadas a esos grupos de manuscritos —específicamente notas acerca de cómo un juego de manuscritos puede diferir de otro.

Aunque los grupos principales (“o tipos de textos”) de los manuscritos del Nuevo Testamento tienen sus diferencias, esas diferencias son extremadamente menores con pocas excepciones. “Nada de lo que nosotros creemos que es doctrinalmente cierto y nada de lo que se nos ordena hacer está

puesto en duda por ninguna de las variantes. Esto es verdad para cualquier tradición textual. La interpretación de los pasajes individuales puede ser sujeta a examen, pero nunca se ve afectada la doctrina” (D. A. Carlson, *The King James Version Debate, a Plea for Realism* [El debate de la versión King James: un llamado al realismo]).

En otras palabras, aunque hay mucho lugar para debatir acerca del significado de algunos pasajes bíblicos, ninguno de ese tipo de textos ofrece instrucciones conflictivas de cómo obedecer y seguir a Dios.

Como dice nuestro artículo en línea, “¿Cuál es la traducción más exacta de la Biblia?”: “Si bien hay ligeras variaciones entre ellos, la mayoría de estas variaciones no tienen mayor impacto, si es que tienen alguno, en las doctrinas fundamentales”.

A continuación, haremos un pequeño bosquejo de los grupos principales de manuscritos (y sus abreviaciones más comunes) para su referencia.

Manuscritos del Antiguo Testamento

Cuando hablamos del Antiguo Testamento, hay tres fuentes primarias de manuscritos para tener en cuenta. Si bien hay diferencias entre los Rollos del mar Muerto, la Septuaginta (LXX) y el Texto Masorético (TM) la mayoría de esas diferencias son menores y no conducen a ningún cambio que podamos notar en nuestras traducciones, y ninguna de ellas tiene un impacto en la doctrina. De hecho, estas tres fuentes —estas tres capturas del Antiguo Testamento, cada una separada de las otras por varios siglos— muestran la increíble precisión con la que ha sido preservada la Palabra de Dios por miles de años.

Los Rollos del mar Muerto

- Copiados: alrededor del año 150 a.C. hasta el año 70 d.C.
- La copia más antigua que todavía sobrevive: alrededor del año 150 a.C.
- Idiomas: hebreo, paleo-hebreo y griego

Los Rollos del mar Muerto son un descubrimiento relativamente reciente. Comprenden cientos de manuscritos del Antiguo Testamento —incluyendo una copia casi completa del libro de Isaías— que habían estado escondidos en las cuevas de Cumrán en el desierto de Judea por cerca de 2.000 años. Los manuscritos incluyen fragmentos de cada libro del Antiguo Testamento con excepción de Ester.

Los Rollos del mar Muerto han sido de incalculable valor, porque han provisto la evidencia de que el texto masorético (que sirvió como fundamento de la mayoría de las traducciones del Antiguo Testamento) ha sido copiado acertadamente. El manuscrito más antiguo del texto masorético que sobrevive fue copiado mil años después de los Rollos del mar Muerto. Estos manuscritos más antiguos de Cumrán, ofrecen la prueba de que el texto masorético ha permanecido preciso a través de todos esos siglos.

La Septuaginta (LXX)

- Traducida: entre el año 300 y el año 100 a.C.
- La copia más antigua que sobrevive: una obra completa del siglo IV, pero con fragmentos que se remontan hasta el siglo II a.C.
- Idioma: griego

La Septuaginta es la traducción griega del Antiguo Testamento. “Septuaginta” proviene de la palabra latina para el número 70. Su abreviación más común, LXX, es el número setenta en los numerales romanos. Se afirma que esta traducción fue creada por (70 o 72) eruditos judíos, de donde proviene su nombre.

En el primer siglo, eran cada vez menos los judíos que entendían hebreo, lo que hizo necesaria una traducción al griego como la Septuaginta. Esto les permitió a los judíos que hablaban griego estudiar las Escrituras en un lenguaje que podían entender. Los libros del Nuevo Testamento citan constantemente los del Antiguo —y con mucha frecuencia estas citas son de la traducción de la Septuaginta del Antiguo Testamento.

Texto Masorético (TM)

- Primera copia: siglo VI
- Copia más antigua que sobrevive: del siglo X
- Idioma: hebreo

El Texto Masorético se considera la versión definitiva del Tanaka (lo que llamamos el Antiguo Testamento). Alrededor del siglo VI, los eruditos judíos conocidos como los masoretas comenzaron a compilar y copiar manuscritos de los libros del Tanaka, notando cuidadosamente las discrepancias entre los manuscritos (ortografía extraña, gramática obsoleta, etcétera). Tomaron notas acerca del número de versos, palabras y letras del texto, junto con qué verso, palabra y letra marcaban el centro del texto.

Esto servía como una forma de evitar errores futuros al copiarla. Si los números o centros eran diferentes en una copia futura, entonces había un error en el documento. Los masoretas también agregaron puntos vocales a las consonantes hebreas originales, ayudando a preservar la pronunciación de cada palabra.

Manuscritos del Nuevo Testamento

Debido a la increíble cantidad de manuscritos disponibles (y a las variaciones que tienen) muchas traducciones modernas utilizan un enfoque llamado *eclecticismo razonable* cuando traducen el Nuevo Testamento. En lugar de confiar en un sólo manuscrito o una sola familia de manuscritos, esos traductores consideran tantos manuscritos como les es posible en el intento de encontrar la lectura más precisa, evaluándolos de acuerdo con varios criterios.

La versión de la Reina Valera de la Biblia está basada en el *Textus Receptus* (ver más adelante), que a su vez, está basado en los manuscritos del tipo de texto bizantino. Casi todas las traducciones modernas (incluyendo la Nueva Versión Internacional y otras) prefieren los tipos de textos alejandrinos.

(Debemos notar que, aunque hay escasamente 6.500 diferencias entre el texto mayoritario bizantino y el texto crítico alejandrino, en su gran mayoría son diferencias pequeñas. Estos dos tipos de texto están de acuerdo el 98 por ciento del tiempo.)

Tipo de texto bizantino

- Edad de los manuscritos: siglo V al XVI
- Idioma: griego

El tipo de texto bizantino (algunas veces llamado el texto mayoritario o el texto tradicional) contiene la inmensa mayoría de los manuscritos existentes del Nuevo Testamento, casi el 95 por ciento. Cuando esos manuscritos difieren de los tipos de texto alejandrinos, el tipo de texto bizantino tiende a incluir más palabras y explicaciones. Los manuscritos bizantinos superan con creces a sus contrapartes alejandrinas, pero también son generalmente más recientes.

Los críticos del tipo de texto bizantino creen que su tendencia a usar más palabras y más detalles que el tipo de texto alejandrino, sugiere que los escribas pueden haber editado y expandido el texto original, en un intento por hacer algunos pasajes más claros. También argumentan que las

fechas posteriores de los manuscritos los hacen menos confiables porque se encuentran más lejos de los escritos originales.

Los proponentes del tipo de texto bizantino señalan que la enorme cantidad de estos manuscritos hace que sea más fácil revisar los errores de los escribas. También argumentan que, de hecho, muchas de las “correcciones” bizantinas más extensas han sido descubiertas en los manuscritos más tempranos —lo que significa que no son correcciones de ninguna manera, sino el texto original real.

Como explicamos en nuestro artículo en línea [“¿Cuál es la traducción más exacta de la Biblia?”](#): “Es suficiente decir que en general pensamos que el texto bizantino es más confiable y superior y, por consiguiente, la versión de la Reina Valera le ofrece al lector una versión más exacta del Nuevo Testamento, incluyendo las palabras de nuestro Salvador”.

Texto tipo alejandrino

- Edad de los manuscritos: siglo II al IV
- Idioma: griego

El texto tipo alejandrino (algunas veces llamado texto crítico o texto neutral) es una compilación de algunos de los manuscritos más antiguos que sobreviven de la Biblia. El clima seco de Egipto permitió que hubiera abundancia de documentos antiguos de papiro que sobrevivieran al tiempo. Cuando estos manuscritos difieren de los textos tipo bizantino, el texto tipo alejandrino tiende a ser más corto y más abrupto en su manera de decir las cosas. Debido a su edad, los manuscritos alejandrinos son mucho menos comunes que los manuscritos bizantinos.

Los críticos del texto tipo alejandrino señalan que esos manuscritos son relativamente pocos en número e incluyen un número más grande de errores de los escribas (vea: “Tengamos en cuenta los errores humanos” en la página 184), lo que arroja dudas acerca de los escribas que los copiaron. Ellos ven los pasajes más cortos como señales de omisiones.

También advierten que esos manuscritos pudieron haber estado geográficamente más cercanos a las influencias gnósticas, lo que podría haber corrompido el texto.

Los que proponen el texto tipo alejandrino, señalan que los manuscritos alejandrinos son más antiguos y por lo tanto están menos distantes de los escritos originales. Creen que su tendencia a ser más cortos que aquellos del texto tipo bizantino es una evidencia de que no contienen texto añadido.

Las abreviaciones del texto NU provienen del hecho de que el texto crítico fue publicado en la edición 27 del Nuevo Testamento griego de Nestle-Aland (N) y en la cuarta edición de las Sociedades Unidas de la Biblia (U).

Textus Receptus (TR)

- Edad de los manuscritos: del siglo XVI al XIX
- Idioma: griego

El *Textus Receptus* (del latín “texto recibido”) fue ensamblado por el monje holandés Desiderius Erasmus y publicado en 1516. Erasmus utilizó una selección de manuscritos del texto tipo bizantino para su proyecto que eventualmente se convirtió en el fundamento de la versión de la Reina Valera del Nuevo Testamento.

Si bien el *Textus Receptus* básicamente proviene del texto tipo bizantino, no es idéntico. Por ejemplo, Erasmus añadió un pasaje famoso al libro de 1 Juan (ahora conocido como la *comma johannine*) que no es respaldado por casi ninguno de los manuscritos del Nuevo Testamento, ni bizantino ni de otro tipo.

Otros manuscritos

Este libro no pretende explorar cada grupo de manuscritos o tipos de textos en detalle exhaustivo. El objetivo de esta sección es darle las herramientas que usted necesita para un estudio bíblico más efectivo, lo que incluye analizar de una manera más cercana algunas piezas del rompecabezas que le permiten tener la Biblia en primer lugar.

Dicho esto, si quiere continuar buscando manuscritos y tipos de texto, a continuación nombraremos unos cuantos que pueden interesarle:

- El **Texto tipo occidental**: es un texto extraño cuando se compara con los textos tipo bizantino y alejandrino. Está basado en un puñado de manuscritos griegos del siglo III al IX que parecen haber sido editados y parafraseados durante el proceso de copia. “Las palabras y aun frases han sido cambiadas y omitidas e insertadas con libertad sorprendente, cada vez que pareciera que el significado podría haber sido dado con más fuerza y definición” (B. Westcott y F. Hort, *The New Testament in Original Greek* [El Nuevo Testamento en el griego original], p. 548). Esto forma la base de porciones del Nuevo Testamento de la traducción **Siríaca Peshitta**.
- La **Vulgata** es una traducción en latín de la Biblia, que data de finales

del siglo IV. La mayoría de la Vulgata fue traducida por Jerome de Stridon, un sacerdote católico. Por siglos, de una forma u otra, la Vulgata fue la versión más comúnmente usada (por la Iglesia Católica).

- El **Pentateuco Samaritano (o la Torá Samaritana)** es utilizada por los samaritanos de Israel. Contiene los primeros cinco libros del Antiguo Testamento escritos en hebreo samaritano. Cuando difiere del texto masorético, con frecuencia está de acuerdo con la traducción de la Septuaginta, pero además contiene algunos insertos exclusivos que definen el monte Gerizim como un lugar sagrado. (Vea 2 Reyes 17:24-41, para una explicación de la Biblia de cómo comenzó la religión samaritana y Juan 4:19-24, para un ejemplo de cómo Jesús enfrentó el error de Gerizim.)
- Los **Tárgums** son colecciones de traducciones arameas del Antiguo Testamento, escritas durante el cautiverio de Israel, cuando el idioma de Babilonia se volvió más común entre los israelitas que el hebreo. Suelen contener tanto paráfrasis como comentarios. Los Tárgums más antiguos conocidos fueron descubiertos entre los Rollos del mar Muerto.

Estilos de traducción

Hay tres estilos principales de traducciones de la Biblia: palabra a palabra, pensamiento a pensamiento y paráfrasis. Es importante entender estos estilos. El estilo de traducción de cualquier Biblia es *el factor único que más impacta lo que usted leerá*.

Por esto es que puede abrir cinco Biblias diferentes y tener cinco diferentes versiones (algunas veces opuestas entre sí) de la misma escritura. En nuestro estudio, entender el estilo de traducción de nuestras biblias nos da un contexto muy valioso de las palabras que estamos leyendo —y nos permite tener una perspectiva de lo que debemos *hacer* con esas palabras.

Es importante señalar que los tres estilos de traducción (palabra a palabra, pensamiento a pensamiento y paráfrasis) no son etiquetas precisas. Son más parecidas a zonas dentro de un espectro. Algunas biblias son palabra a palabra con tendencias de pensamiento a pensamiento, otras están entre un pensamiento a pensamiento y una paráfrasis y así sucesivamente.

En otras palabras, mientras más entendamos esos estilos individuales, mejor entenderemos el espectro en el cual existen y mejor entenderemos la Biblia que estamos leyendo.

Palabra a palabra (equivalencia formal)

El principal enfoque de una traducción palabra a palabra es preservar *la estructura de la redacción y las frases del texto original*. Este enfoque es llamado algunas veces *equivalencia formal*. (Las palabras y estructuras, la *forma* del texto original, permanecen sin cambios en la medida de lo posible en la traducción.)

Por supuesto, por las razones que hemos explorado en “Las dificultades de la traducción”, ninguna traducción puede ser realmente palabra a palabra. Siempre habrá palabras que no podemos traducir perfectamente y frases con tiempos verbales que no existen en español, etcétera. Los traductores siempre tendrán que hacer algunos sacrificios al trasladar un texto de un idioma a otro. Pero como regla general, las traducciones palabra a palabra hacen más énfasis en recrear el formato del texto original.

Ventajas

- Ya que reproducen el texto original tan exactamente como sea posible, las traducciones palabra a palabra son la forma más fácil de examinar lo que la Biblia *dice literalmente*.
- Reducen el prejuicio del traductor. Este estilo de traducción se enfoca en preservar las palabras que escribió el autor, en lugar de tratar de interpretar los conceptos que el autor estaba tratando de comunicar.
- Hacen más fácil aislar palabras y frases específicas en hebreo y en griego para un estudio posterior más profundo.
- Son ideales para evaluar las doctrinas fundamentales.

Desventajas

- Algunas frases pueden ser más difíciles de seguir y entender a primera vista.
- Tener como prioridad la precisión técnica, puede en algunas ocasiones quitarle a un pasaje su tono y emoción originales.
- Cuando los modismos son preservados (como ocurre en 1 Pedro 1:13 que dice: “ceñid los lomos de vuestro entendimiento”), el significado puede ser confuso si no hacemos una investigación adicional.

Ejemplos de traducciones palabra a palabra

- Reina Valera, revisión de 1960 (RV1960)
- La Biblia de las Américas (LBLA)

Pensamiento a pensamiento (equivalencia dinámica)

El enfoque principal de una traducción pensamiento a pensamiento es preservar el *significado previsto del texto original*. Este enfoque algunas veces es llamado *equivalencia dinámica*.

En una traducción pensamiento a pensamiento, los traductores pueden utilizar palabras o frases que no se encuentran en el texto original, pero su meta es que los lectores tanto del texto original como de la traducción entiendan el significado de la *misma forma*. Esto puede implicar reemplazar los modismos con frases que tienen más sentido en español o encontrar palabras que ilustren mejor el significado de lo que lo podría hacer una traducción literal.

No obstante, para preservar el *significado* del texto original, los traductores deben entender el significado del mismo. Desafortunadamente, los eruditos bíblicos han tenido desacuerdos acerca del significado de algunos versículos durante miles de años, entonces es posible que un equipo de traductores trate de preservar un significado que nunca estuvo ahí en primer lugar.

A pesar de que existe un margen de error adicional, la mayoría de las traducciones pensamiento a pensamiento están muy apegadas a los textos originales en griego y hebreo y muchos versículos serán prácticamente idénticos a aquellos que utilizan una traducción palabra a palabra —aunque puede ser más difícil decir cuáles palabras en la traducción se correlacionan con las palabras del texto original.

Ventajas

- Las traducciones pensamiento a pensamiento son típicamente más fáciles de leer y entender que las traducciones palabra a palabra.
- Transmiten mejor el sentimiento y el tono del texto original.
- Le ahorran al lector tener que descifrar los modismos (en 1 Pedro 1:13, la Nueva Traducción Viviente rinde: “ceñid los lomos de vuestro entendimiento” como: “preparen su mente para actuar”).

Desventajas

- Hay más espacio para los errores del traductor y los errores humanos.
- Pueden ser más difíciles de entender cuando las palabras griegas y hebreas tienen un impacto en cada parte de un versículo dado.
- Son menos útiles para evaluar las creencias doctrinales.

Ejemplos de traducciones pensamiento a pensamiento

- Nueva Versión Internacional (NVI)
- Nueva Traducción Viviente (NTV)

Paráfrasis

El énfasis principal de una paráfrasis es hacer que el texto original sea *más fácil de entender*. Con frecuencia las paráfrasis dan licencias poéticas en su intento por tomar los conceptos del texto original y presentarlos de una forma que el lector moderno pueda entenderlos mejor. Esto puede hacerse a expensas de ciertos conceptos, nombres de lugares, expresiones o tendencias de pensamiento que están en el texto original.

En cierta forma una paráfrasis es una versión más extrema del pensamiento a pensamiento. En lugar de anclarse a las palabras y frases del texto original, frecuentemente, las paráfrasis vuelven a escribir pasajes enteros de las escrituras en su intento por brindar el sentido del texto original.

En tanto, las traducciones palabra a palabra y pensamiento a pensamiento típicamente son hechas por un equipo de traductores que trabajan en conjunto, las paráfrasis pueden ser la obra de una sola persona.

Ventajas

- Las paráfrasis son usualmente muy fáciles de leer.
- Pueden ofrecernos un nuevo enfoque de las Escrituras.

Desventajas

- Es extremadamente difícil separar la interpretación del traductor de la intención original del autor.
- Las nuevas perspectivas requieren un estudio posterior porque pueden ser totalmente imprecisas y no deben ser tomadas literalmente.
- No se puede confiar en las paráfrasis para evaluar las creencias doctrinales.

Ejemplos de paráfrasis

- Palabra de Dios para Todos (PDT)
- Traducción en Lenguaje Actual (TLA)

Panorama general del espectro

Ésta es la teoría —ahora veamos en qué consiste el espectro en la práctica.

Usaremos un extracto de los escritos de Pablo en Romanos 8:12-15 como ejemplo y veremos cómo se traduce en varias versiones de la Biblia.

Veamos cómo lo traduce la Biblia Interlineal del Nuevo Testamento. Éste es un recurso que se adhiere tan rígidamente como es posible a la estructura de los idiomas originales de la Biblia, lo cual puede convertirse en un verdadero dolor de cabeza si tratamos de leerlo en español. Pero esto nos puede dar una idea del material con el que las otras traducciones tienen que trabajar:

Realmente por lo tanto hermanos deudores estamos siendo no a la carne de él según carne estar viviendo. Si porque según carne están viviendo están para estar muriendo si pero a espíritu a las acciones del cuerpo están haciendo morir vivirán. Tantos como porque a espíritu de Dios están siendo conducidos estos hijos están siendo de Dios. No porque recibieron espíritu de esclavitud otra vez hacia dentro temor sino recibieron espíritu de colocación como hijo en la cual estamos clamando a gritos Abba el Padre.

Veamos en la Reina Valera Revisión 1960 (RV1960), una traducción palabra a palabra:

Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís conforme a la carne, moriréis; más si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, estos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!

Aquí tenemos la Biblia de las Américas (LBLA), otra traducción palabra a palabra:

Así que, hermanos, somos deudores, no a la carne, para vivir conforme a la carne, porque si vivís conforme a la carne, habréis de morir; pero si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver otra vez al temor, sino que habéis recibido un espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!

Ahora veremos la Nueva Versión Internacional (NVI), una traducción pensamiento a pensamiento:

Por tanto, hermanos, tenemos una obligación, pero no es la de vivir

conforme a la carne. Porque si ustedes viven conforme a ella, morirán; pero si por medio del Espíritu dan muerte a los malos hábitos del cuerpo, vivirán. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no recibieron un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: “¡Abba! ¡Padre!”.

Ésta es la Nueva Traducción Viviente (NTV), otra traducción pensamiento a pensamiento:

Por lo tanto, amados hermanos, no están obligados a hacer lo que su naturaleza pecaminosa los incita a hacer; pues, si viven obedeciéndola, morirán; pero si mediante el poder del Espíritu hacen morir las acciones de la naturaleza pecaminosa, vivirán. Pues todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios.

Y ustedes no han recibido un espíritu que los esclavice al miedo. En cambio, recibieron el Espíritu de Dios cuando él los adoptó como sus propios hijos. Ahora lo llamamos “Abba, Padre”.

Ésta es la Palabra de Dios para Todos (PDT), una paráfrasis:

Por eso hermanos, tenemos una obligación, pero no es la de vivir según la mentalidad humana. Si viven de acuerdo con la mentalidad humana, morirán para siempre, pero si usan el poder del Espíritu para dejar de hacer maldades, vivirán para siempre.

Los hijos de Dios se dejan guiar por el Espíritu de Dios. El Espíritu que ustedes han recibido ahora no los convierte en esclavos llenos de temor. Al contrario, el Espíritu que han recibido los hace hijos. Por el Espíritu podemos gritar: “¡Querido padre!”.

Finalmente, veamos cómo lo rinde la Traducción en Lenguaje Actual (TLA), otra paráfrasis:

Por eso, hermanos, ya no estamos obligados a vivir de acuerdo con nuestros propios deseos. Si ustedes viven de acuerdo a esos deseos, morirán para siempre; pero si por medio del Espíritu Santo ponen fin a esos malos deseos, tendrán vida eterna. Todos los que viven en obediencia al Espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque el Espíritu que Dios les ha dado no los esclaviza ni les hace tener miedo. Por el contrario, el Espíritu nos convierte en hijos de Dios y nos permite llamar a Dios: “¡Papá!”.

¿Qué piensa al respecto?

¿Cómo se supone que decidamos cuál Biblia es la que debemos usar? ¿Podemos confiar en todas ellas de la misma manera? Simplemente observe cuán *diferentes* son estos estilos de traducción, y no sólo esto —hay *diferencias* aún entre las biblias que utilizan el *mismo* estilo de traducción.

La Nueva Traducción Viviente pierde algo cuando dice: “no están obligados a hacer lo que su naturaleza pecaminosa los incita a hacer”. El griego original hace énfasis en que somos deudores (lo cual vemos en la RVR1960 y en LBLA) —pero aquí la NTV omite un detalle que es muy importante.

Con la Palabra de Dios para Todos (PDT), vemos algo de licencia editorial. “Esclavos llenos de temor” es un intento por describir “el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor”, pero pasa por alto cómo ese espíritu contrasta con el Espíritu de Dios.

La Traducción en Lenguaje Actual (TLA), por otra parte, es muy diferente de las otras. Esta paráfrasis se toma demasiadas libertades con el texto en su intento por hacerlo accesible a la audiencia moderna. “¡Papá!” es tal vez un intento errado de implicar afecto o ternura. Sin embargo, el texto en griego no conlleva semejante interpretación. Tanto el arameo (*abba*) como el griego (*pater*) significan “padre”. El resultado final, cualquiera que sea la intención, oscurece verdades importantes y a la vez introduce conceptos que no están en el versículo original.

¿Cuál es la mejor traducción?

Nosotros creemos que: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 3:16-17). Los libros de la Biblia en su forma original fueron divinamente inspirados y están libres del error.

Pero hay un largo camino desde la forma original —y es imposible ignorar el hecho de que cuando otras personas se involucran, los errores pueden multiplicarse.

Los escribas copiaron manuscritos bíblicos por miles de años con gran precisión —pero algunas veces cometieron errores. Algunas veces tuvieron que hacer revisiones para corregir errores anteriores. Afortunadamente, debido a que tenemos tantos manuscritos sobrevivientes, podemos compararlos entre sí y detectar muchos de esos errores, correcciones e incluso

adiciones. No obstante, esto es un recordatorio de que los manuscritos en sí mismos no son perfectos.

Luego, los traductores toman esos antiguos manuscritos y hacen que podamos entender lo que leemos —pero algunas veces ellos tienen que escoger entre preservar el significado literal o pretendido del texto. En ocasiones, encuentran palabras que no pueden ser total o sucintamente traducidas a otro idioma. Y otras veces, sus propias creencias e ideas preconcebidas influyen en las palabras que eligen.

(Veamos un ejemplo del pasaje que acabamos de referenciar: cuando Pablo dijo que toda la Escritura es “inspirada por Dios”, él utilizó la palabra griega *theopneustos*, que literalmente significa “Dios respiró”. Los traductores pudieron usar cualquier expresión, esto no significa que una elección sea *errada* y la otra *correcta* —ambas son traducciones válidas y, cuando conocemos ambas, tenemos un panorama más claro de lo que Pablo estaba diciendo.)

En otras palabras, los traductores tienen el trabajo imposible de hacer lo mejor que puedan para transmitir el significado y la riqueza, no sólo de uno, sino de dos idiomas primarios a un tercero que en su mayoría no está relacionado con ellos.

Por todas estas razones que hemos expuesto (y más) es imposible crear una traducción perfecta de la Biblia. Pero eso no significa que no haya algunas buenas traducciones —incluso excelentes.

La que usamos en Vida, Esperanza y Verdad

En Vida, Esperanza y Verdad utilizamos la versión de la Reina Valera, revisión de 1960. A menos que indiquemos lo contrario en la cita, ésta es la traducción que hemos escogido. Creemos que esta versión exhibe un buen equilibrio entre precisión y facilidad de lectura. Es una traducción palabra a palabra, lo que la convierte en un punto de partida ideal para estudiar cosas como las creencias doctrinales, con un mínimo de errores del traductor.

También es una traducción en la que podemos confiar —generalmente, encontramos que podemos utilizarla para presentar un versículo de una manera clara sin que se requiera de explicaciones adicionales de otras fuentes.

La Reina Valera no está exenta de algunos inconvenientes

Generalmente es una palabra clave en la última frase. Existen unos *pocos*

problemas con la Reina Valera y es importante que los conozcamos. Es importante ser conscientes de las dificultades que hay con cualquier traducción, esto lo logramos dedicando tiempo a entender la traducción de la Biblia que estamos utilizando.

El inconveniente más conocido de la Reina Valera se encuentra en 1 Juan 5:7-8: “Porque tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan”.

No hay forma de que podamos adivinar que *la mayor parte de ese pasaje no forma parte del texto original y esto es un hecho reconocido ampliamente*.

Una parte importante de ese pasaje falta en la inmensa mayoría de los manuscritos griegos y no fue sino hasta el siglo XIII que empezó a mostrarse en los manuscritos griegos. La Nueva Versión Internacional traduce correctamente 1 Juan 5:7-8 sin esa inserción: “Tres son los que dan testimonio y los tres están de acuerdo: el Espíritu, el agua y la sangre”.

Hay una *gran* diferencia, pero a menos que usted sea consciente de eso, no es inmediatamente obvio que la Reina Valera tiene un error en ese aspecto.

Luego, hay versículos como el de 1 Juan 3:9 que dice: “Todo aquel que es nacido de Dios, *no practica el pecado*, porque la simiente de Dios permanece en él; y *no puede pecar*, porque es nacido de Dios” (énfasis añadido).

La Reina Valera revisión de 1960, traduce correctamente el primer uso del verbo “pecar”, pero traduce incorrectamente el segundo uso del mismo verbo. De hecho, esa traducción se contradice a sí misma al decir en primera instancia: “no practica el pecado”, pero en la segunda afirma: “no puede pecar”. “No practica el pecado” hubiera sido una mejor traducción en ambos casos.

La Reina Valera Actualizada traduce mejor ese versículo: “Todo aquel que ha nacido de Dios *no practica el pecado* porque la simiente de Dios permanece en él, y *no puede seguir pecando* porque ha nacido de Dios” (énfasis añadido).

Si somos cristianos, *no tenemos el hábito de pecar*. No continuamos en un estilo de vida pecaminoso. Pero, “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros” (1 Juan 1:8). La idea de que un cristiano no puede pecar está fundamentalmente en contra del resto de la Biblia.

Nuevamente, temas como ése aquí en la Reina Valera revisión de 1960 son muy pocos y muy distanciados. Pero es importante reconocer que

existen. Si pensamos que la Reina Valera —o *cualquier* otra traducción es la máxima autoridad para la Palabra de Dios, tenemos garantizado que nos desviaremos con algunas creencias inexactas.

Principios generales para elegir una traducción

Veamos algunos principios que debemos tener en mente al evaluar nuestras opciones de traducciones bíblicas:

- 1. Una traducción palabra a palabra deja menos espacio para los errores del traductor.**

Mientras más nos alejemos de una traducción literal, palabra a palabra, más fácil será para los traductores añadir sus propias ideas acerca de lo que los escritores originales de la Biblia estaban tratando de decir. Algunas veces, esto funciona bien y hace que la escritura cobre vida y ofrezca una visión muy valiosa de algunos pasajes que de otra forma son difíciles. Pero también pueden torcer el pasaje al decir o implicar algo que el autor original (y Dios) no pretendía decir.

Aunque las traducciones palabra a palabra no siempre se lean de una manera tan fluida como otros estilos de traducción, la tendencia es que éstas ofrezcan una visión más pura acerca de las palabras reales que el autor utilizó. Naturalmente, esto significa que debemos hacer un esfuerzo extra para entender el significado.

- 2. Las traducciones pensamiento a pensamiento constituyen una traducción secundaria muy útil.**

No es necesario que usted se limite a una única traducción (o estilo de traducción). Si bien recomendamos utilizar las traducciones palabra a palabra como su Biblia de estudio principal, una traducción pensamiento a pensamiento puede ser más fácil de leer y puede motivarlo a que usted estudie una nueva faceta de un versículo muy familiar. Especialmente el libro de Salmos y los pasajes narrativos tienden a escucharse de una forma diferente cuando han sido traducidos pensamiento a pensamiento —si una frase o un pasaje le parecen particularmente interesantes, ésta es una gran oportunidad de complementar la traducción palabra a palabra e inspeccionarla bien.

- 3. Las paráfrasis no son confiables.**

Existe un margen de error más grande en el estilo de traducción de paráfrasis y no se somete al texto original de la misma forma que las traducciones palabra a palabra, e incluso pensamiento a pensamiento, lo hacen. Tal vez sea interesante dar un vistazo a estas Biblias, pero también pueden

ser imprecisas, erróneas y pueden perjudicar nuestro entendimiento de la Palabra de Dios. Úselas con precaución.

4. Ninguna traducción es perfecta.

No piense que la Biblia traducida que usted tiene es la autoridad definitiva de la Palabra de Dios. Cuando surgen pasajes que nos confunden o plantean un desafío a nuestras creencias, puede ser que Dios esté tratando de mostrarnos algo, pero vale la pena estudiar un poco esos pasajes en otras traducciones con el fin de asegurarse de que no estamos entendiendo mal algo. A partir de este punto podemos lanzarnos a un estudio más profundo.

(En el capítulo 6 exploramos algunos recursos que podemos utilizar para aclarar dudas que pueden surgir en pasajes como estos —y seguro que encontrará pasajes así.)

5. La palabra de Dios es perfecta.

Esto es algo muy importante que debemos recordar: la Palabra inspirada de Dios es perfecta. Los seres humanos han cometido errores a lo largo del camino, pero las palabras que Dios ha inspirado, la Palabra de Dios, “es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12).

Puede que nos cueste algún esfuerzo asegurarnos de que leemos esas palabras con la mayor exactitud posible, pero tengamos siempre presente que la Palabra de Dios vale ese esfuerzo.

Parte III

Meditación

¿Qué es la meditación?

La meditación cristiana es el acto de detenerse a pensar en la Palabra de Dios deliberada e intencionalmente. Los cristianos usan la meditación para fortalecer su conexión con Dios y con su camino de vida.

¿Por qué es importante la meditación?

La meditación es el puente (que a menudo pasamos por alto) entre la oración y el estudio de la Biblia. La oración es la forma en que hablamos con Dios, y el estudio bíblico es la forma en que Dios habla con nosotros, pero la meditación es cómo escuchamos y *procesamos* esa conversación continua.

Los cristianos que han recibido el Espíritu Santo de Dios deben ser guiados por ese Espíritu, a fin de convertirse en personas con una mente espiritual.

Pablo escribió: “Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu. Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz. Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios” (Romanos 8:5-8).

Cuando nuestras mentes son carnales, pensamos en “la carne” y nos enfocamos sólo en las cosas de esta vida, por lo que no podemos agradar a Dios. Esa mentalidad es *enemistad* contra Dios, porque se opone a Él y es totalmente contraria a la mente espiritual de Dios.

La meditación cristiana implica hacer uso del Espíritu Santo, para perfeccionar nuestra mente y que ésta pueda pensar en términos espirituales, lo que nos ayuda a cambiar nuestro enfoque. Cuando dedicamos tiempo de manera regular a hacer una pausa para pensar en la Palabra de Dios, estamos permitiendo que el Espíritu de Dios comience a cambiar nuestra visión del mundo, de una visión carnal a una visión con perspectiva espiritual. Este proceso nos ayuda a integrar las lecciones e instrucciones de la Biblia en nuestras vidas, profundizando nuestra relación con Dios y ayudándonos a conectarnos con “la mente de Cristo” (1 Corintios 2:16).

8

Cómo meditar

La parte más sencilla de la meditación es a menudo la parte más difícil de la meditación:

Detenerse.

Detenerse es difícil y generalmente nos encontraremos con algunos obstáculos. Habrá otras cosas que usted tendrá que hacer y otras cosas que *querrá* hacer. Habrá personas, otras prioridades e intereses que querrán acaparar su atención.

Pero hacer una pausa y detenernos es indispensable. La meditación requiere toda nuestra atención. Si nuestra atención está dividida entre las responsabilidades y los problemas que hay que resolver, *no podremos meditar*. Si no hacemos una pausa y si no encontramos una manera de parar intencionalmente las demás cosas que demandan nuestro tiempo, no podremos dirigir nuestra atención a la Palabra de Dios.

A pesar de que la meditación *requiere* nuestra atención, nunca *exige* esa atención de la manera en que lo hacen otros aspectos de nuestra vida. Eso hace que sea fácil ignorar o pasar por alto la importancia de la meditación en nuestras vidas, convenciéndonos a nosotros mismos de que lo haremos “cuando tengamos tiempo”.

Pero si ése es nuestro enfoque, nunca vamos a tener tiempo para meditar. *Siempre* habrá algo que demande nuestra atención. Para poder interiorizar la sabiduría y las lecciones que Dios tiene para nosotros, debemos tomar la decisión de apartar tiempo para hacer una pausa y pensar.

Crear el entorno adecuado

Una de las formas que nos ayuda a prepararnos para tener una meditación efectiva es crear el entorno adecuado. Ya establecimos la importancia de hacer una pausa y pensar para nuestra meditación, ahora necesitaremos también un *lugar* donde podamos hacerlo.

El “lugar correcto” va a ser diferente para cada uno de nosotros, pero a veces el lugar *donde* usted medite no es tan importante como lo es *cuando* medite. Es importante encontrar un tiempo y un lugar donde usted pueda estar libre de distracciones e interrupciones.

En la Biblia, el hijo de Abraham, Isaac, “había salido... a meditar al campo, a la hora de la tarde” (Génesis 24:63). Isaac eligió un momento (la noche) y un lugar (el campo) donde sabía que podía pensar sin distracciones. David le dijo a Dios: “Cuando me acuerde de ti en mi lecho, Cuando medite en ti en las vigilias de la noche” (Salmos 63:6). En lugar de percibir las noches intranquilas como un problema, David las veía como una oportunidad para meditar en Dios.

Es útil encontrar un lugar donde usted pueda estar tranquilo y relajado. Podría ser cuando esté acostado en su cama por la noche, sentado en el campo durante el atardecer o podría dar un paseo por el bosque durante el día.

Pero tal vez usted no tenga acceso a un entorno tranquilo y relajado. En ese caso, tal vez podría crear un ambiente que sea tranquilo y relajante. ¿Es posible transformar su cubículo en el trabajo, la mesa de su comedor o incluso el interior de su vehículo en un lugar donde usted pueda concentrarse lo suficiente como para meditar?

Encontrar el tiempo para meditar es otro factor que debemos considerar. El primer salmo dice: “Bienaventurado el varón... que en la ley del Eterno está su delicia, Y en su ley medita de día y de noche” (Salmos 1:1-2). Aunque Pablo nos amonesta a estar “orando en todo tiempo” (Efesios 6:18), “de día y de noche” no significa necesariamente que debemos meditar cada segundo de cada día, sino que debemos estar siempre *listos* para meditar cuando tengamos la oportunidad.

Si está pensando en apartar un tiempo específico para meditar, trate de

hacerlo cuando las demandas de su tiempo sean mínimas. Trate de escoger un momento durante el día en que tenga menos interrupciones, como la hora del almuerzo, o mientras los niños duermen la siesta, o más tarde en la noche, o a primera hora de la mañana.

Las interrupciones y las distracciones hacen que perdamos nuestra concentración ¡y no es fácil retomar lo que estábamos haciendo!

Elija un tema

Una vez que haya dejado de lado las distracciones y haya encontrado un entorno apropiado para su meditación, todavía tendrá que decidir *acerca de qué* quiere meditar.

Pablo nos dio un parámetro cuando tratamos de determinar si vale la pena meditar acerca de algo: “todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4:8). Si estamos constantemente pensando en algo que no cumple con estos requisitos, debemos hacer todo lo posible por reemplazar estos pensamientos y meditar en las cosas que Dios nos instruye en su Palabra.

En los Salmos, la meditación se enfoca consistentemente en la ley de Dios, las obras de Dios o simplemente Dios mismo:

- “Sino que en la ley del Eterno está su delicia, y en su ley medita de día y de noche” (Salmos 1:2).
- “Cuando medite en ti en las vigilias de la noche” (Salmos 63:6).
- “Meditaré en todas tus obras, y hablaré de tus hechos” (Salmos 77:12).
- “En tus mandamientos meditaré; consideraré tus caminos” (Salmos 119:15).
- “Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé, y meditaré en tus estatutos” (v. 48).
- “¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación” (v. 97).
- “Se anticiparon mis ojos a las vigilias de la noche, para meditar en tus mandatos” (v. 148).⁴²
- “Me acordé de los días antiguos; meditaba en todas tus obras; reflexionaba en las obras de tus manos” (Salmos 143:5).

Podemos darnos cuenta de que el pueblo de Dios decide meditar acerca

⁴² El Salmo 119, el salmo más largo de la Biblia, incluye 176 referencias a la ley de Dios, sus ordenanzas, mandamientos, preceptos, estatutos y conceptos relacionados (*Holman Treasury of Key Bible Words* [El tesoro de las palabras clave de la Biblia de Holman], “Meditar”).

de los siguientes temas: Dios, sus obras, su Palabra, sus milagros, su ley, mandamientos, estatutos y preceptos.

Las posibilidades de esa lista por sí solas son ilimitadas:

- Podría meditar acerca de algún aspecto específico de la creación de Dios: un animal, una característica geográfica, un rasgo de la humanidad o incluso una ley de nuestro universo físico.
- Podría estudiar las palabras de Dios y sus obras descritas en la Biblia: los milagros que realizó, las batallas en las que influyó, los valientes que levantó o los reinos que derribó.
- Podría analizar alguno de los mandamientos de Dios: los Diez Mandamientos, las fiestas del Eterno, las carnes limpias e inmundas, los sacrificios o las diferentes leyes civiles y ceremoniales.
- Podría pensar en las formas en que Él ha intervenido en su vida de manera específica: las oportunidades que le ha dado, las amistades que le ha ayudado a cultivar, los lugares a los que lo ha llevado, los milagros que ha realizado en su vida.

También existen excelentes temas que son recurrentes en la Biblia y que puede estudiar una y otra vez, encontrando nuevas ideas y perspectivas. Los hemos incluido en “Temas para meditar” en la página 213. Aquí encontrará un sinfín de información e ideas acerca de qué pensar y meditar.

La meditación es una extensión natural del estudio de la Biblia

Usted probablemente descubrirá que el momento más fácil para meditar es durante o inmediatamente después del tiempo que usted aparta para el estudio bíblico. En la sección “Enfoques” en la página 131, analizamos seis “niveles de enfoque” diferentes para explorar la Biblia, incluyendo algunas preguntas que usted puede hacerse a medida que avanza en su estudio.

Estas preguntas son una gran herramienta que le ayudará a meditar durante el estudio de la Biblia. Con la Palabra de Dios fresca en su mente, le resultará más fácil pensar en lo que ha estado leyendo. Cuanto más practique estas preguntas durante su estudio bíblico, más natural llegará a ser la meditación para usted.

Por otro lado, si comenzamos a descuidar el estudio de la Biblia, a menudo encontraremos que nuestra capacidad para meditar también se ve afectada. Es importante recordar que el estudio de la Biblia es la forma principal en que Dios nos habla, y la meditación es la forma en que escuchamos y

procesamos esas palabras. Si no estamos permitiendo que Dios nos hable, no tendremos mucho en qué meditar.

Familiarizarse con el tema

Aunque muchas culturas orientales se enfocan en el elemento místico, la meditación no tiene nada que ver con esto. No hay palabras mágicas ni cantos especiales, no hay poses que aprender y no hay energías espirituales que alinear o desbloquear. De hecho, estos elementos de la meditación oriental tienen sus raíces en un tipo de prácticas paganas en las cuales Dios nos advierte que no debemos involucrarnos.

La meditación según Dios, que se describe en la Biblia, tiene que ver con nuestro *pensamiento*. Eso es todo.

Salomón escribió: “Gloria de Dios es encubrir un asunto; Pero honra del rey es escudriñarlo” (Proverbios 25:2). También escribió lo siguiente acerca de la sabiduría: “Si como a la plata la buscares, Y la escudriñares como a tesoros, Entonces entenderás el temor del Eterno, Y hallarás el conocimiento de Dios” (Proverbios 2:4-5).

La meditación es parte del proceso por el cual *escudriñamos* las profundidades de la sabiduría encubierta por Dios en su Palabra. Nunca seremos capaces de descubrirlo todo, como Pablo escribió: “¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Romanos 11:33), pero estudiar y meditar en su Palabra es un buen comienzo. Cuanto más busquemos y *escudriñemos*, más nos ayudará Dios a comprender su Palabra.

En nuestros corazones y en nuestras bocas

Hay dos palabras hebreas traducidas principalmente como “meditar” en el Antiguo Testamento: *hagah* y *siach*. Ambas palabras también tienen que ver con hablar y hacer ruido⁴³ o decir algo en voz alta; pueden significar cosas diferentes según el contexto.

Un claro ejemplo de esto se encuentra en el Salmo 77, donde Asaf escribió: “Me acordaba de mis cánticos de noche; meditaba [*siach*] en mi corazón, y mi espíritu inquiría... Meditaré [*hagah*] en todas tus obras, y hablaré [*hagah*] de tus hechos” (vv. 6, 12).

⁴³ *Hagah* también se usa para describir el arrullo de una paloma y el gruñido de un león, y *siach* parece referirse a una reacción interna que nos impulsa a responder con elogios o lamentos audibles (*The Hebrew and Aramaic Lexicon of the Old Testament* [Diccionario hebreo y arameo del Antiguo Testamento]).

Es probable que, al menos en el Antiguo Testamento, la meditación a menudo involucrara un componente verbal: palabras pronunciadas en voz alta mientras se pensaba profundamente acerca de un tema.⁴⁴ Las palabras habladas también pueden referirse a compartir pensamientos e ideas meditativas con otras personas (Salmos 77:12). Los salmos en sí mismos son a menudo meditaciones con música: poesía escrita por autores que reflexionaban acerca de la grandeza de Dios y su ley.

Dios le dijo a Josué: “Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás [hagah] en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito” (Josué 1:8). Como el nuevo líder de Israel, Dios esperaba que Josué hablara las palabras de su ley y que meditara en esas mismas palabras.

Parte de su meditación podría incluir hablar en voz alta, o puede que no. No es necesario que medite en voz alta, pero sí es una opción. El registro bíblico muestra que muchos del pueblo de Dios se beneficiaban al recitar las Escrituras en las que estaban pensando. Este proceso probablemente los ayudaba a memorizar muchas de ellas.

Haga preguntas, incluso las que no se pueden responder

Una de las mejores maneras para mantener nuestro enfoque en un tema es *hacer preguntas*.

Cuando usted haya decidido en qué meditar, comience a examinar ese tema mentalmente. Estúdielo desde diferentes ángulos. Investigue y examine el tema haciendo preguntas.

Preguntas relacionadas con las Escrituras

Por ejemplo, si está pensando en una sección de las Escrituras, podría hacerse las siguientes preguntas:

- ¿Cuál es la idea principal de este pasaje?
- ¿Por qué es este pasaje tan importante que está registrado en la Biblia?
- ¿Por qué están escritas estas palabras en este orden?
- ¿Por qué razón fueron elegidas estas palabras?
- ¿A quién iban dirigidas originalmente estas palabras?
- ¿Cómo se pudo haber sentido ese público al escucharlas?

⁴⁴ Por supuesto, también es posible meditar en las cosas *incorrectas*. Salomón nos advirtió que nos mantuviéramos alejados de “los hombres malos... Porque su corazón piensa [hagah] en robar, e iniquidad hablan sus labios” (Proverbios 24:1-2).

- ¿Qué podría haber pensado el autor cuando compartió este pasaje?
- ¿Hay otros pasajes o principios en la Biblia que estén relacionados con este pasaje?

Preguntas temáticas

Si está pensando en un tema más relacionado con el cristianismo en general, podría hacerse las siguientes preguntas:

- ¿Cómo la perspectiva de Dios hace que Él tenga un entendimiento perfecto acerca de este tema? ¿Cómo lo ve Él?
- ¿Estoy examinando este tema desde el punto de vista de Dios? ¿Qué podría faltarle a mi propia perspectiva?
- ¿Por qué ve Dios este tema de la manera en que lo hace? ¿Por qué es importante cómo veo yo este tema?
- ¿Es este tema algo que necesito incorporar en mi vida? ¿Por qué? ¿Qué puedo hacer para que esto suceda?
- ¿Cómo se relaciona este tema con otros temas de la Biblia?

Preguntas generales

Si usted está pensando en algo más que un pasaje de la Biblia (como, por ejemplo: un milagro personal que Dios ha realizado en su vida, un aspecto de su creación, etcétera), aquí hay otras preguntas para considerar:

- ¿De qué manera “las cosas invisibles” de Dios “se hacen claramente visibles” (Romanos 1:20) en esta instancia?
- ¿Qué me enseña esto acerca del carácter de Dios?
- ¿Qué principios espirituales están presentes aquí?
- ¿Cómo sería mi vida sin esto? ¿De qué manera he mejorado y de qué forma me he presentado ante desafíos para superar y crecer?

Algunas de esas preguntas no tendrán respuesta. De hecho, podría ser el caso de la mayoría de estas preguntas. Y esto está bien. ¡Siempre haga preguntas! La meditación no es un examen; no se trata de obtener todas las respuestas a todas las preguntas.⁴⁵ Se trata de *pensar*.

Así que, piense. Piense en quién, qué, cuándo, dónde, por qué y cómo. Piense en las cosas que sabe, las cosas que podría ser capaz de averiguar e

⁴⁵ *Pensamiento convergente* es el tipo de pensamiento que usamos cuando buscamos una solución correcta, como la respuesta a una pregunta de un examen. *Pensamiento divergente* es un tipo de pensamiento más creativo que explora múltiples posibilidades y diferentes líneas de pensamiento. Aprendemos más cuando meditamos acerca de temas desafiantes al pensar de manera divergente, es decir, sin apresurarnos a encontrar la primera respuesta que parezca correcta y continuar sin pensar.

incluso en las cosas que usted está seguro de que nunca recibirá una respuesta. Haga preguntas, maravílese, examine, reflexione, contemple, deje que su mente sopesa las posibilidades y mida las probabilidades. Pídale a Dios que guíe sus pensamientos hacia donde Él quiere que vayan, y luego medite. Piense y reflexione.

David hacía esto con frecuencia en sus salmos. Por ejemplo, le preguntó a Dios: “Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?” (Salmos 8:3-4). Al ver el increíble alcance y la grandeza de la creación de Dios, David no podía evitar preguntarse: *¿Por qué nosotros, oh Señor? ¿Qué hizo que decidieras fijarte en nosotros y ofrecernos una relación especial contigo?* David no esperaba una respuesta necesariamente, sólo meditaba acerca del papel privilegiado que tiene la humanidad en el plan de Dios. No concluyó dándonos una respuesta clara, sino que nos dejó con una alabanza a su Creador: “¡Oh Eterno, Señor nuestro, cuán grande es tu nombre en toda la tierra!” (v. 9).

Por supuesto, la meditación no es el paso final de este proceso. Así como sus estudios bíblicos personales a menudo incluirán muchos temas para meditar, sus meditaciones personales a menudo plantearán una variedad de temas para que usted pueda volver a estudiarlos con mayor profundidad. Es un hermoso proceso de dar y recibir, pero va a depender de nuestro compromiso de estudiar la Palabra de Dios haciendo preguntas.

Meditación proactiva vs. meditación reactiva

Algunos eventos en nuestra vida nos ayudan a pausar y pensar. El mudarse a una nueva ciudad, la muerte de un ser querido, casarse, el nacimiento de un hijo, comenzar un nuevo trabajo o cualquier otro evento importante de la vida, a menudo son lo suficientemente grandes e impactantes como para hacernos reflexionar.

Ése es un tipo de meditación *reactiva*. Algo importante nos *ocurre* y reaccionamos haciendo un balance de nuestras vidas: dónde estamos, hacia dónde vamos y si necesitamos hacer algunos cambios en nuestro rumbo. La meditación reactiva a menudo implica considerar cosas que hubiéramos hecho de manera diferente.

No hay nada de malo en eso. Dios nos creó para reaccionar ante eventos importantes con introspección y autoevaluación. Pero si nuestras meditaciones son sólo reactivas, si sólo nos detenemos a pensar cuando

algo nos sucede, entonces estamos viviendo nuestras vidas en el orden equivocado.

También deberíamos tratar de meditar de *manera proactiva*, es decir, hacer una pausa y hacer un balance de nuestra vida *antes* de que un gran triunfo o tragedia nos impulse a hacerlo. En lugar de centrarnos en las cosas que deseáramos haber hecho de manera diferente en el pasado, la meditación proactiva nos ayuda a concentrarnos en las cosas que pretendemos hacer de manera diferente en el futuro.

Un salmista escribió: “Lámpara es a mis pies tu palabra, Y lumbrera a mi camino” (Salmos 119:105). Cuando decidimos ser proactivos en nuestra meditación, nos estamos asegurando de usar la Palabra de Dios para iluminar continuamente nuestro camino, en vez de usarla sólo para entender las cosas que han salido mal.

9

Temas para meditar

A veces, la parte más difícil de la meditación es decidir en qué pensar. La Palabra de Dios abarca 66 libros compuestos de casi 1.200 capítulos⁴⁶ subdivididos en más de 31.000 versículos.⁴⁷ Hay mucho material para elegir, pero si aún no tiene un tema en mente, decidir por dónde empezar puede ser abrumador.

En esta sección, presentamos tres categorías principales que facilitarán su proceso de meditación: *listas bíblicas importantes, nombres y títulos de Dios y la ley de Dios*. En cada categoría encontrará referencias de las Escrituras y una breve descripción para comenzar.

Listas bíblicas importantes

A lo largo de la Biblia (y especialmente en el Nuevo Testamento), Dios nos proporciona listas importantes para tener en cuenta. Hay listas acerca de cómo equiparnos para la guerra espiritual, listas que describen el arrepentimiento según Dios, listas acerca de cómo Dios espera que su pueblo se comporte. Incluso los mismos Diez Mandamientos son una lista.

A veces puede ser tentador leer estas listas rápidamente y de manera superficial, pero cuando tomamos el tiempo necesario y nos detenemos a pensar en los diferentes elementos de una lista en particular, lo que signi-

⁴⁶ 1.189, para ser exactos.

⁴⁷ 31.102, para ser exactos.

fican, por qué Dios los colocó en ese orden y cómo están todos conectados, podemos descubrir una gran cantidad de conocimiento espiritual.

A continuación, presentamos algunas listas registradas en la Biblia en las que usted podría meditar. Hay más, por supuesto, pero éstas son un buen punto de partida.

Lista	Referencias en la Biblia	Descripción
Los Diez Mandamientos	Exodo 20:1-17	Los principios fundamentales del camino de vida de Dios.
Las fiestas del Eterno	Levítico 23	Una lista de los días santos y fiestas de Dios que simbolizan su plan para la humanidad.
Siete cosas que Dios aborrece	Proverbios 6:16-19	Siete cosas que Dios aborrece: acciones y estilos de vida que Él odia y no tolerará.
Cosas pequeñas pero sabias	Proverbios 30:24-28	Cuatro cosas pequeñas “que son más sabias que los sabios”, maravillas de la creación de Dios.
La esposa virtuosa	Proverbios 31:10-31	Cualidades de una esposa virtuosa. También considere las cualidades implícitas del esposo que “está en ella confiado” (v. 11).
Las Bienaventuranzas	Mateo 5:3-10; Lucas 6:20-23	Declaraciones de Jesús acerca de la clase de cristianos que deben ser considerados bienaventurados o felices.
El amor según Dios	1 Corintios 13:4-7	Las características del amor de Dios por nosotros y el amor que debemos tener los unos por los otros.

Lista	Referencias en la Biblia	Descripción
El arrepentimiento según Dios	2 Corintios 7:11	Cómo la tristeza según Dios finalmente “produce arrepentimiento para salvación” (v. 10).
Abunde en estas cosas	2 Corintios 8:7	Cualidades en que los cristianos deben “abundar” o deben cultivar en sus vidas.
El fruto del Espíritu	Gálatas 5:22-23	El fruto que crece al tener el Espíritu de Dios (en contraste con las obras que produce la naturaleza humana, en los versículos 19 al 21).
La armadura de Dios	Efesios 6:10-20	La armadura espiritual que los cristianos deben usar para “estar firmes contra las asechanzas del diablo” (v. 11).
Medita en estas cosas	Filipenses 4:8-9	Un parámetro para decidir acerca de qué temas vale la pena meditar.
La vestimenta de un cristiano	Colosenses 3:12-14	Los cristianos deben <i>vestirse</i> con estas cualidades y atributos.
Requisitos para los ministros y diáconos	1 Timoteo 3:2-12; Tito 1:5-9	Cualidades que deberían ser evidentes en un líder cristiano y, por extensión, en todos nosotros.
Sea un ejemplo	1 Timoteo 4:12-16	Una lista de cosas en las que debemos “ocuparnos” (v. 15) y meditar: maneras de cómo ser un ejemplo, áreas a las que debemos prestar atención.

Lista	Referencias en la Biblia	Descripción
Una viuda piadosa	1 Timoteo 5:9-10	Características que debe tener una viuda para recibir la ayuda de la Iglesia (en contraste con los rasgos descritos en los versículos 11 al 15).
En los últimos días	2 Timoteo 3:1-5	Rasgos de carácter que estarán presentes en los postreros días y que debemos evitar en nuestras vidas.
Toda la Escritura es provechosa	2 Timoteo 3:16-17	Cómo usar la Palabra de Dios para estar “enteramente preparado para toda buena obra” (v. 17).
Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos	Tito 2:1-8	Atributos que deben ser evidentes en los hombres y mujeres mayores, los hombres y mujeres jóvenes.
El comportamiento cristiano	Tito 3:1-2	Cómo deben comportarse los cristianos en el mundo (en contraste con el comportamiento no cristiano descrito en el versículo 3).
La sabiduría según Dios	Santiago 3:17	Cualidades que nos ayudan a identificar la sabiduría divina (en contraste con la sabiduría terrenal descrita en los versículos 14 al 16).
El camino hacia la madurez espiritual	2 Pedro 1:5-7	Lo que debemos añadir a nuestra fe y de este modo “no caer jamás” (v. 10) y poder entrar en el Reino de Dios (v. 11).

Nombres y títulos de Dios

El libro de Malaquías incluye este inspirador pasaje: “Entonces los que temían al Eterno hablaron cada uno a su compañero; y el Eterno escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen al Eterno, y para los que piensan [meditan u honran] en su nombre” (Malaquías 3:16).

Dios tiene muchos nombres y títulos en la Biblia, incluyendo el nombre que le reveló a Moisés en Éxodo 6:2. Por respeto y reverencia, los escribas judíos conservaron las consonantes de este nombre, pero no las vocales, dejándonos sólo con las letras *YHWH*. La mayoría de los nombres y títulos de Dios comienzan con esas cuatro letras, o bien con alguna forma de *Elohim* o *El* (palabras genéricas que a veces se refieren al Dios verdadero, pero a veces se refieren a dioses falsos paganos).

Los nombres y títulos en la Biblia son importantes. Los nombres y títulos de Dios nos revelan especialmente su carácter divino. Cuando meditamos en los atributos de Dios revelados en los nombres de Él que tenemos registrados en la Biblia, podemos llegar a un entendimiento más profundo y tener una relación con el Dios al que servimos.

La siguiente lista no es completa, pero incluye muchos nombres importantes de Dios que pueden proporcionarle mucho material para meditar.

Nombre	Significado	Versículo	Comentarios
El/Elohim	Dios	Salmos 82:1	Palabras hebreas para referirse a Dios o dioses; también se usa para referirse a dioses paganos, jueces, ángeles. Revela la pluralidad o naturaleza familiar de Dios.
El Roi	Dios que ve	Génesis 16:13	Usado por Agar mientras huía de Sarai, un reconocimiento de que Dios ve y se preocupa por todos.

Nombre	Significado	Versículo	Comentarios
El Olam	Dios Eterno	Génesis 21:33	Dios no tiene principio ni fin. Él es eterno y no tiene fin.
El Elyon	Dios Altísimo	Génesis 14:19	Usado por primera vez por Melquisedec cuando hablaba con Abraham; muestra que Dios no tiene igual ni rival.
El Shaddai	Dios Todopoderoso, Omnipotente	Génesis 17:1; Éxodo 6:3	Usado por Dios cuando se presenta ante Abraham. Hace énfasis en su poder y su fuerza infinitos.
El Gibbor	Admirable, Dios Fuerte	Deuteronomio 10:17; Isaías 9:6	Un título relacionado con el ejército. Los “valientes” de David eran gibborim (2 Samuel 23:8). Dios es un Dios poderoso que lucha por nosotros.
YHWH (posiblemente Yahweh)	Estrechamente relacionado con la palabra hebrea para “Yo soy”	Éxodo 6:2-3	Estrechamente relacionado con la declaración de Dios en Éxodo 3:14: “YO SOY EL QUE SOY”. Dios existe sin la ayuda de nadie ni de nada. Él es el Dios que Es. Él es eterno, sin principio ni fin.

Nombre	Significado	Versículo	Comentarios
YHWH Nissi	El Eterno es mi estandarte	Éxodo 17:15	Un estandarte era una bandera o un símbolo para que los soldados se reunieran durante la batalla. Dios nos da órdenes para marchar; servimos bajo su estandarte.
YHWH Rafa	El Eterno tu sanador	Éxodo 15:26	Una promesa de Dios a los israelitas: si le obedecían, Él los protegería de las enfermedades de los egipcios. Sólo Dios tiene la capacidad de sanar.
YHWH Rohi	El Eterno es mi pastor	Salmos 23:1	Al igual que un pastor, Dios nos guía a donde tenemos que ir, nos protege del peligro y se ocupa de nuestras necesidades.
YHWH Yireh	El Eterno proveerá	Génesis 22:14	Un título dado por Abraham después de que Dios proveyera un sacrificio en lugar de Isaac. Dios nos da lo que necesitamos, cuando tenemos necesidad.

Nombre	Significado	Versículo	Comentarios
YHWH Shalom	El Eterno es paz	Jueces 6:24	Dios es nuestra fuente de paz y protección, con Él no debemos tener miedo (Salmos 27:1).
YHWH Tsidkenu	El Eterno, justicia nuestra	Jeremías 23:5-6	Aunque Él espera que vivamos correctamente, no podemos ser verdaderamente justos sin el perdón, la justificación y la ayuda de Dios.
YHWH Sabaot	El Eterno de los ejércitos	1 Samuel 1:3	Además de ser el Todopoderoso, Dios también es el líder de los ejércitos de los cielos: nada en todo el universo se escapa de su control.
YHWH Shammah	El Eterno está allí	Ezequiel 48:35	En la visión que Dios le mostró a Ezequiel de un Israel restaurado, la ciudad capital fue nombrada como un recordatorio de la presencia continua de Dios: <i>YHWH Shammah</i> , “El Eterno está allí”.

Nombre	Significado	Versículo	Comentarios
YHWH M'Qadash	El Eterno que os santifica	Levítico 20:7-8	Sólo Dios tiene el poder de apartarnos y hacernos santos, y es un hecho. Cuando le obedecemos, permanecemos santificados.
Kardiognostes	El Señor que conoce los corazones de todos	Hechos 1:24; 15:8	Nada está oculto delante de Dios, Él conoce nuestros corazones, incluso cuando otros no pueden.
Alpha y Omega	El principio y el fin, el primero y el último	Apocalipsis 1:8, 11; 21:6; 22:13	“Alfa” (Α) y “Omega” (Ω) son la primera y la última letra del alfabeto griego; Dios es el principio y el fin de todas las cosas.

La ley de Dios

El Salmo 119 frecuentemente muestra una conexión entre la meditación y los diferentes aspectos de la ley de Dios: sus preceptos, sus juicios, sus mandamientos, sus estatutos y más. La mayoría de los comentarios coinciden en señalar que es casi imposible encontrar una clara distinción entre estos términos. Sus significados a menudo se superponen en la Biblia y, frecuentemente, aparecen uno al lado del otro de tal manera que es muy difícil distinguirlos.

Por ejemplo:

- El Salmo 19:7-9 menciona la ley de Dios, sus testimonios, sus estatutos, sus mandamientos y sus juicios.
- El Salmo 119:1-8 menciona la ley de Dios, sus testimonios, sus preceptos, sus estatutos, sus mandamientos, sus juicios y luego sus estatutos nuevamente.
- Nehemías 9:13-14 dice que Dios le dio a Israel “juicios rectos, leyes

verdaderas, y estatutos y mandamientos buenos”, y que Él les prescribió “mandamientos, estatutos y la ley”.

- Deuteronomio 7:11 nos dice: “Guarda, por tanto, los mandamientos, estatutos y decretos que yo te mando hoy que cumplas”.

Sin embargo, si nos fijamos en los idiomas originales, podemos descubrir algunas diferencias útiles entre varias de estas palabras. A continuación, se muestra una lista de algunas de las palabras hebreas y griegas clave que se usan para describir las instrucciones de Dios, cómo se pueden traducir, qué significan generalmente y algunos lugares en las Escrituras donde son mencionadas.

Estudiar estas diferentes palabras podría motivarlo a contemplar la ley de Dios desde una perspectiva diferente que quizá no había considerado antes.

Terminología de la ley de Dios

Vocablos	Significados generales	Notas	Referencias
<i>mišwâ</i> (aparece 184 veces)	Mandato, mandamiento, orden	Un <i>mišwâ</i> es un mandato o una orden. La obediencia a los mandamientos de Dios trae bendiciones; la desobediencia trae maldiciones.	Éxodo 20:5-6; Deuteronomio 4:40; 11:26-28
<i>mišpāṭ</i> (aparece 425 veces)	Justicia o juicio	Un <i>mišpāṭ</i> conlleva un sentido de arbitraje entre dos partes, como una sentencia legal. Los juicios de Dios nos enseñan a vivir con justicia y a tratar a los demás justamente.	Éxodo 21:1; Levítico 19:15, 35; 26:43, 46; 1 Reyes 6:12; 1 Crónicas 16:14; Salmos 89:30-37

Vocablos	Significados generales	Notas	Referencias
<i>ḥōq</i> and <i>ḥuqqâ</i> (aparecen 131 y 104 veces)	Decreto, estatuto, ordenanza, costumbre	Las palabras <i>ḥōq</i> y <i>ḥuqqâ</i> tienen que ver con la idea de fijar un límite o establecer un patrón de conducta. Los decretos y estatutos de Dios a menudo nos muestran los límites que no debemos cruzar. A veces se les da una importancia adicional como una “costumbre perpetua” (Éxodo 12:17). Estas palabras aparecen a menudo junto a <i>mišpāṭ</i> , <i>mišwâ</i> y <i>tôrâ</i> .	Éxodo 15: 25-26; Deuteronomio 30:10; Salmos 2:7; 50:16-17; Isaías 24:5; Malaquías 3:7
<i>‘ēdût</i> (aparece 61 veces)	Testimonio, estatuto, estipulación, reglamento	En los primeros cinco libros de la Biblia, <i>‘ēdût</i> se refiere exclusivamente a las tablas que contienen los Diez Mandamientos y, por extensión, al arca y al tabernáculo que los contenían. Este testimonio representaba el pacto que Dios había hecho con Israel. Más adelante en la Biblia, <i>‘ēdût</i> llegó a referirse a la ley de Dios en general, junto con los reglamentos de esa ley.	Éxodo 25:16; Deuteronomio 6:17; Josué 4:16; Jeremías 44:23

Vocablos	Significados generales	Notas	Referencias
<i>tôrâ</i> (aparece 223 veces)	Ley, reglamento, instrucción, enseñanza	<i>Tôrâ</i> se refiere colectivamente a las instrucciones de Dios que gobiernan la vida de su pueblo. Cuando Esdras leyó el libro de la ley (<i>tôrâ</i>) de Moisés (Nehemías 8:1-3), probablemente incluía los primeros cinco libros de la Biblia.	Éxodo 12:49; 18:16; Deuteronomio 4:44-46; 29:29; 30:10; 32:46; Josué 8:32-34; 2 Reyes 22:8; Nehemías 8:1-3; Salmos 119:72; Ezequiel 22:26
<i>entole</i> (aparece 67 veces)	Mandamiento	En griego, <i>entole</i> es similar a la palabra hebrea <i>mišwâ</i> , un mandamiento que se espera que obedezcamos.	Mateo 22:36-40; Marcos 10:19; Juan 15:12; Romanos 7:12; 1 Corintios 14:37; 1 Juan 5:3
<i>piqqûdîm</i> (aparece 24 veces)	Preceptos, instrucciones, órdenes, reglamentos	<i>Piqqûdîm</i> se usa sólo en los Salmos y casi en su totalidad en el Salmo 119. Parece expresar “la idea de que Dios presta atención a cómo quiere que se ordenen las cosas” (<i>The Complete Word Study Dictionary: Old Testament</i> [Diccionario completo de estudio de palabras: Antiguo Testamento]).	Salmos 19:8; 103:18; 111:7; 119:93, 100, 104, 173

Vocablos	Significados generales	Notas	Referencias
<i>didache</i> y <i>didaskalia</i> (aparecen 30 y 21 veces)	Doctrina, enseñanza, instrucción	En griego, <i>didache</i> y <i>didaskalia</i> son similares a la palabra hebrea <i>tôrâ</i> : enseñanzas e instrucciones acerca de cómo debemos vivir nuestras vidas.	Mateo 7:28; Juan 7:16-17; Hechos 2:42; Romanos 15:4; 1 Timoteo 4:1, 6, 16; 2 Timoteo 3:16
<i>nomos</i> (aparece 194 veces)	Ley	En el Nuevo Testamento, <i>nomos</i> a menudo se refiere a la ley dada por Dios a través de Moisés (el <i>tôrâ</i>) o a todo el Antiguo Testamento. También puede referirse a reglas, normas o principios generales.	Mateo 5:17; 22:36-40; Juan 7:19; Romanos 6:15; 7:12; 13:10; Hebreos 9:22; Santiago 2:8-12

10

El objetivo de la meditación

Los cristianos no meditan sólo por meditar. Fijamos nuestras mentes en las cosas de Dios: en las cosas que son verdaderas, honestas, justas, puras, amables, de buen nombre, excelentes y dignas de alabanza (Filipenses 4:8), no se trata sólo de mantenernos ocupados.

Pablo escribió: “No os conforméis a este siglo, sino *transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento*, para que comprobéis cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12:2, énfasis añadido). La meditación es parte del proceso que Dios usa para transformar y renovar nuestras mentes a fin de que se parezcan cada vez más a la suya.

El tesoro en su corazón

Pensar como Dios, es literalmente, una meta digna y elevada. “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo el Eterno. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos” (Isaías 55:8-9).

Como leímos en la introducción de esta sección, la mente carnal, la mente natural y humana, se opone a Dios (Romanos 8:5-8). No estamos naturalmente inclinados a ver el mundo como Él lo hace, pero la meditación nos ayuda a cambiar eso: “Más que todos mis enseñadores he entendido,

Porque tus testimonios son mi meditación. Más que los viejos he entendido, Porque he guardado tus mandamientos” (Salmos 119:99-100).

La meditación funciona de acuerdo a un importante principio espiritual: “Porque cual es su pensamiento en su corazón, tal es él” (Proverbios 23:7). Además, Jesús explicó: “El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Lucas 6:45).

En términos más simples: “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mateo 6:21).

Las cosas en las que elegimos meditar se convierten en el tesoro con el que llenamos nuestros corazones. Ese tesoro, de una forma u otra, producirá un cambio en nosotros. Y no es una decisión que ocurra una sola vez. Tenemos que tomar decisiones *continuamente* entre las cosas de Dios y las del mundo, y esas decisiones seguirán acumulándose en nuestros corazones, dando forma a lo que nos convertimos.⁴⁸ Como resultado, “aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día” (2 Corintios 4:16).

Después del nacimiento de Jesús, cuando los pastores contaron todo lo que habían oído de las huestes angélicas acerca de la llegada del Mesías, “todos los que oyeron, se maravillaron de lo que los pastores les decían” (Lucas 2:18). Era muy emocionante, era la noticia del siglo. Pero María, la madre de Jesús, hizo algo más que maravillarse. “Pero María guardaba todas estas cosas, *meditándolas en su corazón*” (v. 19, énfasis añadido).

Aquí, la palabra griega significa exactamente eso, meditar. María hizo el esfuerzo de guardar, *de aferrarse*, a las cosas que había oído y luego pensar realmente en ellas. Eso era parte del tesoro que guardaba en su corazón.

Creer como cristianos requiere que hagamos lo mismo: aferrarnos a los mensajes que Dios nos da y meditar en ellos en nuestros corazones.

Pero ni siquiera eso es suficiente. El objetivo final de la meditación es un cambio interno que produce un resultado externo. Cambiar por *dentro* no significa mucho si nunca cambiamos lo que somos por *fuera*.

Poner en práctica los pensamientos

El proceso de transformación comienza con la renovación de nuestras mentes, pero no puede terminar ahí.

⁴⁸ Hay otro beneficio cuando llenamos nuestros corazones con el tipo correcto de tesoro: garantiza que no haya espacio para el *incorrecto*.

Pablo nos dio la siguiente amonestación: “despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:22-24).

A medida que el hombre interior cambia, a medida que somos renovados y transformados al meditar continuamente en la Palabra de Dios, las acciones del “nuevo hombre” deben hacerse cada vez más evidentes.

Santiago advirtió que simplemente *escuchar* no es suficiente. “Pero sed hacedores de la palabra”, escribió, “y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra, pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:22-25).

Éste no es un proceso pasivo. Lo que escuchamos, es decir, lo que atesoramos en nuestros corazones y meditamos, *debe* traducirse en acción.

Pablo lo describió en términos de una guerra espiritual: “Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Corintios 10:3-5).

Destruir opiniones y argumentos *altivos y llevando cautivo todo pensamiento* no tiene nada de pasivo. A medida que libramos esta guerra en nuestras mentes, *cambiaremos quiénes somos*. Con la ayuda de Dios, nos despojamos de los pecados de nuestra vida y el nuevo hombre se va alineando cada vez más con Jesucristo.

Debemos alimentar la meditación

La oración, el estudio de la Biblia y la meditación están estrechamente ligados. Hablamos con Dios a través de la oración. Dios nos habla a través del estudio de la Biblia. Y escuchamos y asimilamos sus palabras a través de la meditación.

No podemos ignorar ninguno de estos tres elementos en nuestras conversaciones con Dios. Crecer como cristianos requiere que hablemos con Dios, que escuchemos sus palabras y luego le demos a esas palabras un

lugar para morar en nuestros corazones. Si dejamos de lado cualquiera de estos elementos, nuestro crecimiento se verá atrofiado.

Por supuesto, es muy beneficioso cuando oramos y estudiamos la Biblia, incluso por sí solos. Hay mucho que ganar al compartir nuestros pensamientos y peticiones con Dios y estudiar su Palabra, incluso si descuidamos las otras partes de la ecuación.

La meditación, sin embargo, requiere algo *acerca de* qué meditar. Si no estamos estudiando, si no estamos orando, entonces va a ser difícil, tal vez incluso imposible, meditar. Nuestros estudios y nuestras oraciones generalmente van a ser la fuente que alimenta nuestra meditación.

Cuando los tres elementos se combinan de la manera correcta, Dios nos ayuda a descubrir que tenemos una increíble capacidad de crecimiento.

En verdad, necesitamos orar y necesitamos estudiar. Y a medida que hacemos ambas cosas, procesamos lo que estamos aprendiendo y logramos hacer lo que no siempre viene de manera natural:

Nos detenemos y *meditamos*.

Parte IV

Ayuno

¿Qué es el ayuno?

El ayuno bíblico es el acto de abstenerse de comer y beber durante un tiempo específico. Los cristianos usan el ayuno como una forma de humillarse ante Dios, buscando su intervención en sus vidas.

¿Por qué es importante el ayuno?

El ayuno tiene un tremendo impacto en la forma en que nos acercamos a Dios. Al estar temporalmente sin comida ni agua, nos vemos obligados a reconocer nuestras propias limitaciones físicas. Incluso un corto tiempo sin alimento físico nos deja débiles y dolorosamente conscientes de nuestra dependencia de “nuestro pan diario” que Dios provee (vea “Danos el pan diario” en la página 34).

Más que eso, el ayuno nos ayuda a recordar una verdad esencial: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Es verdad que necesitamos el alimento físico, pero necesitamos el alimento espiritual aún más. El ayuno nos recuerda que el alimento *espiritual* que necesitamos sólo se puede obtener a través de Dios.

Al igual que con todas las herramientas espirituales que están a nuestra disposición, nuestra actitud y motivación al ayunar son extremadamente importantes. Nunca debemos ayunar en un intento de forzar a Dios a hacer algo específico (no podemos forzar la mano de Dios), sino que el ayuno, puede y *debe* ser una expresión de nuestro sincero deseo de buscar la intervención directa de Dios en nuestra vida.

11

Entender el ayuno y su definición

Al igual que la meditación, el ayuno es una práctica que ha existido por miles de años. Y de igual manera que ocurre con la meditación, usted encontrará muchas ideas contradictorias acerca de lo que es el ayuno y lo que se supone que se debe lograr con él.

Por supuesto, como cristianos, nos interesa entender cómo define Dios el ayuno, pero incluso eso puede ser un poco complejo. En la Biblia encontramos muchas referencias y ejemplos acerca del ayuno, pero la práctica nunca se define explícitamente. Para llegar a una mejor comprensión, tendremos que estudiar esas referencias más detenidamente y ver qué podemos aprender de ellas.

El día de Expiación nos da un contexto importante

El ejemplo más destacado del ayuno en la Biblia proviene de Dios mismo. Dios le dijo a Moisés que instruyera a la nación de Israel acerca de “las fiestas solemnes del Eterno, las cuales proclamaréis como santas convocaciones” (Levítico 23:2).

Una de estas fiestas sagradas es el día de Expiación (*Yom Kipur* en hebreo).

Dios dio instrucciones especiales para este día santo: “Día de reposo será a vosotros, y *afligiréis vuestras almas*, comenzando a los nueve días del mes en la tarde; de tarde a tarde guardaréis vuestro reposo” (v. 32, énfasis añadido).

Durante un período de 24 horas, del atardecer al atardecer, Dios espera que su pueblo aflija su alma, una expresión idiomática hebrea para referirse al ayuno.⁴⁹ Este mandamiento no debía tomarse a la ligera: “Porque toda persona que no se afligiere en este mismo día, será cortada de su pueblo”⁵⁰ (v. 29).

Muchos de los ayunos descritos en la Biblia se definen claramente como un período determinado durante el cual una persona se abstiene de comer y beber (vea Ester 4:16; Esdras 10:6; Hechos 9:9; Éxodo 34:28; 1 Reyes 13:8-9; 2 Samuel 3:35), y el ayuno de 24 horas en el día de Expiación también está diseñado para realizarse de la misma manera, sin comida ni ningún tipo de bebida.

El día de Expiación no nos da un patrón exacto de cómo debería ser cada ayuno. Provee un poco de información acerca de cómo realizar el ayuno, pero no lo define completamente.

Por ejemplo, el hecho de que el día de Expiación requiera un ayuno de 24 horas desde el atardecer hasta el atardecer no significa que todos nuestros ayunos deban durar 24 horas o comenzar al atardecer. La Biblia destaca varios ayunos que duraron períodos más cortos o más largos y que comenzaron en un horario diferente (2 Samuel 1:11-12; 3:31-35; Nehemías 1:4).

Lo que *está* claro, sin embargo, es esta conexión entre el ayunar y *afligir nuestras almas*. ¿Qué hace que esto sea una parte tan importante del ayuno?

Afligir nuestras almas nos ayuda a ser humildes

Una de los principales propósitos del ayuno es que nos ayuda a humillarnos, y uno de los mayores malentendidos acerca del ayuno es *cómo* nos ayuda a lograrlo.

A medida que la Iglesia primitiva crecía, una idea que se infiltró en la manera de pensar de los cristianos, era que todo en nuestro mundo físico y

⁴⁹ En hebreo, el “alma” o *nephesh*, hace referencia “a una criatura o persona como un todo: uno mismo, cuerpo e incluso el cuerpo muerto” (*Mounce’s Complete Expository Dictionary of Old and New Testament Words*, [Diccionario expositivo completo de palabras del Antiguo y Nuevo Testamento por Mounce], p. 996). El ayuno es un acto que “aflige” o causa cierto grado de angustia a nuestros cuerpos físicos.

⁵⁰ Esta expresión, que la persona *será cortada de su pueblo*, “describe un castigo divino” e “implica el fin del nombre de una persona y su recuerdo entre el pueblo de Dios” (*The Expositor’s Bible Commentary*, Revised Edition [Comentario bíblico del expositor, edición revisada]).

material es malo por definición. El objetivo de esta filosofía, que eventualmente llegó a conocerse como *gnosticismo*, era trascender nuestra existencia física alcanzando lo espiritual.

El gnosticismo promovía el *ascetismo*, un estilo de vida que se caracterizaba por evitar los placeres físicos de esta vida. Dado que los gnósticos creían que nuestros cuerpos físicos son malos, algunos de ellos también creían que, para acercarse a Dios, era necesario castigar o debilitar el cuerpo, algo que creían que podía lograrse a través del ayuno.

Pablo atacó esta falsa ideología cuando les escribió a los colosenses: “Pues si habéis muerto con Cristo en cuanto a los rudimentos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos tales como: No manejes, ni gustes, ni aun toques (en conformidad a mandamientos y doctrinas de hombres), cosas que todas se destruyen con el uso?” (Colosenses 2:20-22).

Al parecer, los colosenses habían sido convencidos por “mandamientos y doctrinas de hombres” (v. 22), en lugar de la Palabra de Dios, creyendo que tenían que distanciarse de las cosas físicas que Dios “creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad” (1 Timoteo 4: 3). Pablo fue aún más directo en su carta a Timoteo, advirtiendo que estas personas estaban “escuchando a espíritus engañosos y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que... [tenían] cauterizada la conciencia” (vv. 1-2).

En su mensaje a los colosenses, Pablo continúa explicando: “Tales cosas [doctrinas] tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (Colosenses 2:23). En otras palabras, los gnósticos sólo *aparentaban* saber de lo que estaban hablando, pero al final, no servía de nada que maltrataran sus cuerpos.

Después de todo, Dios hizo el mundo físico y envió a su Hijo a morir por nuestros pecados como un ser humano físico, por lo que no tiene sentido que nuestra existencia física esté de alguna manera contaminada o sea malvada. Es importante entender que *el ayuno no se trata de un castigo físico de nuestros cuerpos*. No nos acercamos a Dios al infligirnos dolor.

De qué manera el verdadero ayuno nos conduce a la humildad

Lo que el ayuno ciertamente hace es proveernos un marco de referencia apropiado para acercarnos a Dios.

Cuando pasamos algún tiempo sin ingerir comida ni bebida, nos debilitamos. Nuestros estómagos hacen sonidos extraños. Nos cansamos. No tenemos la energía para hacer las cosas que normalmente hacemos.

En muchos aspectos, el ayuno nos recuerda que somos seres frágiles y físicos, cuya existencia misma depende de una serie de factores externos a nosotros mismos.

Necesitamos comida. Necesitamos agua. Necesitamos refugio de las inclemencias del tiempo y un entorno seguro. Si nos privamos de cualquiera de estas cosas por mucho tiempo, moriremos.

David escribió: “El hombre, como la hierba son sus días; Florece como la flor del campo, Que pasó el viento por ella, y pereció, Y su lugar no la conocerá más” (Salmos 103:15-16, compare Isaías 40:6-8).

Nuestra existencia es un claro contraste con el Dios Eterno y Todopoderoso, que no necesita ninguna de las cosas que nosotros necesitamos. “¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es el Eterno, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance” (Isaías 40:28).

A Dios no le da hambre ni sed. Ni siquiera se *cansa*. Él creó el universo en el que vivimos y su vida nunca está en peligro. Él es el Creador eterno y omnisciente, y cuando venimos ante su trono, somos un poco más que la hierba o las flores del campo en comparación.

Esdras proclamó un “ayuno... para afligirnos delante de nuestro Dios” (Esdras 8:21). Refiriéndose al rey Acab cuando él “ayunó, y... anduvo humillado” (1 Reyes 21:27), Dios dijo que “Acab se ha humillado delante de mí” (v. 29). El rey David también escribió: “Afligí con ayuno mi alma” (Salmos 35:13).

Aunque la religión judía posteriormente llegaría a ver el ayuno regular como una *muestra* externa de humildad (vea “Jesús: ¿por qué está usted ayunando?” en la página 273), las Escrituras nos muestran claramente que el propósito del ayuno es *traernos* a un lugar de humildad. En otras palabras, el acto físico de tener hambre no le muestra a Dios cuán humildes somos, sino que es una forma de humillarnos ante Dios, al recordarnos quiénes somos delante de Él.

La oración es un componente clave del ayuno

Es imposible hablar del ayuno sin mencionar también la oración. Como

práctica espiritual, el ayuno es mucho más que sólo sentir hambre. Si no le dedicamos tiempo para estar conectados con Dios a través de la oración, entonces, lo único que vamos a lograr es tener hambre.

En la Biblia, el ayuno está frecuentemente conectado con la oración. Esdras registró lo siguiente acerca de él y sus compañeros judíos: “Ayunamos, pues, y pedimos a nuestro Dios... y él nos fue propicio [contestó nuestra oración]” (Esdras 8:23). Daniel volvió “[su] rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza” (Daniel 9:3). La profetisa Ana “no se apartaba del templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones” (Lucas 2:37). Los discípulos oraban “con ayunos” (Hechos 14:23), cuando tenían que elegir a los líderes en las nuevas congregaciones de la Iglesia.

Cuando nos humillamos y afligimos nuestras almas, debemos usar ese tiempo diligentemente, siguiendo la exhortación que Dios nos da: “Acercuémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16). El ayuno es un instrumento poderoso que nos permite buscar una relación más cercana con Dios, sin embargo, si no estamos haciendo el esfuerzo de hablar con Él, entonces no estamos usando esta herramienta correctamente.

Fijemos nuestra mirada en el alimento espiritual

Tres de los cuatro relatos de los Evangelios describen los 40 días que Jesús ayunó en el desierto, antes de la confrontación espiritual que tuvo con Satanás el diablo (Mateo 4:1-11; Marcos 1:12-13; Lucas 4:1-13; vea más en “Ayunos notables en la Biblia” en la página 252).

Mateo registra que “[Jesucristo] después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre” (Mateo 4:2). Aunque esta afirmación pareciera ser un poco obvia a primera vista, no hay que olvidar que fue la primera y más obvia arma disponible de Satanás. Se burló de Jesús, diciendo: “Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan. Él respondió y dijo: Escrito está: No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:3-4).

Ésa fue una cita de Moisés, quien también pasó 40 días y 40 noches ayunando antes de recibir los Diez Mandamientos de Dios (Éxodo 34:28). En la frontera de la Tierra Prometida, Moisés recordó a los israelitas lo siguiente: “Y [Dios] te afligió, y te hizo tener hambre, y te sustentó con maná, comida que no conocías tú, ni tus padres la habían conocido, para hacerte saber

que no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca del Eterno vivirá el hombre” (Deuteronomio 8:3).

Aunque mencionamos este concepto anteriormente en la sección, “Danos el pan diario” en la página 34, el ayuno nos enseña esta lección de manera más profunda.

Cuando nos humillamos durante el ayuno, nuestra atención naturalmente se concentra en nuestras propias limitaciones físicas. Pero es un error detenerse ahí. Reconocer nuestra fragilidad es sólo el primer paso para descubrir la principal lección del ayuno:

Nuestro alimento físico es mucho menos importante que nuestro alimento espiritual.

El alimento espiritual es más fácil, pero más peligroso, de descuidar

Es fácil concentrarnos en nuestra hambre física. Cuando nuestros cuerpos se ven privados de comida y agua, la incomodidad es imposible de ignorar. El hambre espiritual, por otro lado, rara vez se siente con tal urgencia. Es más fácil ignorarla, descartarla o decidir hacer algo al respecto más tarde.

Nuestros cuerpos nos avisan inmediatamente cuando sentimos hambre, pero nos permiten ignorar el hambre espiritual indefinidamente. El ayuno nos lleva a analizar en ese desequilibrio y nos ayuda a preguntarnos si hemos estado descuidando aspectos de nuestro alimento espiritual.

Jesús dijo: “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28). Dios es perfectamente capaz de traernos de vuelta a la vida, ya sea a una existencia física ahora (Mateo 27:52-53; Hechos 9:36-43), o a una existencia espiritual al regreso de Cristo (1 Corintios 15:51-52; 1 Tesalonicenses 4:16-17). Dado que tenemos la promesa de nuestra resurrección como seguidores de Dios, podemos considerar la muerte en su contexto más amplio.

Jesús nos advirtió acerca del *verdadero* peligro que conlleva la inanición espiritual. Dios es el único que puede destruir “tanto el alma como el cuerpo” en el lago de fuego (Apocalipsis 20:14-15), una destrucción final y completa de todos aquellos que eligen rechazar el camino de vida de Dios. (Le invitamos a leer más acerca de este tema en nuestro artículo “[¿Qué es el lago de fuego?](#)”).

Cuando “descuidamos una salvación tan grande” (Hebreos 2:3) como la

que Dios nos ha revelado, comenzamos a morirnos de hambre espiritualmente. Si no nos esforzamos y dejamos de recibir el alimento espiritual que necesitamos de la Palabra de Dios, el daño a nuestra relación con Él es extremo. Si no se controla, el resultado final es una especie de muerte espiritual: desinterés total o incluso desprecio por la Palabra de Dios, lo que llevará a nuestra destrucción final.

Nuestras necesidades de supervivencia física se sienten más urgentemente que cualquier otra cosa en nuestras vidas. A través del ayuno, podemos reenfocarnos y recordar que nuestras necesidades espirituales merecen una atención aún mayor.

¿Qué es el alimento espiritual?

El Salmo 42 comienza: “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, Así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿Cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?” (vv. 1-2). El salmista sentía el anhelo de estar en la presencia de Dios tan intensamente como alguien que experimenta una sed física extrema.

En el Sermón del Monte, Jesús prometió: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mateo 5:6). En el griego original, la connotación de esto es que sólo *ellos*, en quienes se hace énfasis, serán saciados, *pero no otros*.⁵¹ Al final, los únicos que estarán verdaderamente llenos (o “saciados”) son los que tienen hambre y sed de la justicia de Dios, los que tienen hambre y sed del alimento espiritual que sólo Dios puede proveer.

Cuando los discípulos le trajeron a Jesús comida para que comiera, Él les dijo: “Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis” (Juan 4:32). Los discípulos estaban perplejos, especialmente porque habían ido a la ciudad exclusivamente para comprar comida después de un viaje largo y agotador (vv. 6, 8).

Pero Jesús estaba tratando de explicarles algo importante. Él les dijo: “*Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra*” (v. 34, énfasis añadido).

A pesar de ser el Hijo de Dios, Jesucristo fue humano mientras vivió en la Tierra. Después de un largo viaje, estaba “cansado del camino” (v. 6) y

⁵¹ La palabra griega para “ellos” (*autoi*) no era gramaticalmente necesaria en esta oración; al incluirla, Jesús usó algo llamado *énfasis en el contraste*. Aquí (y en el resto de las Bienaventuranzas), se hace énfasis en que estas bendiciones pertenecen al grupo mencionado y a *nadie más*.

seguramente tenía hambre y quería una buena comida. Pero Él quería enseñar a los discípulos algo muy importante: más que el hambre física que todos sentían en ese momento, Jesús tenía un hambre espiritual de hacer la voluntad de su Padre.

Aquí es donde Él obtenía su verdadera fuerza y sustento. La comida que estaban a punto de comer todavía era físicamente necesaria, pero lo que realmente importaba, era que Jesús *tenía hambre* de hacer la voluntad de Dios.

Cuando ayunamos, uno de nuestros principales objetivos debe ser buscar y entender la voluntad de Dios en nuestras vidas, y luego actuar de acuerdo con lo que aprendemos. Cuando adoptamos este enfoque, evitamos uno de los malentendidos más comunes acerca del ayuno. No ayunamos para convencer a *Dios* para que haga lo que *nosotros* queremos, sino que ayunamos para alinearnos con los planes que Él tiene para *nosotros*.

El agua viva y el pan de vida

Mientras sus discípulos estaban comprando comida en la ciudad, Jesús le pidió a una mujer samaritana que le diera de beber agua de un pozo. Jesús le dijo: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva” (Juan 4:10).

Al igual que los discípulos, la mujer en el pozo no entendió esta conexión espiritual, sino que se preguntaba cómo Jesús podía sacar agua del pozo sin tener un balde (vv. 11-12).

Jesús continuó explicándole que “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna” (vv. 13-14).

Más tarde, Él expandió este concepto de tal modo que hizo que su audiencia se sintiera extremadamente incómoda. Explicó: “Yo soy el pan de vida; el que a mí viene, nunca tendrá hambre; y el que en mí cree, no tendrá sed jamás... Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió” (Juan 6:35, 38).

Moisés les dijo a los israelitas, que Dios los había alimentado “con maná, comida que no conocías” (Deuteronomio 8:3), pan del cielo, que los sostuvo a lo largo de sus 40 años deambulando por el desierto.

Pero Jesús nos ofrece más que pan físico. Él les dijo a quienes lo oían: “Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Éste es el

pan que desciende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo... De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero. Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí. Éste es el pan que descendió del cielo; no como vuestros padres comieron el maná, y murieron; el que come de este pan, vivirá eternamente” (Juan 6:49-51, 53-58).

Este nuevo concepto que Jesucristo les estaba explicando, fue desconcertante para ellos y “Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él” (v. 66). En retrospectiva, es fácil para nosotros leer esto y entender que Cristo estaba hablando metafóricamente del sacrificio que estaba a punto de hacer.

Su carne y su sangre pagarían el castigo por nuestros pecados y, a menos que comamos esa carne y bebamos esa sangre simbólicamente, no tenemos vida en nosotros.⁵² El cuerpo y la sangre de Jesucristo son parte del alimento y la bebida espiritual que debemos recibir en nuestras vidas. Ambos representan el sacrificio que abrió las puertas de la salvación, porque “para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:39).

Mientras ayunamos, queremos ver más allá de nuestra existencia física, concentrándonos en cambio, en la comida y bebida espiritual que conducen a la vida eterna.

Lo que ganamos al ver más allá de lo físico

Jesús también le dijo a la mujer en el pozo: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24).

Somos seres físicos que vivimos en un mundo físico, viviendo vidas físicas. Dios es un ser espiritual que vive en un mundo espiritual, Él es “el único

⁵² Los cristianos convertidos y bautizados, conmemoran este sacrificio cada año durante el servicio de la Pascua, comiendo y bebiendo el pan sin levadura y el vino que simbolizan el cuerpo y la sangre de Jesucristo, de la misma manera que Él nos enseñó a hacerlo (1 Corintios 11:23-26). Puede leer más en nuestro artículo “La Pascua: ¿qué hizo Jesús por usted?”.

que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible” (1 Timoteo 6:16). Él interactúa con nosotros en nuestra existencia física, pero nos llama a mirar *más allá* del mundo que conocemos a medida que nos esforzamos por comprender los fundamentos espirituales del universo que Él creó.

Lo físico es temporal. Lo espiritual es eterno. Cuando Moisés construyó el tabernáculo, lo hizo de acuerdo a un modelo que Dios le había mostrado, pero el autor de Hebreos llamó a ese tabernáculo una “figura y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5). Refiriéndose a esto, Pablo escribió: “porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17).

El ayuno nos ayuda a enfocarnos en lo espiritual en lugar de lo físico. En lugar de poner nuestra mirada en cosas como la comida y la bebida, el ayuno nos ayuda a considerar principios espirituales como la justicia, la paz y el gozo.

En Isaías 58, Dios describe “el ayuno que yo escogí” (v. 6). Cuando ayunamos y nos enfocamos en las cosas que le agradan a Dios, Él hace una hermosa promesa:

Si quitares de en medio de ti el yugo,
 el dedo amenazador, y el hablar vanidad
 y si dieres tu pan al hambriento,
 y saciases al alma afligida,
 en las tinieblas nacerá tu luz,
 y tu oscuridad será como el mediodía.
 El Eterno te pastoreará siempre,
 y en las sequías saciará tu alma,
 y dará vigor a tus huesos;
 y serás como huerto de riego,
 y como manantial de aguas, cuyas aguas nunca faltan.
 Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas;
 los cimientos de generación y generación levantarás,
 y serás llamado reparador de portillos,
 restaurador de calzadas para habitar (Isaías 58:9-12).

En la sección, “Afligir nuestras almas nos ayuda a ser humildes” en la página 233, vimos cómo el ayuno nos lleva a un Dios que “No desfallece, ni se fatiga con cansancio” (Isaías 40:28). Ese pasaje termina con una poderosa promesa. Dios dice que Él *compartirá* esa fuerza con nosotros cuando nuestras vidas estén de acuerdo con su voluntad:

AYUNO

Él da esfuerzo al cansado,
y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas.
Los muchachos se fatigan y se cansan,
los jóvenes flaquean y caen;
pero los que esperan en el Eterno
tendrán nuevas fuerzas;
levantarán alas como las águilas;
correrán, y no se cansarán;
caminarán, y no se fatigarán (Isaías 40:29-31).

Físicamente hablando, el ayuno nos deja débiles y vacíos; pero espiritualmente, a medida que nos acercamos a nuestro Padre Celestial, esto nos permite alcanzar una fortaleza que nunca podríamos tener por nuestra cuenta.

12

¿Acerca de qué debemos ayunar?

Mediante el ayuno nos humillamos ante Dios y buscamos su intervención en nuestras vidas. Pero, *¿qué tipo* de intervención deberíamos estar buscando exactamente?

La Biblia nos muestra cinco principales motivaciones para el ayuno: luto, arrepentimiento, liberación (o protección), guía y fortaleza espiritual. Ninguna de estas razones se excluye mutuamente. Es lógico que podamos ayunar mientras estamos de luto y buscamos liberación o expresar arrepentimiento mientras buscamos guía.

Una lección importante que estos ejemplos bíblicos nos enseñan es que el ayuno es un medio para acercarse a Dios *y también una manera legítima de pedirle ayuda*. A través del ayuno y la oración, David “rogó a Dios” por la vida de su hijo (2 Samuel 12:16). Esdras quería “solicitar de él [Dios] camino derecho para nosotros, y para nuestros niños, y para todos nuestros bienes” (Esdras 8:21). Ester ayunó para hallar gracia cuando estaba a punto de ir “a ver al rey, aunque no sea conforme a la ley” (Ester 4:16). Y todos los de la

nación de Judá “se reunieron... para pedir socorro al Eterno” (2 Crónicas 20:4) en la víspera de una gran batalla.

La clave es que ninguno de estos ayunos tenía la intención de *forzar* la intervención de Dios, simplemente estaban *pidiendo o suplicando* que Él interviniera. Dios no está obligado a hacer lo que le pedimos cuando estamos ayunando, pero tampoco es incorrecto pedirle ayuda.

El ayuno de Nehemías (Nehemías 1:1-11) es un gran ejemplo de cómo estas cinco motivaciones pueden estar presentes en un solo ayuno: él lloró por la situación de Jerusalén (vv. 3-4), se arrepintió y confesó los pecados de su nación (vv. 5-7), oró por la liberación de Dios (vv. 8-10), buscó la guía de Dios para encontrar favor delante del rey de Persia (v. 11) y buscó la fortaleza espiritual para hacer frente a la enorme tarea que tenía por delante (Nehemías 2:4-5).

Para demostrar nuestro luto y aflicción

Ejemplos: 1 Samuel 31:12-13; 2 Samuel 1:12; 3:31-39; Nehemías 1:4.

Muchos de los ayunos en la Biblia eran expresiones de aflicción y luto. Si bien ésta es una razón perfectamente legítima para ayunar, debemos tener cuidado de que nuestros ayunos no se conviertan en exhibiciones públicas destinadas a ser vistas por otros.

El ayuno como un acto de luto generalmente iba acompañado de varias manifestaciones externas. Los que participaban del duelo, rasgaban sus ropas y las cambiaban por cilicio áspero e incómodo, a menudo llorando en voz alta y colocando cenizas sobre sus cabezas como una señal de humillación y gran dolor. Muchos judíos ayunaban cada año para llorar la destrucción del primer templo en Jerusalén y otros terribles eventos. Algunos ayunaban aún más a menudo (Lucas 18:12).

Durante la época de Cristo, este tipo de ayuno se había convertido en un espectáculo tan vacío que Jesús tuvo que enseñar a sus seguidores: “Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6:17-18). (Vea más en “Lecciones de ayunos inapropiados” en la página 267.)

El dolor no era el problema aquí. El problema era exhibir ese dolor. Habrá momentos en nuestras vidas en los que experimentaremos una gran tragedia, tal vez la muerte de un ser querido, el doloroso final de una relación o la pérdida de un hogar. En tiempos como estos, humillarnos y

expresar nuestro dolor a Dios a través del ayuno es completamente aceptable.

Adoramos al “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2 Corintios 1:3-4).

Durante estos ayunos, es muy probable que busquemos el consuelo de Dios y, lo que es más, *debemos confiar en que lo recibiremos*.

Tal vez el consuelo no llegue inmediatamente. El proceso del duelo puede ser largo, difícil y doloroso. El alivio no siempre llega pronto. Podría tomar días, semanas, meses, tal vez incluso años. Pero tenemos esta promesa de Jesucristo mismo: “Bienaventurados los que lloran, porque *ellos recibirán consolación*” (Mateo 5:4, énfasis añadido).

No dice “tal vez”.

El consuelo *llegará*.

Cualquiera que sea el tiempo que tome, podemos estar seguros y *confiados* de que el consuelo de Dios llegará. Así como un pajarito busca refugio en su madre, usted también puede contar con Dios y su promesa: “Con sus plumas te cubrirá, Y debajo de sus alas estarás seguro; Escudo y adarga es su verdad” (Salmos 91:4; compare Lucas 13:34).

A medida que buscamos consuelo, las palabras que Dios le habló al profeta Habacuc tienen mucha relevancia: “aunque tardare, espéralo, porque sin duda vendrá, no tardará” (Habacuc 2:3).

Como una expresión de arrepentimiento

Ejemplos: 1 Samuel 7:6; Nehemías 9:1-2; Jonás 3:4-9; Joel 2:12-14.

El arrepentimiento es algo que sucede internamente como resultado de un cambio interno y externo: es un cambio de nuestros pensamientos y nuestras acciones.

En la Biblia, las palabras hebreas y griegas para arrepentimiento expresan una idea de cambio: dar la vuelta (cambiar nuestra dirección) o entender de manera diferente (cambiar nuestro pensamiento). Nos arrepentimos de nuestros pecados cuando aprendemos a detestarlos tanto como Dios los odia y cuando elegimos alejarnos de ellos.⁵³

⁵³ Para una explicación más detallada, lo invitamos a consultar nuestros artículos “¿Qué es el arrepentimiento?” y “Cómo debemos arrepentimos”.

Pablo escribió a los corintios acerca de los cambios que su arrepentimiento (o estar “contristados según Dios”) había producido en sus vidas: “Porque he aquí, esto mismo de que hayáis sido contristados según Dios, ¡qué solitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto” (2 Corintios 7:11).

En la Biblia, muchas veces vemos que el resultado interno del arrepentimiento se ve reflejado en el acto externo del ayuno.

Eso no quiere decir que todo arrepentimiento deba ir acompañado de ayuno. El ayuno no es un acto de penitencia. No es un ritual por el que tenemos que pasar para que Dios perdone nuestros pecados. Humillarnos por medio del ayuno puede ayudarnos a alcanzar un nivel más profundo de arrepentimiento genuino, aunque no es un sustituto del arrepentimiento.

No nos arrepentimos *al* ayunar, pero *podemos* elegir expresar nuestro arrepentimiento a Dios *a través* del ayuno. Y a medida que nos acercamos a Él mediante este proceso, podemos pedirle que nos muestre *dónde* y *cómo* cambiar nuestras vidas, así como pedirle la fortaleza que necesitamos para hacer esos cambios.

Como una súplica de liberación o protección

Ejemplos: Ester 4:16; 2 Samuel 12:13-23; Jueces 20:19-28; 2 Crónicas 20:1-4; Salmos 35:13-14; Daniel 9:3-19.

Cuando enfrentamos situaciones imposibles u obstáculos insuperables, el pueblo de Dios sabe que debe volverse a Él, porque “Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios” (Lucas 18:27). Sabemos que el Creador del universo tiene el poder de intervenir y hacer las cosas que nosotros no podemos, que nada es demasiado difícil para Él, incluso cuando nos parece imposible (Génesis 18:14; Jeremías 32:27).

Muchos de los ayunos registrados en la Biblia son súplicas pidiendo la liberación de Dios. Pero la liberación puede significar cosas diferentes en diferentes circunstancias.

A veces necesitamos ser liberados de una situación extrema. Cuando Ester era reina, los judíos en Persia se enfrentaron a la amenaza de un genocidio total. Ellos ayunaron y expresaron su angustia por la difícil situación en que se encontraban, pero también le rogaron a Dios que los liberara (Ester 4:3, 16).

Ellos sabían que por sí mismos no podían enfrentarse a este genocidio

autorizado por el imperio más poderoso del mundo en ese momento. Los judíos tenían pocas probabilidades de sobrevivencia, pero con Dios, había esperanza. Y Dios siendo fiel a sus promesas, intervino y convirtió uno de los tiempos más oscuros en la historia del pueblo judío, en uno de los acontecimientos más alegres para ellos (Ester 9:20-28), convirtiendo “el mes de tristeza... en alegría, y de luto en día bueno” (v. 22).

La liberación que necesitamos de Dios, no se limita solamente a momentos dramáticos que quedan registrados en la historia como los acontecimientos que Ester y su pueblo tuvieron que enfrentar. Lo más probable es que busquemos a Dios para que intervenga en pruebas de naturaleza mucho más personal, y esto es apropiado. A primera vista, nuestros problemas personales pueden no compararse con amenazas nacionales, pero a Dios sí le importa y presta atención a nuestros ayunos.

El rey David escribió acerca de una ocasión en que ayunó por sus enemigos debido a que padecían de problemas de salud. “Pero yo, cuando ellos enfermaron, me vestí de cilicio; Afligí con ayuno mi alma, y mi oración se volvía a mi seno. Como por mi compañero, como por mi hermano andaba; como el que trae luto por madre, enlutado me humillaba” (Salmos 35:13-14).

David ayunó por la liberación de Dios en la vida de estas personas. Estaban enfermos y él oró para que sanaran. Nosotros podemos hacer lo mismo: ayunar y suplicarle a Dios que libere a otros (o incluso a nosotros mismos) de las difíciles pruebas por enfermedades.

Además de problemas de salud, también podemos ayunar para buscar la intervención de Dios en otros asuntos: persecución en nuestro lugar de trabajo o comunidad, asuntos familiares, circunstancias que amenazan la vida o cualquier otra situación en la que tengamos el deseo de ver la mano protectora de Dios obrando en nuestras vidas.

Para pedirle a Dios que nos guíe

Ejemplos: Ester 4:16; Esdras 8:21-23; Daniel 9:3, 20-23; Hechos 14:23.

¿Qué debe hacer usted cuando no está seguro de lo que Dios quiere que haga a continuación? ¿O qué pasa si sabe qué hacer, pero no está seguro de cuál es la mejor manera de hacerlo?

¡Pregúntele a Dios!

Pedir la guía de Dios es algo que ya hacemos en nuestras oraciones, pero cuando ayunamos para que Dios no guíe, pone un énfasis adicional y muestra la urgencia de nuestro deseo de ser guiados por Dios. En la Biblia,

podemos encontrar diversos ejemplos en los que el pueblo de Dios ayunó para pedir ayuda divina en sus decisiones.

Todos los judíos en la capital persa ayunaron antes de que la reina Ester viniera delante del rey sin ser llamada, desafiando así, la ley persa (Ester 4:16). Cuando Esdras se preparaba para regresar a Jerusalén con cientos de sus compañeros judíos, todo el grupo ayunó “para solicitar de él camino derecho para nosotros, y para nuestros niños, y para todos nuestros bienes” (Esdras 8:21). Cuando Daniel ayunó y oró a Dios, Él envió un ángel para darle “sabiduría y entendimiento” (Daniel 9:22) acerca de una visión importante. Y cuando los discípulos de Cristo comenzaron a nombrar líderes en las diversas congregaciones de la Iglesia, oraban “con ayunos” mientras tomaban esas decisiones (Hechos 14:23).

Dios puede ver todo el universo perfectamente y sin obstáculos. Él cuenta cada cabello de su cabeza; y ni siquiera un gorrión puede caer al suelo sin su conocimiento (Mateo 10:29-30). Él ve el corazón de cada hombre, mujer y niño en este planeta (Hechos 1:24).

Nada está oculto delante de Dios, lo que significa que no hay nadie mejor calificado para guiarnos a través de la vida. Por esta razón, Dios le dijo a Josué que nunca se apartara de su libro de la ley, “sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito”, de esta manera, “harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien” (Josué 1:8).

A menudo, la respuesta o guía que necesitamos de Dios ya está allí, en las páginas de su Palabra, es sólo cuestión de saber *dónde* y *cómo* buscarla. *Dios sabe cómo funciona su creación* y Él ha registrado mucho de ese conocimiento en la Biblia para nosotros. Cuando ayunamos para buscar la guía de Dios, debemos asegurarnos de estudiar su Palabra, para que Él nos guíe y dirija nuestro entendimiento. Dios puede hacer que recordemos un versículo que nunca habíamos notado antes, o bien ayudarnos a analizar un pasaje de las Escrituras desde una perspectiva diferente.

Sin embargo, a veces podemos encontrar las respuestas que buscamos en el consejo de un ministro o un amigo de confianza, o tal vez en algún lugar completamente inesperado. No se sorprenda si Dios usa una manera creativa para mostrarle la respuesta que está buscando. Por lo general, es bastante obvio cuando Dios está tratando de llamar su atención.⁵⁴

⁵⁴ La única precaución que debemos tener en este punto es que puede ser fácil escuchar la respuesta que *nosotros* queremos en situaciones como ésta, incluso cuando estudiamos la Biblia. Tenga en cuenta sus propios prejuicios

Otras veces, es posible que no obtengamos alguna respuesta, al menos no inmediatamente. En esos momentos, puede ser difícil no sentirse ignorado y frustrado. Es posible que usted se pregunte si Dios realmente se preocupa o se interesa por sus problemas.

A Él sí *le importa* y está prestando atención. Pero recuerde que todos somos parte de algo más grande que nosotros mismos y no podemos ver todas las partes del todo de la manera la que Dios lo hace. Incluso Daniel, un siervo fiel que Dios llamó un “varón muy amado” (Daniel 10:11), a veces oraba y ayunaba en busca de respuestas que no llegaban en la forma en que él esperaba.

En una ocasión, Dios envió un ángel a Daniel para explicarle: “Daniel, no temas; porque desde el primer día que dispusiste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras; y a causa de tus palabras yo he venido. Mas el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintidós días; pero he aquí Miguel, uno de los principales príncipes, vino para ayudarme, y quedé allí con los reyes de Persia. He venido para hacerte saber lo que ha de venir a tu pueblo en los postreros días; porque la visión es para esos días” (Daniel 10:12-14).

Ésa es toda la información y explicación que obtenemos acerca de un incidente desconcertante que ocurrió en el mundo espiritual, pero es suficiente para hacernos saber que, a veces, suceden cosas más allá del mundo físico que no podemos comprender.

No siempre sabemos todo lo que Dios ha puesto en marcha, por ejemplo Daniel no sabía acerca de la batalla angelical que tardó 21 días (¡tres semanas!) en resolverse. Es posible que Dios ya tenga una respuesta preparada para usted, y aun si nuestras respuestas no llegan cuando queremos, *llegarán* exactamente cuando las *necesitemos*.

Como una fuente de fortaleza espiritual

Ejemplos: Deuteronomio 9:9-11; 1 Reyes 19:5-8; Lucas 4:1-4.

Los mejores ejemplos del ayuno en busca de fortaleza espiritual provienen de tres ayunos que (salvo instrucción directa de Dios) nunca, nunca debemos tratar de copiar.

Cada uno de estos ayunos duró 40 días. Para los seres humanos, esto es una hazaña imposible, a menos que Dios esté involucrado.

y haga todo lo posible para escuchar lo que Dios quiere decir, y no lo que usted quiere escuchar. (¡Es más difícil de lo que parece!)

Moisés estuvo “allí con el Eterno cuarenta días y cuarenta noches” en el monte Sinaí y “no comió pan, ni bebió agua” (Éxodo 34:28). Elías comió y bebió una comida que le trajo un ángel y “fortalecido con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios” (1 Reyes 19: 8). Jesucristo “fue llevado por el Espíritu al desierto por cuarenta días, y era tentado por el diablo. Y no comió nada en aquellos días, pasados los cuales, tuvo hambre” (Lucas 4:1-2).

Es importante observar que, en cada uno de estos ejemplos, Dios parece haber iniciado el ayuno. El cuerpo humano no está diseñado para sobrevivir 40 días y noches sin comida ni agua. Estos tres hombres pudieron vivir durante sus ayunos porque Dios los *mantuvo* vivos. Sería imprudente de nuestra parte intentar lo mismo sin la aprobación clara y explícita de Dios.

Pero, aunque no podemos copiar la *duración* de estos ayunos, ciertamente podemos imitar la *razón que tenían para hacer* estos ayunos. Moisés, Elías y Jesús dependían de Dios para que Él les diera la fuerza espiritual que necesitaban para el trabajo que tenían por delante.

Cuando Moisés ayunó, estaba recibiendo los Diez Mandamientos de Dios... por segunda vez. Pasaría los siguientes 40 años en el desierto liderando una nación idólatra, rebelde y terca que se quejaba constantemente. Ésa fue una tarea casi tan imposible como los 40 días de ayuno. Repetidamente, Moisés hizo la petición especial a Dios: “vaya ahora el Señor en medio de nosotros; porque es un pueblo de dura cerviz; y perdona nuestra iniquidad y nuestro pecado” (Éxodo 34:9, vea también 33:15). Moisés necesitaba la fuerza de Dios para cumplir esta misión.

Elías estaba exhausto, deprimido y aterrorizado después de que Dios realizara un increíble milagro por medio de Él, pues incluso después de este acto milagroso, se vio amenazado de muerte por la malvada reina Jezabel. El ángel que trajo comida a Elías le dijo de manera compasiva: “Levántate y come, porque largo camino te resta” (1 Reyes 19:7). Elías carecía de la fuerza espiritual para continuar con el trabajo que Dios le había encomendado, pero a través de este ayuno, encontraría el apoyo divino que necesitaba para seguir adelante.

Jesús, el Hijo de Dios que se convirtió en un ser humano, estaba a punto de emprender la confrontación espiritual más importante de la historia humana y Él también encontró fuerza en sus 40 días de ayuno. Aunque tenía hambre física (Mateo 4:2), estaba espiritualmente preparado para resistir las mentiras y el razonamiento distorsionado de Satanás el diablo, “el ten-

tador” (v. 3). En lugar de iniciar esta confrontación en la mejor forma física, se humilló a sí mismo y se mantuvo cerca de Dios para obtener fortaleza.

(Para obtener más información acerca de estos ayunos, consulte sus respectivas secciones en “Ayunos notables en la Biblia” en la página 252.)

Cada uno de nosotros tendrá que enfrentar obstáculos y desafíos en nuestras vidas, que requerirán de una fortaleza increíble —y, a veces, nuestra propia fuerza no será suficiente.

Esto está bien porque es parte del plan:

Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros, que estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos (2 Corintios 4:7-10, énfasis añadido).

En estos cuerpos humanos físicos, frágiles y limitados, tenemos acceso al Espíritu Santo de Dios.⁵⁵ Tenemos acceso *al poder y a la mente de Dios mismo*.

Cuando le pedimos fortaleza a Dios, podemos confiar en esta promesa: “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13).

Dios nos permite enfrentar desafíos en nuestras vidas y también promete darnos la fuerza para sobrellevar esos desafíos. Cuando ayunamos para recibir fortaleza espiritual, dejamos de lado nuestra propia autosuficiencia y le pedimos a Dios que provea lo que nos falta, “para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros” (2 Corintios 4:7).

⁵⁵ Para más información acerca de qué es el Espíritu y cómo obra, le invitamos a leer nuestro artículo “¿Cómo saber si usted tiene el Espíritu Santo?”.

13

Ayunos notables en la Biblia

Cuando estudiamos los ayunos registrados en la Biblia, y cómo Dios *respondió* a estos ayunos, podemos comprender mejor cómo deberían ser nuestros propios ayunos. A continuación, estudiaremos algunos ejemplos en orden cronológico para su referencia.

Moisés ayuna antes de recibir los Diez Mandamientos

(Éxodo 34:27-28; Deuteronomio 9:9-18)

Los primeros ayunos registrados en la Biblia son aquellos que literalmente seríamos incapaces de repetir sin una intervención milagrosa.

Cuando Moisés estuvo con Dios en el monte Sinaí después de haber recibido los Diez Mandamientos en medio de un gran despliegue de señales, permaneció ahí durante 40 días “sin comer pan ni beber agua” (Deuteronomio 9:9).

Mientras Moisés estaba en el monte, Israel quebrantó su pacto con Dios al adorar un becerro de oro (Éxodo 32:1). Cuando Moisés bajó y vio el desfrenado del pueblo, rompió airadamente las tablas de los Diez Mandamientos

(v. 19). Después de enfrentarse al pecado de los israelitas (vv. 20-32), Moisés regresó al monte Sinaí para recibir una *segunda* copia de los Diez Mandamientos (Éxodo 34:1-2).

Durante esa segunda visita, Moisés nuevamente “estuvo allí con el Eterno cuarenta días y cuarenta noches; no comió pan, ni bebió agua” (v. 28).

Los seres humanos no estamos diseñados para pasar 40 días sin comida ni agua, pero Moisés estuvo en la presencia de Dios durante sus ayunos. Durante un breve período, él fue el ejemplo vívido del concepto de que “no sólo de pan vivirá el hombre, mas de todo lo que sale de la boca del Eterno vivirá el hombre” (Deuteronomio 8:3).

Aunque los ayunos de Moisés se dieron en circunstancias únicas que no podríamos repetir por nosotros mismos (si desea profundizar en este tema, lo invitamos a consultar el artículo: “Como una fuente de fortaleza espiritual” en la página 249), el principio que estos ayunos nos enseñan es importante:

El pan no basta.

La comida y el agua nos mantienen vivos sólo físicamente y las cosas físicas no son en realidad las cosas importantes. “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Romanos 14:17).

Moisés pasaría los siguientes 40 años en el desierto liderando a un pueblo al que Dios frecuentemente se refería como un “pueblo de dura cerviz” (Éxodo 32:9; 33:3, 5). Sin lugar a dudas, Moisés necesitaba fortaleza espiritual para enfrentar las pruebas que le esperaban.

En verdad, los ayunos de Moisés lo ayudaron a reenfocarse en la importancia de las cosas espirituales. Nuestros ayunos pueden hacer lo mismo, aunque no sean tan largos.

David ayuna por la vida de su hijo

(2 Samuel 12:15-23)

En una de las historias más desgarradoras de la Biblia, leemos que el rey David se había alejado de Dios y, durante ese proceso, cometió una serie de pecados terribles que incluyeron (pero no se limitaron al) adulterio y asesinato (2 Samuel 11:1-27).

David se arrepintió de estos pecados después de ser confrontado por el profeta Natán (2 Samuel 12:1-13) y, aunque Dios lo perdonó (v. 13), todavía existía un castigo por su pecado:

“Mas por cuanto con este asunto hiciste blasfemar a los enemigos del Eterno, el hijo que te ha nacido ciertamente morirá” (v. 14).

Cuando Dios “hirió al niño... y enfermó” (v. 15), David comenzó un ayuno y “rogó a Dios por el niño”, echado en el suelo y absteniéndose de comer⁵⁶ (vv. 16-17). Cualquier padre puede al menos imaginar cómo debe haberse sentido David, rogando a Dios por la vida de su hijo, pero más que eso, David sabía que su hijo estaba muriendo como resultado directo de sus propias acciones perversas.

Es difícil imaginar ese tipo de dolor.

A pesar de las súplicas de David, Dios no permitió que el niño viviera. Al cabo de siete días, los siervos de David tenían miedo de contarle la terrible noticia. Habían presenciado el ayuno desesperado del rey y se decían entre ellos “¿cuánto más se afligirá si le decimos que el niño ha muerto?” (v. 18). Ellos temían que se suicidara.

Pero la reacción de David fue increíble: “se levantó de la tierra, y se lavó y se ungió, y cambió sus ropas, y *entró a la casa del Eterno, y adoró*. Después vino a su casa, y pidió, y le pusieron pan, y comió” (v. 20, énfasis añadido).

Sus criados estaban perplejos. El ayuno era una señal de luto, pero David había ayunado mientras el niño estaba vivo pero, después de su muerte, volvió a comer. David explicó: “Viviendo aún el niño, yo ayunaba y lloraba, diciendo: ¿Quién sabe si Dios tendrá compasión de mí, y vivirá el niño? Mas ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré yo hacerle volver? Yo voy a él, mas él no volverá a mí” (vv. 22-23).

David no era indiferente a la muerte de su bebé. Después de todo, acababa de pasar una semana completa rogándole a Dios que cambiara de opinión. Pero luego de recibir la respuesta de Dios, David eligió hacer lo más difícil en ese momento y *adoró a Dios de todas formas*. Aceptó la decisión de Dios como correcta y justa, y expresó su renovada dedicación de seguirlo adondequiera que lo guiara.

El final de este ayuno nos enseña por qué, aun después de cometer pecados tan abominables, Dios consideraba a David un “varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero” (Hechos 13:22).

El ayuno de David nos recuerda tres cosas:

⁵⁶ Es probable que David también se abstuviera de beber agua durante estos siete días. Si eso fuera cierto, entonces él forzó su cuerpo al límite. Por lo general, tres a cuatro días es la cantidad máxima de tiempo que la mayoría de las personas pueden sobrevivir sin agua, pero ha habido excepciones. Andreas Mihavecz fue desatendido durante un encarcelamiento injusto y sobrevivió durante 18 días. Actualmente él ocupa el *Récord Mundial de Guinness* por sobrevivir el mayor período sin comida ni agua.

1. A veces la respuesta de Dios es no (o todavía no, porque el hijo de David vivirá de nuevo en la segunda resurrección).
2. En ciertas ocasiones las consecuencias de nuestros pecados son ineludibles.
3. Adoramos a Dios sin importar las circunstancias.

Elías ayuna antes de hablar con Dios

(1 Reyes 19:1-18)

A través de Elías, Dios ejecutó juicio sobre los siervos del falso dios Baal. Después de un milagro espectacular durante el sacrificio de la tarde (1 Reyes 18:20-39), todo el pueblo de Israel se postró y “dijeron: ¡el Eterno es el Dios, el Eterno es el Dios!” (v. 39). Luego capturaron y ejecutaron a los 450 profetas de Baal (v. 40).

Cuando la malvada reina Jezabel se enteró, juró vengarse y le dijo a Elías: “Así me hagan los dioses, y aun me añadan, si mañana a estas horas yo no he puesto tu persona como la de uno de ellos” (1 Reyes 19:2).

Elías tenía mucho miedo.

Aún después de la intervención milagrosa de Dios, el profeta “se levantó y se fue para salvar su vida” (v. 3), colapsó debajo de un árbol en el desierto “y deseando morir, dijo: Basta ya, oh Eterno, quítame la vida, pues no soy yo mejor que mis padres” (v. 4).

Elías estaba cansado.

Y asustado.

Elías no estaba pensando correctamente y no veía la situación con claridad. Estaba abatido física y emocionalmente, y necesitaba reenfocarse.

En lugar de dejarlo morir, Dios fue compasivo y comprensivo con él. Dejó dormir al profeta, luego envió un ángel para darle un poco de pan y agua, y le dijo: “Levántate y come, porque largo camino te resta” (v. 7).

Elías obedeció: “y fortalecido con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, el monte de Dios” (v. 8). La comida que Dios le había provisto de una forma sobrenatural, lo sostuvo durante 40 días y 40 noches y lo llevó a la misma montaña donde Moisés también había ayunado durante 40 días y 40 noches.⁵⁷

Al igual que Moisés, Elías se encontró ante la presencia de Dios en el monte Sinaí. Cuando Dios le preguntó suavemente: “¿Qué haces aquí, Elías?”

⁵⁷ En la Biblia, “Horeb” se usa a veces como un nombre alternativo para “monte Sinaí”.

(v. 9), Elías respondió: “He sentido un vivo celo por el Eterno Dios de los ejércitos; porque los hijos de Israel han dejado tu pacto, han derribado tus altares, y han matado a espada a tus profetas; y sólo yo he quedado, y me buscan para quitarme la vida” (v. 10).

Elías estaba agobiado y estancado y no se sentía preparado para enfrentar los desafíos que Dios estaba permitiendo. Se sentía como si fuera el último siervo vivo que servía a Dios. En lugar de guiar a su pueblo a una restauración espiritual, huía por su vida y deseaba morir.

Pero Elías todavía tenía trabajo que hacer. Dios finalmente guió a Elías de regreso a esa obra (vv. 15-17) y corrigió un concepto erróneo importante: “Y yo haré que queden en Israel siete mil, cuyas rodillas no se doblaron ante Baal, y cuyas bocas no lo besaron” (v. 18).

Elías parece haber encontrado fortaleza y claridad después de su ayuno (vea “Como una fuente de fortaleza espiritual” en la página 249). Las cosas no estaban tan mal ni tan desesperadas como él pensaba. Con una perspectiva renovada, Elías obedeció las instrucciones de Dios y se puso manos a la obra.

Todos nos cansamos y desanimamos de vez en cuando. El ayuno nos ayuda a acercarnos al “Dios eterno... el cual creó los confines de la tierra”, que “No desfallece, ni se fatiga con cansancio” (Isaías 40:28).

El ayuno no sólo nos pone en contacto con Dios, sino que Él también promete *compartir* esa fuerza con nosotros:

Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan al Eterno tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán (Isaías 40:29-31).

Al igual que ocurrió con Elías, el ayuno puede ayudarnos a renovar el sentido del propósito, la perspectiva y la fortaleza en nuestro caminar con Dios.

Los ninivitas ayunan después de escuchar la advertencia de Jonás

(Jonás 3:1-10)

Dios envió al profeta Jonás con una advertencia: “Levántate y ve a Nínive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí” (Jonás 1:2).

Nínive era la capital de Asiria y el pueblo de Israel no era ajeno a su maldad. Un siglo más tarde, el profeta Nahúm sería inspirado divinamente llamándola una “ciudad sanguinaria, toda llena de mentira y rapiña” (Nahum 3:1). El profeta concluyó su libro preguntando: “¿sobre quién no pasó continuamente tu maldad?” (v. 19).

No obstante, cuando Jonás trajo la advertencia de Dios a Nínive, hicieron algo increíble:

Ellos se arrepintieron.

La Biblia menciona muchos profetas que advirtieron al pueblo de Dios que debían arrepentirse y, por lo general, *el pueblo de Dios ignoraba a esos profetas*. Continuaron haciendo lo malo delante de Dios, lo que inevitablemente resultó en su opresión o destrucción (vea Jeremías 26:4-6).

Los ninivitas no eran el pueblo de Dios, pero cuando *ellos* escucharon la advertencia que Dios les hizo por medio de Jonás, “creyeron a Dios, y proclamaron ayuno, y se vistieron de cilicio desde el mayor hasta el menor de ellos” (Jonás 3: 5). El rey de Nínive proclamó un ayuno en toda la ciudad que incluía hasta el ganado:

Hombres y animales, bueyes y ovejas, no gusten cosa alguna; no se les dé alimento, ni beban agua; sino cúbranse de cilicio hombres y animales, y clamen a Dios fuertemente; y conviértase cada uno de su mal camino, de la rapiña que hay en sus manos. ¿Quién sabe si se volverá y se arrepentirá Dios, y se apartará del ardor de su ira, y no pereceremos? (vv. 7-9).

¿Qué ocurrió a continuación? “Y vio Dios lo que hicieron, que se convirtieron de su mal camino; y se arrepintió del mal que había dicho que les haría, y no lo hizo” (v. 10).

Hay mucho más en esta historia de Jonás, pero este aspecto del relato nos muestra que Dios es un Dios misericordioso que *quiere* que nos arrepintamos y nos apartemos de nuestro “mal camino”. Dios le dijo a Jonás que, a pesar de la maldad de la ciudad, tendría piedad de Nínive, “aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda” (Jonás 4:11).

Jesús mismo usó a los ninivitas como un ejemplo de arrepentimiento cuando criticó a los fariseos, diciendo: “Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás, y he aquí más que Jonás en este lugar” (Mateo 12:41).

Ester ayuna antes de hablar con el rey

(Ester 4:1-17)

Dios nunca es mencionado en el libro de Ester, pero su influencia e intervención se ven reflejados a lo largo del libro. Después de una serie de eventos complejos, una joven judía llamada Ester se convierte en reina de todo el Imperio Persa, justo antes de que un hombre fatuo y ansioso de poder llamado Amán, se convirtiera en la mano derecha del rey.

Amán era un hombre mezquino y rencoroso, que decidió poner en marcha un malvado plan diseñado para erradicar a toda la población judía de Persia, sin saber que Ester también era judía. Cuando el plan de Amán se hizo público, los judíos de Persia reaccionaron con “ayuno, lloro y lamentación; cilicio y ceniza era la cama de muchos” (Ester 4:3).

Al principio, Ester se sentía incapaz de poder ayudar. Ella no tenía poder real sobre el reino. Ese poder recaía enteramente en el rey y, cualquiera que se acercara al rey sin una invitación, *incluyendo a la propia reina*, podía ser condenado a muerte.

Ester sabía lo que tenía que hacer, pero tenía miedo. La idea de arriesgar su propia vida sin saber lo que sucedería después era aterradora. Pero, finalmente, las palabras de su primo Mardoqueo la llevaron a actuar:

“No pienses que escaparás en la casa del rey más que cualquier otro judío. Porque si callas absolutamente en este tiempo, respiro y liberación vendrá de alguna otra parte para los judíos; mas tú y la casa de tu padre pereceréis. *¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?*” (vv. 13-14, énfasis añadido).

Mardoqueo sabía que Dios cuidaría de su pueblo de un modo u otro. Pero también reconocía que Dios pudo haber puesto a Ester como reina específicamente para este momento. Tal vez ella estaba donde estaba porque Dios tenía un trabajo para ella. Si ella pasaba por alto eso, si intentaba agachar la cabeza y esconderse mientras su pueblo sufría, entonces el destino que esperaba evitar, ciertamente le llegaría.

Las palabras de Mardoqueo la impulsaron a la acción. Aunque tenía miedo, Ester le envió a decir a Mardoqueo: “Ve y reúne a todos los judíos que se hallan en Susa, y ayunad por mí, y no comáis ni bebáis en tres días, noche y día; yo también con mis doncellas ayunaré igualmente, y entonces entraré a ver al rey, aunque no sea conforme a la ley; y si perezco, que perezca” (v. 16).

Ester y todos los judíos en la capital persa ayunaron durante tres días para solicitar la intervención de Dios y Él *intervino* de una manera poderosa.

El rey le perdonó la vida a Ester, y Dios le concedió favor delante de él (Ester 5:2-3). Cuando el rey se enteró de que el plan de Amán pondría en peligro la vida de su reina, hizo ejecutar a Amán (Ester 7:9-10), y dio la orden para que los judíos pudieran defenderse contra cualquier atentado que hicieran contra sus vidas (Ester 8:11-13).

Ester sí *había* venido al reino por esta razón: “para esta hora has llegado al reino”. En el ayuno, Ester encontró la fuerza y la confianza para ir adonde Dios la estaba guiando y, en el proceso, salvar innumerables vidas.

Es posible que nunca nos encontremos en una situación tan desesperada o dramática como la que Ester tuvo que enfrentar, pero su historia es un ejemplo perpetuo acerca de la importancia de confiar en Dios, aun cuando tengamos miedo, y del importante papel que el ayuno puede desempeñar en este proceso.

Daniel ayuna por la desolación de Jerusalén

(Daniel 9:1-19)

Cuando el rey Nabucodonosor de Babilonia destruyó Jerusalén y tomó cautivo al pueblo de Judá, ordenó a su siervo que secuestrara a “muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey; y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos” (Daniel 1:4).

Daniel fue uno de esos jóvenes forzados a trabajar al servicio del rey que había saqueado su nación.

Dios estaba con Daniel, y Daniel sirvió con éxito bajo el reinado de varios reyes e incluso múltiples *reinos*. Los reyes a los que sirvió se dieron cuenta de que en él moraba “el espíritu de los dioses santos” (Daniel 4:8) y a menudo confiaban en la capacidad que Dios le había dado para interpretar visiones y gobernar la tierra.

Con el tiempo, Daniel llegó a entender que Dios había fijado el período de la destrucción de Jerusalén: “que habló el Eterno al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años” (Daniel 9:2). Daniel ya era un anciano cuando se dio cuenta de esto, y los 70 años de desolación casi habían terminado.

Por lo anterior, Daniel escribió: “Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza. Y oré al Eterno mi Dios e hice confesión” (vv. 3-4). En el transcurso de este ayuno y confesión,

Daniel reconoció lo siguiente: “Oh Eterno, nuestra es la confusión de rostro, de nuestros reyes, de nuestros príncipes y de nuestros padres; porque contra ti pecamos” (v. 8).

Al confesar los pecados de su nación, estaba reconociendo que Dios era justo y bueno, y que la culpa recaía directamente sobre el pueblo (vv. 9-15). Daniel oró por el perdón y su restauración, pidiendo a Dios: “haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado” (v. 17). También rogó para que Él oyera, perdonara, escuchara y *actuara a favor* de su pueblo (v. 19).

Dios respondió la oración de Daniel enviando al ángel Gabriel para relevarle una visión divina. Gabriel le dijo a Daniel algo importante: “Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado” (vv. 22-23).

Gabriel no había perdido tiempo en venir: “volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde” (v. 21). Pero la llegada del ángel Gabriel tampoco fue instantánea. Es importante recordar que aun si con nuestros ayunos no obtenemos cambios visibles o inmediatos, no podemos saber lo que sucede entre bastidores.

Un año después del ayuno de Daniel, los 70 años habían concluido y Dios hizo que el rey Ciro de Persia emitiera un decreto que cumpliría la profecía de Jeremías (Esdras 1:1-4).

Era hora de que los judíos regresaran a Jerusalén.

Esdras ayuna para pedir protección durante un viaje peligroso

(Esdras 8:21-23)

Después de que el templo de Dios fuera reconstruido en Jerusalén, el escriba Esdras “había preparado su corazón para inquirir la ley del Eterno y para cumplirla, y para enseñar en Israel sus estatutos y decretos” (Esdras 7:10).

Pero antes de que pudiera *enseñar* en Israel, tenía que *viajar* a Israel. Esdras viajó a Jerusalén con alrededor de 1.800 hombres (Esdras 8:1-14, 18-20), muchos de los cuales estaban acompañados por sus esposas e hijos (v. 21).

Aunque éste era un viaje potencialmente peligroso, Esdras escribió: “Porque tuve vergüenza de pedir al rey tropa y gente de a caballo que nos defendiesen del enemigo en el camino; porque habíamos hablado al rey, diciendo: La mano de nuestro Dios es para bien sobre todos los que le bus-

can; mas su poder y su furor contra todos los que le abandonan” (Esdras 8:22).

Con el fin de pedir a Dios su protección, Esdras y sus hombres proclamaron un ayuno para: “afligirnos delante de nuestro Dios, para solicitar de él camino derecho para nosotros, y para nuestros niños, y para todos nuestros bienes... Ayunamos, pues, y pedimos a nuestro Dios sobre esto, y él nos fue propicio” (vv. 21, 23).

Aunque ésa es toda la información que tenemos acerca del ayuno de Esdras, estos pasajes nos dicen todo lo que necesitamos saber. Esdras y su pueblo necesitaban la protección de Dios, se humillaron ante Él buscando su ayuda y Dios se las proveyó. Ya sea que eso significara frustrar los planes “del enemigo en el camino” o simplemente mostrarle a la gente los mejores caminos a seguir en su viaje, sabemos que Dios los mantuvo a salvo.

Al igual que Esdras, cuando enfrentamos caminos peligrosos o inciertos en nuestras vidas, reales o en un sentido figurado, podemos contar con Dios para mostrarnos “el camino correcto” a seguir. Dedicar el tiempo para humillarnos mediante el ayuno es una excelente manera de buscar esa guía.

Nehemías ayuna después de enterarse del estado de Jerusalén

(Nehemías 1:4)

Décadas después de que el templo de Jerusalén fuera reconstruido, un cautivo judío llamado Nehemías llegó a la prominencia en el reino de Persia, sirviendo como copero⁵⁸ del rey Artajerjes.

Cuando Nehemías empezó a averiguar acerca del estado en que se encontraban los judíos que se habían reasentado en Jerusalén, le dijeron que “El remanente, los que quedaron de la cautividad, allí en la provincia, están en gran mal y afrenta, y el muro de Jerusalén derribado, y sus puertas quemadas a fuego” (Nehemías 1:3).

La reacción de Nehemías fue franca y emotiva: “Cuando oí estas palabras me senté y lloré, e hice duelo por algunos días, y ayuné y oré delante del Dios de los cielos” (v. 4).

Nehemías ayunó como una expresión de su dolor por sus hermanos que vivían “en gran mal y afrenta”. Su ayuno también fue acompañado con una oración de arrepentimiento al “Eterno, Dios de los cielos, fuerte, grande y

⁵⁸ El copero puede haber sido una posición bastante influyente y prestigiosa. El rey tenía que confiar su vida a su copero y el copero habría pasado mucho tiempo en presencia del rey.

temible, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos” (v. 5), pidiéndole a Dios que le concediera favor a los ojos del rey (v. 11).

Dios respondió esa oración de manera enfática. Unos cuatro meses después, mientras Nehemías servía a Artajerjes durante un banquete de vino, el rey no pudo evitar observar el semblante triste de Nehemías (Nehemías 2:1-3). Esto provocó una conversación, que llevó a Nehemías a ser nombrado gobernador de Jerusalén, lo que finalmente permitió la reconstrucción de los muros y puertas de Jerusalén.

¿Habría sucedido algo de esto si Nehemías no hubiera ayunado y orado “delante del Dios de los cielos”? Es imposible decirlo, pero está claro que Dios utilizó a Nehemías de una manera poderosa después de verlo humillarse y rogar por su intervención.

A veces, cuando nos enfrentamos a situaciones imposibles que están más allá de nuestro alcance o influencia, el ayuno nos lleva a tener una actitud en la que Dios puede usarnos para tener un impacto positivo que jamás hubiéramos podido alcanzar por nuestra propia cuenta.

Los judíos ayunan y se arrepienten de sus pecados

(Nehemías 9:1-3)

Después de que Nehemías guiara con éxito a sus compañeros judíos en sus esfuerzos por reconstruir los muros de Jerusalén, dedicó las siguientes décadas a ayudarlos a crecer *espiritualmente*.

Ésta no fue una tarea fácil. El libro de Nehemías está lleno de intrigas políticas y retrocesos espirituales, pero vemos cómo Nehemías se esforzó incansablemente tratando de ayudar a su pueblo a mantenerse fiel a Dios.

Después de reconstruir el muro, Esdras el escriba había “preparado su corazón para inquirir la ley del Eterno y para cumplirla, y para enseñar en Israel sus estatutos y decretos” (Esdras 7:10). Esdras también fue el encargado de leer al pueblo del “libro de la ley de Moisés, la cual el Eterno había dado a Israel” (Nehemías 8:1).

Esdras “leyó en el libro delante de la plaza que está delante de la puerta de las Aguas, desde el alba hasta el mediodía, en presencia de hombres y mujeres y de todos los que podían entender; y los oídos de todo el pueblo estaban atentos al libro de la ley” (v. 3).

Los judíos se habían olvidado de muchas de las instrucciones de Dios durante su cautiverio. Cuando Esdras leyó el libro de la ley, fue un evento

emotivo. Es posible que para muchos de los que se habían reunido fuera la primera vez que escuchaban la lectura de la Palabra de Dios. Cuando se dieron cuenta de sus errores y su fracaso por no vivir de acuerdo con las normas de Dios, “todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la ley” (v. 9).

Después de redescubrir (y guardar) dos de las fiestas de Dios (vv. 1-2, 10, 13-18; comparar con Levítico 23:23-25, 33-43), el pueblo demostró su arrepentimiento: “se reunieron los hijos de Israel en ayuno, y con cilicio y tierra sobre sí... y estando en pie, confesaron sus pecados, y las iniquidades de sus padres. Y puestos de pie en su lugar, leyeron el libro de la ley del Eterno su Dios la cuarta parte del día, y la cuarta parte confesaron sus pecados y adoraron al Eterno su Dios” (Nehemías 9:1-3).

Para los judíos bajo Nehemías, el acto de ayunar, aunado al arrepentimiento, la oración y el estudio, se convirtió en una herramienta fundamental, que los ayudó a volver a comprometerse con el pacto que habían hecho con Dios.

Los versículos 5 al 38 describen una sincera canción de alabanza y arrepentimiento ofrecida por el pueblo, que concluye con una renovada dedicación a servir a Dios: “A causa, pues, de todo esto, nosotros hacemos fiel promesa, y la escribimos, firmada por nuestros príncipes, por nuestros levitas y por nuestros sacerdotes” (v. 38).

Para los judíos de la época de Nehemías, el ayuno no era un fin en sí mismo, era un preludio a la acción. Ellos pudieron entender los pecados que habían provocado la destrucción de Jerusalén, se humillaron a través del ayuno, confesaron esos pecados y luego algunos de ellos hicieron *cambios*. Todo este proceso condujo a un compromiso renovado para entender y obedecer la Palabra de Dios.

Usado correctamente, el ayuno puede hacer lo mismo por nosotros.

Jesús ayuna antes de enfrentarse a Satanás

(Marcos 1:12; Mateo 4:1-11; Lucas 4:1-13)

Ponemos mucho énfasis en el sacrificio de Jesucristo ¡y por muy buena razón! Ese sacrificio es lo único que puede pagar la pena por nuestros pecados, la única llave que puede abrir la puerta a nuestro futuro como hijos e hijas de Dios.

Pero su sacrificio no fue el único momento crucial en la vida de Jesús. Al principio de los relatos de los Evangelios, leemos acerca de una batalla espiritual de proporciones épicas.

Antes de que Jesús comenzara su ministerio público, “el Espíritu le impulsó al desierto” (Marcos 1:12) donde estuvo por “cuarenta días, y era tentado por Satanás” (v. 13).

Jesucristo había venido a la Tierra como el Hijo de Dios, el sacrificio perfecto y libre de culpa que debía ofrecerse para la salvación de toda la raza humana. Si Satanás lo hubiera convencido de pecar, de transigir con la ley de Dios de alguna manera, entonces su sacrificio no habría sido perfecto.

Si no fuera perfecto, no tendríamos ninguna esperanza.

Usted y yo todavía estaríamos “muertos en pecados” (Efesios 2:5). Nuestro destino final sería la pena de muerte eterna que merecemos por nuestras transgresiones a la ley de Dios.

Esta batalla en el desierto garantizó que no tendríamos “un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15).

Por lo tanto, debemos prestar especial atención al hecho de que Jesús ayunó con el fin de prepararse para esta confrontación con Satanás. Durante 40 días y noches (Lucas 4:2, comparar con Mateo 4:2), el Hijo de Dios se aseguró de que su conexión espiritual con el Padre fuera lo más fuerte posible y lo hizo a través del ayuno. (Lo invitamos a leer “Como una fuente de fortaleza espiritual” en la página 249, para obtener importante información acerca de la naturaleza y la duración de este ayuno.)

Tampoco podemos sobrestimar el papel que tuvieron las Escrituras en esta confrontación. Cada vez que Satanás tentaba a Jesús, Él usaba pasajes de la Biblia para evadir la tentación. Primero, Satanás tentó a Jesús apelando al hambre y Él respondió con las escrituras (Mateo 4:1-4; Lucas 4:1-4). Después, el enemigo tentó a Jesús a través del mal uso de las escrituras y apelando al orgullo y respondió con la *interpretación correcta* (Mateo 4:5-7; Lucas 4:9-12). Finalmente, tentó a Jesús ofreciéndole “todos los reinos del mundo” y Él respondió una vez más con las Escrituras (Mateo 4:8-10; Lucas 4:5-8).

El ayuno es una herramienta que nos acerca más a Dios, pero también es crucial que escuchemos y hablemos con Él durante este proceso (es decir, debemos incluir el estudio, la oración y la meditación). Si descuidamos este fundamento, entonces el ayuno pierde algo de efectividad. Jesús ya conocía las Escrituras; el ayuno no hizo que este conocimiento apareciera repentinamente en su mente y tampoco lo hará en la nuestra. Nosotros mismos tenemos que hacer el esfuerzo. (Lo invitamos a leer el Capítulo 5:

“Métodos de estudio bíblico” en la página 131, para aprender estrategias de cómo aprovechar al máximo su tiempo de estudio).

Nuestras confrontaciones con Satanás realmente nunca terminan en esta vida. Después de que “el diablo hubo acabado toda tentación, se apartó de él por un tiempo” (Lucas 4:13). Satanás no se rindió, sólo se alejó temporalmente. Resistir al diablo y someternos a Dios (Santiago 4:7) es algo que tendremos que seguir haciendo por el resto de nuestra vida. El ayuno puede ayudarnos a encontrar la fuerza que Dios provee para resistir en tiempos de tentación.

Los discípulos ayunan antes de nombrar líderes en la Iglesia

(Hechos 14:21-28)

Después de la muerte y resurrección de Jesucristo, los discípulos tenían que cumplir la enorme tarea de la comisión que Él les había dado: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mateo 28:19-20).

Esto implicaba mucho más que *predicar* el evangelio, significaba que los discípulos tendrían que trabajar para establecer y apoyar las congregaciones de cristianos creyentes. Pronto se hizo evidente que enfrentaban el mismo problema que Moisés tuvo que afrontar: “Desfallecerás del todo, tú, y también este pueblo que está contigo; porque el trabajo es demasiado pesado para ti; no podrás hacerlo tú solo” (Éxodo 18:18).

Así como Moisés aprendió a delegar algunas de sus responsabilidades (vv. 24-26), los discípulos también se dieron cuenta de que debían hacer lo mismo: “No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas” (Hechos 6:2). Comenzaron a nombrar a otros para que se ocuparan de las necesidades físicas de las congregaciones (v. 3), a fin de continuar con la difusión del evangelio.

En uno de estos casos, la Biblia nos dice que Pablo y Bernabé “volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando los ánimos de los discípulos, exhortándoles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles: Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios” (Hechos 14:21-22). Pero no dejaron que las congregaciones se valieran por sí mismas; sino que “constituyeron ancianos en cada iglesia, y habiendo orado con ayunos, los encomendaron al Señor en quien habían creído” (v. 23).

La palabra griega para “encomendar” implica confiar algo a otra persona o encargar algo con alguien. Como parte del proceso de encomendar a estos líderes a Dios, nombrándolos ante Él y confiándolos a su servicio, los discípulos habían “orado con ayunos”. Como tenían el Espíritu Santo, ayunaron para buscar la voluntad de Dios, en lugar de echar suertes como se había hecho antes de que les fuera dado el Espíritu Santo (Hechos 1:26).

Otros pasajes de la Biblia dejan claro que los discípulos buscaban un comportamiento modelo al elegir a alguien que sirviera como diácono o anciano en la Iglesia (1 Timoteo 3:1-3; Tito 1:5-9). Buscaban “varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría” (Hechos 6:3). Al parecer, cuando oraban y ayunaban teniendo en mente estas importantes decisiones, buscaban la ayuda de Dios para escoger a las personas correctas en las posiciones correctas.

Cuando tenemos que tomar grandes decisiones, es importante buscar la guía del Señor que conoce “los corazones de todos” (Hechos 1:24), confiando en que Él nos ayudará a ver las cosas que no podemos ver por nosotros mismos.

14

Lecciones de ayunos inapropiados

Hay varios ejemplos en la Biblia donde Dios reprende a su pueblo por ayunar de maneras que finalmente son ineficaces y carentes de significado. Al estudiar lo que Dios nos dice que *no* se debe hacer durante un ayuno, podemos obtener un valioso entendimiento de cómo debe ser el ayuno apropiado y cómo quiso Dios que se aplicara.

Zacarías: el enfoque del ayuno

En el año 586 a.C. las tropas babilónicas entraron en Jerusalén y quemaron el templo de Dios hasta los cimientos, llevando cautiva a la población judía. Sólo quedaron atrás “los pobres de la tierra” (2 Reyes 25:12) para cultivar y producir vino para Babilonia.

Durante sus 70 años de cautiverio, los judíos añadieron varios ayunos periódicos a su calendario anual: “El ayuno del cuarto mes, el ayuno del quinto, el ayuno del séptimo, y el ayuno del décimo” (Zacarías 8:19). Es probable que estos fueran eventos de luto relacionados con la caída de Jerusalén.⁵⁹

⁵⁹ En el décimo mes del calendario hebreo, los babilonios comenzaron el ataque cuyo resultado sería la destrucción de Jerusalén (2 Reyes 25:1). En el cuarto mes del siguiente año, derribaron los muros de la ciudad (vv. 3-7).

Al final de esos 70 años, Dios orquestó varios eventos mundiales para permitir que algunos de los judíos cautivos regresaran a la ciudad caída y reconstruyeran el templo. Cuando el profeta Zacarías comenzó su obra, la reconstrucción ya había comenzado. Bajo el liderazgo de Zorobabel, el gobernador de Jerusalén, los judíos habían echado los cimientos del templo (Zacarías 4:9).

Esto suscitó una pregunta en la comunidad judía: si el templo estaba siendo reconstruido, ¿eran necesarios los ayunos? Por esta razón, una delegación vino “a hablar a los sacerdotes que estaban en la casa del Eterno de los ejércitos, y a los profetas, diciendo: ¿Lloraremos en el mes quinto? ¿Haremos abstinencia como hemos hecho ya algunos años?” (Zacarías 7:3).

Dios le dio a Zacarías una pregunta para el pueblo: “Habla a todo el pueblo del país, y a los sacerdotes, diciendo: Cuando ayunasteis y llorasteis en el quinto y en el séptimo mes estos setenta años, ¿habéis ayunado para mí?” (v. 5). Dios los estaba criticando por no obedecer “las palabras que proclamó el Eterno por medio de los profetas primeros, cuando Jerusalén estaba habitada y tranquila, y sus ciudades en sus alrededores... estaban también habitados” (v. 7).

Por medio de esos profetas, Dios le había ordenado a su pueblo lo siguiente: “Juzgad conforme a la verdad, y haced misericordia y piedad cada cual con su hermano; no oprimáis a la viuda, al huérfano, al extranjero ni al pobre; ni ninguno piense mal en su corazón contra su hermano” (vv. 9-10).

La razón por la que Jerusalén se había convertido en una ciudad desolada, era porque la gente se había negado a escuchar y obedecer a Dios (vv. 11-14). Y ahora, cuando vinieron a preguntarle a Dios si debían continuar sus autoproclamados ayunos de luto por la destrucción de Jerusalén, Dios les respondió cuestionando si realmente todos esos años de ayuno lo habían tenido en cuenta a Él.

La lección: cada vez que ayunamos, Dios debe ser *el centro de nuestro ayuno*. El pueblo judío ayunaba y se lamentaba por la destrucción de Jerusalén, pero parece que muchos de ellos no entendían la conexión entre la destrucción de su ciudad y su falta de obediencia a los mandamientos de Dios. Estaban profundamente afligidos porque el templo había sido destruido, pero su relación con Dios no era importante para ellos.

En el quinto mes, destruyeron tanto la ciudad como el templo de Dios (vv. 8-12). En el séptimo mes, después de que Judá se convirtiera en una provincia de Babilonia, su primer gobernador fue asesinado y los habitantes que habían quedado huyeron a Egipto (vv. 25-26).

Como vimos en el capítulo 12, “¿Acerca de qué debemos ayunar?”, hay varias razones aceptables para ayunar y el luto es una de ellas. Sin embargo, ese duelo debe estar siempre en consonancia con nuestro entendimiento acerca de quién es Dios y qué es lo que Él está haciendo en nuestra vida.

Si no tenemos este enfoque y si nos abstenemos de comida y agua solamente por cumplir y para ser vistos, ya sea por Dios o quienes nos rodean, nuestro ayuno en definitiva no logra nada. Pero si mantenemos nuestro enfoque en Dios, nuestro ayuno nos acercará más a Él.

Jeremías e Isaías: por qué no los escucha Dios

Antes de la destrucción de Jerusalén, Dios había inspirado a otros dos profetas para que amonestaran al pueblo en contra de los ayunos que ellos realizaban.

En sus últimos años como nación, el reino de Judá se había corrompido a nivel moral y ético. Dios clamó a través de Jeremías: “Oíd ahora esto, pueblo necio y sin corazón, que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye: ¿A mí no me temeréis? dice el Eterno. ¿No os amedrentaréis ante mí...? No obstante, este pueblo tiene corazón falso y rebelde; se apartaron y se fueron... Vuestras iniquidades han estorbado estas cosas, y vuestros pecados apartaron de vosotros el bien” (Jeremías 5:21-23, 25).

Aun cuando el pueblo de Judá se negó a escuchar y obedecer a Dios, seguía practicando mecánicamente algunos de sus mandamientos, lo que llevó a Dios a decirle a Jeremías: “No ruegues por este pueblo para bien. *Cuando ayunen, yo no oiré su clamor*, y cuando ofrezcan holocausto y ofrenda no lo aceptaré, sino que los consumiré con espada, con hambre y con pestilencia” (Jeremías 14:11-12, énfasis añadido).

Dios no estaba interesado en escuchar las peticiones de un pueblo que no deseaba escucharlo a Él. Debido a que rechazaron su camino de vida, Él también los iba a rechazar. No importaba cuántas veces ayunaran, no cambiaba el hecho de que sus vidas estaban llenas de iniquidad y cosas malvadas: porque “mi pueblo así lo quiso” (Jeremías 5:31).

Un siglo antes de que Judá sellara su destino, Dios envió al profeta Isaías para responder una pregunta que algunos le estaban haciendo a Dios. “¿Por qué, dicen, ayunamos, y no hiciste caso; humillamos nuestras almas,⁶⁰ y no te diste por entendido?” (Isaías 58:3).

⁶⁰ Aquí encontramos una prueba más de que la expresión *afligiendo el alma* es un sustituto para el ayuno.

Dios les responde mostrando la hipocresía del pueblo: “Que me buscan cada día, y quieren saber mis caminos, *como gente que hubiese hecho justicia, y que no hubiese dejado la ley de su Dios*; me piden justos juicios, y quieren acercarse a Dios” (v. 2, énfasis añadido).

Judá *se comportaba como* si fuera una nación que hacía justicia, pero en su interior, sus acciones y motivaciones eran malvadas.

La impugnación de Isaías ofrece una valiosa información acerca de cómo podemos errar con nuestros propios ayunos. Dios les dijo: “He aquí que en el día de vuestro ayuno *buscáis vuestro propio gusto,*⁶¹ *y oprimís a todos vuestros trabajadores.* He aquí que *para contiendas y debates ayunáis y para herir con el puño inicuiamente*; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto” (vv. 3-4, énfasis añadido).

En lugar de ser un ayuno que le agradara a Dios, el ayuno de Judá se había convertido en una ocasión para maltratar a sus obreros y a sus vecinos. Sus ayunos y demostraciones externas no reflejaban ningún tipo de cambio interno.

Isaías estaba trayendo el mismo mensaje que Jeremías traería un siglo después. Si nuestros ayunos no son más que exhibiciones externas y no estamos siguiendo los caminos de Dios, entonces *no podemos esperar que nuestra voz sea “oída en lo alto”*.

Dios no escuchará.

Isaías continúa explicando que si ayunamos sólo para estar hambrientos y débiles (v. 5), entonces nos estamos olvidando del aspecto más importante del ayuno. A medida que nos humillamos físicamente con el ayuno, debemos también buscar la humildad espiritual. Hacer una autoreflexión, debería producir un cambio en nosotros:

¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa; que cuando veas al desnudo, lo cubras, y no te escondas de tu hermano? (vv. 6-7).

Cuando el objetivo de nuestro ayuno es acercarnos a Dios y decidimos cambiar nuestros comportamientos equivocados, es decir, hacer algo más que simplemente obedecer por inercia, entonces sucede algo hermoso:

Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salvación se dejará ver pron-

⁶¹ De hecho, el hebreo aquí puede significar o ser traducido “dedicarte a tus propios negocios”.

to; e irá tu justicia delante de ti, y la gloria del Eterno será tu retaguardia. Entonces *invocarás, y te oirá el Eterno; clamarás, y dirá él: Heme aquí* (vv. 8-9, énfasis añadido).

La lección: cuando hacemos todo lo posible por vivir según el camino de vida de Dios, *Él escucha cuando ayunamos*. El ayuno no obliga mágicamente a Dios a hacer lo que queremos, cuando lo queremos; pero cuando nuestro ayuno va acompañado con un deseo de someternos a *su* voluntad, el gran Creador del universo promete prestar especial atención a nuestras peticiones.

Dios nos dice: “pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Isaías 66:2). El acto físico de ayunar no logra nada por sí solo, pero si lo usamos como una herramienta para buscar a Dios con un espíritu contrito y humilde, descubriremos una relación cada vez más profunda con nuestro Creador.

Jonatán: no podemos utilizar el ayuno para exigirle a Dios que haga ciertas cosas

Saúl, el primer rey de Israel, hizo un voto precipitado y apresurado que casi le cuesta la vida de su hijo. Cuando los israelitas luchaban por liberarse de la opresión de los filisteos, Saúl “había juramentado al pueblo, diciendo: Cualquiera que coma pan antes de caer la noche, antes que haya tomado venganza de mis enemigos, sea maldito” (1 Samuel 14:24).⁶²

Éste no era el momento ni la forma de iniciar un ayuno. La motivación de Saúl era egocéntrica. Él había dicho que a nadie se le permitiría comer “antes que [yo] haya tomado venganza de *mis* enemigos”. Éste no era un ayuno que buscaba la intervención de Dios, éste fue un ayuno que exigía un resultado específico. En otras palabras, Saúl estaba diciendo: “Nadie puede comer hasta que yo obtenga la victoria que quiero”.

Es evidente que éste no es el tipo de ayuno que Dios tendría en cuenta o incluso podría reconocerlo como apropiado. Pero el imponer este tipo de restricción severa a todo un ejército en medio de una batalla, muestra un enorme egoísmo y una falta de visión de parte de Saúl.

⁶² Los enemigos del apóstol Pablo decidieron hacer un juramento aún más tonto que el de Saúl. Este evento se describe en Hechos 23:12, donde prometen que “no comerían ni beberían hasta que hubiesen dado muerte a Pablo”. Más tarde, esos mismos enemigos reafirmaron su voto a sus líderes religiosos diciendo que no probarían “nada hasta que hayamos dado muerte a Pablo” (v. 14). En este pasaje no se menciona el no beber, pero su audiencia lo entendía implícitamente. Ésta es una prueba más de que un ayuno típico significaba prescindir de ambos: comida y agua, incluso cuando el agua no sea mencionada específicamente.

El hijo de Saúl, Jonatán, estaba peleando en otro lugar y no sabía que Saúl había “hecho jurar solemnemente al pueblo” (v. 28). Cuando se reagrupó con el resto de las tropas en un bosque abundante en miel, él “alargó la punta de una vara que traía en su mano, y la mojó en un panal de miel, y llevó su mano a la boca; y fueron aclarados sus ojos” (v. 27). Pero los otros soldados, no habían comido nada y “el pueblo desfallecía” (v. 28).

Cuando los otros soldados le contaron a Jonatán acerca del juramento de su padre, él respondió: “Mi padre ha turbado el país. Ved ahora cómo han sido aclarados mis ojos, por haber gustado un poco de esta miel. ¿Cuánto más si el pueblo hubiera comido libremente hoy del botín tomado de sus enemigos? ¿No se habría hecho ahora mayor estrago entre los filisteos?” (vv. 29-30).

Aunque los israelitas habían hecho retroceder a los filisteos, Jonatán se dio cuenta de que su padre en realidad había hecho que Israel *disminuyera* su fuerza de combate y capacidad de ganar. Si Saúl hubiera dejado que sus tropas comieran, habrían tenido la energía necesaria para una victoria mucho mayor; en cambio, su aparente intento de forzar la intervención de Dios sólo obstaculizó los esfuerzos de Israel.

Además, cuando ya habían terminado las batallas, las tropas estaban tan cansadas que “se lanzó el pueblo sobre el botín, y tomaron ovejas y vacas y becerros, y los degollaron en el suelo; y el pueblo los comió con sangre” (v. 32). Los hombres estaban tan hambrientos que ignoraron el mandato de Dios de no comer sangre (Levítico 17:10-14).

Este ayuno forzado no sólo debilitó innecesariamente a las tropas, sino que también permitió que el pueblo ignorara la ley de Dios en un momento de debilidad. Luego, cuando se descubrió que Jonatán había quebrantado (sin saberlo) el voto de Saúl, Él se sintió obligado a matarlo. El ejército tuvo que intervenir y evitar que Saúl cumpliera con su promesa (1 Samuel 14:37-46).

La lección: el ayuno de Saúl no fue una *petición* hacia Dios; fue una *demanda*. A nadie se le permitió comer hasta que Israel hiciera retroceder a los filisteos. Pero no es así como funcionan los ayunos. No podemos decirle a Dios lo que queremos de Él y luego negarnos a comer hasta que Él lo haga por nosotros.

Saúl “ha turbado el país” con su ayuno. Cuando tomamos el tiempo necesario para meditar acerca de nuestras propias motivaciones y considerar la situación desde una perspectiva más amplia, nuestros ayunos pueden producir más mal que bien en nuestras propias vidas.

La Biblia dice lo siguiente: “sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios” (Filipenses 4:6), ¡y ciertamente debemos hacerlo! El problema surge cuando hacemos que nuestras peticiones se conviertan en demandas, utilizando el ayuno como una carta blanca que Dios se ve obligado a honrar.

Esta historia también es un recordatorio de que las buenas decisiones rara vez provienen de una reacción impulsiva del momento. El voto de Saúl fue apresurado y precipitado, impulsado por fuertes emociones y el deseo de una victoria rápida y decisiva para que él quedara bien. Si Saúl hubiera tomado el tiempo necesario para analizar lo que le estaba pidiendo a Dios y *por qué* se lo estaba pidiendo, todo este capítulo se habría desarrollado de manera muy diferente.

Jesús: ¿por qué está usted ayunando?

Durante el período intertestamental (el lapso de aproximadamente 400 años entre el final del Antiguo Testamento y el comienzo del Nuevo Testamento), la comprensión popular del ayuno comenzó a transformarse en algo totalmente distinto de lo que Dios deseaba.

Podemos ver las semillas de este malentendido en los pasajes que ya hemos visto de Zacarías, Jeremías e Isaías. El ayuno se estaba convirtiendo en una práctica vacía, donde se ponía más énfasis en el acto físico de tener hambre que en las motivaciones espirituales. Durante el tiempo de Zacarías, Dios le preguntó al pueblo: “Cuando ayunasteis y llorasteis... estos setenta años [de cautiverio], ¿habéis ayunado para mí?” (Zacarías 7:5).

Durante el período intertestamental, la religión judía experimentó una transformación sorprendente, y no en el buen sentido. Cuando se levanta el telón y la narración de la Biblia continúa con los relatos de los Evangelios, descubrimos una nación judía espiritualmente alejada de la Palabra de Dios. Ellos habían introducido falsos conceptos religiosos en su adoración mientras dejaban de lado importantes verdades.

Jesús llamó a los fariseos (líderes religiosos judíos) “hipócritas” (Mateo 23:13), *actores o farsantes*. Él advirtió: “[los fariseos] atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Antes, *hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres*” (vv. 4-5, énfasis añadido).

Los fariseos estaban especialmente enfocados en cómo se veían ante los demás. Debido a esto, Jesús les dijo que eran como vasos que estaban limpios por fuera, “pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia” (v. 25).

Eran como “sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia”, apareciendo “justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad” (vv. 27-28).

Durante el Sermón del Monte, Jesús mencionó tres áreas específicas en las que estos “hipócritas” se enfocaban mayormente en la forma exterior del ayuno y no en las cosas que más importaban, como era el dar a los necesitados (Mateo 6:1-4), la oración (vv. 5-15) y el ayuno (vv. 16-18). Ellos practicaban todas estas cosas buenas, pero las hacían para verse justos ante los demás.

Con respecto al ayuno, Jesús les dijo a sus discípulos: “Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público” (Mateo 6:16-18).

Los fariseos ayunaban para ser vistos por otros y se esforzaban para mostrar públicamente cuán exigentes eran esos ayunos. De hecho, los romanos usaban la expresión, “ayunar como un judío” en sus propios escritos. El emperador romano Augusto escribió: “Ningún judío, mi querido Tiberio, guarda un ayuno tan estricto en el sábado, como lo he hecho hoy” (C. Suetonio Tranquillus, *Divus Augustus* [Augusto el divino], capítulo 74).

En una parábola, Jesús describió a un fariseo que alardeaba ante Dios: “Ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano” (Lucas 18:12). En la comunidad judía, el ayuno era una señal de piedad, una muestra externa de humildad y rectitud.⁶³ Ayunar dos veces por semana debe haber parecido extremadamente justo, pero a la larga era un logro totalmente vacío. Ellos deseaban ser vistos y ésa era su recompensa.

La lección: al leer la crítica que Jesús les hizo a los fariseos, deberíamos sentirnos alentados a considerar más detenidamente nuestras propias motivaciones al ayunar. ¿Ayunamos para humillarnos ante Dios y buscar su guía o simplemente para que los demás nos *vean* humildes?

El ayuno es un acto de humildad, pero fue diseñado para que fuera algo

⁶³ No pasó mucho tiempo antes de que los creyentes cristianos cayeran en un engaño similar. El *Didache*, una obra anónima del primer o segundo siglo, incentivaba a los cristianos a “no dejar que vuestros ayunos estén con los hipócritas, porque ellos ayunan los lunes y jueves, sino vosotros ayunáis los miércoles y viernes” (El *Didache* [Las enseñanzas de los doce apóstoles] 8:1).

entre nosotros y Dios. Eso no significa que tengamos que engañar conscientemente a las personas para que piensen que nunca ayunamos, pero si comenzamos *deliberadamente a publicar nuestro ayuno*, no estamos entendiendo su propósito. Al ayunar de esta manera, nuestro ayuno deja de ser un acto de humildad y se convierte en una farsa.

Ese mismo principio se aplica a todos los aspectos del cristianismo. Jesús les dijo a sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder” (Mateo 5:14). Inevitablemente, vamos a llamar la atención por nuestra obediencia al camino de vida de Dios. La pregunta que debemos responder por nosotros mismos es ¿qué parte de esa ecuación es más importante para nosotros: obedecer a Dios o ser visto por los demás?

La amonestación de Jesucristo a los fariseos es tan válida para nosotros hoy como lo fue para ellos; si estamos haciendo algunas de estas cosas para ser vistos por otros, entonces ya tenemos nuestra recompensa.

15

Preguntas frecuentes acerca del ayuno

Es probable que todavía tenga algunas preguntas acerca de cómo funciona el ayuno. Éstas son las respuestas a algunas de las preguntas más frecuentes.

¿Puso en tela de juicio Jesús la importancia del ayuno?

El ayuno era una práctica común entre los judíos del primer siglo, pero Jesús y sus discípulos *no* ayunaban con tanta frecuencia como leemos en los Evangelios. Esto se convirtió en un punto de confusión (y contención): “¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y hacen oraciones, y asimismo los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben?” (Lucas 5:33).

Jesús les respondió: “¿Podéis acaso hacer que los que están de bodas ayunen, entre tanto que el esposo está con ellos?” (v. 34). Algunos han interpretado la respuesta de Jesús diciendo que el ayuno ya no tiene mucha utilidad para los cristianos hoy en día: porque Jesús (el novio) ha llegado y ha prometido que Él y el Padre harán morada con aquellos que lo aman y guardan su palabra (Juan 14:23).

Si el novio todavía está con nosotros en un sentido espiritual, ¿es el ayuno entonces algo que ya no necesitamos practicar?

Pero Jesús continuó: “Mas vendrán días cuando el esposo les será quitado; entonces, en aquellos días ayunarán” (Lucas 5:35, énfasis añadido).

Mientras los discípulos estaban con Jesucristo, no había necesidad de que ayunaran para acercarse más a Dios. Al fin y al cabo, los discípulos estaban en presencia de “uno mayor que el templo” (Mateo 12:6).

Pero después de la muerte de Cristo, su resurrección y ascensión al cielo, los discípulos sí *ayunaron* (Hechos 14:23). Jesús simplemente estaba explicando que, por un breve período, no había razón para que sus discípulos tuvieran el hábito de ayunar, porque ya estaban en contacto directo e inmediato con Él. Una vez finalizado ese tiempo, el ayuno era necesario una vez más.

Aunque el Espíritu de Dios nos da una conexión directa con Jesucristo y Dios el Padre, el ayuno sigue siendo una herramienta importante para humillarnos y pedir ayuda a nuestro Creador.

¿Por cuánto tiempo debo ayunar?

La Biblia registra ayunos con una amplia variedad de duración, que se extienden desde una sola noche hasta 40 días continuos. El día de Expiación requiere que ayunemos durante 24 horas desde la puesta del sol hasta la puesta del sol en un día específico del año. Ésta es la única instrucción establecida acerca de la duración de nuestros ayunos (Levítico 23:26-32, vea también “El día de Expiación nos da un contexto importante” en la página 232).

Es posible ayunar por un período más corto, pero es útil decidir por adelantado cuánto durará el ayuno. Si no tenemos una hora clara acerca del término del ayuno, puede ser tentador terminar nuestros ayunos tan pronto como tengamos hambre, lo cual anula su propósito. La noche (o la puesta del sol) era un punto de término común para los ayunos bíblicos, ésa puede ser una opción que también funcione para usted.

¿Con qué frecuencia debo ayunar?

La Biblia no nos dice mucho acerca de la frecuencia de los ayunos en nuestra vida. El único ayuno ordenado en la Biblia tiene lugar una vez al año en el día de Expiación (puede leer: “El día de Expiación nos da un contexto importante” en la página 232), pero la Biblia nos muestra que el pueblo judío comenzó a agregar otros ayunos anuales a su calendario (Zacarías 8:19).

En el primer siglo, Jesús se refirió a los líderes religiosos que ayunaban “dos veces por semana” (Lucas 18:12). Pero también llamó hipócritas a esos mismos líderes porque ayunaban solamente con el propósito de *parecer* justos ante los demás.

El hecho de que Dios no ordena otro ayuno a lo largo del año nos enseña que el ayuno es una herramienta diseñada para ser utilizada siempre que la necesitemos. Probablemente, deberíamos ayunar más de una vez al año, pero no deberíamos ir al extremo de ayunar dos veces por semana.

No se sienta presionado a ayunar tan seguido o durante tanto tiempo como cualquier otra persona. Ayune cuando usted sienta la necesidad de estar más cerca de Dios y luego utilice esos ayunos como oportunidades para incorporar la oración, el estudio y la meditación.

¿Qué pasa si tengo una afección médica que me obliga a comer o beber?

Hay muchas condiciones de salud que requieren medicación regular o que hacen que sea peligroso pasar un largo tiempo sin comida ni agua. Por ejemplo, no comer durante períodos prolongados puede ser peligroso para personas con diabetes, mientras que no beber agua durante demasiado tiempo puede inducir un parto prematuro en mujeres embarazadas.

En situaciones como éstas recomendamos orar para recibir la guía de Dios en su situación específica y también consultar a un profesional médico al respecto. Si bien Dios es capaz de realizar milagros para ayudarlo físicamente durante un ayuno, tampoco creemos que Dios exige que haga un esfuerzo por encima de sus limitaciones físicas mientras ayuna.

Si el ayuno es peligroso (o incluso potencialmente mortal) para usted debido a una afección médica actual, considere ayunar en la medida que le sea posible, ya sea que eso signifique ayunar por un período más corto, beber un poco de agua o comer un poco, tal como lo requiera su condición.

¿Cuál es el beneficio de un ayuno grupal?

Muchas veces en la Biblia, leemos acerca de grupos de personas que ayunaban juntas (vea Jueces 20:26; 1 Samuel 7:6; 2 Samuel 1:12; 2 Crónicas 20:3; Esdras 8:21; Nehemías 9:1; Ester 4:16; Jonás 3:5; Hechos 14:23).

Un ayuno grupal es una expresión de un deseo o petición compartida. En la Biblia, estos eran a menudo ayunos de arrepentimiento, pero a veces, también eran ayunos de duelo o peticiones para pedir la guía de Dios. A

veces estos ayunos se limitaban a un subconjunto específico de personas y a otras veces involucraban a toda una nación.

Hoy en día, los ministros o los líderes de la Iglesia pueden pedir un ayuno de toda la congregación o incluso de toda la Iglesia por los problemas que nos afectan o nos impactan a todos. Como miembros, también podríamos optar por ayunar con un pequeño grupo de personas por pruebas y peticiones de índole más personal.

Cuando ayunamos y oramos como grupo, le estamos comunicando a Dios que todos estamos de acuerdo, que todos estamos solicitando su participación en un tema específico. Esto puede incluir buscar su perdón, solicitar sabiduría y dirección, incluso podría significar pedir a Dios que intervenga y cambie las cosas que nosotros no podemos.

El ayuno grupal es como la oración grupal: debemos tener cuidado y evitar la mentalidad errónea de involucrar a varias personas para convencer a Dios de que responda nuestras peticiones (vea “¿Tiene en cuenta Dios el número de personas que oran para contestar una oración?” en la página 68). El ayuno no es una herramienta para forzar la mano de Dios, sino que nos ayuda a acercarnos a Él y pedir su ayuda. Pero cuando nos enfrentamos a problemas que nos *afectan* a todos como grupo, a veces tiene sentido *ayunar* como grupo.

¿Qué ocurre con el ayuno por motivos de salud?

La Biblia no habla del ayuno por motivos de salud. Los científicos y nutricionistas han descubierto muchos beneficios para la salud con el ayuno regular, cuando se hace de una manera sabia y equilibrada, especialmente cuando consultamos a profesionales médicos. Los estudios han sugerido que tiene un impacto positivo en los niveles de colesterol, las funciones metabólicas, la secreción de hormonas, la resistencia a la insulina, la salud del cerebro e incluso la longevidad en general.

Recuerde que un ayuno por motivos de salud tiene un enfoque completamente diferente al de un ayuno espiritual. Si estamos ayunando para acercarnos a Dios, entonces es aquí donde debemos enfocarnos y no en los posibles beneficios para la salud.

Además, el ayuno relacionado con la salud se puede realizar de muchas formas diferentes: ayuno de agua, ayuno de jugos, ayuno parcial, ayuno absoluto, etcétera. Algunas de esas formas no son necesariamente compatibles con el tipo de ayuno que Dios describe en su Palabra.

Parte V

Compañerismo

¿Qué es el compañerismo?

El compañerismo es la conexión que compartimos con nuestros hermanos en la fe y con Dios. A los cristianos ese compañerismo les imparte fuerza y los ayuda a respaldarse mutuamente en su caminar con Dios.

¿Por qué es importante este compañerismo?

El compañerismo es, de muchas maneras, el pegamento que mantiene unida a la Iglesia. La Iglesia no es un edificio ni una organización, sino lo que el Nuevo Testamento llama *ekklesia* —la *asamblea* de creyentes. La Iglesia está conformada por personas y todas esas personas están conectadas por la relación que comparten con el Dios al que sirven.

Esta conexión común es el espacio en el cual existe el compañerismo. A través del acto de compartir nos fortalecemos y fortalecemos a la Iglesia usando los dones otorgados por Dios. A medida que entendemos más profundamente los dones que Dios nos ha otorgado (y las mejores formas de utilizarlos), aumentamos la efectividad de ese compañerismo.

En el Nuevo Testamento, la Iglesia se describe como un cuerpo espiritual “unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro” (Efesios 4:16). El compañerismo es el proceso que le permite a cada parte hacer la obra que Dios pretendía que hiciera. Cuando los cristianos, fungiendo como coyunturas y partes individuales de ese cuerpo espiritual, usan adecuadamente el compañerismo, el resultado final es que “todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí... recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Efesios 4:15-16).

David escribió: “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” (Salmos 133:1). El compañerismo es más que sólo una herramienta —es un don precioso que nos ha sido dado por nuestro Creador.

16

Cómo funciona el compañerismo

A pesar de que el compañerismo puede sonar como algo muy sencillo, es un concepto con varios niveles. Antes de hablar acerca de las mejores formas de compañerismo, es importante entender cómo *funciona*. Esto significa volver atrás y analizar lo que los autores del Nuevo Testamento (más importante aún, Dios) tenían en mente cuando usaron esta palabra. Entonces podemos ver lo que el compañerismo requiere exactamente de nosotros.

¿Qué tenemos en común?

La palabra principal en el Nuevo Testamento para compañerismo —*koinonia*— significa “lo que se comparte en común”. En el griego común,⁶⁴ *koinonia* puede ser usado para referirse a muchas cosas diferentes —desde socios de negocios y comidas comunales, hasta una relación sexual.

En el Nuevo Testamento, *koinonia* tiene un significado menos amplio. La clave aquí es que *koinonia* señala hacia el terreno común compartido entre dos o más personas. Como cristianos nuestro compañerismo se centra alrededor de lo que tenemos en común.

⁶⁴ En “Lexicones” en la página 173, explicamos que el Nuevo Testamento está escrito en griego *koiné* o griego “común” —*koiné* y *koinonia* tienen la misma raíz.

Y lo que tenemos en común es... Dios.

Es fácil pensar que el compañerismo son las interacciones que los cristianos tienen entre sí, pero hay algo más. *Nuestra creencia compartida en Dios y el deseo de obedecerlo y seguirlo es lo que hace posible el compañerismo en primer lugar.* Sin esa base, el verdadero compañerismo cristiano es imposible.

Podemos hablar con personas que no creen en Dios. Incluso podemos llevarnos bien con otras personas que no están interesadas en obedecerle. Pero nunca podremos tener un *compañerismo* verdadero según Dios con ellos. Es imposible. No tenemos la misma base cuando se trata de nuestras creencias acerca de servir y seguir a Dios —y ésa es la esencia del compañerismo cristiano.

Juan escribió que los apóstoles estaban compartiendo todo lo que habían visto y oído “tocante al Verbo de vida” (1 Juan 1:1) y que el propósito de ese compartir era “para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (v. 3).

En términos sencillos, esto es compañerismo.

Su fe en Dios lo lleva a buscarlo, a acercarse a Él, a compartir con Él —pero usted no es el único con esa fe, ¿verdad? Al acercarnos a Dios nos acercaremos a otros que *también* se están acercando a Él. Nuestro compañerismo con Dios nos conduce naturalmente a tener compañerismo con los demás.

Juan continuó: “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad; pero si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:6-7).

Si usted elimina a Dios del escenario, elimina el compañerismo. El compañerismo nos une como cristianos con una meta común, un enfoque común y un propósito común.

El compañerismo de...

Los autores del Nuevo Testamento escribieron acerca del compañerismo por sí solo, pero también lo conectaron con algunos conceptos importantes que se relacionan con éste. Pablo escribió acerca de:

- “la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor” (1 Corintios 1:9).
- “la comunión [*koinonia*] de la sangre de Cristo” y “la comunión [*koinonia*] del cuerpo de Cristo” (1 Corintios 10:16).
- “vuestra comunión en el evangelio” (Filipenses 1:5).

- “comunión del Espíritu” (Filipenses 2:1).
- “la participación de sus padecimientos” (Filipenses 3:10).
- “la participación [*koinonia*] de tu fe” (Filemón 1:6).

Y si ampliamos la búsqueda de cosas que tenemos en común o compartimos, encontraremos muchos versículos valiosos:

- Judas escribió acerca de “nuestra común salvación” (Judas 1:3).
- El autor de Hebreos nos llamó “participantes del llamamiento celestial” (Hebreos 3:1).
- Pedro escribió acerca de ser “participante de la gloria que será revelada” (1 Pedro 5:1) y cómo, por medio de “preciosas y grandísimas promesas... [llegaremos] a ser participantes de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4).
- Pablo les dijo a los filipenses que todos ellos eran “participantes conmigo de la gracia” (Filipenses 1:7).
- También les dijo a los corintios que todo lo hacía “por causa del evangelio, para [hacerse] copartícipe de él” (1 Corintios 9:23).

En estos versículos obtenemos un panorama más claro acerca de lo que debe ser la base de nuestro compañerismo. Estamos conectados por el Hijo de Dios —su cuerpo, su sangre y su sufrimiento que nos dieron acceso tanto al Espíritu de Dios como a la salvación.

Compartimos el evangelio. Compartimos el *mensaje* del evangelio de esperanza y salvación —sus “preciosas y grandísimas promesas” y, un día, compartiremos “su naturaleza divina”. Compartimos una fe en común de esas promesas —una fe que algún día nos llevará a una misma salvación, como eternos e inmortales hijos e hijas de Dios.

Estas cosas son el tejido que nos conecta y nos permite tener compañerismo tanto con Dios como con otros hermanos en la fe. Sin eso, nuestro compañerismo — incluso nuestra vida— sería algo vacío y sin sentido.

El compañerismo comienza con Dios

El huerto del Edén fue un capítulo único en la historia humana.

Por un momento, el primer hombre y la primera mujer tuvieron acceso directo a Dios y a una relación personal muy cercana con Él. Dios caminó en el jardín con ellos. Les habló y les enseñó.

No era un paraíso sólo porque era un increíble ambiente físico —era un paraíso porque Adán y Eva tenían compañerismo con Dios. *Ellos vivían en su presencia.*

Al principio Dios creó al hombre y luego tuvo compañerismo con él.

Cuando Adán eligió pecar, él y su esposa fueron expulsados del paraíso —pero ellos no sólo fueron expulsados de un maravilloso huerto y una vida de comodidad.

Fueron expulsados de la presencia de Dios.

Fueron expulsados del *compañerismo divino*.

Perdieron su conexión con Dios.

La meta final del compañerismo

Pero Dios no borró a la humanidad después del fracaso de Adán en el huerto. De hecho, cuando miramos hacia atrás y vemos lo que Dios nos dice que está haciendo, descubrimos que *el plan de Dios está relacionado con restablecer el compañerismo con la raza humana*.

Esto se encuentra al final del libro.

Después de que Satanás es derrotado (Apocalipsis 20:7-10), después de que los muertos, grandes y pequeños puedan entender “las cosas escritas en los libros” (v. 12), después de que los primeros cielos y la primera tierra son reemplazados con algo nuevo (Apocalipsis 21:1), después de todo esto encontramos un indicio de la razón por la cual Dios creó a la humanidad:

“Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron” (vv. 3-4).

Él estará con ellos y ellos serán su pueblo.

De esto se trata todo —desde el comienzo de la creación hasta el momento que estamos viviendo ahora. La Biblia dice que Jesucristo, el cordero de Dios, fue “sacrificado desde la fundación del mundo” (Apocalipsis 13:8).

Desde la fundación del mundo. Antes de que Adán y Eva tomaran su decisión en el huerto del Edén, *el plan que empezó a operar daría comienzo al sacrificio que nos traería nuevamente al compañerismo con Dios*.

Entonces, si usted está pensando que el compañerismo no es una herramienta especialmente importante en la caja de herramientas de un cristiano, es mejor que lo reconsidere.

El compañerismo después del huerto del Edén

Desde Génesis hasta Apocalipsis podemos ver el hilo conductor del plan de

Dios. Comenzó con compañerismo y terminará con compañerismo —el compañerismo desempeña un importante papel a lo largo del camino.

Después de que Adán y Eva dejaron el huerto del Edén (y la presencia de Dios), aún hay evidencia de que Dios establece relaciones con las personas. Se dice de Enoc que caminó con Dios por espacio de 300 años (Génesis 5:22).

Noé, el tataranieto de Enoc, fue: “varón justo, era perfecto en sus generaciones”, que también “caminó con Dios” (Génesis 6:9). Abraham caminó delante de Dios y fue perfecto en sus generaciones (Génesis 17:1). Incluso él fue llamado *amigo* de Dios (2 Crónicas 20:7).

Desde el huerto del Edén hasta el establecimiento de la nación de Israel, Dios continuó teniendo compañerismo a nivel individual con aquellos que lo obedecían y reconocían su nombre.

Compañerismo con la nación de Israel

Pero Dios tenía en mente algo más grande. Él elogió a Abraham porque: “oyó... mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes” (Génesis 26:5) y le prometió: “de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos. En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz” (Génesis 22:17-18).

Parte de esa promesa fue cumplida con el establecimiento de la nación de Israel. Esas doce tribus descendientes de Abraham establecieron una relación especial con Dios.

Por medio de un hombre llamado Moisés, Dios condujo a Israel al desierto hasta el Monte Sinaí y allí descendió con señales portentosas. Leemos que “vinieron truenos y relámpagos, y espesa nube sobre el monte” (Éxodo 19:16). Las trompetas sonaron dejando al pueblo temblando de miedo. En poco tiempo: “Todo el monte Sinaí humeaba, porque el Eterno había descendido sobre él en fuego; y el humo subía como el humo de un horno, y todo el monte se estremecía en gran manera” (v. 18).

Ésta era la presencia del Creador del universo que se manifestaba en nuestro mundo físico para que todo Israel lo viera; fue algo majestuoso, increíble, sorprendente —y aterrador: “Y la gloria del Eterno reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días; y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube. Y la apariencia de la gloria del Eterno era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel.

Y entró Moisés en medio de la nube, y subió al monte; y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches” (Éxodo 24:16-18; ver también “Moisés ayuna antes de recibir los Diez Mandamientos” en la página 252).

Dios le había dicho a Israel: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Éxodo 19:5-6).

Como parte de esa relación de pacto, Dios les dijo: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos” (Éxodo 25:8). Cuando terminaron la construcción de ese santuario: “Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria del Eterno llenó el tabernáculo” (Éxodo 40:34).

Este Dios que encendió una montaña con su presencia, iba a morar entre los israelitas. Otras naciones tenían templos llenos de las estatuas de sus dioses falsos, pero Israel tendría un santuario, un tabernáculo lleno de la presencia divina del Creador del universo. Su Dios moraría entre ellos e iría con ellos en su viaje a través del desierto.

Parte de lo que hacía Israel, “especial tesoro... por encima de todos los pueblos” se debía al simple hecho de que ellos, entre todas las naciones de la Tierra, tenían compañerismo con Dios.

Moisés preguntó: “¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está el Eterno nuestro Dios en todo cuanto le pedimos? Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros? Por tanto, guárdate, y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las cosas que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida” (Deuteronomio 4:7-9).

Pero, finalmente, Israel sí lo *olvidó*. Ellos no se mantuvieron en los estatutos y justos juicios de Dios. Dieron por sentado el compañerismo con Dios y tal como sucedió con Adán y Eva, perdieron esa conexión debido a sus pecados.

La historia nos muestra que los antiguos israelitas: “tentaron y enojaron al Dios Altísimo, y no guardaron sus testimonios” (Salmos 78:56). En respuesta, Dios “Dejó... el tabernáculo de Silo, la tienda en que habitó entre los hombres, y entregó a cautiverio su poderío, y su gloria en mano del enemigo” (vv. 60-61).

Este ciclo se repitió a lo largo de la historia de Israel, hasta que eventualmente Dios permitió que su pueblo fuera conquistado y llevado cautivo por

los asirios y los babilonios. Su compañerismo con Israel a nivel nacional se terminó temporalmente —pero Él aún no daba por perdida su relación con la humanidad.

Dios *todavía* tenía algo más grande en mente.

El acceso al trono de gracia estaba limitado

Un componente clave del tabernáculo (y más tarde, el templo que Salomón construyó para reemplazarlo) era el arca del pacto.

Esa arca contenía el testimonio —las piedras con los Diez Mandamientos (lo invitamos a ver la entrada *‘ēdūt* en la página 223). Pero Dios también le había ordenado a Moisés que incluyera otro elemento importante en el arca: “Y pondrás el propiciatorio encima del arca, y en el arca pondrás el testimonio que yo te daré. Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel” (Éxodo 25:21-22).

El *Comentario bíblico del expositor* dice: “una de las intenciones primarias de la adoración es reunirse con el Dios viviente. Él habla y se reúne con su pueblo desde su trono encima de los querubines”.

El propiciatorio era el lugar donde Dios se reuniría con el hombre —pero el acceso estaba limitado. El arca se guardaba en una parte del Tabernáculo llamado el Lugar Santísimo y allí sólo podía entrar el sumo sacerdote una vez al año en el día de Expiación (lo invitamos a consultar “El día de Expiación nos da un contexto importante” en la página 232).

Dios le advirtió a Moisés que acercarse en cualquier otro momento sería fatal —que el sumo sacerdote: “no en todo tiempo [entraría] en el santuario detrás del velo, delante del propiciatorio que está sobre el arca, para que no muera; porque yo apareceré en la nube sobre el propiciatorio” (Levítico 16:2).

Aunque Dios moró con Israel en una época, existía todavía una barrera entre Dios y el pueblo. El propiciatorio estaba detrás de un velo y sólo un hombre podía pasar a través de él —e incluso entonces, sólo una vez al año: “cuando él entre a hacer la expiación en el santuario, hasta que él salga, y haya hecho la expiación por sí, por su casa y por toda la congregación de Israel” (v. 17).

El siguiente paso de Dios era remover esa barrera para siempre.

Compañerismo con el Padre y el Hijo por medio del Espíritu

El autor de Hebreos explica que el tabernáculo físico era sólo una “figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo” (Hebreos 8:5). Jesucristo enseñó que: “Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren” (Juan 4:24).

El tabernáculo físico, incluyendo el Lugar Santísimo, el arca y el propiciatorio, eran objetos físicos que permitían vislumbrar las “cosas celestiales”. La adoración espiritual y llena de verdad que Dios está buscando requiere algo más allá de lo físico —algo que no tenemos inherentemente en nosotros.

Jesús prometió a sus discípulos que su muerte les permitiría recibir el espíritu que necesitaban para adorar a Dios. “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; más si me fuere, os lo⁶⁵ enviaré” (Juan 16:7).

Más adelante, Él prometió que este consolador “[estará] con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:16-17).

El Espíritu de verdad es la clave para adorar a Dios en espíritu y en verdad —y el sacrificio de Cristo es la clave para *recibir* ese Espíritu.

Cuando Jesús murió como sacrificio por los pecados del mundo, “el velo del templo” —esa cortina pesada, gruesa y alta que separaba el Lugar Santísimo— “se rasgó en dos, de arriba abajo” (Marcos 15:38).

Como nuestro Sumo Sacerdote (Hebreos 3:1), Jesús hizo el sacrificio perfecto por los pecados —una expiación que ningún sumo sacerdote humano hubiera podido ofrecer (Hebreos 9:12-15). Él derribó la barrera que existía entre nosotros y el propiciatorio, haciendo posible que podamos: “[acercarnos], pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16).

Poco después de su muerte y resurrección, en la fiesta de Pentecostés, Jesús cumplió su promesa de enviar el Consolador a sus discípulos. En ese día, una serie de milagros dejó claro que “fueron todos llenos del Espíritu Santo” (Hechos 2:4).

⁶⁵ Prácticamente todas las traducciones de la Biblia presentan incorrectamente el Espíritu Santo de Dios como un ser autónomo. No nos corresponde en este libro explorar ese tema, pero la Biblia realmente muestra que el Espíritu de Dios es el poder de Dios, no otro ser divino o persona. (Lo invitamos a leer nuestro artículo: “¿Es el Espíritu Santo una persona?”.)

Pero esto no sólo ocurrió con los discípulos. Pedro exhortó a la multitud: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (vv. 38-39).

Nuestro compañerismo personal con Dios

Llegamos entonces al momento actual.

Este momento.

Cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y somos bautizados⁶⁶ Dios pone su Santo Espíritu en nosotros, lo que permite un cambio en quiénes y qué somos. Ya no somos más seres humanos, sino seres humanos con el Espíritu de Dios —un “tesoro en vasos de barro” (2 Corintios 4:7).

Al aceptar que el sacrificio de Cristo se aplique a nuestro favor, recibimos el perdón de nuestros pecados y se establece una conexión especial con Dios. Jesús prometió: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y *vendremos a él, y haremos morada con él*” (Juan 14:23, énfasis añadido).

A través del Espíritu Santo y nuestros esfuerzos continuos por obedecer los mandamientos de nuestro Salvador, *tenemos compañerismo con Dios*. Compartimos con el Creador del universo una base común.

A través de su Espíritu, *Él mora en nosotros*.

Esto es increíble. Durante toda la historia humana, Dios el Padre y Jesucristo han estado trabajando con el fin de hacer posible esta clase de compañerismo con su creación y *nosotros podemos ser parte de ella*.

Nuestro compañerismo con Dios es finalmente enriquecido por las otras cuatro herramientas cristianas. Cada uno de nosotros puede fortalecer su conexión con Dios a través de la oración, el estudio, la meditación y el ayuno.

Por supuesto, nuestra comunicación individual con Dios no lo es todo. Es importante, obviamente; es la base del compañerismo. Es lo que conecta a todos los creyentes cristianos.

Pero, a fin de cuentas, el compañerismo cristiano no se trata sólo de usted y Dios. Se trata de usted y Dios y los miles de creyentes que comparten su fe. Juntos conformamos “todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente” (Efesios 4:16).

⁶⁶ El bautismo es un paso vital en nuestro camino cristiano. Es una señal externa de nuestro arrepentimiento interior y nuestra dedicación a Dios, que nos da la oportunidad de recibir el Espíritu Santo. (Vea nuestro artículo “¿Qué es el bautismo?” para más detalles.)

A medida que entendemos lo que significa ser parte de “todo el cuerpo” de Cristo, también llegamos a entender la verdadera belleza del compañerismo.

El compañerismo con Dios nos conecta con otros

Podemos usar las primeras cuatro herramientas para el crecimiento cristiano en un aislamiento total.

Podemos orar solos.

Podemos estudiar solos.

Podemos meditar solos.

Podemos ayunar solos.

El compañerismo es diferente. Aunque nos podemos conectar con Dios “por nuestros propios medios”, se pretende que nuestro compartir con Dios nos conecte con *otros* que también buscan una relación con Él.

Pero el compañerismo que compartimos con los demás —la base en común que compartimos por nuestra mutua conexión con Dios— no es algo casual. La Biblia nos muestra que esas conexiones mutuas deberían ser una parte central de nuestra identidad como cristianos. De hecho, la Biblia tiene un nombre para esas conexiones:

La Iglesia.

La palabra griega para iglesia es *ekklesia*, lo que significa una asamblea o reunión. Lejos de estar representada por un edificio o una identidad legal, la Iglesia de Dios es la asamblea de los cristianos fieles alrededor del mundo.

Jesús le prometió a Pedro: “Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia [*ekklesia*]; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:18). Desde el comienzo de su ministerio, Jesús estuvo estableciendo el fundamento de una asamblea de creyentes fieles, prometiendo que ni siquiera la muerte misma tendría la capacidad de destruir esa red especial de conexiones.

Algunas veces, los autores del Nuevo Testamento utilizaron *ekklesia* para hablar acerca de congregaciones⁶⁷ específicas, pero siempre con el entendimiento de que esas pequeñas asambleas eran parte de una asamblea mayor, metafóricamente hablando. Aunque sería imposible para cada cristiano en el mundo reunirse en el mismo momento y en el mismo lugar, aún somos parte de una única Iglesia, *ekklesia* —la Iglesia de Dios.⁶⁸

⁶⁷ Pablo se refirió a la Iglesia Laodicea que se reunía en la casa de Ninfas (Colosenses 4:13-15), “la iglesia de Dios que está en Corinto” (1 Corintios 1:2), “la iglesia de los tesalonicenses” (1 Tesalonicenses 1:1), etcétera.

⁶⁸ Puede leer más acerca de este tema en nuestro folleto gratuito *¿Dónde está la Iglesia que Jesucristo edificó?*

¿Cuán importante es esta reunión? El autor de Hebreos exhortó a su audiencia diciendo: “considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; *no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre*, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:24-25, énfasis añadido).

Y Dios es muy claro acerca de lo que significa “congregarnos”. Cuando Él instruyó a Israel acerca de sus días de fiestas anuales, las llamó “santas convocaciones” (Levítico 23:2). También incluyó una reunión semanal recurrente en esa lista: “el séptimo día será de reposo, santa convocación” (v. 3).

Cada semana, el sábado, el séptimo día, es un día para que los cristianos se reúnan como la *ekklesia* de Dios, teniendo compañerismo entre sí y creciendo juntos como Dios lo ordena.⁶⁹ Además, Dios nos llama a reunirnos juntos en siete “santas convocaciones” a lo largo del año,⁷⁰ lo que nos da más oportunidad para crecer.

El apóstol Pablo con frecuencia escribía acerca de la función de la Iglesia y tenía dos analogías favoritas para explicar esa función: el templo y el cuerpo.

Si analizamos estas analogías podemos obtener un entendimiento más profundo del papel que el compañerismo debe jugar en la Iglesia de Dios.

La Iglesia como templo de Dios

Pablo les dijo a los corintios: “ustedes son el templo del Dios viviente”, recordándoles que Dios había prometido: “habitaré y andaré entre ellos” (2 Corintios 6:16). Cuando Pablo escribió estas palabras, el templo físico de Dios había sido destruido una vez⁷¹ y había una segunda destrucción por ocurrir en el futuro⁷² —pero después del sacrificio de Cristo, el templo físico ya no era el punto central.

El velo del templo se rasgó. Por el Espíritu Santo, Dios el Padre y Jesucristo morarían directamente en los cristianos bautizados (lo invitamos a ver 1 Corintios 3:16). En vez de un edificio físico, la Iglesia de Dios cumpliría finalmente el papel del templo de Dios: “edificados sobre el fundamento

⁶⁹ Lo invitamos a leer más acerca del día sábado de Dios en nuestro folleto gratuito [El sábado: un regalo de Dios que hemos descuidado](#).

⁷⁰ Lo invitamos a leer más acerca de estas santas convocaciones en nuestro folleto gratuito [Las fiestas santas de Dios: Él tiene un plan para usted](#).

⁷¹ Por los babilonios, en el año 586 a.C. —ver 2 Crónicas 36:19.

⁷² Por los romanos, en el año 70 d.C. —ver Mateo 24:1-2.

de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:20-22).

Pedro también exploró la idea de que la Iglesia es un edificio que estaba “siendo edificado junto”. Él escribió: “Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:4-5).

Si la Iglesia es el templo, entonces el pueblo de Dios son las piedras que Él está utilizando para construirlo. Jesús sirve como “la cabeza del ángulo” (v. 7), estableciendo la medida para todo lo que sigue, mientras Dios pone a cada uno donde Él ve que encaja —en cualquier puesto que Él sabe que podremos hacer el mayor bien.

Como templo (y como sacerdocio santo), muchos de los principios que se aplican al templo, se aplican a nosotros. Somos *santos* —apartados por Dios para un propósito especial. Podemos perder esa santidad —*contaminarla*— al no ser capaces de: “discernir entre lo santo y lo profano, y entre lo inmundo y lo limpio” (Levítico 10:10).

Las cosas comunes e inmundas del mundo no tienen lugar en el templo espiritual de Dios. Como “piedras vivas” de ese templo, estamos en constante contacto entre nosotros y, cuando permitimos que la contaminación del mundo llegue a nosotros, también la llevamos al templo de Dios y a ese espacio que tenemos en común y compartimos con nuestros hermanos creyentes.

Pablo advirtió: “Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es” (1 Corintios 3:17). Tenemos una obligación —con Dios y con los demás— de preservar la santidad sagrada de su templo espiritual, absteniéndonos “de los deseos carnales que batallan contra el alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras” (1 Pedro 2:11-12).

Cuando hacemos nuestra parte para mantener el templo de Dios santo, fortalecemos nuestra conexión con los demás cristianos y con nuestra piedra principal del ángulo, Jesucristo.

La Iglesia como el cuerpo de Cristo

Más que un edificio, Pablo veía la Iglesia como un cuerpo —y no sólo cualquier cuerpo, sino el *cuerpo de Jesucristo*.

Él describió a los cristianos individuales como varios componentes del cuerpo, con Jesús como “la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios” (Colosenses 2:19).

Así como en la analogía del templo, los cristianos no desempeñan un papel pasivo y lejano en el Cuerpo de Cristo. De hecho, cuando miramos la Iglesia como un cuerpo, resalta la naturaleza esencial del compañerismo cristiano —así como los variados e importantes papeles que ese compañerismo puede jugar.

En su primera carta a los corintios, Pablo invirtió la mayoría del tiempo hablando acerca del Cuerpo de Cristo; les dijo: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu” (1 Corintios 12:13).

Hay dos lados de esta moneda: “Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo” (v. 12). Como cristianos, experimentamos unidad en nuestra conexión mutua con Jesús, la cabeza del cuerpo. Pero esa *unidad* no es *uniformidad*.

No somos todos iguales. Cada uno aporta algo único al cuerpo. Y esa diversidad es vital.

Pablo continuó: “Si dijere el pie: Porque no soy mano, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Y si dijere la oreja: Porque no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿por eso no será del cuerpo? Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso. Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo” (vv. 15-20).

Las preguntas de Pablo son absurdas —¿todo un cuerpo lleno de partes diferentes con cada parte tratando de llevar a cabo la misma función? Ésta obviamente no es la forma en que Dios diseñó el cuerpo humano para que trabajara. Aun si nuestros oídos fueran capaces de querer ver, no podrían hacerlo.

Pero nuestros oídos no son inadecuados porque no puedan ver y nuestros ojos no son inadecuados porque no puedan escuchar. Nuestros oídos son para escuchar, nuestros ojos para ver. No esperamos que tengan una función diferente y no pensamos que son inferiores por hacer aquello para lo cual están diseñados.

Entonces, Pablo lleva nuestra atención a las implicaciones espirituales de esa analogía:

Dios lo ha equipado a usted para servir en una función específica dentro de la Iglesia de Dios.

No hay una jerarquía de “la función más importante” y “la función menos importante”. Usted no va a ser juzgado por su incapacidad para hacer lo que alguien más puede hacer.

Su trabajo es hacer su trabajo —cualquiera que éste sea. Su trabajo es contribuir al cuerpo usando los dones que Dios le ha dado a usted en cualquier lugar del cuerpo que Él lo haya puesto.

Éste es el foco de la analogía —las contribuciones que cada uno hace al cuerpo de Cristo y, por lo tanto, a los demás. Así como Dios lo ha equipado a usted para hacer cosas que otros no hacen, Él también equipó a otros para que hagan cosas que usted no puede —y así como los miembros del cuerpo, dependemos los unos de los otros.

“Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros. Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios... Dios ordenó el cuerpo, dando más abundante honor al que le faltaba, para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1 Corintios 12:21-22, 24-26).

El compañerismo requiere de conexión. Y en nuestra conexión con Dios y con los demás, tenemos un impacto los unos sobre los otros. Cuando nuestros compañeros cristianos —nuestros compañeros en el cuerpo— se duelen, necesitamos dolernos con ellos. Cuando experimentan alegría, debemos compartir ese gozo.

El resultado final de esa conexión es algo realmente maravilloso:
Crecimiento.

No separados los unos de los otros, no individualmente —sino como un único organismo conectado que está siendo guiado y conducido por Dios.

En otra carta, Pablo escribió: “Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo; para que ya no seamos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error, sino que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo, de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (Efesios 4:11-16).

Ésta es la meta final del compañerismo cristiano. Somos colectivamente las coyunturas y los huesos, los ligamentos, los músculos y los órganos que componen un cuerpo espiritual. Dios nos ha puesto a cada uno exactamente donde necesitamos estar, nos ha equipado exactamente con lo que necesitamos hacer —y cuando “cada parte hace su parte” el cuerpo crece.

Pero no estamos hablando acerca de cualquier clase de crecimiento. Estamos creciendo “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (v. 13).

La medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

Hasta allá debemos crecer. Esto es lo que el compañerismo —con Dios y entre nosotros— nos está ayudando a alcanzar.

En el resto de la Parte V exploraremos cómo se ve en la práctica el compañerismo efectivo —y cuál es exactamente su papel en ese proceso.

17

Siete claves para un compañerismo según Dios

Si el compañerismo es la base común que compartimos como discípulos de Jesucristo, entonces una de nuestras prioridades más importantes debería ser llegar a entender cómo quiere Dios que compartamos esa base común.

La *Enciclopedia de la Biblia Baker*, en su definición de compañerismo, utiliza siete “pautas bíblicas para fortalecer la comunión [o el compañerismo] de los creyentes en el cuerpo”, que podemos resumir en la siguiente lista:

1. Amar como Cristo amó.
2. Buscar el bien de los demás.
3. Sobrellevar las cargas de los demás.
4. Compartir las bendiciones materiales.
5. Corregir (y perdonar) en amor.
6. Extender la empatía y la compasión.
7. Orar los unos por los otros.

Esto es lo que necesitamos tener en mente:

Todas son relevantes.

Necesitamos trabajar y practicar cada una de estas pautas, *sin importar cuán naturalmente se manifiestan en nosotros*. En este escenario no podemos

escoger sólo unas cuantas opciones que nos parecen buenas mientras ignoramos el resto. Cada una de estas pautas es una parte importante del compañerismo cristiano y no podemos darnos el lujo de ignorar alguna de ellas.

En el resto de este capítulo examinaremos con más detenimiento cada una de estas siete pautas y reconoceremos lo que producen cuando se ponen en práctica.

Amar como Cristo amó

En la última noche de su vida como ser humano, Jesús les dio a sus discípulos esta instrucción solemne:

“Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. *En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros*” (Juan 13:34-35, énfasis añadido).

Hay muchas cosas que deberían hacernos únicos como seguidores de Jesucristo, pero Él dijo que la *característica que nos define*, ese rasgo que haría obvia nuestra identidad para aquellos que nos rodean, debería ser el amor que tenemos los unos por los otros.

Pero aquí no estamos hablando de cualquier clase de amor —Jesús nos dijo que deberíamos amarnos: “Así como yo los he amado”.

Nuestro compañerismo está definido por el amor según Dios a la manera de Cristo.

El nivel para esta clase de amor es bastante alto. Esa misma noche, Jesús elaboró acerca de su nuevo mandamiento: “Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Juan 15:12-14).

Al sacrificarse para pagar la pena de nuestros pecados, Jesús dio un ejemplo definitivo de lo que significa el amor según Dios, en acción. Esa clase de sacrificio personal debería hacernos entender la forma en que debemos interactuar con nuestros compañeros cristianos, tal como Juan lo señaló en su primera epístola a la Iglesia: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Juan 3:16). Y nuevamente: “El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es *amor*” (1 Juan 4:8, énfasis añadido).

Para ser honestos, no siempre amamos como Cristo amó. Somos humanos. Cometemos errores, nos quedamos cortos. Pero esta clase de amor es

la *meta*. No siempre es fácil, no siempre viene naturalmente, pero por eso debemos esforzarnos.

Más que un sentimiento, el amor es una *acción* —una decisión que debemos tomar una y otra vez aun cuando preferiríamos no hacerlo. Jesús preguntó: “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:46-48). Con mucha frecuencia, nuestros instintos humanos responden a los demás con algo menos que amor. En esos momentos, debemos tomar la decisión consciente de mostrar el amor según Dios.

Pablo estuvo un tiempo explicando en qué consistía el amor de Dios a los corintios, partiendo de la base de que *sin* esa clase de amor, no somos nada (1 Corintios 13:1-3).

Algunos pocos tendremos la oportunidad de literalmente “poner nuestras vidas por los hermanos”, pero todos *podemos* cumplir este mandamiento haciendo sacrificios de nuestro *tiempo* y nuestro *esfuerzo*. Al fin y al cabo, estos son los ingredientes principales de nuestra vida en primer lugar, el tiempo que Dios nos da y las actividades en las cuales decidimos compartir esos momentos.

El amor que tenemos los unos por los otros debería reflejar el amor que Dios tiene por nosotros —constante, sincero y que nunca cambia. Debería ser la fuerza que nos motiva detrás de cada acción e *interacción* con los demás. Debería gobernar las palabras que decidimos usar y aun los pensamientos que tenemos.

Pablo escribió: “*Todas* vuestras cosas sean hechas con amor” (1 Corintios 16:14, énfasis añadido), y el autor de Hebreos nos animó: “Permanezca el amor fraternal” (Hebreos 13:1).

A medida que tenemos compañerismo con otros, debemos continuamente medirnos con este estándar. Las palabras que utilizamos con otros, las cosas que hacemos cuando estamos con ellos ¿son motivadas por el amor?

Una parte importante de crecer a la semejanza de Jesucristo es aprender a amar a otros de la forma en que Él nos ama —continuamente poniendo nuestras vidas por nuestros hermanos y hermanas espirituales. De hecho, cuando estudiemos las seis claves restantes para un compañerismo según Dios, empezaremos a ver que cada una es una forma específica de manifestar amor en nuestro compañerismo los unos con los otros.

Buscar el bien de los demás

Una forma práctica de fomentar nuestro compañerismo es sencillamente buscar las diferentes formas de ayudarnos unos a otros.

Pablo les dijo a los corintios: “Ninguno busque su propio bien, sino el del otro” (1 Corintios 10:24). El compañerismo según Dios es imposible si cada uno de nosotros se enfoca en sus propias necesidades y en lo que desea —pero florece cuando cada uno hace el esfuerzo de enfocarse en lo que los demás quieren y necesitan.

Pablo ahondó en este pensamiento cuando le dijo a los filipenses: “por tanto, si hay alguna consolación en Cristo, si algún consuelo de amor, *si alguna comunión del Espíritu*, si algún afecto entrañable, si alguna misericordia, completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo;⁷³ *no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros*” (Filipenses 2:1-4, énfasis añadido).

Esta clave para compartir requiere una actitud mental que siempre se pregunte: “¿qué puedo hacer para ayudar?” y “¿cómo puedo mejorar las cosas?”. Mientras más tiempo dediquemos a lo que podemos hacer por los demás, mejor vamos a funcionar, no sólo como individuos, sino como el Cuerpo de Cristo: “unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente” (Efesios 4:16).

Dios nos ha dado a cada uno de nosotros dones y talentos para utilizar: “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (vv. 12-13). Pero si no nos enfocamos en utilizar estos dones y talentos de la forma que se pretende —esto es, para el bien de todos y no sólo de nosotros mismos— ¿cómo podrá crecer el cuerpo?

Como parte del cuerpo espiritual, cada uno de nosotros está conectado con sus compañeros cristianos. Nuestro compañerismo —lo que tenemos en común— sólo es fortalecido cuando dedicamos tiempo para pensar acerca de qué es lo mejor para aquellos con quienes compartimos nuestro llamamiento.

⁷³ Esto no significa que debemos considerarnos a nosotros mismos como personas sin valor; significa que deberíamos ver a los demás como personas con *más* valor.

Sobrellevar las cargas de los demás

En su epístola a los gálatas, Pablo dio instrucciones aparentemente contradictorias. Primero les dijo: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gálatas 6:2). Luego, unas cuantas frases más adelante, pareciera haber escrito lo opuesto: “porque cada uno llevará su propia carga” (v. 5).

En *La epístola a los gálatas*, David A. de Silva afirma que cuando dice “cargas”, Pablo se está refiriendo tanto “a fallas morales y personales” (ver versículo 1) como a “todas las experiencias difíciles de la vida, todas las pruebas que la vida sencillamente le presenta a cada persona en su camino. Los creyentes deben mostrar amor, amabilidad, apoyo y, cuando sea necesario, ayuda material hacia aquellos que están experimentando esos problemas para ayudarlos a que sean más llevaderos. Sobrellevar la carga [física] de la otra persona era la labor de un esclavo cuando estaba disponible; hacerlo voluntariamente, particularmente con respecto a las cargas que hacen la vida opresiva o que ponen en peligro el caminar de la persona espiritualmente, es una labor de amor”.

A nivel espiritual, Dios espera que realicemos voluntariamente la labor de los esclavos con respecto a nuestros hermanos y hermanas en Cristo —ayudándoles a sobrellevar sus cargas de la mejor manera posible.⁷⁴

Éste es un concepto que Pablo mencionó al principio de su carta, al explicar que, aunque todos “fuimos llamados a la libertad”, debemos servir “por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Gálatas 5:13-14). La palabra que Pablo usó para “servir” es una palabra griega que se refiere específicamente a servir como un esclavo.

Ofrecer amabilidad, compasión y apoyo a nuestros hermanos no debería ser un trabajo que consideremos indigno o que esperemos que otros hagan. Jesús preguntó: “¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve” (Lucas 22:27).

Jesús estuvo dispuesto a dejar de lado su gloria y majestad como Dios, despojándose a sí mismo y tomando forma de siervo (Filipenses 2:7). Ése es nuestro ejemplo. Somos libres —pero por amor escogemos servirnos los

⁷⁴ En el caso de las fallas personales y morales, Dios también espera que ayudemos a guiar a nuestros hermanos hacia el arrepentimiento y la restauración “con espíritu de mansedumbre” (Gálatas 6:1).

unos a los otros como si fuéramos esclavos. Parte de nuestro compañerismo incluye la disposición a tender una mano cuando vemos a otros luchar con el peso de las cargas de la vida.

Job era reconocido por hacer esto y sus amigos lo alababan por ello: “He aquí, tú enseñabas a muchos, y fortalecías las manos débiles; al que tropezaba enderezaban tus palabras, y esforzabas las rodillas que decaían” (Job 4:3-4). Otros versículos aclaran que Job hizo algo más que hablar; él actuó para ayudar a aquellos que estaban luchando con las cargas que tenían en su vida (Job 29:12-17).

En cuanto a la aparente contradicción en la epístola de Pablo, De Silva explica: “Pablo se esfuerza por establecer un equilibrio entre la responsabilidad individual y el respaldo de la comunidad, y pone en la comunidad la responsabilidad de hacer todo lo posible para ayudar a que cada miembro permanezca en los límites del ejercicio adecuado y provechoso de su libertad como cristiano ([Gálatas] 6:1-2) —para que de esta forma tenga la mejor posición posible para soportar, esto es, sobrevivir al juicio de Dios cuando llegue (6:5). El peso de las cargas de la vida se debe compartir entre los cristianos en la congregación mientras dure la vida (6:1-2); la máxima responsabilidad de la vida, sin embargo, no puede ser compartida aunque uno así lo quisiera (6:5)”.

En otras palabras, aunque todos tenemos la responsabilidad de aligerar la carga de las pruebas que experimentan nuestros hermanos y hermanas en la fe, su vida y sus decisiones son algo personal. Nadie puede cambiar con sus acciones (o su falta de acción) su posición delante de Dios, así como sus propias acciones no pueden cambiar la posición de los otros ante Él.

Parte de sobrellevar las cargas de otros implica permanecer consciente de que *hay un límite para lo que podemos cargar*. Al final del día, nuestra “propia carga” es algo entre nosotros y Dios —y nadie más.

Compartir las bendiciones materiales

Casi desde el momento en que la Iglesia del Nuevo Testamento comenzó, el compañerismo estuvo ligado con compartir las bendiciones físicas de Dios. Después del conmovedor sermón de Pedro en Pentecostés, “los que recibieron su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil personas... Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” (Hechos 2:41, 47).

Estos miles de creyentes se habían reunido en Jerusalén para celebrar Pentecostés, una de las fiestas santas de Dios. Normalmente ellos hubieran regresado a sus casas después, pero el mensaje que recibieron acerca de la identidad de Cristo y el plan de salvación de Dios fue algo que cambió sus vidas. Ellos no estaban listos para partir.

Entonces, “perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones” (v. 42).

Ésta fue una situación temporal. No era posible que la Iglesia siguiera así para siempre: “perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas” (v. 46). Pero, al menos por un tiempo después de que la Iglesia comenzó, el pueblo de Dios experimentó un profundo y constante nivel de compañerismo.

¿Quién hizo posible ese compañerismo? “Todos los que habían creído estaban juntos, y tenían en común todas las cosas; y vendían sus propiedades y sus bienes, y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno” (vv. 44-45).

Estos primeros creyentes tenían una increíble disposición a *compartir* los unos con los otros. Más tarde, leemos que “la multitud de los que habían creído era de un corazón y un alma; y ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común” (Hechos 4:32).

A medida que la Iglesia fue creciendo y se establecieron varias congregaciones alrededor del mundo, se hizo imposible que todos estuvieran de la misma forma en que estuvieron al principio en Jerusalén. La mayoría de la “multitud de aquellos que creyeron” eventualmente tendrían que regresar a sus propios hogares, familias y responsabilidades.

Pero aun después de que ese capítulo de la Iglesia terminara, la idea de ser de un solo corazón y un alma —“de compartir voluntariamente las bendiciones físicas de Dios con nuestros hermanos”— continuó siendo algo importante.

Cuando la congregación de los corintios se estaba preparando para contribuir a una colecta para los hermanos necesitados en Jerusalén, Pablo les dio algunos puntos importantes acerca de este aspecto del compañerismo cristiano.

Primero él hizo énfasis en que: “si primero hay la voluntad dispuesta, será acepta según lo que uno tiene, no según lo que no tiene” (2 Corintios 8:12). En otras palabras, Dios no está preocupado con la cantidad del dinero que compartimos, sino de nuestra *disposición* a compartir. Pablo añadió: “Cada

uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque *Dios ama al dador alegre*. Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra” (2 Corintios 9:7-8, énfasis añadido).

Dios no nos pide compartir más de lo que tenemos ni nos pide que nos endeudemos para cuidar a otros. Pablo continuó: “Porque no digo esto para que haya para otros holgura, y para vosotros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad, como está escrito: El que recogió mucho, no tuvo más, y el que poco, no tuvo menos” (2 Corintios 8:13-15).

Cuando aquellos que Dios ha bendecido con riqueza física la comparten con aquellos que tienen poco, ellos ayudan a traer “justicia” o “equidad” (*isotes*) en la Iglesia —y Dios promete en respuesta, bendecirlos, proveyéndoles con abundancia “para toda buena obra”. Y aquellos que tienen poco y lo ofrecen, “es aceptable de acuerdo con lo que la persona tenga y no de acuerdo a lo que no tiene”. (Lo invitamos a ver los comentarios de Cristo acerca de las dos blancas que entregó la viuda en Lucas 21:1-4.)

Segundo, Pablo describió específicamente la donación de la congregación de Corinto como una forma de compañerismo. Él llamó a este don su “liberalidad de vuestra contribución”, utilizando la palabra griega *koinonia* —la misma palabra usada en todas partes que significa “compañerismo”. Cuando compartimos las bendiciones que Dios nos da con nuestros hermanos y hermanas en la fe, fortalecemos los lazos del compañerismo entre nosotros.

Corregir (y perdonar) con amor

En un mundo perfecto, todos los cristianos harían todo de manera perfecta. Nunca habría errores, ni malentendidos o malas decisiones. Todos haríamos lo correcto, todo el tiempo.

Pero no estamos en un mundo perfecto —y tampoco somos perfectos.

La corrección es quizás el elemento más difícil del compañerismo —pero al mismo tiempo, uno de los más importantes. Puede ser incómodo darla o recibirla, pero como una comunidad de creyentes, la corrección del pecado es una herramienta que Dios nos da para ayudarnos a mantenernos en el camino correcto.

Así como todas las otras cosas que hacemos (1 Corintios 16:14), la correc-

ción se debe hacer con amor. Es muy fácil valerse de la corrección como arma para atacar a los demás —usarla como un medio para insultar a otras personas, degradarlas o engrandecernos a nosotros mismos.⁷⁵

Dios no pretende que hagamos las cosas así. Si vemos a alguien que “fuere sorprendido en alguna falta”, Dios dice: “restauradle con *espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado*” (Gálatas 6:1, énfasis añadido).

Siempre que vayamos a corregir la falta de una persona, debemos buscar la restauración. Debemos anhelar ver a nuestros hermanos y hermanas *restaurados* a una relación correcta con Dios. Cualquier corrección que le hagamos a los demás debe provenir de un espíritu de mansedumbre y amor, no de rabia ni aversión —teniendo siempre en mente que cualquiera de nosotros puede caer preso de la tentación del pecado.

La corrección siempre debe impartirse en el ambiente más privado y discreto posible. Jesús nos enseñó: “si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano” (Mateo 18:15). En un escenario ideal, los pecados se tratan y la reconciliación se hace en privado, lejos de la opinión pública.

No obstante, si ese método no funciona, darse por vencido y alejarse no es la solución. El pecado tiene una influencia destructiva y un “poco de levadura leuda toda la masa” (1 Corintios 5:6). Más adelante, Jesús señaló otros pasos para tratar el pecado, comenzando con traer consigo más testigos y terminando con ponerlo a consideración de la Iglesia (Mateo 18:16-17).

En el peor de los casos: “si no oyere a la iglesia, tenle por gentil y publicano” (v. 17).

Esto es lo que hace que la corrección sea algo tan incómodo. No podemos comenzar el proceso de corrección sin tener claro que, si nuestro hermano se rehúsa a corregir su falta, es posible que en última instancia tengamos que terminar esa relación.

En otras palabras, no debemos tomar la corrección a la ligera. Lo primero y más importante de todo es que debemos saber lo que Dios dice acerca de este asunto, algo que requiere que estudiemos la Biblia con regularidad (ver capítulo 5: “Métodos de estudio bíblico” en la página 131). Debemos asegurarnos de tener todos los hechos, debemos llevar todo el asunto y presentarlo delante de Dios en oración y debemos analizar nuestros puntos

⁷⁵ Dios aborrece el pecado y debemos hacer lo mismo. El problema es que en ocasiones trasladamos ese odio al pecado hacia la persona que lo *cometió*, algo que no representa en absoluto la voluntad de Dios.

ciegos e ideas preconcebidas (Mateo 7:1-5), antes de decirle a un compañero cristiano que debe prestarle atención a un pecado.

Por supuesto, también es posible sentirse herido por cristianos que no están pecando. Siempre debemos estar dispuestos a perdonar los errores, los malentendidos y las decisiones insensatas, teniendo cuidado de no atribuir motivos ni asumir actitudes de pecado. Debemos ser conscientes de nuestros propios errores, malentendidos, decisiones equivocadas —y de nuestros pecados— como enseñó Jesús en Lucas 6:41-42. Cuando encontramos “la viga que está en nuestro propio ojo” debemos disculparnos rápidamente —y si es un pecado, arrepentirnos.

No obstante, incluso cuando un pecado que no ha sido resuelto pone fin a una relación, todavía hay esperanza. Pablo instruyó a los ministros acerca del propósito de la disciplina en la Iglesia: “Porque el siervo del Señor no debe ser contencioso, sino amable para con todos, apto para enseñar, sufrido; que con mansedumbre corrija a los que se oponen, por si quizá Dios les conceda que se arrepientan para conocer la verdad, y escapen del lazo del diablo, en que están cautivos a voluntad de él” (2 Timoteo 2:24-26).

El objetivo de excluir a un pecador no arrepentido del compañerismo con el pueblo de Dios es la esperanza de que el pecador *recapacite*, se arrepienta y vuelva a entrar en esa misma comunión.⁷⁶ Esto es exactamente lo que sucedió en la Iglesia de Corinto. Pablo instó a los corintios a expulsar a un miembro de la Iglesia que pecaba abierta y orgullosamente (1 Corintios 5:1-5). Más adelante, después de que ese mismo miembro se arrepintiera, Pablo exhortó a los corintios a acogerlo de nuevo, ofreciéndole perdón y consuelo (2 Corintios 2:3-11).

Aunque en ocasiones la corrección nos obligue a dejar de estar en compañía de quienes se niegan a cambiar, lo hacemos con la esperanza de que, algún día, podremos perdonarles y reconciliarnos con ellos.

Naturalmente, lo ideal sería que el proceso de corrección nunca llegara a ese punto.

Cada uno de nosotros debería ser “pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse” (Santiago 1:19), concediendo a los demás el beneficio de la duda y extendiendo el amor y la compasión a lo largo del proceso. Y cuan-

⁷⁶ Pablo dijo a los tesalonicenses: “Si alguno no obedece a lo que decimos por medio de esta carta, a ese señaladlo, y no os juntéis con él, para que se avergüence. Mas no lo tengáis por enemigo, sino amonestadle como a hermano” (2 Tesalonicenses 3:14-15). Incluso al separarnos de un compañero cristiano que se niega a escuchar, debemos aferrarnos a la esperanza de que tal vez, algún día, la relación pueda repararse.

do recibimos una corrección (por muy amable o poco que sea), debemos luchar contra la tentación de rechazarla como si no fuera válida o si fuera incorrecta, optando por reflexionar en oración y tener en cuenta lo que se nos ha dicho.

Si podemos evitar que nuestro orgullo y arrogancia se interpongan en el camino, la corrección amorosa y el perdón pueden convertirse en claves integrales del compañerismo según Dios. Pero si dejamos al amor fuera de la ecuación, una corrección constante hará exactamente lo contrario, va a resquebrajar las relaciones y destruir el compañerismo:

“Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros” (Gálatas 5:14-15).

Fomentar la empatía y la compasión

Si analizamos la analogía de la Iglesia como cuerpo de Cristo, resulta evidente por qué son importantes la empatía y la compasión.

Imagínese que accidentalmente toca una estufa caliente con la mano, pero no siente dolor. No se daría cuenta de que su mano está siendo lastimada; no retiraría instintivamente su mano para evitar que las cosas empeoren. Si nos quitan la capacidad de sentir dolor, nos quitan parte de la capacidad de cuidar y proteger nuestro cuerpo.

De una forma similar, “Dios ordenó el cuerpo... para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros. De manera que, si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan” (1 Corintios 12:24-26).

En el cuerpo de Cristo, la empatía y la compasión son como la red de nervios que nos mantienen conscientes de cómo se siente nuestro propio cuerpo. Sabemos cuándo hemos sufrido un tirón muscular o nos hemos torcido un dedo —o peor aún, nos hemos roto un hueso. Y aunque somos conscientes del origen del dolor, lo sentimos en todo el cuerpo. No es una reacción que podamos simplemente silenciar —no podemos evitarlo. Cuando nos duele una sola parte del cuerpo, *todo* nuestro cuerpo se duele.

Cuando los cristianos que conocemos están pasando por una prueba, debemos ser conscientes de esa prueba —y lo que es igual de importante, cómo los está haciendo *sentir* esa prueba. Cuando nuestros hermanos experimentan triunfos y victorias personales, debemos compartir también

su emoción. Se nos dice que debemos, “[gozarnos] con los que se gozan; [llorar] con los que lloran” (Romanos 12:15).

Por supuesto, es posible sentir empatía y compasión por las cosas equivocadas. Nuestra amorosa preocupación por nuestros hermanos nunca debe llevarnos a excusar, aceptar o justificar el pecado. Pero, del mismo modo, nuestro rechazo hacia el pecado nunca debe llevarnos a condenar a ninguno de nuestros hermanos como causa perdida.

Los relatos de los Evangelios nos muestran en reiteradas oportunidades momentos en los que Jesús se sintió movido por la compasión hacia los demás: cuando vio a las multitudes “porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor” (Mateo 9:36); cuando los ciegos y los leprosos clamaban por su sanidad (Mateo 20:31-34; Marcos 1:40-41); o cuando se encontró con la viuda afligida que había perdido a su único hijo (Lucas 7:13), entre otros casos.

La compasión ocupa un lugar destacado en las parábolas de Jesús: la de los dos deudores (Mateo 18:27, 33); la del buen samaritano (Lucas 10:33); y la del hijo pródigo (Lucas 15:20) giran en torno a la importancia de la compasión en nuestras interacciones con los demás.

Más que eso, Jesús también nos mostró que los actos de compasión son uno de los factores decisivos para que tengamos o no un lugar en el Reino de Dios. En una parábola acerca del juicio final de Dios, Jesús les dice a los justos: “Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí” (Mateo 25:34-36).

Los justos, perplejos, se preguntan cuándo podrían haber hecho estas cosas por Jesús. “Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (v. 40).

Los impíos, por otra parte, son los que ignoraron a sus hermanos necesitados y que, por extensión, ignoraron a su Rey. “E irán estos al castigo eterno [esto es, la muerte eterna], y los justos a la vida eterna” (v. 46).

Aprender a preocuparnos por los demás —compartir su dolor, alegrarnos de sus historias y ayudar en lo que podamos— es algo más que una clave para el compañerismo según Dios.

Es la clave para ser un verdadero seguidor de Jesucristo.

Orar los unos por los otros

En la Parte I de este libro abordamos ampliamente el tema de la oración, pues una parte importante de la comunión se centra en orar unos por otros.

Pablo exhortó a los efesios, “orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velando en ello *con toda perseverancia y súplica por todos los santos*; y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; que con denuedo hable de él, como debo hablar” (Efesios 6:18-20, énfasis añadido).

Pablo pedía frecuentemente oraciones a los miembros de la Iglesia, “para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el misterio de Cristo” (Colosenses 4:3), “para que la palabra del Señor corra y sea glorificada, así como lo fue entre vosotros, y para que seamos librados de hombres perversos y malos; porque no es de todos la fe” (2 Tesalonicenses 3:1-2) y “para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea acepta; para que con gozo llegue a vosotros por la voluntad de Dios, y que sea recreado juntamente con vosotros” (Romanos 15:31-32).

Una de las funciones primordiales de la Iglesia es: “id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mateo 28:19-20). Orar por todos aquellos que divulgan y enseñan activamente la Palabra de Dios es un aspecto importante del compañerismo, que nos vincula directamente a la increíble obra que Dios está realizando en este mundo.

Pero Pablo también nos animó a seguir orando por *todo* el pueblo del Señor, es decir, “por todos los santos” (Efesios 6:18). Nuestras peticiones a Dios no deben referirse únicamente a los que están en primera línea predicando y enseñando el mensaje del Evangelio, sino que deben incluir a todos nuestros hermanos y hermanas en Cristo.⁷⁷

Hay al menos dos cosas en las que vale la pena concentrarse cuando se trata de orar por nuestros hermanos:

⁷⁷ De hecho, ni siquiera deberían detenerse ahí, Pablo le dijo a Timoteo: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres; por los reyes y por todos los que están en eminencia, para que vivamos quieta y reposadamente en toda piedad y honestidad. Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:1-4). Cada persona en el mundo es un futuro hermano o hermana en Cristo y deberíamos orar por todos como tales.

La primera es que, para orar por las necesidades de los demás, necesitamos conocer las necesidades de los demás. Puede parecer algo muy obvio, pero si no nos tomamos el tiempo necesario para conocer de verdad lo que ocurre en la vida de nuestros hermanos cristianos, ¿cómo podemos orar a Dios por ellos? Cuanto más nos esforcemos por construir relaciones profundas y significativas entre nosotros, más fácilmente podremos presentar a Dios las necesidades de los demás en nuestras oraciones.

La segunda es que también podemos orar por nuestras relaciones con los demás. Mientras los seres humanos seamos imperfectos, nuestra comunión con los demás también lo será, e inevitablemente necesitaremos la ayuda de Dios para limar algunas asperezas.

¿La idea de acercarse a los demás e iniciar una conversación lo hace sentir estresado, ansioso y fuera de lugar? Pídale a Dios que calme sus nervios y le ayude a encontrar las palabras que necesita. ¿Hay alguien en su congregación con quien le cuesta relacionarse o conectar? Pídale a Dios que le ayude a entender un poco mejor las perspectivas del otro o que le ayude a encontrar puntos en común para acortar esa distancia. ¿Hay alguien en la congregación a quien evita activamente debido a resentimientos y/o conflictos pasados? Pídale a Dios que lo lleve a un estado de reconciliación, perdón y comprensión.

Si los miembros de la Iglesia se desconectan, la Iglesia misma se desconecta. El compañerismo es la savia del Cuerpo de Cristo, y las oraciones a Dios son una forma de mantener esa sangre circulando.

18

Cómo relacionarnos con personas que no son como nosotros

El cuerpo de Cristo “no es un solo miembro, sino muchos” (1 Corintios 12:14). Como sucede con un cuerpo físico, los muchos miembros del cuerpo espiritual de Jesucristo no son todos idénticos y no todos pueden desempeñar la misma función. Hay “diversidad de dones”, “diversidad de ministerios” y “diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo” (vv. 4-6).

Pero nuestras diferencias no se deben únicamente a la diferencia de nuestros dones. Cuando Dios nos llama a su Iglesia, Él no nos llama de una cultura o de un modo de vivir específicos. Cuando Él nos lleva al Cuerpo de Cristo, no nos agrupa según nuestras profesiones ni según las experiencias que hayamos tenido en la vida.

Él nos pone donde debemos estar.

Cuando Pablo escribió acerca del futuro que Dios nos ha prometido, explicó: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón

ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28).

En términos de nuestro valor ante los ojos de Dios, en términos de nuestro potencial como sus hijos, estas diferencias son irrelevantes. No importa cuáles sean sus antecedentes culturales ni cuál sea su estatus social; no importa cuál es su género.

¿Por qué? Porque somos hijos de Dios. *Eso es lo que realmente importa. Y todos somos hechos uno en Cristo Jesús. Eso es lo que importa.* Las otras diferencias no importan para nada cuando se trata de nuestro destino eterno.

Excepto... que hay ocasiones en que esas cosas sí importan.

Cuando se trata de cómo nos relacionamos entre nosotros, esas cosas sí cuentan. Su cultura, su estatus social, su género —esas cosas se convierten en un punto de referencia que usted utiliza para navegar el mundo a su alrededor y son cosas que no desaparecen mágicamente cuando usted se convierte en parte de la Iglesia de Dios.

¿Qué significa esto para nosotros?

Sólo esto: que aun dentro del Cuerpo de Cristo nos vamos a encontrar con personas que para toda intención y propósito no crecieron en el mismo mundo en el que crecimos.

Cuando encontramos a alguien que creció en el mismo mundo que crecimos, tal vez descubramos que no ve el mundo de la misma forma en que nosotros lo hacemos. Ellos tal vez tengan una personalidad que parece programada para chocar con nosotros en cada ocasión.

Cuando estos encuentros ocurren en la Iglesia, cuando dos mundos dramáticamente opuestos chocan, puede ser muy incómodo —incluso desastroso.

Pero no tiene que ser así.

Cuando tomamos el tiempo para volver atrás y reafirmar la forma correcta de manejar estas situaciones, puede resultar algo positivo, animador e incluso una edificante forma de compañerismo. En este capítulo, veremos dos categorías generales de personas con las cuales tal vez choquemos inicialmente —aquellos que viven o han vivido en un mundo diferente del que nosotros conocemos y aquellos que procesan el mundo de una manera totalmente distinta a como nosotros lo hacemos.

¿Qué ocurre si venimos de mundos diferentes?

El mundo que usted conoce, la vida que ha vivido, son cosas exclusivamente suyas.

Ahí es donde debemos comenzar si queremos hablar de esto.

Es fácil para cada uno de nosotros mirar nuestras experiencias individuales en la vida e interpretarlas como “la forma en que funciona el mundo” —como si las cosas que hemos experimentado y la vida que hemos vivido ofrecieran la perspectiva definitiva para entenderlo.

Pero hay ocho mil millones de personas esparcidas en siete⁷⁸ continentes —y si bien todos compartimos el mismo planeta, los mundos en que vivimos pueden ser muy diferentes. Añádale cerca de seis mil años de historia y tradición de la humanidad a esta mezcla y usted puede empezar a darse cuenta de que tener un punto de vista que englobe todo esto es una tarea imposible.

Una mujer iraní, que alcanzó la mayoría de edad antes de la revolución en Irán de 1977, no creció en el mismo mundo que una mujer iraní que cumplió la mayoría de edad después de esa revolución. Un hispano que vive en el gueto del sur del Bronx, no está viviendo en el mismo mundo que un hombre blanco en un rascacielos en Manhattan, a tan sólo siete kilómetros de distancia. Un keniano de la tribu Masái no vive en el mismo mundo en que vive un keniano de la tribu Kikuyu.

La vida no es la misma en una aldea turca que en un barrio pobre de Indonesia, un pueblo costero italiano o una megalópolis china. La vida no es la misma para el rico que para el pobre. La vida no es lo mismo para el hombre que para la mujer. Existen líneas divisorias entre los diferentes mundos.

Para la Iglesia del primer siglo, las grandes líneas divisorias eran la cultura (judíos y griegos), el estatus social (esclavos y libres) y el género (hombre y mujer). Y aunque las líneas han cambiado un poco en el transcurso de dos mil años, estas categorías seguirán desempeñando el papel principal a la hora de definir cómo llegamos a percibir el mundo que nos rodea.

En la práctica, esto significa que su entendimiento funcional de cómo opera el mundo, sin lugar a dudas, es totalmente impreciso.

El mundo que conocemos —el mundo en el que usted vive, el mundo en el que usted creció— es sólo un componente minúsculo del mundo *real*. Las prioridades de su mundo, sus temores y preocupaciones, sus esperanzas y sueños, la forma en que funciona no son universales. Usted no entiende cómo funciona el mundo, usted entiende cómo funciona una pequeña parte de una milésima de fracción del mundo.

⁷⁸ Sí, incluyendo Antártida. Cerca de 1.100 investigadores estuvieron viviendo allí tres años completos.

Como seres humanos, esto es todo lo que podremos entender. Aun si usted tuviera el tiempo y los medios para viajar y vivir en medio de todas las culturas del mundo, todavía no entendería verdaderamente la forma en que algunos crecieron dentro de esas culturas. En muchas formas, su perspectiva es sólo suya.

Entonces... ¿qué significa esto para nosotros?

Esto significa que, en la Iglesia de Dios, diseñada para incluir a personas de todas las formas de vida, vamos a tener que controlar algunos impulsos humanos básicos.

Cuando escuchamos a alguien hablar de un tema, de una forma que se opone a nuestra propia experiencia, es muy fácil señalar la falta diciendo: “ésta no ha sido mi experiencia, por lo tanto, su perspectiva está errada”.

No haga eso.

Recuerde: somos algo minúsculo. Cada uno está trabajando con una minúscula parte de entendimiento acerca de cómo funciona el mundo. Cuando alguien más está hablando de un mundo diferente, aun si ese mundo existe en la misma nación, ciudad o barrio que usted vive, no lo menosprecie. En vez de eso, trate de pensar: “Ésta no ha sido mi experiencia, cuénteme acerca de la suya, porque me gustaría entenderlo”.

Hay una gran diferencia en ese enfoque.

Santiago nos dice: “todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse” (Santiago 1:19). Con frecuencia, la naturaleza humana desea hacer lo opuesto —ser lento para tener en cuenta las palabras de otros, estar dispuesto a interrumpirlos e indignarse prontamente. Enfurecerse y dejar de escuchar. Decidir que lo que pensamos es la verdad del asunto y nunca considerar siquiera la posibilidad de un punto de vista opuesto. *No escuchar lo que se está diciendo.*

Cuando nuestros caminos se cruzan con personas de una parte diferente del mundo, que nos confrontan con la diferencia entre su perspectiva y la nuestra, no debemos estar prestos a invalidar sus experiencias o a considerarlas falsas.

Debemos estar ansiosos de *entender*. De preguntar. De *escuchar* antes de hablar. De descubrir lo que hace diferente su perspectiva de la nuestra —y lo que tienen en común ambos puntos de vista.

No cometa el error de asumir que lo que usted sabe es parecido a un mundo donde nunca ha vivido. “Al que responde palabra antes de oír, le es fatuidad y oprobio” (Proverbios 18:13). *Pregunte*. Escuche. Aprenda.

“Finalmente, sed todos de un mismo sentir, compasivos, amándoos fraternalmente, misericordiosos, amigables; no devolviendo mal por mal, ni maldición por maldición, sino por el contrario, bendiciendo, sabiendo que fuisteis llamados para que heredaseis bendición” (1 Pedro 3:8-9).

Esto no implica que jamás podamos hacer ninguna clase de juicio. Lo que Dios cree que es errado, siempre es errado. Lo que Dios dice que es correcto, siempre es correcto. Delante de la Palabra de Dios, nuestra cultura, estatus y género son irrelevantes. Pero cuando se trata de entender de dónde viene cada uno, esas distinciones marcan un mundo de diferencia.

A medida que llegamos a la Iglesia, hay algunas tradiciones y costumbres que Dios espera que dejemos atrás, sin importar lo que el mundo piense acerca de ellas. “¿No sabéis que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios. Y esto erais algunos...” (1 Corintios 6:9-11).

Esto *éramos*. Algunas de estas actividades eran perfectamente aceptadas dentro de la cultura de Corinto, pero no para Dios. Los corintios tuvieron que dejar ciertas cosas atrás —y en el proceso fueron “lavados”, “santificados” y “justificados en nombre del señor Jesús, y por el espíritu de nuestro Dios” (v. 11). Cuando llegamos a ser parte de la Iglesia de Dios, adoptamos una cultura diferente. Adoptamos la cultura de *Dios*.

Esto no significa que a todos nos tienen que gustar los mismos alimentos, tener los mismos recuerdos o escuchar la misma música. La meta de Dios no es que todos nos despojemos de esas cosas y nos convirtamos en copias al carbón idénticas los unos de los otros.

Lo que esto significa es que dondequiera que Dios establezca un parámetro —dondequiera que Él diga “esto es correcto” o “esto es errado”, “ésta es la clase de persona que usted debe ser”— debemos poner ese parámetro por encima de cualquier aspecto de nuestra vida que se le oponga.

Una de las cosas increíbles acerca de nuestro compañerismo con Dios es que esto nos lleva al compañerismo con personas de mundos diferentes al nuestro. Esto nos proporciona una base común —“nuestra común salvación” (Judas 1:3)— y nos permite a todos juntos ser el Cuerpo de Cristo.

Está bien que no todos seamos iguales.

Está bien que se sienta a la mesa alguien con una perspectiva del mundo diferente a la nuestra. Mientras seamos seres humanos viviendo en un uni-

verso físico, nuestras diferencias siempre tendrán un impacto en la forma como vemos el mundo a nuestro alrededor.

Lo que importa es que esas diferencias no cambien el plan que Dios tiene para nosotros.

Lo que importa es que, aunque hemos sido llamados de mundos diferentes, estamos avanzando hacia el *mismo* mundo.

Lo que importa es que todos queremos llegar “a la unidad de la fe y del conocimiento del hijo de Dios a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13), “que siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquél que es la cabeza, esto es Cristo, de quien todo el cuerpo bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor” (vv. 15-16).

Mientras tanto, tomémonos el tiempo para escuchar y aprender de aquellos que tienen perspectivas diferentes del mundo.

¿Y si vemos el mundo de una manera distinta?

Por miles de años, los filósofos e investigadores han estado interesados en el tema de la personalidad. ¿Qué hace que una persona vea el mundo de una manera diferente que la que está al lado? ¿Por qué una persona se ríe mientras otra llora? ¿Qué hay detrás de cámaras?

En el siglo III después de Cristo, el médico griego Hipócrates identificó cuatro tipos fundamentales de personalidad o “temperamentos”. Él creía que esos temperamentos estaban ligados al desbalance de fluidos corporales conocidos como “los cuatro humores” —si había un exceso de bilis negra las personas eran melancólicas (deprimidas), demasiada bilis amarilla las hacía coléricas (furiosas y airadas), mucha flema las hacía... flemáticas (poco emocionales y apáticas) y demasiada sangre las hacía sanguíneas (demasiado optimistas).

Sabemos que Hipócrates estaba errado —nuestra forma de ser no está ligada a los fluidos corporales. Pero el interés en nuestras personalidades y lo que las hace atractivas no ha desaparecido. Actualmente, hay una serie de pruebas que usted puede hacer, cada una diseñada para medir nuestra personalidad frente a una tabla de diferentes variables.

Seamos claros desde el principio: no hay ninguna prueba de personalidad que sea perfecta y, algunas de ellas, ni siquiera son útiles. Peor aún, cuando comenzamos a encasillar a las personas estamos facilitando las

cosas para que todos tengamos ideas preconcebidas. (“Usted es introvertido, entonces usted se refiere a esto” o “usted es un ser emocional pero no piensa, entonces yo estoy seguro de que usted está analizando el tema desde esta perspectiva”.)

Si bien podemos encontrar tipos de personalidad, características y motivaciones que son ciertas y tal vez esto nos ofrece una perspectiva para entender las diferentes maneras de mirar el mundo, tenemos que recordar que éstas son herramientas imperfectas para darle sentido a un tema que es inmensamente complejo acerca del que los científicos, terapeutas, psicólogos y consejeros tienen diferencias. Ellos no nos pueden ofrecer una perspectiva sin fallas de los demás.

No obstante, si hay algo que podemos aprender de todo este interés por medir, estudiar y cuantificar las personalidades en el mundo, es que:

Las personalidades cuentan.

No, tal vez no tengamos una prueba perfecta de personalidad y sí, tal vez los investigadores siguen discutiendo acerca de las características más importantes y las mejores formas de medirlas, pero dos cosas son claras:

1. Existen diferentes tipos de personalidad.
2. Nuestras personalidades tienen un impacto en nuestra forma de entender el mundo a nuestro alrededor.

Como cristianos, esto significa que tenemos la garantía de encontrar personas que ven el mundo un poco diferente de como nosotros lo hacemos —y que interactúan con él un poco diferente también. Y si bien las pruebas de personalidad no son perfectas, nos ofrecen algunas herramientas para entender las diferentes formas en que las personas se relacionan con el mundo a su alrededor.

Por ejemplo:

- Algunas personas son introvertidas. Tienden a disfrutar de actividades solitarias y piensan que la interacción social es abrumadora. Otros son extrovertidos y prefieren evitar la soledad. Ellos se sienten vigorizados al interactuar con otros. (Esto no es lo mismo que ser tímido o amigable —de eso hablaremos en la próxima sección de este capítulo.)
- Algunas personas, al recibir información, la valoran y se enfocan en los hechos que les han sido presentados. Otras toman esa misma información y comienzan a preguntarse acerca de las implicaciones y las posibilidades futuras.

- Cuando algunas personas toman decisiones, demeritan el papel de las emociones como algo superficial y prefieren enfocarse sólo en los datos y la información. Otras toman decisiones analizando cuidadosamente cómo éstas harán sentir a los demás.
- A algunas personas les gusta organizar y estructurar sus vidas, mientras que a otras les gusta improvisar y hacer nuevos planes sobre la marcha.
- Algunas personas son más susceptibles al estrés y a las dudas, y siempre se impulsan a sí mismos a ser lo mejor que puedan ser. Otros son más apacibles y confían en su capacidad para alcanzar las metas sin necesidad de desgastarse demasiado.

Ninguna de estas características de la personalidad son inherentemente *correctas* o *erradas*. Sólo son *diferentes*.

Es fácil chocar con otras personas que tienen diferentes características a las nuestras. Si usted hace énfasis en cómo se sienten los demás, tal vez se sienta frustrado cuando tenga que interactuar con alguien cuyo enfoque principal es la eficiencia y los ahorros, y viceversa. Si a usted le gusta la organización y las cosas estructuradas, lidiar con alguien que rehúye comprometerse con un plan firme tal vez lo haga enloquecer y viceversa.

Si entendemos *cómo* ven el mundo las otras personas, esto puede ayudarnos a encontrar la forma de coexistir pacíficamente con aquellos que hacen las cosas de una forma que no comprendemos. Es raro que alguien trate intencionalmente de sabotear u obstaculizar una situación —y es mucho más probable que su personalidad le esté haciendo ver la situación desde un punto de vista totalmente diferente del que estamos acostumbrados a ver.

Pablo les dijo a los romanos, “Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Romanos 12:10). Esto puede ser difícil de hacer si creemos que la forma en que miramos el mundo es *la correcta*.

Parte de ser cristiano requiere una disposición a decir: “Creo que estamos viendo este tema desde diferentes perspectivas, pero me gustaría entender lo que usted me está planteando. ¿Puede mostrarme por qué piensa de esa forma?”.

(Por supuesto decir esto requiere que realmente *escuchemos* lo que la otra persona quiere decir.)

Con esto en mente, no importa si venimos de mundos distintos o si miramos el mundo de una manera diferente —no hay una característica de

la personalidad que nos permita estar por encima de la Palabra de Dios. Él nos da límites de los que no debemos pasar, sin importar cómo preferimos interactuar con el mundo que nos rodea.

Veamos un ejemplo. Cuando usted tiene que tomar una decisión, no importa cuán eficientes o efectivas en cuanto a costos sean sus opciones, usted tendrá que descartar cualquier opción que plantee un conflicto con los mandamientos de Dios. No debemos ignorar nunca la verdad de Dios cuando tomamos decisiones.

Por otro lado, hay momentos en que una decisión específica sería perfectamente aceptable según los Diez Mandamientos, pero todavía impactaría de una forma negativa a aquellos que lo rodean.⁷⁹ En esos momentos, el punto central no es lo que nos es *permitido* hacer, sino lo que *deberíamos* hacer como un acto de cortesía hacia los demás.

Estos diferentes tipos de personalidad juegan un papel en nuestros diferentes dones espirituales. Un extrovertido puede ser más dado a organizar un proyecto de servicio. Un introvertido puede dedicarse mejor a escribir con todo el corazón algo lleno de significado. Una persona que se apoya en los hechos y los valores podría ser excelente explicando lo que sucede en los pasajes bíblicos. Una persona que se basa en implicaciones podrá ser excelente para conectar múltiples escrituras y examinar el panorama completo.

Recuerde: como partes diferentes del Cuerpo de Cristo, no se pretende que seamos iguales. No se espera que tengamos la misma función o que lleguemos ante cada situación con la misma perspectiva.

Se espera que nosotros nos hayamos “despojado del viejo hombre con sus hechos, y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos” (Colosenses 3:9-11).

Mientras más tiempo dediquemos a entender las personalidades de nuestros hermanos y hermanas en Cristo, más podremos apreciar la increíble variedad de personas que Dios ha llamado a su Iglesia —y más podremos apreciar cómo cada uno está luchando para llegar a ser cada vez más semejante a nuestro Creador.

⁷⁹ Por ejemplo, *técnicamente* no había nada malo con comer de las carnes ofrecidas a los ídolos (1 Corintios 8:4), “Pero no en todos hay este conocimiento” (v. 7). Pablo concluyó: “Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano” (v. 13). Él *podía* comer carne, pero *no lo haría* si esto les causaba problemas a otros.

Extrovertidos e introvertidos

En términos de compañerismo, estos dos tipos de personalidades merecen un poco más de profundización. La introversión y la extroversión juegan un papel preponderante en determinar lo que sucede cuando usted está compartiendo con otros.

Es útil que nos imaginemos a las personas como si estuvieran equipadas con una batería. Para los extrovertidos, la interacción social carga esa batería y los llena de energía. Para los introvertidos, con frecuencia, la interacción social hace exactamente lo opuesto —drena sus baterías y los deja exhaustos.

Los introvertidos recargan sus baterías en la soledad, al procesar sus pensamientos y sentimientos en privado. Este proceso puede ser tan exigente para los extrovertidos como la interacción social puede serlo para los introvertidos.⁸⁰

Tal vez, lo más importante que debemos entender, acerca de la introversión y la extroversión, es que *introversión no es lo mismo que ser tímido o antisocial, y extroversión no es lo mismo que ser orientado hacia los demás y amistoso.*

Esta parte del libro se ha enfocado exclusivamente en la importancia y el valor del compañerismo en la vida cristiana. Dios no nos dio a la mitad de nosotros una característica de personalidad que nos impide beneficiarnos o disfrutar de nuestra interacción social —y Él ciertamente no nos dio personalidades que nos excusan de interactuar con otros.

(Aun Carl Jung, quien introdujo los conceptos de introversión y extroversión al campo de la psicología, señaló en una entrevista: “no existe algo como un extrovertido puro o un introvertido puro —tal hombre sería como un lunático. Estos términos sólo sirven para designar cierta característica y cierta tendencia”.)

La vida cristiana requiere que funcionemos en muchos puntos a lo largo del espectro introversión/extroversión. Probablemente, a un introvertido le será más fácil recargar sus baterías en momentos de estudio y reflexión, en tanto que un extrovertido logrará lo mismo hablando y compartiendo con otros. Pero ambas actividades son importantes.

Si nuestra introversión nos hace escondernos de otros y rehusarnos a

⁸⁰ Muchas pruebas de personalidad consideran la introversión y la extroversión como extremos de un mismo espectro. Frecuentemente las personas que están en la mitad del espectro son llamados “ambivertidos” y esto hace que las actividades que drenan o recargan sus baterías varíen y cambien regularmente.

compartir con nuestros hermanos, algo está errado. Si nuestra extroversión nos lleva a nunca disminuir el ritmo para dedicarnos a la oración, el estudio y la meditación, algo está mal. Un extrovertido puede encontrar algo de significado y valor al estudiar, mientras que un introvertido puede encontrarle significado y valor a una conversación.

En otras palabras, la diferencia entre estos dos tipos de personalidad es *lo que hacen para recargar sus baterías*. Ninguna es una excusa para evitar ciertos aspectos del cristianismo. Ninguna da licencia para no crecer en las áreas que Dios espera que crezcamos.

Dicho esto, los introvertidos y los extrovertidos tienden a tener fortalezas y debilidades exclusivas. Entender estas fortalezas y debilidades nos puede ayudar a relacionarnos con los demás, apoyarnos y crecer en las habilidades que Dios nos ha dado.

No debe sorprendernos que un extrovertido tienda a preferir un medio ambiente más estimulante mientras que un introvertido prefiere los ambientes más tranquilos. Si el introvertido siente que sus baterías están bajas, naturalmente busca menos estímulos, mientras que los extrovertidos hacen lo contrario.

Ya que los extrovertidos anhelan ese medio ambiente con altos estímulos, tienden a desarrollar una habilidad especial para socializar con otros.⁸¹ Su extroversión y gran disposición para las situaciones sociales los ayudan a conectar naturalmente con grupos de personas y algunas veces los hacen el líder de cualquier grupo donde ellos se encuentran.

Como a los introvertidos les gustan los ambientes con menos estímulos, tienden a desarrollar una habilidad especial para la introspección y un pensamiento analítico.⁸² Su introversión y deseo de pensar cuidadosamente los temas, con frecuencia los conducen a perspectivas más profundas y a un deseo de tener conversaciones significativas y enfocadas.

Al lidiar con los introvertidos, los extrovertidos deberían tratar de recordar:

- A los introvertidos se les agotan las baterías al estar en situaciones sociales. Eso no significa que *no les guste* estar ahí —sólo significa que después de cierto tiempo les será muy *difícil* seguir ahí.

⁸¹ Los introvertidos también pueden ser buenos haciendo esto. Sólo que tal vez les requiera un mayor esfuerzo y, ocasionalmente, se alejan para recargarse.

⁸² Los extrovertidos también pueden ser buenos haciendo esto. Tal vez no sea algo que brote tan naturalmente, ni sea tan placentero como estar con otros.

- Si involucramos a los introvertidos con temas que sean animadores e interesantes para ellos, esto les puede ayudar a recargar sus baterías en un ambiente social (o por lo menos ayudar a que no se les agoten tan rápido). Con frecuencia, los introvertidos se sienten felices relacionándose por medio de temas a los cuales ellos les han dedicado mucho tiempo de análisis.
- Un introvertido callado no es un introvertido desinteresado. Con frecuencia los introvertidos prefieren observar y escuchar antes de intervenir en una conversación grupal. Algunas veces será necesario hacerles una pregunta directa para convencerlos de compartir sus pensamientos.
- La paciencia es clave cuando estamos tratando con introvertidos. Si ellos se sienten afanados, presionados o acorralados, les será fácil cerrarse y dejar de participar en la conversación. Es necesario asegurarnos de dejarles terminar sus pensamientos antes de empezar a compartir los nuestros.
- Usualmente los introvertidos llegan a las conversaciones con un poco de ansiedad o estrés acerca de lo que van a decir y cómo lo van a decir. Una retroalimentación positiva puede ayudar a reducir esos temores —encuentre una manera de hacerles saber que sus contribuciones a la conversación son importantes, lo cual les ayudará a estar más dispuestos a seguir contribuyendo.
- Es más fácil lograr que los introvertidos hablen en pequeños grupos donde se sienten seguros y aceptados por aquellos que los rodean.

Al lidiar con los extrovertidos, los introvertidos deberían recordar:

- Muchos extrovertidos disfrutan la conversación, por la conversación en sí. Tal vez usted no lo entienda, pero recuerde que la conversación es valiosa para ellos. Mientras más se esfuerce, más les ayudará a recargar sus baterías.
- Con frecuencia a los extrovertidos les gusta saltar de tema de conversación a tema de conversación, dependiendo de la fluidez de la misma. Esto puede ser frustrante cuando usted quiere dedicarle su atención a un solo tema. Usted tiene que aprender a mantenerse en el flujo de la conversación en algunas ocasiones, pero también puede volver a un tema que se trató anteriormente con una expresión como ésta: “Cuando hablamos de esto [tema previamente tratado], yo pensé algo...”.

- Recuerde que mientras los introvertidos con frecuencia *piensan para hablar*, los extrovertidos *hablan para pensar*. No asuma inmediatamente que todo lo que diga un extrovertido representa una creencia profunda central. Con más frecuencia, lo que sucede es que los extrovertidos están tratando de llegar a sus creencias discutiendo temas en voz alta. Ya que los extrovertidos se sienten a gusto en el mundo exterior, ellos tienden a hablar mucho, expresando su forma de pensar así.
- Los extrovertidos tienden a ser más enérgicos en la conversación, ellos quizás incluso lo interrumpen cuando esté compartiendo un pensamiento. Puede ser algo sorpresivo, pero casi nunca lo hacen con premeditación —a ellos simplemente les encanta participar en una conversación. Trate de seguir la corriente y busque la oportunidad para resumir su forma de pensar, un poco después.

Pero por encima de todo, los introvertidos y los extrovertidos deberían recordar que estos puntos son *principios generales* y no leyes definidas. Hay algunos que se aplican en *algunas ocasiones* para *algunas personas*, pero no es *siempre y para todos*.

Cuando tratamos a todos los extrovertidos (o todos los introvertidos) como si hubieran sido cortados con la misma tijera, nos exponemos a hacer algunas presunciones que no serán útiles. Tener estos principios en mente es válido, pero nunca olvide que las personas son una mezcla única de más variables que tan sólo un par de etiquetas.

Introvertidos, extrovertidos y aquellos que tienen características de ambos grupos —no importa el lugar que usted y sus hermanos ocupen en ese espectro— al final del día, la etiqueta más importante es que todos somos hijos de Dios. Reconocer y entender las diferencias en la forma que usted ve el mundo, es un valioso primer paso en el camino hacia un compartir cristiano significativo.

19

Consejos prácticos para conversar

No todo el compañerismo cristiano tiene que ver con conversar, pero una buena parte sí tiene que ver con eso. Malaquías escribió que: “los que temían al Eterno hablaron cada uno a su compañero; y el Eterno escuchó y oyó” (Malaquías 3:16).

Dios pretendía que una buena parte de esta conexión que tenemos sea de naturaleza verbal —pero es más fácil decirlo que hacerlo. La conversación puede plantear desafíos y ser intimidante. No siempre es fácil saber qué decir y cuándo decirlo.

En esta sección daremos un vistazo a algunas pautas prácticas que podemos emplear en nuestro compañerismo con otros.

Haga preguntas (y escuche las respuestas)

¿Quiere ayudarle a alguien a sentirse cómodo e involucrado en una conversación?

Haga preguntas.

Las preguntas le dicen a los demás que estamos interesados en escuchar lo que ellos tienen que decir. Las preguntas son invitaciones a compartir

pensamientos, opiniones, conocimientos y perspectivas. Las preguntas les permiten a las personas saber que su participación en una conversación es valorada y respetada.

Una de las formas más fáciles de asegurarnos que estamos haciendo preguntas correctas e interesantes es no preguntar lo que puede ser respondido con un “sí” o un “no”. Si usted hace demasiadas preguntas de éstas, la conversación acabará pronto.

Las mejores preguntas son aquellas que invitan a otros a compartir una respuesta con más de una palabra. Si usted pregunta, ¿tuvo usted una buena semana? o ¿cómo estuvo su semana? Probablemente no obtendrá más respuesta que un “sí” o “buena”. Pero si usted pregunta, ¿en qué proyectos ha estado trabajando usted esta semana? o ¿cuáles han sido algunos de sus momentos favoritos esta semana? Usted tendrá casi garantizada una respuesta más interesante.⁸³

En esas respuestas usted encontrará más preguntas que valen la pena hacerse. Tal vez se puede plantear algo acerca de un pasatiempo o una historia interesante para conocer. Tal vez usted pueda tener un indicio de una prueba o situación difícil que esté sucediendo, en la cual pueda ofrecer sus oraciones o su ayuda.

Pregúnteles a otras personas cómo están. Pregúnteles qué ha sucedido últimamente. Pregúnteles qué han estado estudiando. Pregúnteles si hay algún suceso especial que estén esperando en el futuro próximo. Si usted ya sabe acerca de sus intereses, metas y dificultades, pregúnteles acerca de eso.

Mientras más preguntas haga, más profundo será su conocimiento acerca de lo que está pasando en la vida de nuestros hermanos y hermanas. Mientras más profundo sea nuestro entendimiento, podremos hacer mejores preguntas, lo cual a su vez provocará conversaciones más significativas y, finalmente, un compañerismo más edificante.

Comparta sus pensamientos

Una conversación tiene que ser algo más que una persona preguntando y otra respondiendo. De otra forma, no sería muy diferente de una entrevista para un trabajo —o peor, un interrogatorio.

⁸³ Algunas veces, no importa cuánto se esfuerce usted, algunas personas no permiten que podamos trabajar con sus respuestas. Esto no es problema suyo. Hay muchas razones por las que alguien tal vez no se sienta contento al hablar —si éste es el caso, no hay nada malo en que usted, de una forma amable, salga y vuelva a intentarlo en otra ocasión.

Una conversación tiene dos sentidos, un ir y venir. Preguntamos acerca de otros; compartimos acerca de nosotros. Tal vez pensemos que no somos lo suficientemente interesantes como para ser el punto focal de la conversación, pero debemos estar dispuestos a tratar. Si no es así, le garantizamos que la conversación se sentirá desbalanceada y con sólo una persona participando.

Algunas veces compartimos como respuesta a lo que alguien ha compartido, una característica en común que une las dos historias: una anécdota lleva a la otra, una lección conduce a la siguiente.

Usted probablemente no compartirá la historia de su vida en cada oportunidad, pero no ayuda mucho ser tacaño con sus contribuciones tampoco. Dé más del mínimo que se espera. Añádale color para resaltar las partes que considera interesantes. Construya con sus palabras algo que pueda servir como una plataforma para los pensamientos y relatos de otros.

Aun si le preguntan algo que se pueda responder con una palabra, trate de encontrar la forma de añadir un poco a su respuesta. Si alguien le pregunta cómo estuvo su semana, no diga simplemente “buena”. Intente: “estuvo muy bien, especialmente cuando...”. Dé otros datos interesantes que puedan tener en cuenta para seguir haciendo preguntas adicionales. Si ellos no las hacen, también está bien.

No se disculpe por tener algo que decir. Las personas que están hablando con usted, esperan que comparta. No es una carga que tienen que soportar; es la interacción que ellos están buscando. Compartir sus pensamientos es una parte valiosa del proceso de conversación.

Cuídese de no compartir demasiado

Por supuesto, aprender a compartir nuestros pensamientos, sentimientos e historias conlleva el riesgo de compartir *demasiado*.

Compartir demasiado es algo difícil de medir porque es un parámetro que varía y no es algo fijo. La clase de contenido que puede considerarse demasiado depende de:

- El número de personas que hay en la conversación.
- Cuánto se conocen las personas que están presentes.
- El lugar donde se está conversando.
- La intimidad del pensamiento o la historia que se está compartiendo.
- Cuán cómodas se sienten las personas involucradas con la discusión de ese tema.

En otras palabras, probablemente no es una buena idea compartir historias intensas acerca de traumas del pasado con alguien que usted acaba de conocer. Esa clase de compañerismo puede ser muy incómodo para alguien que no espera algo parecido.

Esto es un ejemplo extremo —pero compartir demasiado también puede presentarse si hacemos un recuento de toda una semana de accidentes y dificultades ante un par de oídos que no se lo esperan. También puede suceder si escogemos compartir opiniones y pensamientos muy definidos en un tema en que la personas suelen estar divididas. (Y por supuesto la Biblia nos dice que es sabio evitar los chismes.)

Esto no significa que no podamos hablar acerca de eventos importantes de nuestra vida o discutir temas que nos preocupan mucho —pero evite compartir demasiado, debemos *proceder con cautela*.

No manifieste todo en un instante. Asegúrese de que existe una relación fuerte, antes de sumergirse en un tema que puede ser difícil de manejar para otros.

A menos que usted esté hablando con un amigo cercano, que lo anime a compartir lo que usted quiera, cuando quiera, siempre es una buena idea hacer una prueba de cómo está el ambiente. Si usted le dice a alguien: “Esta semana ha sido una pesadilla para mí” y la persona no le pide a usted que le cuente, bueno, eso puede ser un indicio de que no es el momento adecuado, ni la ocasión y ni siquiera la persona indicada. Si usted está en medio de la historia puede ser útil detenerse y preguntar: “lo siento, ¿es ésta demasiada información para usted?”.

Comparta sólo un poco cada vez y evalúe la retroalimentación que recibe a medida que comparte. Al proceder con cautela, usted puede evitar algunos de los mayores peligros de compartir demasiado accidentalmente.

Busque a aquellos que están solos

En cualquier situación social, con un número razonable de personas —como los servicios de la Iglesia— siempre habrá a quienes se les facilita sostener una conversación y aquellos que tienen dificultades para lograrlo. Sin importar a qué grupo pertenezca usted, una de las cosas más útiles que puede hacer es mantenerse atento a las personas que parecen tener más dificultades para manejarlo.

Hay muchas razones por las cuales las personas puedan preferir callarse en el ámbito social. Pueden ser introvertidos que necesitan tomarse unos

pocos minutos para ellos mismos (lo invitamos a ver “Extrovertidos o introvertidos” de la página 320) —o tal vez sean tímidos o se sientan un poco sobrecogidos por la idea de tratar de iniciar una conversación con alguien más. Pueden ser nuevos, pueden ser visitantes que se sienten fuera de lugar —pueden ser miles de cosas diferentes.

El punto es que usted no sabrá hasta que no vaya y lo descubra.

Esto es algo que todos podemos hacer. No tenemos que ser las personas más sociables del salón —usted es sólo alguien a quien le importan los demás. Pregúnteles cómo están. Si no los conoce, preséntese y pregúnteles sus nombres. Pregunte algo, *algo* que los haga empezar a hablar y siga a partir de ese punto.

Si usted siente que a ellos les gusta estar solos, está bien —concluya la conversación y deles su espacio. Pero es bastante probable que a ellos les *gustaría* hablar con alguien —simplemente hay un obstáculo en su camino. Al acercarse e iniciar usted mismo la conversación, da los primeros pasos para ayudarles a dismantelar ese obstáculo.

Cree oportunidades para animar, apoyar y elogiar

Como cristianos debemos “[seguir] lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación” (Romanos 14:19). Esta idea de edificarse los unos a los otros —de construir, apoyar, elogiar, fortalecer y animarse— es un principio fundamental de lo que significa ser parte de la Iglesia de Dios.

Pero, normalmente, la edificación no ocurre por accidente.

Nosotros no nos animamos mutuamente por *accidente*, no nos edificamos mutuamente de una manera *accidental*. No nos elogiamos entre nosotros por *accidente*.

El libro de Hebreos dice: “Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:24-25).

Debemos *considerar voluntariamente* la forma de animarnos los unos a los otros al amor y a las buenas obras. Igual de importante es que nosotros sólo podemos hacer esto si estamos obedeciendo los mandamientos de Dios de reunirnos en su sábado —no dejando de congregarnos.

Es difícil animar a personas que no conocemos. Es difícil mostrar apoyo a personas con las cuales nunca nos hemos reunido. Cada semana somos

llamados por Dios para reunirnos y compartir un tiempo para conocer a nuestros hermanos —esforzarnos por edificar las relaciones que nos permitirán “estimularnos al amor y a las buenas obras”.

Algunas veces, Dios nos dará una oportunidad obvia para hacer esto —pero más a menudo Él espera que generemos estas oportunidades con nuestros propios esfuerzos.

La Biblia dice que: “Manzana de oro con figuras de plata es la palabra dicha como conviene” (Proverbios 25:11) y “la palabra a su tiempo, ¡cuán buena es!” (Proverbios 15:23). Si queremos progresar en ofrecer esas palabras que se dicen a su debido tiempo —si queremos saber cómo decir las cosas correctas en el momento correcto— *tenemos que desarrollar esas relaciones*. Tenemos que tomar el tiempo para conocer y entender verdaderamente las necesidades de otros —y no sólo lo que nos gustaría hacer si estuviéramos en sus zapatos. Tenemos que familiarizarnos con las pruebas y las victorias que nuestros hermanos están experimentando.

Estas relaciones se desarrollan semana tras semana, año tras año, década tras década. No existe un atajo. Sólo por medio de nuestros esfuerzos continuos para desarrollar relaciones en el pueblo de Dios tendremos la esperanza de encontrar la oportunidad de animarnos los unos a los otros de la forma que Dios quiere que lo hagamos.

No sucederá por accidente.

No podemos permitirnos dejar de congregarnos.

Reflexiones finales

Las cinco herramientas son la clave para nuestro crecimiento espiritual.

No hay atajos, no hay otra manera, debemos usarlas.

Como cristianos, oramos, estudiamos la Biblia, meditamos, ayunamos y tenemos compañerismo con nuestros hermanos en la fe. Al utilizar estas herramientas, fortalecemos nuestra relación con Dios y con los demás. A través de estas herramientas, seguimos la admonición que nos da la Biblia: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento” (Romanos 12:2).

Creemos como cristianos, y la Iglesia crece con nosotros. Poco a poco, “mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen” (2 Corintios 3:18).

En esta última sección, exploraremos estas cinco herramientas que Dios nos ha dado desde una perspectiva más integral. Examinaremos cómo funcionan juntas, qué hacer cuando experimentamos cambios en nuestra vida y por qué todo esto es primordial.

20

Cómo funcionan estas herramientas en conjunto

Estas herramientas no fueron diseñadas para usarse por separado.

En este libro hemos estudiado cada herramienta en lo individual. Una por una, hemos examinado detalladamente lo que cada herramienta puede lograr y la forma en que Dios dispuso cada una para que la pudiéramos utilizar. Estudiamos cada herramienta y la analizamos a fondo y después pasamos a la siguiente.

Pero si decidimos *usar* estas herramientas por separado, no obtendremos todos sus beneficios.

Reflexionemos al respecto:

La oración es poderosa. Es una manera de hablar con Dios. Pero si todo lo que hacemos es hablar *con* Dios, ¿cuánto crecimiento espiritual podremos obtener? Si la única herramienta cristiana que usamos es la que nos permite pedirle cosas a Dios, ¿qué tipo de relación tendremos con Él?

El estudio de la Biblia nos permite escuchar y aprender de la Palabra inspirada de Dios, pero también es posible escuchar sin hacer nada al respecto. Es posible escuchar y no entender completamente lo que Dios nos quiere

decir. Leer las palabras en las páginas de la Biblia, por muy inspiradas que sean, no produce un cambio significativo.

La meditación es esencial. *Tenemos que darnos el tiempo para pensar en la Palabra de Dios. Pero, ¿cómo podemos pensar en cosas que no sabemos? ¿Cómo podemos fijar nuestra mente en la Palabra de Dios si nunca la estudiamos?*

El ayuno es una excelente herramienta para humillarnos ante Dios, pero si todo lo que hacemos durante nuestro ayuno es dejar de comer y beber, entonces lo único que realmente hemos logrado es saltarnos algunas comidas.

El compañerismo cristiano nos conecta con nuestros hermanos de acuerdo con nuestra conexión con Dios. Pero si no estamos manteniendo esa conexión con Dios, comenzaremos a perder la conexión con nuestros hermanos.

Estas herramientas están *conectadas*. Fueron diseñadas para que fueran *combinadas*, para que trabajaran *simultáneamente*.

Estas herramientas son más eficaces cuando se usan juntas.

Aquí es donde empezamos a experimentar su verdadero potencial.

La oración y el estudio de la Biblia están estrechamente conectados, nos permiten hablar con Dios y *escuchar lo que Él tiene que decir*. La meditación es como un puente que nos ayuda a interiorizar lo que hemos escuchado y con ello lograr que estas lecciones formen parte de lo que somos. El ayuno nos ayuda a mantenernos cerca de Dios mientras tratamos de incorporar su Palabra en nuestras vidas. El compañerismo cristiano nos conecta con hermanos y hermanas de todo el mundo, que están empleando las mismas herramientas en sus propias vidas.

Cinco herramientas que nos llevan a un solo propósito:

Crecimiento espiritual.

Éstas son cinco herramientas para el *crecimiento espiritual*. Y si usamos estas herramientas juntas, con cada una cumpliendo el propósito para el que fue diseñada, el resultado final será el crecimiento espiritual.

Nosotros *crecemos* “en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 3:18). Continuamos en nuestro camino para “que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo” (Efesios 4:13).

Todos los días y con la ayuda de Dios, estas herramientas pueden acercarnos cada vez más a la imagen y al carácter de nuestro Señor y Salvador, pero sólo si hacemos el esfuerzo de usarlas todas.

Éstas son algunas de las formas en que podemos combinar estas herramientas en nuestra vida diaria:

Sugerencias para combinar las herramientas

Combinar la **oración** y el estudio de la Biblia:

- Elija un tema que quiera comprender mejor. Ore a Dios para que lo ayude a entender los pasajes que está leyendo.
- Comparta con Dios sus pensamientos y preguntas mientras lee. Pregúntele por qué ciertos eventos se desarrollaron de la manera en que lo hicieron; pregúntele por qué escogió hacer ciertas cosas de cierta manera. Busque respuestas dentro de los pasajes que está leyendo.
- Ore para que Dios lo guíe para encontrar los pasajes que se aplican a un tema específico.
- Ore para recibir la sabiduría y el entendimiento necesarios para interpretar correctamente esos pasajes.
- Ore para tener la perspectiva correcta y poder ver lo que Dios está tratando de mostrarle (y no sólo lo que usted quiere ver).
- Alabe a Dios por la bendición de su Palabra y por abrirle los ojos.
- Estudie las oraciones registradas en la Biblia como ejemplo para nosotros.
- Estudie los temas que Jesús mencionó en la oración modelo y compárelos con sus propias oraciones.

Combinar la **oración** y la **meditación**:

- Ore acerca de los problemas en su propia vida, pidiéndole a Dios que lo ayude a verlos según su perspectiva.
- Ore acerca de las preguntas que tiene, para poder encontrar las respuestas.
- Medite acerca de las bendiciones que Dios le ha dado. Alabe y agradezca a Dios por su infinita misericordia.
- Pídale a Dios que lo ayude a enfocarse en las áreas de su vida en las que necesita mejorar o cambiar.
- Medite acerca de las lecciones que ha estado aprendiendo en sus estudios. Pídale a Dios que le ayude a asimilar esas lecciones.
- Medite acerca de las formas en que le gustaría cambiar y crecer como cristiano. Luego, pídale a Dios fortaleza y guía en oración.
- Ore pidiéndole a Dios que lo ayude a formular un plan específico para el comportamiento que desea cambiar.

- Medite en los temas que están incluidos en la oración modelo, reflexionando en por qué Jesús hizo énfasis en cada tema.
- Ore por la paz que Dios promete dar a quienes mantienen sus mentes enfocadas en Él.

Combinar la oración y el ayuno:

- Establezca un tiempo extra para orar durante el ayuno.
- Ore para que Dios interceda de una manera específica, ya sea en su vida o en la vida de los demás.
- Ore para tener una relación más profunda con Dios.
- Deje que sus limitaciones físicas le recuerden su necesidad de involucrar a Dios en su vida; alábelo y agradézcale por su continuo amor y paciencia.
- Ore por humildad y para entender claramente la voluntad de Dios.
- Ore por fortaleza para aceptar las decisiones de Dios en su vida.

Combinar la oración y el compañerismo cristiano:

- Cuando esté compartiendo con otros miembros, preste atención cuando le cuentan acerca de sus pruebas y dificultades y, luego, llévelas en oración ante Dios.
- Pida la ayuda de Dios para fortalecer (o incluso reparar) sus relaciones con sus hermanos.
- Ore para recibir guía, sabiduría e inspiración para edificar a los demás cuando estén juntos.
- Cuando se presente la oportunidad, ore con otros acerca de alguna necesidad o petición compartida.

Combinar el estudio de la Biblia y la meditación:

- Lea los pasajes de la Biblia de manera pausada, teniendo en cuenta lo que dicen, quién lo dice y por qué lo dice.
- Haga preguntas durante sus estudios y considere las posibilidades. Está bien si no recibe una respuesta clara.
- Preste mucha atención a las palabras y frases que se usan en un pasaje. Considere si tienen alguna importancia especial en términos de énfasis o significado.
- Piense en las lecciones que tiene un pasaje de las Escrituras en particular y cómo puede aplicarlas en su propia vida.

Combinar el estudio de la Biblia y el ayuno:

- Aparte tiempo durante su ayuno para escudriñar la mente de Dios leyendo su Palabra.

- Elija estudiar un tema específico relacionado con su ayuno.
- Estudie los ayunos registrados en la Biblia para nuestro ejemplo.
- Estudie lo que Dios dice acerca del ayuno: lo que debe y no debe incluir.

Combinar el **estudio de la Biblia** y el **compañerismo cristiano**:

- Elija un plan de lectura. Quizá pueda encontrar a otras personas que estén interesadas en leer la Biblia en grupo.
- Escoja una sección de las Escrituras (tal vez un libro corto de la Biblia, un capítulo o incluso un pasaje) y túrnense para leerlo en grupo, discutiéndolo a medida que avanzan.
- Comparta con los demás las lecciones que ha aprendido de sus estudios.
- Pregúnteles a otros qué lecciones han aprendido ellos de sus estudios.
- Estudie lo que Dios dice acerca de cómo debería ser nuestra convivencia con los demás (¡y cómo no debería ser!).

Combinar la **meditación** y el **ayuno**:

- Reflexione acerca del paralelo que existe entre nuestra hambre física y el hambre espiritual que deberíamos sentir por la justicia de Dios.
- Medite en lo que puede cambiar en su vida para desarrollar una relación más significativa con Dios. ¿Qué se interpone entre usted y Dios?
- Medite en la fidelidad de Dios en su vida. ¿De qué manera le ha demostrado su fidelidad? ¿Está dispuesto a confiar en las respuestas que Él le da e ir en la dirección que Dios lo guía?

Combinar la **meditación** y el **compañerismo cristiano**:

- Durante sus conversaciones con otros hermanos, comparta los temas en los cuales ha estado meditando últimamente. Pídales que compartan sus ideas también.
- Medite en cómo puede mejorar su comunión con los demás.
- Medite en por qué Dios diseñó la convivencia cristiana para cumplir un papel tan importante en la Iglesia.
- Planifique un estudio bíblico con un grupo pequeño. Cada uno de ustedes puede compartir los pasajes, las frases y las reflexiones importantes que hayan surgido en su meditación personal. Tenga cuidado de no caer en especulaciones o conclusiones que no sean beneficiosas. Si surge alguna pregunta, busque consejo y orientación del ministerio.

Combinar el **ayuno** y el **compañerismo cristiano**:

- Cuando se entere acerca de las pruebas que otros están enfrentando, ayune en privado como una forma de solicitar la intervención de Dios en la vida de los demás.
- En algunos casos, puede ser alentador ofrecerse a ayunar con otras personas por un problema o preocupación común.
- Pregunte a los demás qué han hecho para asegurarse de que sus ayunos los acerquen más a Dios.

21

Qué hacer cuando la vida cambia

Su vida no es estática. *Quién es usted* tampoco es algo estático.

Usted tendrá nuevos amigos. Se alejará de otros amigos. Tal vez se mude a un lugar nuevo. El tamaño de su familia crecerá y, a veces, disminuirá. Es posible que cambie de trabajo. Es posible que cambie de título o incluso de carrera. Algunos cambios serán emocionantes y otros serán aterradores.

Algunos cambios serán ambas cosas.

El punto es que cada uno de esos cambios en su vida lo va a cambiar a usted. A medida que cambie, la forma en que use estas herramientas también cambiará.

Eso no es necesariamente algo bueno o algo malo. Es algo que sucede. Lo importante es estar consciente de esos cambios y del impacto que están teniendo en nuestra capacidad de usar las cinco herramientas que Dios nos ha dado.

A veces, estar conscientes de un cambio es todo lo que realmente podemos hacer y, otras veces, tendremos que decidir y esforzarnos para cambiar nuestro rumbo.

Debemos adaptarnos a las diferentes etapas de la vida

Algunos eventos de la vida son tan grandes que no sólo impactan nuestra vida, sino que la alteran fundamentalmente. Estos eventos nos llevan a nuevas etapas de la vida, un nuevo tipo de normalidad semipermanente.

Graduarse de la escuela. Iniciar un oficio. Comenzar un trabajo de oficina. Cambiar de carrera. Iniciar su propio negocio. Lograr un ascenso en el trabajo. Ser despedido. Comprar una casa.

Quedarse sin hogar. Casarse. Divorciarse. Tener hijos. Perder a su cónyuge. Tener nietos. Jubilarse. Tener una discapacidad o enfermedad crónica. Recibir una herencia inesperada. Perderlo todo en una tragedia.

A veces elegimos entrar en una nueva fase de nuestras vidas y, a veces, no nos queda elección. A veces esta nueva etapa es emocionante y otras veces nos deja desconcertados y asustados.

Salomón escribió: “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora”, incluyendo el “tiempo de nacer, y tiempo de morir... tiempo de llorar, y tiempo de reír; tiempo de endechar, y tiempo de bailar... tiempo de buscar, y tiempo de perder; tiempo de guardar, y tiempo de desechar; tiempo de romper, y tiempo de coser; tiempo de callar, y tiempo de hablar; tiempo de amar, y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra, y tiempo de paz” (Eclesiastés 3:1-4, 6-8).

A medida que avanza de una etapa a otra en su vida, ya sea por su propia voluntad o debido a eventos fuera de su control, su capacidad para usar estas herramientas también cambiará.

Es posible que tenga menos tiempo libre.

O es posible que termine con más tiempo libre.

Es posible que tenga más responsabilidades. Es posible que tenga más recursos a su disposición. Es posible que tenga más obstáculos, pero es posible que tenga menos.

El punto es: *lo que usted es capaz de hacer ahora en esta etapa de su vida no siempre va a ser lo mismo que lo que era capaz de hacer en el pasado. Igualmente importante: lo que usted debería ser capaz de hacer en esta etapa de su vida, no puede compararse con lo que otros son capaces de hacer en este momento de sus vidas.*

Por ejemplo, una madre soltera con tres hijos pequeños no tendrá la misma cantidad de tiempo para dedicar al estudio de la Biblia que una persona

rica y jubilada. Un joven que tiene dos trabajos y va a la universidad tiene menos oportunidades de ayunar que alguien que no necesita trabajar. El compañerismo con otros puede ser más difícil para alguien que está pasando por una prueba extenuante que para alguien que está pasando por un período de relativa paz.

Dicho esto, si usted está pasando por un período en su vida en el que sí tiene control —acerca de algún trabajo que pudo elegir, un horario de clases que escogió, una casa que está renovando— entonces siempre vale la pena considerar si sus propias decisiones se están interponiendo en su relación con Dios. Tal vez usted pueda encontrar la forma de apartar tiempo para poner en práctica estas cinco herramientas.

Pero tal vez usted no pueda.

Y eso está bien.

En el Antiguo Testamento, los israelitas traían las primicias de su cosecha como ofrenda a Dios (Deuteronomio 18:4). Un israelita con un campo más grande y rebaños más grandes obviamente podía ofrecer más primicias.

Eso no lo hacía ni mejor ni peor que el israelita que tenía menos que dar.

Lo más importante era *traer las primicias*. La cantidad o calidad de esas primicias no era parte de la ecuación. Se suponía que todos debían traer *lo que tenían, y lo que tenían era suficiente*.

Cuando Jesús observaba a la gente que traía ofrendas al templo, vio que “muchos ricos echaban mucho” (Marcos 12:41). Esto era algo bueno, pero no admirable. Lo notable fue cuando “vino una viuda pobre, y echó dos blancas, o sea un cuadrante” (v. 42).

El cuadrante era una moneda de cobre que valía aproximadamente una sexagésima cuarta parte del salario diario de un trabajador promedio.

Una sexagésima cuarta parte. Desde un punto de vista monetario, estas dos monedas no tenían mucho valor. Pero desde un punto de vista espiritual, tenían un valor enorme. Jesús dijo a sus discípulos: “De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero ésta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento” (Marcos 12:43-44).

Los ricos podían llevar grandes sumas al templo y seguir viviendo cómodamente. La ofrenda de la viuda significaba más para Dios que las impresionantes cantidades que otros habían traído.

¿Por qué?

Porque a Dios no le impresiona la cantidad. Después de todo, “Del Eterno

es la tierra y su plenitud; El mundo, y los que en él habitan” (Salmos 24:1). Nada de lo que demos puede compararse con eso. No, a Él le importa mucho más nuestra intención y situación y lo que estamos haciendo con lo que tenemos.

Haga lo que usted pueda en la etapa de su vida en la que se encuentra.

No se trata de lo que usted era capaz de hacer en el pasado o de lo que sus compañeros son capaces. Se trata de lo mejor que puede hacer en la etapa de vida en la que se encuentra en este momento.

Siempre debemos apartar tiempo para Dios: tiempo para la oración, tiempo para el estudio, tiempo para la meditación, tiempo para el ayuno y tiempo para el compañerismo con nuestros hermanos.

Pero no siempre tendremos la misma cantidad de tiempo a nuestra disposición y no siempre podremos dedicar la misma cantidad de atención y esfuerzo.

Sería maravilloso si usted dispusiera de dos horas para dedicar al estudio de la Biblia todos los días, pero tal vez en este momento de su vida sólo pueda dedicar 10 minutos. Es genial si puede ayunar de forma regular, pero tal vez en esta temporada de su vida sólo pueda encontrar un par de días en el año para ayunar. Es muy positivo si puede pasar mucho tiempo en oración, pero tal vez usted esté pasando por un período en el que sus oraciones son cortas y poco coherentes debido al cansancio.

El pequeño puñado de primicias, las dos blancas de la viuda, a veces lo poco es mucho.

Debemos darle a Dios lo que podamos darle.

Cuando nos esforzamos por dar lo mejor de nosotros mismos, lo que demos será suficiente.

Cómo afrontar el dolor y la pérdida

Aunque las tragedias, tales como la pérdida de un ser querido, pueden llevarnos a una nueva etapa de la vida, el *dolor* que nos dejan puede permanecer por más tiempo del que quisiéramos.

El dolor por la pérdida de un ser querido es una emoción poderosa, no algo que simplemente desaparezca con el tiempo. Aquellos que han experimentado pérdidas extremas serán los primeros en decirle que la tristeza viene en oleadas. Este dolor puede comenzar a disminuir en el transcurso de un día, una semana, un mes, sólo para volver a golpearnos en cualquier momento. De repente, el dolor es tan intenso como el día en que sucedió.

Con el tiempo, los embates llegan cada vez con menos frecuencia. Pero aún pueden venir y el dolor que traen puede ser abrumador.

La angustia que sentimos después de la pérdida de un ser querido, no es un problema que Dios quiere que resolvamos. Eventualmente, esas olas de tristeza vendrán con menos frecuencia y podremos encontrar mejores formas de manejarlas. Pero es importante entender que el dolor con el que cargamos no es un fracaso de nuestra parte.

Es algo natural.

Hay dos enfoques importantes que se deben considerar en cuanto al dolor y la pérdida. El primero es que, al igual que con las diferentes etapas de la vida, es importante enfocarse en darle a Dios lo que podamos. Cuando la tristeza lo esté aquejando con una angustia emocional insoportable, es posible que lo único que pueda hacer es levantarse de la cama por la mañana.

Algunas mañanas, incluso esto puede ser demasiado para usted.

Nuevamente, *eso está bien*. No debemos contentarnos con no progresar en nuestra lucha contra el dolor por una pérdida, pero *experimentar* dolor no es un fracaso.

En estos momentos, podríamos ser la viuda con sólo dos blancas para ofrecer a Dios. Y en ocasiones como éstas, incluso *esto es suficiente*.

El otro enfoque es recordar que muy a menudo estas cinco herramientas para el crecimiento espiritual van a ser exactamente lo que necesitamos para encontrar *fortaleza* frente a la aflicción.

La oración, el estudio de la Biblia, la meditación, el ayuno y el compañerismo cristiano pueden ser las cosas más difíciles de poner en práctica cuando estamos enfrentando el dolor y la pérdida, pero debemos recordar que todas estas herramientas están diseñadas para fortalecer nuestra conexión con Dios y con nuestros hermanos.

Dios, “el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2 Corintios 1:4). Él nos promete: “yo soy tu Dios que te esfuerzo; siempre te ayudaré, siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Isaías 41:10).

Éste es el Dios que quiere tener una relación con nosotros a través de estas cinco herramientas que nos ofrece. Y aunque Él no remueve inmediatamente nuestro dolor, nos da la fuerza para enfrentar esta prueba y para seguir adelante.

Más allá de eso, Dios también nos ofrece un futuro increíble que esperamos deseosos:

Ciertamente consolará el Eterno a Sion; consolará todas sus soledades, y cambiará su desierto en paraíso, y su soledad en huerto del Eterno; se hallará en ella alegría y gozo, alabanza y voces de canto (Isaías 51:3).

Esta transformación física de una tierra estéril y seca en algo como el Jardín de Edén, también irá acompañada de un cambio en las personas que viven allí. Después de esto, “volverán los redimidos del Eterno; volverán a Sion cantando, y gozo perpetuo habrá sobre sus cabezas; tendrán gozo y alegría, y el dolor y el gemido huirán” (v. 11).

“Yo, yo soy vuestro consolador”, promete Dios (v. 12).

Un día, el dolor y la angustia se habrán ido para siempre. La tristeza y los suspiros se desvanecerán y en su lugar encontraremos gozo y alegría.

Pero hasta que llegue ese momento, está bien sentir tristeza. Está bien estar funcionando aunque no sea al cien por ciento.

Cuando la tristeza y el dolor se detengan, podrá levantarse e intentarlo nuevamente. Hasta que eso suceda, Dios promete ayudarlo a mantener la cabeza fuera del agua.

Superar los obstáculos para crecer espiritualmente

En cuanto al crecimiento espiritual, las etapas de la vida y el dolor de un duelo son a menudo elementos sobre los que tenemos poco o ningún control. Son eventos que no necesariamente elegimos vivir, pero que tenemos que decidir cómo manejarlos.

Esta última sección tiene que ver con algo diferente.

En la mayoría de los casos, nuestras elecciones y nuestras decisiones son las que tienen el mayor impacto en nuestra relación con Dios. Son las cosas que elegimos hacer o no hacer, las que afectan nuestra capacidad de conectarnos con Él.

Jesús contó una parábola acerca de un “sembrador” que “salió a sembrar” (Mateo 13:3). Él usó esta parábola para explicar por qué algunas personas nunca parecen conectarse con la Palabra de Dios o por qué nunca producen ningún tipo de fruto significativo en sus vidas.

En la parábola, el sembrador sembró la semilla, que representa la Palabra de Dios (Lucas 8:11). La semilla cayó en cuatro tipos de tierra distintos, es decir, cuatro tipos diferentes de personas. Cada una de estas personas inte-

ractuó con la Palabra de Dios de una manera distinta, dejándonos algunas lecciones importantes a considerar.

Las semillas que cayeron al lado del camino, un terreno muy compacto destinado al tráfico peatonal, no tuvieron la oportunidad de crecer. Esta tierra “fue hollada, y las aves del cielo la comieron” (v 5). La semilla que cayó en la tierra poco profunda comenzó a crecer, pero “salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó” (Marcos 4:6). Cuando la semilla cayó entre espinos, “los espinos crecieron y la ahogaron, y no dio fruto” (v. 7).

Sólo la semilla que cayó en buena tierra “dio fruto, pues brotó y creció, y produjo a treinta, a sesenta, y a ciento por uno” (v. 8).

Existe un riesgo al tratar esta parábola como a cualquier otro aspecto de la vida del que no tenemos ningún control. Si creemos que no tenemos control del tipo de tierra que somos, entonces no tenemos control acerca del grado en que la Palabra de Dios se arraiga en nuestras vidas.

Pero no es así como funciona. Pregúntele a cualquier jardinero o agricultor: la tierra puede cambiar. *Nosotros podemos cambiarla*. En el contexto de esta parábola, *las decisiones que tomamos pueden cambiar el tipo de entorno que estamos ofreciendo para que la Palabra de Dios eche raíces y crezca en nuestras vidas*.

Queremos ser la buena tierra. Queremos producir algo significativo. Pero a veces tomamos decisiones que nos cambian y nos convertimos en la tierra junto al camino o en lugares pedregosos o en el suelo lleno de espinas. Cuando eso sucede, tenemos que solucionar el problema de la misma manera que lo creamos: necesitamos tomar decisiones que, en última instancia, ofrecerán un mejor entorno para que la Palabra de Dios crezca en nuestras vidas.

La tierra junto al camino

La tierra al lado del camino no fue diseñada para ser cultivada. La palabra griega para “junto al camino” (*hodos*) significa literalmente “un camino”. Era tierra por la que la gente transitaba, una y otra vez, hasta que se compactaba al punto de quedar estática e inmóvil.

En relación al cultivo de semillas, la tierra junto al camino bien podría haber sido de concreto. Cuando la Palabra de Dios cayó junto al camino, *no tenía a dónde ir*. Las personas la pisoteaban y los pájaros la devoraban. Y eso fue el fin.

No hubo crecimiento. No hubo cambios.

Nada.

Jesús explicó que la semilla que cayó junto al camino representa a aquellas personas que, “después que la oyen, en seguida viene Satanás, y quita la palabra que se sembró en sus corazones” (Marcos 4:15).

La Biblia tiene mucho que decir acerca del peligro de tener un corazón duro. La Palabra de Dios nos exhorta: “Si oyereis hoy su voz, *no endurezcáis vuestros corazones*, como en la provocación, en el día de la tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres; me probaron, y vieron mis obras cuarenta años” (Hebreos 3:7-9, énfasis añadido).

Aun si no comenzamos de esa manera, podemos gradualmente endurecernos contra Dios. Al igual que los israelitas en el desierto, podemos comenzar a dudar de su poder, cuestionar sus intenciones, ignorar sus instrucciones y provocar su ira.

Un corazón que hace esto no tiene espacio para que la Palabra de Dios crezca.

Un corazón que hace esto eventualmente se volverá hostil contra la Palabra de Dios, dejando que esa Palabra sea pisoteada, arrancada y llevada lejos.

Cuando nos damos cuenta que nos estamos volviendo más como la semilla junto al camino, tenemos que romper el terreno compacto de nuestros corazones. “Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice el Eterno; pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Isaías 66:2).

La humildad llega por medio de nuestra perspectiva cuando consideramos y recordamos quiénes somos en relación con quién es Dios. Él es el Creador; nosotros somos su creación. Él es el Alfarero; nosotros somos el barro (Isaías 64:8). Él tiene “palabras de vida eterna” (Juan 6:68); y nosotros tenemos un camino que parece correcto, pero que termina en muerte (Proverbios 14:12).

Romper la tierra endurecida junto al camino, requiere que mantengamos esta perspectiva con el uso regular de estas cinco herramientas, recordando siempre la grandeza del Dios al que servimos.

Los lugares pedregosos

En la parábola de Cristo, la semilla pudo nacer en medio de las piedras, pero no pudo echar raíces ni crecer. Cuando salió “el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó” (Mateo 13:6), “nacida, se secó, porque no tenía humedad” (Lucas 8:6).

Las piedras no dejaron que las plantas crecieran. No había suficiente tierra para que las semillas desarrollaran un sistema de raíces, por lo que las incipientes plantas se marchitaron y murieron a la primera señal de dificultad. El *Comentario de Barclay* señala lo siguiente: “Éste no era un terreno lleno de piedras; era una delgada capa de tierra sobre una franja de roca caliza. Gran parte de Galilea era así”.

Jesús dijo: “Y el que fue sembrado en pedregales, éste es el que oye la palabra, y al momento la recibe con gozo; pero no tiene raíz en sí, sino que es de corta duración, pues al venir la aflicción o la persecución por causa de la palabra, luego tropieza” (Mateo 13:20-21).

La Palabra de Dios es una razón para regocijarnos. Debemos recibirla con alegría, pero también debemos ser honestos con nosotros mismos acerca de lo que significa vivir de acuerdo a la Palabra de Dios. Jesús también dijo a sus discípulos: “En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33).

Vamos a tener aflicción. Si elegimos seguir a Dios, *tendremos* problemas, pruebas, dificultades y adversidades. Si esperamos andar ilesos por esta vida, entonces nuestra comprensión del cristianismo sólo está creciendo sobre una “delgada capa de tierra” y no lidiaremos correctamente con la adversidad debido a nuestros conceptos erróneos sobre el camino de Dios. Espiritualmente, eso puede dejarnos tan marchitos y abatidos como una planta que nunca pudo echar raíces.

Romper esa piedra caliza y reemplazarla con tierra, o bien, trasplantar la planta por completo, requiere que analicemos detenidamente lo que creemos acerca del llamamiento de Dios. Estas cinco herramientas pueden ayudarnos con eso, llevándonos a confrontar nuestras propias ideas del cristianismo con lo que Dios dice acerca del mismo.

El cristianismo no puede darse tan sólo en la capa superficial de nuestra vida. Tenemos que darle el espacio que necesita para echar raíces en todos los aspectos de nuestra existencia. Sólo ahí podrá obtener fuerza y alimento cuando el sol golpee.

Cuando dejamos de lado nuestras dudas y conceptos erróneos, podemos enfrentar las pruebas de esta vida con la seguridad de “que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28). Podemos permitir que la Palabra de Dios eche raíces en nuestra vida, confiando en que no importa lo que suceda, Él nos está guiando adonde necesitamos ir.

Las espinas

El enemigo final de la Palabra de Dios en esta parábola son las espinas que “nacieron juntamente con ella, la ahogaron” (Lucas 8:7).

Jesús identificó las espinas como “los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas”, que “ahogan la palabra, y se hace infructuosa” (Marcos 4:19).

No es que la Palabra no crezca —sí está creciendo. Pero las espinas también crecen juntamente con la Palabra de Dios. Y cuando llega el momento apropiado para que la Palabra produzca fruto en nuestra vida, simplemente no lo hace. Durante el proceso de crecimiento, las espinas tomaron los nutrientes que deberían haber ido a la semilla. Nunca recibió lo suficiente como para *producir* algo.

Las preocupaciones de este mundo, el engaño de las riquezas y los deseos de otras cosas son tres enemigos que acaparan nuestro tiempo y atención. Estas tres plantas espinosas pueden ahogar la eficacia de la Palabra de Dios en nuestras vidas, evitando que crezcamos espiritualmente.

La Nueva Versión Internacional traduce “los afanes de este mundo” como “las preocupaciones de esta vida” (v. 19). Todos tenemos responsabilidades en esta vida y esas responsabilidades merecen nuestra atención. Pero cuando esas responsabilidades comienzan a causarnos estrés y ansiedad hasta el punto en que ya no podemos enfocarnos en las cosas espirituales, entonces la Palabra de Dios corre el riesgo de ser ahogada en nuestras vidas.

Las riquezas tampoco son inherentemente malas, pero pueden ser engañosas. La riqueza puede adormecernos con una falsa sensación de seguridad.

Jesús contó otra parábola acerca de un hombre rico que se decía a sí mismo: “Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regocíjate” (Lucas 12:19). Esa misma noche, el hombre murió. Este hombre veía su riqueza como una defensa contra los problemas, olvidando que la verdadera protección viene solamente de Dios. Jesús advirtió que “la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee” (v. 15), enfatizando que debemos estar más interesados en las riquezas espirituales que en las cosas materiales (v. 21).

En cuanto a las “codicias que sentimos de otras cosas”, debemos recalcar nuevamente que no es malo querer algo. Lo que está mal es codiciar algo (Éxodo 20:17). Podemos malgastar nuestro tiempo y energía enfocados en *obtener* algo, a veces algo material, a veces un estatus social, a veces un logro

que comienza a consumirnos. La meta puede estar bien, pero obsesionarse con lograr esa meta no lo está. Esto también puede ahogar la Palabra de Dios.

Cuando nos demos cuenta de que esas espinas comienzan a brotar en nuestras vidas, tenemos que ser diligentes en desraizarlas. Cuanto más las dejemos crecer, más robarán de la cosecha que realmente importa. Nada de lo que este mundo nos ofrece —ni sus riquezas, ni sus logros, ni siquiera todo el estrés— vale la pena, si nos estamos perdiendo del fruto que produce la Palabra de Dios.

La buena tierra

Los tres tipos de tierra donde la Palabra de Dios no puede crecer sirven para enmarcar el cuarto y último tipo de tierra: la “buena tierra”, que “dio fruto, pues brotó y creció, y produjo a treinta, a sesenta, y a ciento por uno” (Marcos 4:8).

La buena tierra se define por eliminación, produciendo todo lo que los otros tipos de suelo no producen. La buena tierra no es compacta, está lo suficientemente abierta para recibir la Palabra de Dios. La buena tierra no es pedregosa, le permite a la Palabra de Dios que eche raíces. La buena tierra no está llena de otras plantas que compiten y pueden ahogar la Palabra de Dios.

Cuando venimos ante Dios con un corazón humilde, con el deseo de comprometernos con Él más allá de un compromiso superficial, no permitiendo que las distracciones de Satanás coexistan con la Palabra de Dios, el resultado final es una *buena tierra*, una tierra fértil donde Dios puede hacer grandes cosas.

Jesús dijo: “Y éstos son los que fueron sembrados en buena tierra: los que oyen la palabra y la reciben, y dan fruto” (v. 20).

No podemos ser pasivos en nuestra relación con Dios. Si queremos ser la buena tierra, necesitamos *producir frutos*. Cuanto más hagamos uso de estas cinco herramientas para el crecimiento espiritual, más fruto produciremos en nuestra vida y más nos pareceremos a nuestro Creador.

22

Pero, ¿qué estamos construyendo?

Una cosa es saber *cómo* usar las herramientas de este libro, pero otra muy distinta es entender por qué estas herramientas deberían importarnos en primer lugar.

Hemos hablado mucho acerca de cómo estas cinco herramientas del crecimiento espiritual están diseñadas para ayudarlo a tener una relación más cercana con Dios y con sus hermanos en la fe. Y es cierto, lo hacen.

Pero, ¿por qué esto es primordial?

¿Por qué debería ser ése nuestro objetivo?

Pablo dijo: “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Corintios 15:19).

Así es, deberíamos querer cultivar y mantener una relación cercana con Dios, pero si eso es todo, si eso es todo lo que hay, si vivimos toda una vida y ése es el final del camino, entonces “somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres”.

Afortunadamente, Dios tiene cosas más grandes en mente para nosotros.

El objetivo de este libro no es examinar detalladamente el plan de Dios,

pero cuando entendemos lo que Él nos revela acerca de su plan, entendemos por qué estamos aquí, a dónde vamos y qué espera Dios de nosotros a lo largo del camino.

Estas cinco herramientas nos ayudan en este camino de vida, pero es difícil saber lo que nos están ayudando a lograr si no nos damos el tiempo para *entender* de qué se trata este camino y cuál es nuestro destino.

La oración no es el objetivo.

El estudio de la Biblia no es el objetivo.

La meditación no es el objetivo.

El ayuno no es el objetivo.

El compañerismo cristiano no es el objetivo.

Éstas son herramientas poderosas por sí mismas, cada una de las cuales tiene la capacidad de cambiar nuestras vidas de maneras increíblemente significativas. Pero parafraseando a Pablo: “Si todo lo que hemos logrado es llegar a ser expertos en el estudio de la Biblia, somos los más dignos de lástima de todos los hombres”.

Éstas herramientas son herramientas que Dios nos dio para *edificar* algo.

Pablo dijo a los corintios:

Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios. Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima; *pero cada uno mire cómo sobreedifica*. Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo. Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, recibirá recompensa. Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego. ¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es (1 Corintios 3:9-17, énfasis añadido).

Recompensas. Obra. Revelado por el fuego. Un fundamento. Un edificio de Dios. Un templo.

Dios está obrando en nosotros, nos está usando para construir algo especial y la meta, el propósito, el *significado* de todo esto se extiende más allá de esta vida física.

¿Sabe usted por qué está aquí?

¿Conoce la *razón* por la que Dios le dio vida y le abrió los ojos a su verdad?

Estas herramientas están diseñadas para ayudarle a recorrer este camino desde el punto A hasta el punto B, pero ¿qué es exactamente el punto B?

El final de la historia

El punto B está hermosamente detallado en los últimos capítulos del último libro de la Biblia. Jesucristo le dio al apóstol Juan una visión de los eventos clave del tiempo del fin, y el final de esa visión nos recuerda cuál es el propósito de esta vida, un recordatorio de por qué Dios creó a la raza humana en primer lugar:

Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron (Apocalipsis 21:1-4).

En la parábola del sembrador, Jesús habló de “la palabra del reino” (Mateo 13:19). De hecho, el mensaje del evangelio que Él predicó al mundo, el mensaje del evangelio que comisionó a la Iglesia que continuara predicando, era “*el evangelio del reino de Dios*” (Marcos 1:14, énfasis añadido). El Reino venidero de Dios era el enfoque central de todo lo que Él hizo y dijo: “El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (v. 15).

Y aquí, al final del libro de Apocalipsis, tenemos una descripción de ese Reino en toda su gloria. Aunque es sólo una visión, es suficiente para recordarnos de qué se trata este camino de vida y lo que es verdaderamente importante.

Al final de esta carrera hay un Reino gobernado por Dios mismo: “su dominio es dominio eterno, que nunca pasará” y su Reino “no será destruido” (Daniel 7:14). En este Reino eterno e indestructible, ya no experimentaremos más muerte, tristeza, llanto ni dolor.

Esto será algo nuevo y diferente. Será algo *increíble*. Algo que no sucederá hasta que “las primeras cosas” hayan pasado.

Las aflicciones de esta vida, todas las dificultades y desafíos que enfrentamos, cada problema que experimentamos, todo forma parte de este camino que estamos recorriendo. Este camino conduce a un Reino donde Dios mora y tiene una relación con las personas que se han convertido en sus hijos, donde la tristeza y el dolor, e *incluso la muerte misma*, ya no existirán.

Estas cinco herramientas para el crecimiento espiritual son las que necesitaremos en nuestro viaje hacia el Reino de Dios. Todo lo que estamos construyendo, todo lo que estamos haciendo en esta vida es para lograr ese objetivo final.

La oración, el estudio de la Biblia, la meditación, el ayuno y el compañerismo cristiano son herramientas que usaremos para nuestro crecimiento personal y crecimiento espiritual en nuestro camino hacia un Reino que cambiará el mundo para siempre.

Estas herramientas son importantes.

El Reino de Dios es *la razón* por la cual son importantes.

El ensayo del plan

A lo largo de este libro, hemos mencionado algunas de las fiestas anuales de Dios en diferentes contextos. La ceremonia de la Pascua tiene símbolos que representan el cuerpo y la sangre de Jesucristo. El sermón de Pedro en el día de Pentecostés marcó el comienzo de la Iglesia del Nuevo Testamento. El día de Expiación nos sirve como un modelo para el ayuno.

Dios proporciona una lista completa de estas fiestas en Levítico 23. Él le dijo a Moisés: “*Las fiestas solemnes del Eterno*, las cuales proclamaréis como santas convocaciones, serán éstas” (v. 2, énfasis añadido).

A veces estas fiestas se tergiversan como celebraciones judías, pero no es así como Dios las describe. Es verdad que Dios hizo que Moisés proclamara estos días a Israel, pero Él afirma que son sus fiestas, sus santas convocaciones. Hay siete festivales anuales descritos aquí, que incluyen un total de siete días santos anuales (sábados especiales).

Como cristianos, seguimos observando y celebrando las fiestas sagradas de Dios hoy en día. Aunque el sacrificio de Jesucristo cumplió con la necesidad de los sacrificios que inicialmente se requerían en estas fiestas, las fiestas mismas siguen desempeñando un papel fundamental en nuestra identidad como cristianos. De hecho, estas fiestas del Eterno son un recordatorio anual del plan de Dios para nosotros y, no sólo para nosotros, sino para toda la humanidad, pasada, presente y futura:

- La **Pascua** nos recuerda que el cuerpo y la sangre de Jesucristo se convirtieron tanto en el sacrificio por nuestros pecados como en el comienzo del Nuevo Pacto (Levítico 23:5; 1 Corintios 11:23-26).
- La fiesta de **Panes Sin Levadura** es una fiesta de siete días en la cual se usa la levadura como un símbolo del pecado, lo que nos recuerda acerca de la necesidad de mantener el pecado fuera de nuestra vida mientras aprendemos acerca de la justicia de Dios (Levítico 23:6-8; 1 Corintios 5:6-8). El primero y el último día de Panes Sin Levadura son días santos.
- **Pentecostés**, o la fiesta de las **Semanas**, es un día santo que nos recuerda la cosecha espiritual que comenzó con la Iglesia del Nuevo Testamento y continúa hasta el día de hoy. Como cristianos, somos las primicias de una cosecha mayor, que en el futuro incluirá a toda la raza humana (Levítico 23:15-22; Hechos 2:1-4, 38-39; Santiago 1:18).
- La fiesta de **Trompetas** es un día santo que nos ayuda a cambiar nuestro enfoque, mirando hacia el futuro y visualizando la época en la que “el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Tesalonicenses 4:16). Los cristianos, vivos y muertos, serán transformados en seres espirituales, hechos completamente a la imagen de Dios, cuando Jesucristo asuma el gobierno de todos los reinos del mundo (Levítico 23:23-25; 1 Corintios 15:50-55; 1 Juan 3:2; Apocalipsis 11:15).
- **Expiación** es un día santo lleno de simbolismo que representa tanto la necesidad del sacrificio de Cristo como el futuro encarcelamiento de Satanás, un tiempo en el que la humanidad estará libre de la influencia de Satanás por mil años (Levítico 23:26-32; Levítico 16; Apocalipsis 20:1-3).
- La fiesta de **Tabernáculos** es otra fiesta de siete días. Este festival nos recuerda la naturaleza temporal de esta vida y al mismo tiempo describe el reinado de mil años (milenio) de Jesucristo y sus santos. Durante este tiempo, los santos resucitados y transformados trabajarán con Jesús para reconstruir y restaurar un mundo quebrantado, y guiarán al mundo a vivir según los mandamientos de Dios (Levítico 23:33-43; Zacarías 8:20-23; Apocalipsis 20:4-6). El primer día de Tabernáculos es un día santo.
- El **Octavo Día**, al que nos referimos como el **Último Gran Día**, es un solo día santo que se celebra inmediatamente después de la fiesta de

Tabernáculos. Aunque la Biblia dice poco acerca de este día santo, su posición en el plan de Dios revela los eventos que siguen al reinado milenarío de Jesucristo y sus santos, los cuales garantizan que todos los que han vivido alguna vez tendrán la oportunidad de entender el camino de vida de Dios y convertirse en parte de su familia. Nadie será olvidado ni se le negará esa oportunidad (Levítico 23:36, 39; Ezequiel 37; Apocalipsis 20:11-15).

Usted tiene un rol que desempeñar en el futuro que estos días describen. Celebrar estos días nos mantiene enfocados en el Reino venidero de Dios y en lo que debemos hacer para ser parte de él. Estas cinco herramientas para el crecimiento espiritual nos ayudan a mantenernos en la senda correcta a lo largo de esta carrera.

Congregarnos

Antes de mencionar sus días santos anuales en Levítico 23, Dios hace un énfasis adicional en otra asamblea sagrada:

El día de reposo, el sábado semanal.

“Seis días se trabajará, mas el séptimo día será de reposo, santa convocación; ningún trabajo haréis; día de reposo es del Eterno en dondequiera que habitéis” (Levítico 23:3).

Desde el principio de la creación (Génesis 2:1-3), Dios apartó el séptimo día de la semana como un día santo de descanso, como un día para que su pueblo se reuniera en santa convocación, una asamblea sagrada.

Ésta es la asamblea que el autor de Hebreos recalcó a la Iglesia primitiva:

Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura. Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; *no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca* (Hebreos 10:19-25, énfasis añadido).

Lo que estamos edificando con estas herramientas, Dios espera que lo construyamos juntos. Y no sólo cuando nos parezca. Dios ha bendecido y

santificado el séptimo día de la semana, decretándolo como una asamblea sagrada.

Una vez a la semana, 52 veces al año —además de los días santos anuales— Él nos llama (en la medida en que seamos físicamente capaces) a reunirnos y adorarlo junto con nuestros hermanos. Una vez a la semana, Él nos da un día para dejar de lado nuestro trabajo físico y enfocarnos en construir algo eterno con nuestras herramientas espirituales.

Nosotros usamos estas herramientas en nuestras propias vidas y las usamos en la vida de los demás. Estamos construyendo juntos sobre el fundamento seguro de Jesucristo y, en el proceso, Dios nos edifica juntos y “[vamos] creciendo para ser un templo santo en el Señor... en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:21-22).

¿Ahora qué?

Escribimos este libro para ayudarle a entender estas herramientas que Dios nos da en nuestra búsqueda hacia el crecimiento espiritual, pero entender estas herramientas es sólo una parte de la ecuación. “Porque a todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lucas 12:48).

Las herramientas no sirven de nada a menos que las usemos.

Queremos animarlo a que tome lo que Dios le ha dado y *comience a construir*.